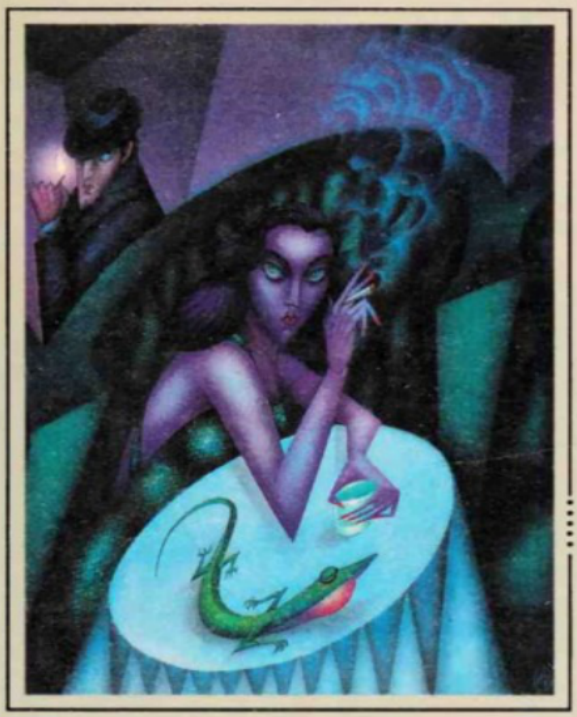
Rubem Fonseca

Agosto



cal y arena

AGOSTO

RUBEM FONSECA

Rubem Fonseca nació en Juiz de Fora, estado de Minas Gerais, Brasil, en 1925. Estudió Derecho y Administración. Ejerció durante años el periodismo y la crítica cinematográfica. Actualmente es uno de los más aclamados novelistas brasileños de este siglo. Ha publicado *Los prisioneros* (1963), *El collar del perro* (1965) que obtuvo el premio del Pen Club de Brasil, *El caso Mor el* (1973), *Lucía Me Cartney* (1970), *Feliz año nuevo* (1976) y *El cobrador* (1970), premiada por la Asociación de Críticos de Sao Paulo. Sus tres novelas, *El gran arte* (1983), *Pasado negro* (1984) y *Grandes emociones y pensamientos imperfectos* (Cal y arena, 1991), lograron un gran éxito de ventas y afirmaron el talento narrativo de un escritor de primera línea en América Latina.

En agosto de 1954, una crisis política condujo al presidente brasileño Getulio Vargas al suicidio. Una revolución en 1930 lo había llevado a la presidencia, un golpe militar democrático lo derrocó en 1945 y, encabezando dos partidos —uno de izquierda, el PTB, y otro de derecha, el PSD— ganó las elecciones. Pero para agosto de 1954, todo cambiaba: la nacionalización del petróleo, ideada por el secretario del Trabajo, Joao "Jango" Goulart, llevó al varguismo a un callejón sin salida, en cuyo final oscuro le esperaban Carlos Lacerda, El Cuervo, un periodista de derecha vinculado a la oposición golpista —la UDN—, las clases medias indignadas por la corrupción política, los oficiales del ejército, los comunistas y las empresas norteamericanas.

Este es el escenario en el que los personajes de *Agosto* tejen un intrincado *thriller* en el que se mezclan la violencia, el sexo, el poder y sus personajes: Alberto Mattos, un comisario de policía empeñado en hacer justicia en medio de un Brasil carcomido por la corrupción, los pistoleros a sueldo, las mujeres cuyos cuerpos son sólo una parte más de la red de complicidades.

Esta suntuosa y a la vez descamada novela de Rubem Fonseca nos regresa a la famosa paradoja de Sciascia: en nuestros países, toda administración de justicia es perversa.

Primera edición en portugués: *Companhía das Letras*, 1990.
Primera edición en español: *Cal y Arena*, 1993.

Diseño de la maqueta: *José González Veites.*
Portada: *Rodrigo Abreu García.*
Ilustración: *Merrit Dekle.*

© Rubem Fonseca, 1993.
© Aguilar, León y Cal Editores, S.A. de C.V.
Mazatlán 119, Col. Condesa. Delegación Cuauhtémoc
06140, México, D.F.

ISBN: 968-493-252-9

Reservados todos los derechos. El contenido de este libro no podrá ser reproducido total ni parcialmente, ni almacenarse en sistemas de reproducción, ni transmitirse por medio alguno sin el permiso previo, por escrito, de los editores.

IMPRESO EN MEXICO

Hasta el momento hemos hablado de un paradigma indiciarlo (y sus sinónimos) en sentido lato. Ha llegado el momento de desarticularlo. Una cosa es analizar huellas, astros, heces (animales o humanas), flemas, córneas, pulsaciones, campos de nieve o cenizas de cigarrillo; otra es analizar escrituras o cuadros o discursos. La distinción entre naturaleza (inanimada o viviente) y cultura es fundamental más que aquella, infinitamente más superficial y mudable, entre cada una de las disciplinas.

Carlo Ginzburg,
Mitos, emblemas, indicios.
Morfología e historia

La historia —dijo Stephen— es una pesadilla
de la cual trato de despertar.

JAMES JOYCE, *Ulises*

1

El portero del edificio Deauville oyó el ruido de pasos furtivos bajando las escaleras. Era la una de la mañana y el lugar estaba en silencio.

—¿Entonces, Raimundo?

—Vamos a esperar un poco —respondió el portero.

—No va a llegar ya nadie. Todo el mundo está durmiendo. —Al menos una hora.

—Mañana tengo que levantarme temprano.

El portero fue hasta la puerta de vidrio y miró hacia la calle vacía y silenciosa.

—Está bien. Pero no puedo tardarme mucho.

En el octavo piso

La muerte se consumió en una descarga de gozo y de alivio, expeliendo residuos excrementicios y glandulares —esperma, saliva, orina, heces—. Se apartó, con asco, del cuerpo sin vida sobre la cama al sentir su propio cuerpo manchado por las inmundicias expulsadas de la carne agónica del otro.

Fue al baño y se lavó con cuidado bajo la regadera. Una mordida en su pecho sangraba un poco. En el botiquín había yodo y algodón, que le servirían para una curación rápida.

Tomó su ropa de la silla y se vistió, sin mirar al muerto, aunque tuviese la punzante conciencia de la presencia de éste sobre la cama.

No había nadie en la portería cuando salió.

* * *

El hombre conocido por sus enemigos como el Angel Negro entró en el pequeño elevador, que ocupó por entero con su voluminoso cuerpo, y salió en el tercer piso del Palacio de Catete. Caminó casi diez pasos en el corredor en penumbra y se detuvo frente a una puerta. Dentro, en el modesto cuarto, vestido con una pijama de rayas, sentado en la cama con los hombros caídos, los pies a algunos centímetros del suelo,

estaba el hombre que le protegía, un viejo insomne, pensativo, fatigado, de nombre Getulio Vargas.

El Angel Negro, después de intentar oír algún ruido que viniera del cuarto, reculó, apoyando la espalda en una de las columnas corintias simétricamente dispuestas en la balaustrada tetragonal de hierro que cercaba el vano central del *hall* del palacio, en aquella hora silencioso y oscuro. "Debe estar durmiendo", pensó.

Después de cerciorarse de que no había anormalidades en el piso residencial de palacio, Gregorio Fortunato, el Angel Negro, jefe de la guardia personal del presidente Getulio Vargas, bajó las escaleras en dirección al gabinete de asesoría militar, en la planta baja, verificando, en el camino, si los guardias se mantenían en sus puestos, si el Palacio de las Aguilas estaba en paz.

El mayor Dornelles conversaba con otro asesor, el mayor Fitipaldi, cuando Gregorio entró al gabinete.

El jefe de la guardia personal, luego de examinar con los dos asesores militares el plan de seguridad que se adoptaría en la visita del presidente al Jockey Club el domingo, día del Gran Premio de Brasil, se fue a su cuarto.

Se quitó el revólver y el puñal que siempre cargaba, los puso sobre la mesita y se sentó en la cama, donde había varios periódicos esparcidos.

Leyó los encabezados, aprensivo. Aquel año había comenzado mal. Apenas en febrero, ochenta y dos coroneles, apoyados por el entonces ministro de Guerra, general Ciro do Espirito Santo Cardoso, habían divulgado un manifiesto golpista y reaccionario criticando las huelgas de los trabajadores y hablando ardorosamente del costo de la vida. El presidente había removido al ministro traidor, sin tener otro general de confianza para sustituirlo. Gregorio sabía que el presidente no creía en la lealtad de nadie de las fuerzas armadas desde que el general Cordeiro de Farias, que siempre había comido de su mano como un cachorrito, lo apuñalara por la espalda en 1945. Pero terminó colocando en el Ministerio de Guerra a un hombre en quien tampoco confiaba, el general Zenobio da Costa, aceptado sin restricciones por los militares por haber sido uno de los comandantes de la Fuerza Expedicionaria Brasileña que luchara al lado de los norteamericanos en la guerra. Para apaciguar a los milicos fue obligado a pedir la dimisión del Ministerio de Trabajo a su amigo Jango Goulart. Todo esto pasó antes de que acabase febrero. "Sí, fue un mal comienzo de año", pensó Gregorio. En mayo los golpistas habían intentado la destitución del presidente, y el traidor Joao Neves ayudó a difundir falsedades sobre un acuerdo secreto entre Perón y Getulio. Gregorio no olvidaba que Joao Neves le había dicho, aún como ministro de Relaciones Exteriores: "No meta la nariz donde no lo llaman, negro

sucio", todo porque él, Gregorio, intentaba establecer un contacto directo entre el presidente y el emisario del presidente Perón de Argentina. Aún en mayo, el entierro de un periodista, muerto a puñetazos por un policía conocido como Patada de Muía, fue usado como pretexto para una manifestación contra el gobierno por los fanáticos seguidores de Corvo, los "lanterneiros", un grupo de golpistas que se reunían en el Club da Lanterna, apoyados por las "malamadas", una asociación de amas de casa histéricas. En julio, la canalla udenista, siempre con propósitos huelguistas, inventaba una conspiración comunista. Atrás de todo estaba la siniestra figura del Cuervo.

Sobre la cama estaba un ejemplar de *Ultima Hora*, el único periódico importante que defendía al presidente. En la primera página, una caricatura de Carlos Lacerda. El artista, acentuando los anteojos de aros oscuros y la nariz aguileña del periodista, dibujaba un cuervo siniestro trepado en un gallinero. El Angel Negro levantó el brazo y clavó con fuerza el puñal en el dibujo. La hoja traspasó el periódico y las cobijas, perforó el colchón, emitiendo un sonido escalofriante al rozar uno de los resortes.

Gregorio puso el revólver de vuelta en la pistolera y el puñal en la funda de cuero. Se puso el saco y salió del cuarto.

* * *

Al amanecer de aquel 1º de agosto de 1954, el comisario de policía Alberto Mattos, cansado y con dolor de estómago, tomó dos tabletas de antiácido. En tanto masticaba las tabletas, hojeó el libro de derecho civil que estaba sobre la mesa. Siempre fue un pésimo alumno de derecho civil en la facultad. Tenía que estudiar mucho aquella materia si quería ganar el concurso para juez en noviembre. Prendió el radio que siempre tenía a su lado. Giró el selector y se detuvo al oír una voz que decía: "La televisión me fue negada por el señor Assis Chateaubriand, a quien hoy el gobierno se alía con la misma desenvoltura y cinismo con que antes mandaba insultarlo como traidor a la patria".

Tocan a la puerta.

—Entra —dijo el comisario.

El agente Rosalvo, que trabajaba en las guardias con Mattos, entró al despacho. El comisario creía que Rosalvo no recibía sobornos de los *bicheiros*[1] ni de los españoles que sacaban provecho del lenocinio. Sin embargo y a decir verdad, Rosalvo era un "comequieto", que en el argot policiaco significa un policía que se corrompe disimuladamente, sin que sus colegas se enteren.

—¿Oyendo a Lacerda, doctor? El mar de lodo cada vez crece más. ¿Vio la palabra que el hombre inventó? *Kakistocracia*: gobierno de los peores elementos de una sociedad. Los kakistócratas van a perder las elecciones. Sarazate se va a elegir en Ceará, Meneghetti en Rio Grande do Sol, Pereira Pinto en Rio, Cordeiro de Farias en Pernambuco. El pueblo no confía ya en Getulio. ¿Ya vio el plan que Etelvino armó para las elecciones presidenciales? Una mancuerna Juárez-Juscelino, una victoria fácil.

—¿Qué quieres?

—Llegó el café de los presos —dijo Rosalvo—. Usted pidió que le avisaran.

En la prisión, en dos celdas con capacidad prevista para ocho presos, había treinta hombres. Las celdas de todas las delegaciones de la ciudad tenían exceso de presos en espera de una vacante en los presidios, unos esperando la decisión de la corte, otros ya condenados.

Mattos consideraba aquella situación ilegal e inmoral, y había intentado hacer un movimiento huelguista en el Departamento Federal de Seguridad Pública: los policías dejarían de trabajar hasta que todos los presos fuesen transferidos a las penitenciarías. El comisario no consiguió apoyo de sus colegas. Las penitenciarías también estaban abarrotadas, y la huelga propuesta por Mattos no tendría ninguna consecuencia práctica, causaría solamente una repercusión negativa. Mattos afirmaba que ese era el objetivo preliminar de la huelga, llamar la atención de la opinión pública y forzar a las autoridades a buscar una solución para el problema. “Una utopía disparatada —dijo el comisario Padua—, te equivocaste de profesión”.

Los asesores jurídicos del DFSP habían recibido órdenes para encontrar una manera legal de destituir a Mattos, pero lo más que consiguieron fue suspenderlo por treinta días. El delegado Ramos, titular del distrito donde Mattos trabajaba, evitó, a través de sus amistades en la Jefatura, que fuese transferido para el distrito de Brás de Pina, como los corruptos del gabinete querían, con el objeto de castigarlo. Ese distrito, además de distante, tenía instalaciones precarias y presentaba mayores índices de contingencias policiacas, sólo atrás del 2º Distrito, Copacabana.

Pero Ramos no quería proteger al comisario; el delegado usaba el nombre de Ramos para amenazar a los banqueros. En cierta ocasión, Rosalvo, el agente, sorprendió a Ramos diciéndole de forma intimidatoria a un banquero de *bicho*: “Te mando al comisario Mattos para que cierre todos tus antros, ¿oíste?”. Cuando se retiró el banquero, Rosalvo le dijo al delegado: “El doctor Alberto Mattos lo mataría si descubre que usted está usando su nombre”. Ramos se puso pálido. “Cómo es que lo podría saber? Los *bicheiros* no son tan locos para irlo a contar. Sólo que fueras tú.” Rosalvo respondió: “¿Yo?

Doctor, un macaco inteligente no mete mano en garitos".

Toda la delegación tenía un tira que recibía dinero de los *bicheiros* de su jurisdicción para repartirlo con los colegas. Ese policía era conocido como "recogedor". El dinero de los *bicheiros* —el "levantado"— variaba de acuerdo con el movimiento de puntos y la ganancia del delegado. Rosalvo, como un buen "comequieto", no entraba en la repartición del "levantado" pues recibía por fuera, directamente de los *bicheiros*; éstos querían tener el favor del ayudante del comisario Mattos; la honestidad del comisario era considerada por los contraventores como una amenazadora manifestación de orgullo y demencia.

Policías apreciados en el gabinete del jefe de la policía también participaban en esa complicidad venal. Periódicamente, algún centro de juego, conocido como "fortaleza", era ocupado por la policía, provocando siempre el mismo titular: LA POLICÍA DESTROZA UNA FORTALEZA DE BICHO. Era una forma de satisfacer los escrúpulos de algunos segmentos de la opinión pública; la mayoría de la población practicaba en forma ostensible esa modalidad de contravención. Periodistas, jueces, funcionarios calificados en el Ministerio de Justicia, de cuya estructura el Departamento Federal de Seguridad Pública era parte, también eran sobornados por los banqueros. La Comisión Especializada de Costumbres, que tenía como una de sus principales finalidades la represión del juego prohibido, era la que más soborno recibía.

* * *

En la madrugada de ese 1º de agosto, Zaratini, el mayordomo de palacio, que acostumbraba despertar temprano, al abrir una de las ventanas que daba para el jardín, vio a Gregorio sentado en un banco, cerca de la pequeña fuente de mármol. El jefe de la guardia, al oír el ruido de la ventana cuando se abría, miró para arriba y vio al mayordomo. Sin responder al saludo que Zaratini le hizo con la cabeza, Gregorio se levantó y caminó en dirección a la casa donde se alojaba la guardia personal, anexa a palacio. Eran las cinco de la mañana.

Gregorio tocó a la puerta del cuarto donde dormía el cocinero Manuel. Con cara de sueño, Manuel abrió la puerta.

—Prepárame un mate bien caliente.

Gregorio se sentó a la mesa en el comedor vacío. Manuel trajo el mate. En ese instante llegó Climerio Euribes de Almeida, integrante de la guardia personal del presidente y compadre de Gregorio. Había salido de su casa, en un suburbio distante, aún de madrugada para

poder llegar a tiempo.

—¿Alguna orden, jefe?

—Ven a mi sala —dijo Gregorio, al percibir la proximidad de Manuel, que arreglaba una mesa al lado. No quería conversar sobre aquel asunto en presencia de otros; el lacerdismo era como una enfermedad contagiosa, peor que la sífilis o la gonorrea; no se sorprendería si hubiese alguien infectado en la guardia.

A solas en la sala de Gregorio, con la puerta cerrada:

—¿Qué diablos? ¿Donde está el tal hombre de confianza? Debíamos hacer el servicio en julio y ya estamos en agosto.

Gregorio estaba cansado de esperar que alguna víctima de las calumnias del Cuervo hiciese algo. Todos se decían amigos del presidente, pero además de burlarse del Cuervo con un chismorreo estéril, lo más que hacían era una bobada como la del hijo de Oswaldo Aranha, que con un arma en la mano sólo le dio un puñetazo en la cara al difamador; pudiendo matar al Cuervo, se contentó con quebrarle los anteojos. Ninguno de ellos quería sacrificar la vidita confortable que llevaban a costa del presidente, bebiendo whisky en los cabarets y andando con putas. De aquellos chaqueteros cobardes no se podía esperar gran cosa. Todos se habían enriquecido en el gobierno, pero pocos eran agradecidos con el presidente.

Climerio, nervioso:

—Déjemelo a mí, jefe.

En verdad, Climerio no tenía ningún hombre de confianza que hiciera el trabajo. El jefe no quería que fuese alguien ligado a palacio y mucho menos de la guardia personal, y la única persona que encontró, un sujeto llamado Alcino, un carpintero desempleado, amigo del alcahuete Soares, no era, ciertamente, una persona calificada. Algunos días atrás, Climerio fue con Soares y Alcino a un mitin del Cuervo en Barra Mansa. El carro de Soares donde viajaban se descompuso y llegaron retrasados al mitin. “El hombre es ése de ahí”, dijo Climerio, señalando a Lacerda que pronunciaba un discurso. Alcino dudó al ver que Lacerda no era farsante como Naval, un sujeto que Soares le había pedido que matara por creer que era amante de su mujer, Nelly. Naval estaba parado en la estación de Pavuna; Alcino disparó y mató a un desconocido que estaba cerca de Naval, que salió ileso. Climerio estaba convencido de que Alcino no servía para aquella empresa, mas, para no perder la confianza del jefe, al volver a Rio no le contó el fracaso de Barra Mansa. Conquistó la confianza de Gregorio cuando le dijo los nombres de los guaruras de Lacerda, todos, o casi todos, mayores de la Fuerza Aérea: Fontenelle, Borges, Del Tedesco, Vaz. Había también un tal De Carrera, que Climerio creía que era del Ejército, y un Balthazar, de la Marina. Eran lacerdistas fanáticos y llevaban armas de grueso calibre. Entonces el Angel Negro dijo que si

los guaruras del Cuervo usaban .45 el hombre escogido por él, Climerio, tendría que hacer otro tanto.

—Jefe, no se preocupe. Déjemelo a mí —respondió Climerio.

Ahora, pasando los dedos por las marcas de viruela del rostro, lo que siempre hacía cuando estaba nervioso, repitió las mismas palabras: "Jefe, déjemelo a mí".

—Pero date prisa —dijo Gregorio.

—Voy a ver a ese hombre inmediatamente.

Tal vez Alcino bien instruido hiciese el servicio bien.

* * *

En la prisión, el comisario Mattos vio a los presos tomar café y oyó sus quejas. En aquel día se conmemoraba el Día del Preso. Por iniciativa de la Asociación Brasileña de Prisiones fue instituido un santo patrono para los presos. La elección del patrono recayó, por sugerencia del cardenal don Jaime de Barros Cámara, en la figura del apóstol san Pedro que, conforme a las palabras del prelado, sufrió en vida los horrores de la cárcel. El comisario pensó en divertirse con los presos: "ustedes viven quejándose con la barriga llena, hasta un santo patrón ya han ganado y todavía quieren más"; pero el disgusto que sintió al entrar en las celdas cambió su ánimo. Si no fuese un comodino, un conformista cobarde, aprovecharía el Día del Preso para soltar a todos aquellos presos jodidos. Pero no bien anotó las quejas regresó a su despacho.

A las once horas miró el reloj, ansioso por que pasaran los 60 minutos que faltaban para que acabara la guardia. Mas en ese instante llegó una RP. La Central, recibió la comunicación de un homicidio. Alberto Mattos llamó a Rosalvo para que lo acompañara al lugar.

—Ya son más de las once, ¿por qué no deja el 121 para el doctor Maia?

—Aún no es mediodía.

Tomaron la vieja camioneta de la delegación, sucia del café de los presos, que había llevado temprano en la mañana. Al pasar por un café, Alberto Mattos ordenó que se detuvieran, salió de la camioneta y tomó un vaso de leche. La acidez no paraba de roerle el estómago.

La RP los esperaba en la puerta del edifico Deauville.

Los dos policías fueron hasta el octavo piso. Un guardia estaba en el *hall*, con el agente que llevaba la RP. La puerta del apartamento estaba abierta. Mattos y Rosalvo entraron en una salita donde había dos hombres elegantemente vestidos con ropas caras. En un espejo en la pared, el comisario vio su rostro con la barba de un día sin rasurar, la camisa arrugada, la corbata chueca, el traje ordinario que usaba.

Por el espejo reconoció a uno de los hombres, el más bajo y robusto: Galvao, el famoso penalista. Luego de estudiar derecho, cuando aún no entraba a la policía, Mattos fue a trabajar como asistente de un abogado de oficio y representó a un pobre diablo envuelto con una pandilla de falsificadores. Galvao era el abogado del jefe de la pandilla. El único absuelto fue el cliente de Mattos.

Galvao y el otro se dirigieron a Rosalvo, quien estaba mejor vestido que el comisario.

—Soy el agente Rosalvo —dijo el agente al darse cuenta del equívoco—. Este es el comisario, el doctor Alberto Mattos.

—Galvao —dijo el abogado extendiendo la mano. No demostraba haber reconocido a Mattos. Una voz gruesa, gentil, pero llena de autoridad—. Estoy aquí como amigo de la familia. Este es el doctor Claudio Aguiar, primo de la víctima.

—¿Quién les avisó?

La rudeza de Mattos no pareció incomodar a Galvao. Sin perder su compostura de gran abogado respondió que fue la criada. Ella llamó a la policía y en seguida a Claudio Aguiar.

—Creí que la policía llegaría antes que nosotros.

—¿Cuál es el nombre del muerto?

—Paulo Machado Gomes Aguiar.

—¿Profesión?

—Industrial.

—¿Soltero o casado?

—Casado.

—¿Donde está su mujer?

—En la casa de campo, en Petrópolis. Aún no se le avisa…

—¿No le han avisado?

—Quisimos privarla del horror de ver al marido asesinado, de la brutalidad de la investigación criminal… Ella es una persona muy sensible… Estaban muy unidos… —respondió Galvao.

—¿Dónde está el cuerpo? Espero que no hayan tocado nada.

—Ni siquiera hemos entrado al cuarto.

—Creo que usted no tiene nada que hacer aquí, doctor Galvao. Ni el señor…

—Aguiar —dijo el primo del muerto que había permanecido callado hasta entonces.

El abogado y el primo todavía continuaron parados en medio del *hall*. Mattos se aflojó la corbata aún más. Tragó saliva. Resopló.

Galvao metió la mano al bolsillo del saco. De una cartera de cuero extrajo una tarjeta de visita.

—Si usted necesita algo…

El comisario se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Dígale a la mujer de la víctima que quiero verla el lunes. En la delegación.

—No sería mejor… —inició Galvao.

—El lunes.

—El lunes es mañana.

—Exactamente.

Galvao tocó levemente el codo de Aguiar, que apartó el brazo.

—Vamos —dijo el abogado con su voz de fondo de barril.

—Otra cosa —dijo Mattos—. Antes de salir dígale a la criada que encontró al muerto que venga a hablar conmigo.

Una mujer de cuarenta años, de uniforme negro con delantal blanco y una especie de cofia en la cabeza, apareció en el *hall*.

—¿Cómo se llama?

—Nilda.

—¿Dónde está el cuerpo?

Mattos y Rosalvo siguieron a la criada.

—Espere aquí afuera, Nilda.

El muerto, un hombre de alrededor de treinta años, alto, musculoso, delgado, estaba tendido en la cama totalmente desnudo. En el rostro, varios hematomas. Marcas en el cuello. Las sábanas estaban manchadas de sangre, materia fecal y orines. Los dos policías se movieron cuidadosamente por el cuarto, para no destruir posibles indicios. Mattos empujó con el codo la puerta entreabierta del baño, no quería mezclar sus huellas digitales con otras que pudiesen existir. Un espejo grande ocupaba toda la pared, encima de una banca de mármol sobre la cual estaban amontonados frascos de perfume, cepillos para ropa, jabones y otros objetos. El comisario con el codo abrió la cortina de la regadera. Cuando examinaba, sin tocar nada, un jabón con algunos cabellos, un brillo llamó su atención. Se acercó. Era un gran anillo de oro. Se lo guardó en el bolsillo del saco, sin que Rosalvo viese. El anillo hizo un leve tintineo al chocar con el diente de oro que Mattos siempre cargaba consigo. Al percibir que el anillo había tocado el diente una sensación de enojo se apoderó de él; súbitamente, el comisario cambió el diente de oro de un bolsillo a otro, y casi lo deja caer en el piso.

—Telefonea al Despacho de Exámenes Periciales, pide un peritaje —dijo Mattos, intentando esconder su momentánea confusión.

—¿IML también? —preguntó Rosalvo.

—También, también.

Rosalvo se acercó a la mesita de noche, donde había un teléfono.

—Ese no. Puede tener huellas digitales.

Nilda esperaba a la puerta del cuarto.

—¿Hay más empleados en la casa?

—La cocinera y el mayordomo. Están en el cuarto donde lavan los trastes.

El comisario, acompañado de Nilda, fue hasta el cuarto. Una mujer gorda con un delantal y un hombre vestido con pantalones a rayas y chaleco negro, sentados junto la mesa, se levantaron asustados.

—Esperen allá fuera. Voy a platicar con Nilda. Después los llamo —dijo el comisario cerrando la puerta entre el cuarto y la cocina.

—¿Tú llamaste a la policía?

—Sí.

La voz trémula. Esa era otra cosa desagradable de ser policía: las personas cuando no sentían odio sentían miedo ante él.

—¿Cómo fue que descubriste el cuerpo de tu patrón? No te apresures.

—Fui a llevarles el café y toqué en la puerta de la recámara y nadie contestó.

—¿Llevarles? ¿A quiénes?

—Al doctor Paulo y a doña Luciana.

—¿La mujer de él no andaba de viaje?

—Yo no sabía. Ella se había ido de viaje por la tarde y yo no sabía.

—¿Quién te dijo eso?

—El primo del patrón, el doctor Claudio.

—¿Qué hora era?

Silencio. Rosalvo entró en el cuarto.

—¿Eran las once?

—¿Las once? No recuerdo.

—Estás mintiendo, Nilda.

La criada rompió a llorar.

—No hay razón para que llores. Calma. No te voy a hacer nada. Sólo deja de mentir. Si dejas de mentir, no te reñiré. Tú dijiste que tu patrón despierta temprano. Digamos que llegaste con el café a las ocho. Viste a tu patrón muerto. No sabías qué hacer y te acordaste del primo de tu patrón y lo llamaste; él te dijo que esperaras, que no hicieras nada, que ya venía para acá. Entonces el primo del patrón llegó con el abogado, aquél bajito de voz gruesa, y el bajito te dijo que esperaras un poco más antes de llamar a la policía y tú hiciste lo que te mandó. ¿No fue así?

—Así fue.

—Deja de llorar. No estoy riñéndote.

—El doctor es gente fina, no es ningún kakistócrata —dijo Rosal vo.

—Entre que descubriste a tu patrón muerto y llamaste a la policía, pasaron tres horas.

—Ahí está la cosa —dijo Rosalvo.

—Quiero que me digas lo que el primo de tu patrón y el abogado hicieron en ese tiempo.

* * *

Finalmente, Mattos logró poner en orden los pensamientos de Nilda y saber qué había pasado. Galvao y Aguiar habían tardado en llegar. En tanto, Nilda contó a la cocinera y al mayordomo lo que había descubierto, pero ninguno de los dos tuvo valor para ir a ver al patrón muerto. Cuando los visitantes llegaron fueron inmediatamente a la recámara, pero permanecieron pocp tiempo dentro. Nilda no entró con ellos. Aguiar salió del cuarto muy nervioso y Galvao le dijo varias veces que se calmara y le pidió a Nilda que le hiciera un café bien fuerte. Cuando ella trajo el café, Aguiar estaba sentado en el sofá de la sala con la cabeza entre las manos, como si estuviese llorando. Galvao hizo varias llamadas, mencionando algunas veces el nombre de doña Luciana.

—¿No me va a llevar presa? —preguntó Nilda al darse cuenta de que el comisario anotaba en un block su nombre.

—No, no te voy a llevar. Tal vez ya no te necesite más. Quédate tranquila. Dile a la cocinera que venga.

Ni la cocinera ni el mayordomo sabían algo que fuera útil.

—Me trae un vaso de leche, por favor —dijo Alberto Mattos a la cocinera.

—¿Quiere unos bizcochitos?

—No, gracias. Sólo leche.

Mattos acababa de hablar con el mayordomo cuando llegaron los hombre del DEP. El perito era Antonio Carlos, un técnico que Mattos respetaba por sus conocimientos. El comisario dijo a Antonio Carlos que Galvao y un primo de la víctima habían entrado al cuarto y le pidió que verificase si algún indicio podía haber sido destruido.

—No creo que Galvao hiciese algo así —dijo el perito.

—¿Ni para proteger a un cliente?

—Pensándolo bien, no sé…Un abogado es un abogado…

Los hombres del DEP tomaron fotografías, levantaron huellas digitales y papiloscópicas de la estatuilla, de las puertas, del teléfono, de la mesa de noche. Junto con el comisario, abrieron gavetas y armarios, inventariaron el material que debía ser llevado, las cobijas, la ropa del muerto que estaba sobre una silla, una pequeña agenda telefónica de cuero brillante y el jabón con restos de cabello.

—Esto se queda conmigo, por mientras —dijo Mattos, guardándose el cuadernillo en la bolsa.

Los hombres de la morgue pusieron al muerto en una caja de metal abollada y sucia. Los peritos salieron con ellos.

—¿Me puedo ir ahora? —preguntó Rosalvo—. Hoy es el cumpleaños de mi esposa.

—Vete.

El mayordomo en el fondo de la sala carraspeó.

—¿Nos podemos ir ahora?

—Creo que es mejor que esperen a que llegue de Petrópolis la dueña de la casa.

Al salir, Mattos habló con el portero que cuidaba la casa durante el día. A las seis dejaba de trabajar y lo sustituía Raimundo Noronha. Pero Raimundo había salido.

—Dígale que vaya a la delegación en cuanto pueda, para conversar conmigo.

En cuanto llegó a la delegación, Mattos hizo el registro de contingencia y pasó el reporte al comisario Maia, que iba a sustituirlo. En ese momento, el delegado Ramos, que raramente iba a la delegación los domingos, entró en la sala.

—¿Todo bien en la guardia, doctor Mattos? ¿Algo especial? —preguntó Ramos.

—Todo está en el libro de contingencias —respondió Mattos secamente.

Ramos tomó el libro.

—Un homicidio…Ah, un hombre importante… Un figurón… ¿Ya lo sabe la prensa?

"Galvao debe haberle llamado", pensó Mattos.

—Autor o autores desconocidos…—continuó Ramos. Puso el libro sobre la mesa. Como siempre hacía, cuando estaba indeciso y nervioso, giró sobre su dedo el anillo de graduación (de oro, con un rubí en el centro, grabados en altorrelieve de los dos lados, una balanza y una tabla de la ley).

—¿Tienes alguna pista?

—Me voy a casa. Cuando descubra algo le aviso.

Tomó el revólver que siempre dejaba en la gaveta cuando estaba de guardia, lo puso en la funda del cinturón y salió.

* * *

A Gregorio lo llamaron por teléfono varias veces, pero sólo atendió tres telefonemas; después almorzó.

El primer telefonema:

—Es sobre la licencia de Cexim. Necesito hablar contigo hoy.

—Hoy no puedo.

—Es muy importante, teniente. Es mejor que nos veamos. No sólo mis intereses están en juego. También los suyos.

—No me fuerce, Magalhaes. No estoy de buen humor hoy.

—No estoy forzando nada, no me malinterprete; es que pasó algo grave, el presidente de Cemtex…

—Hoy es domingo, no puedo hacer nada. Dentro de poco voy con el presidente al Jockey Club. Háble me mañana —dijo Gregorio secamente y colgó.

El segundo telefonema:

—¿Cuándo se va a hacer el trabajo?

—Por estos días —respondió Gregorio—. Vamos con calma, no quiero correr riesgos inútiles.

—Si te pasara algo (lo que no creo, pues sé que procederás con la prudencia necesaria para evitar cualquier contratiempo), depositaré los dólares a tu nombre en el exterior. Serás un hombre rico. Muy rico. Confía en mí como yo confío en ti.

Tercer telefonema:

—¿Cuándo es que vas a bombardear al hombre?

—Por estos días, doctor Lodi.

Euvaldo Lodi era diputado federal y un líder importante de la Federación de Industrias.

A las tres de la tarde, el jefe del Gabinete Militar de la Presidencia, general Caiado de Castro, llegó al Palacio de Catete. Poco después llegó el ministro de Hacienda, Oswaldo Aranha. Ambos fueron introducidos al despacho del presidente. Poco antes de las cuatro, la comitiva presidencial, integrada, entre otras personas, por el general y por el ministro, entró en los autos que estaban en los jardines del palacio. El mayor Dornelles se sentó al lado del chofer en el auto donde estaban el presidente y su esposa, la señora Darcy.

Gregorio dio instrucciones a los guardias de la Policía Especial e hizo un gesto a Dornelles de que la comitiva podía partir. Su auto, ocupado por otros tres miembros de la guardia personal, estaba atrás del auto del presidente. Precedida por los motociclistas, dos guardias de kepí rojo, la comitiva salió por la puerta de la calle Catete, con dirección al Hipódromo Gávea.

Como Gregorio lo temía, el presidente fue abucheado cuando el locutor del Jockey Club anunció, por los altoparlantes, su llegada. El presidente fingió no darse cuenta de los insultos que venían de las tribunas especiales. De las tribunas populares no venía ningún aplauso, ningún apoyo. “Entonces ¿es así como el pueblo trata al

doctor Getulio? —pensó Gregorio—. Después de todos los sacrificios que hizo y hace por los pobres y los humildes".

Durante el vino de honor, ofrecido por la directora del Jockey, después de la carrera, el Angel Negro, con la fisonomía torva, se puso atrás del presidente, acariciando por dentro del saco el puñal que cargaba en el cinturón.

* * *

Mattos vivía en el octavo piso de un edificio en la calle Marques de Abrantes, en Flamingos. Un apartamento pequeño, al fondo, con sala, recámara, baño y cocina. El baño era la mejor pieza de la casa, espacioso, con una enorme tina antigua, con pies de metal que reproducían las patas de un animal. En la sala cabía nada más una mesa con dos sillas, un librero repleto de libros y una consola que contenía un tocadiscos y compartimentos para discos. Sobre la consola un álbum de discos de 78 revoluciones, con *La Traviata*, otro con *La Bohéme* en *longplay*, y las partituras de esas óperas en italiano. La recámara también era pequeña; en ella había un sofá-cama Drago y una mesita con una lámpara de lectura.

El apartamento estaba caliente, asfixiante en aquel día, a pesar de ser agosto. La ventana del cuarto daba a un pequeño patio interior. El vecino de enfrente discutía con su mujer. Mattos podía ver y oír a los dos gesticulando y gritando. Cerró la ventana, encendió la luz, prendió el radio, se quitó el saco y la corbata, puso el revólver sobre la mesa, abrió el sofá-cama y se quitó los zapatos y los calcetines. Estaba acostumbrado a dormir vestido.

Lo despertó el timbre del teléfono. El locutor en el radio decía: "El presidente de la República, doctor Getulio Vargas, acaba de llegar al Hipódromo de Gávea". Descolgó el teléfono.

—¿Quieres verme hoy?

Era Sálete. Sintió un breve deseo, que pasó pronto. Aquél no era un buen día. Además tenía agruras.

—Estoy cansado.

—¿No estás pensando en mí?

—No estoy pensando en nada.

—Ustedes los policías siempre están pensando en algo. No seas necio.

—Estoy muy cansado.

—Dentro de poco voy para allá y te dejo perfecto.

El policía volvió a oír la radio. *Aragonés*, montado por L. Rigoni, ganó el Gran Premio de Brasil. El había apostado por *Joiosa*, por el misterio del nombre: ¿joyo, joya, *joyeuse*?, ¿o la espada de El Cid

Campeador y otros caballeros ilustres? Pero la yegua llegó en segundo lugar. Tenía que descubrir al autor de un asesinato y estaba oyendo carreras de caballos… Tomó el libro de derecho civil. Como policía, arrojaba a los presos en la cárcel; como juez, iba a hacer que se pudrieran en la prisión inmunda de una delegación. Grandes perspectivas. Tuvo el impulso de aventar el libro contra la pared. Si comenzaba a aventar libros contra las paredes estaba realmente mal de la cabeza. ¿Volver a litigar? Su último cliente le dio una gallina como pago de sus honorarios. Era la madre del cliente, que estaba preso. Una infeliz mujer como la madre de todos los delincuentes que eran apresados. La pobre mujer había decidido que necesitaba pagarle de alguna manera. Recordaba la cara satisfecha de la mujer cuando le dio la gallina, viva, envuelta en papel periódico, con las patas amarradas con una cinta.

Le contó el episodio a Alice. Su ex enamorada quedó desconcertada. El mundo de ella era otro, no había en él gallinas con patas amarradas envueltas en papel periódico. Alice. Alice.

Se quitó la camisa y se durmió.

Lo despertó el timbre de la puerta.

—Me gustas sin camisa —dijo Sálete, abrazándolo.

Mattos se zafó del abrazó, fue a la recámara, seguido por Sálete, y se puso su camisa de guardia.

—Si quieres podemos ir al cine Sao Luiz.

—No quiero ponerme saco y corbata.

—Entonces vamos al Polyteama. En aquel cinucho no es necesario llevar saco y corbata.

—No me gusta el cine.

—Antes te gustaba.

Sálete tomó la funda con el revólver sobre la mesa de noche.

—La película es *El diablo ríe al último*. Tú lo traes en el cuerpo.

Una sonrisa indecisa.

—Deja esa arma, por favor.

—Sabes que adoro agarrar tu revólver.

—¿Quieres hacerme el favor?

Sálete puso el revólver sobre la mesita.

—Hoy no seré una buena compañía —dijo Mattos.

—Siempre que sales de la guardia estás así. Vamos a la cama que te voy a poner bien.

—Necesito bañarme.

—¿Tienes agua?

—Hoy llegó. Ahora es un día sí y otro no.

—Déjame prepararte el baño.

Mientras Sálete llenaba la tina, Mattos se quedó leyendo el libro de derecho civil.

—Vamos, puedes venir —gritó Sálete.

—¿Por qué estás vestida toda de negro?

—¿No sabes que está de moda? ¿Nunca oíste hablar de Juliette Greco, la musa del existencialismo?

—Voy a bañarme solo.

Mattos tomó a Sálete por el brazo y delicadamente la empujó para fuera del baño.

El comisario estaba metido en el agua tibia de la tina cuando Sálete tocó a la puerta.

—¿Puedo entrar?

—No.

Sálete abrió la puerta. Vio la ropa de Mattos regada por el piso.

—Si hay una cosa buena en este viejo apartamento horrible es la tina. Creo que voy a tomar un baño también. En esta tina caben dos personas fácilmente y en mi casa hoy no llegó el agua —dijo Sálete—. Pero antes voy a levantar este tiradero.

Sálete levantó las ropas del piso, las llevó a la recámara y las dejó sobre una silla. Los calzones los guardó en su bolsa. En seguida se quitó el vestido, el fondo y sólo con calzones (no usaba sostén) fue para el baño.

Frente a Mattos, de forma que él pudiese ver sus movimientos, Sálete se quitó los calzones y se metió en la tina. Pasó las piernas alrededor de la cintura y los brazos rodearon los hombros del comisario. Mattos sintió los senos firmes de la muchacha contra su espalda.

—¿Me dejas enjabonarte?

—Estoy muy cansado.

Sálete restregó la espalda de Mattos. El pecho, la barriga, el pubis.

—Voltéate hacia mí —dijo Sálete.

Ella parecía aún más bonita. Había deshecho el chongo que usaba en el cabello, ahora mojado de las puntas.

—¿Cuántos años tienes en verdad?

—Tú sabes muy bien cuántos años tengo —dijo Sálete, levantando una de las piernas de Mattos y sumergiéndolo de espaldas en la tina—. Necesitas cortarte las uñas de los pies.

—Tú me dijiste que tienes veintiuno, pero yo creo que tienes dieciocho.

—Me crees más chica porque te parezco una tonta.

—Eres despierta e inteligente.

—El otro día me dijiste que era una burra.

—Eres analfabeta, fue eso lo que quise decir.

—Sé leer muy bien. Te lo voy a demostrar cuando salgamos de la tina.

—¿Por qué no me muestras tu carnet de identidad?

—Para que no veas mi retrato, está muy feo.

De la tina se fueron a la cama. Durante algún tiempo, él olvidó a los miserables delincuentes jodidos y a las víctimas jodidas y a los jodidos tiras corruptos y a los jodidos tiras honestos.

—¿Quieres que te lea ahora? ¿Sirve este libro que no dejas nunca?

—Sirve.

—Artículo 544. El álveo dejado por el río público o privado pertenece a los propietarios ribereños de las dos márgenes, sin que tengan derecho a indemnización alguna los dueños de los terrenos por donde las aguas abrieran nuevo curso. Entiéndese que el…

—Basta. Lees como gente grande.

—Ustedes los abogados platican unos con otros de una manera muy rara. No sé cómo aguantas quedarte leyendo este libro.

—Odio esa mierda.

—Alveo. Qué cosa es eso.

—Alveo dejado. Es la depresión de terreno que servía de lecho a un río.

Sálete rió:

—¿Los ríos se cambian de lugar?

—Dudar es una señal de inteligencia. No encontrar respuestas es una señal de necedad. Así eres tú.

—Soy burra pero no duermo en un sofá-cama Drago.

Percibiendo que irritaba al comisario, Sálete le dijo que necesitaba comprar una cama decente.

—No cuesta tanto. ¿Sabes una cosa? ¿Te voy a regalar una cama?

—¿Te peleaste hoy con tu coronel? ¿Fue por eso que viniste aquí?

—El no es mi coronel.

—¿Qué es entonces?

—No me gusta esa palabra.

—¿Qué es él entonces?

—Una persona que me ayuda.

—Casa, comida, ropa, dinero para gastar en el peinador, en las tiendas, en las bares.

—Si quieres lo dejo y me vengo a vivir aquí.

—¿Y las parrandas en el Night and Day, en el Beguin, en Le Gourmet, en el Vogue, en el Ciro's? ¿Quieres vivir con un tira honesto en lugar de con un ladrón rico?

—Magalhaes no es ladrón.

—¿No es ladrón? ¿De dónde un funcionario del gobierno toma todo ese dinero? Te dio un apartamento en la playa, un automóvil, fue a pasear contigo a Europa, te pagó un dentista caro para arreglarte los dientes.

—No tengo la culpa si tus dientes están tan mal que no tienen remedio.

—El tipo es un ratero.

—No me gusta oírte hablar así de él. Luiz es una buena persona.

—Entonces vete ahora. Estás aquí porque quieres.

Sálete saltó del lecho. Se paró, desnuda, al lado de la cama, sin saber qué decir. Ella acostumbraba decir que no tenía en las caderas las "dos pulgadas de más que habían derrotado a Marta Rocha en el concurso de Miss Universo". La belleza del cuerpo desnudo de Sálete volvía aún más punzante el disgusto que Alberto Mattos veía en su rostro.

El comisario cerró los ojos. Oyó a Sálete decir: "me voy ahora"; la oyó vestirse; decir: "¿por qué me haces eso?" Oyó azotar la puerta de la calle.

Abrió los ojos.

Había una mancha oscura en el techo del cuarto, probablemente una filtración del piso de arriba. Aquello estaba ahí desde hacía mucho tiempo, pero era la primera vez que lo notaba.

Salió del sofá-cama. Tomó la agenda telefónica que había recogido en el apartamento de Gomes Aguiar. Reconoció algunos nombres. En la letra G, Gregorio Fortunato. En la letra V, Vítor Freitas, seguido de la palabra senador, entre paréntesis. Mattos había oído hablar del influyente senador del PSD. Pero lo que más le interesó estaba en la letra L: Luiz Magalhaes. El hombre que andaba con Sálete.

Tomó el anillo de oro que encontrara en el baño del muerto del edificio Deauville. Lo examinó con atención por primera vez. En la parte inferior tenía grabada la letra F.

2

Las primeras páginas de los diarios traían encabezados sobre el asesinato del industrial Gomes Aguiar. La policía, según el delegado Ramos, tenía una pista de los autores del "latrocinio" que no podía ser revelada para no entorpecer las investigaciones. Varias fotos de Gomes Aguiar y una de Alberto Mattos con el pie "El comisario dirige las investigaciones".

* * *

El comisario llegó a la delegación a las ocho y media de la mañana. Quería llegar temprano para poder visitar la prisión, antes de que llegara Luciana Gomes Aguiar; pero se retrasó por ayudar a un tipo a empujar un Citroën negro parado en medio de la calle. Le dijo al tipo que se sentara al volante y empujó solo el Citroën durante un largo trecho, en medio del tránsito, pero el motor no echó a andar. El carro fue colocado junto al camellón y Mattos junto con el conductor revisaron el motor, pero todo lo que consiguió fue llenarse de grasa las manos y el cuello de la camisa.

Al comisario Maia, que conforme al orden de guardias sustituía a Mattos, no le molestaba que éste fuera a la prisión en los días en que estaba de servicio. Maia detestaba ir a las celdas. "No me gusta el olor", decía.

El café de los presos se retrasaba y el carcelero comenzó a distribuir los primeros vasos de aluminio con café y pan. Los presos conversaban animadamente; algunos reían. "El hombre se acostumbra a todo", pensó Mattos.

—Doctor, doctor ¿y mi inyección? —dijo un defraudador conocido como Fuinha, intentando sacar la cara de entre las rejas.

—¿No te di una dosis ayer?

—Sí, doctor; pero no me compongo, ¿quiere ver? Si me aprieto sale una gotita —Fuinha comenzó a desabotonarse la bragueta.

—No necesito ver nada —dijo Mattos. El comisario mandó al guardia por la caja de metal con la jeringa y las agujas, el frasco de alcohol, las dos ampolletas de penicilina, una de polvo, otra de

líquido, que acostumbraba llevar a las guardias. Cada vez que llamaba a un médico para inyectar a un preso con gonorrea ninguno aparecía. El guardia trajo el material y lo puso sobre una mesita en el corredor. Mattos tomó el hornillo de metal de dentro de la caja, que llenó de agua hasta cubrir la jeringa y las agujas, apoyó la caja en el hornillo, puso el alcohol, lo encendió y esperó a que hirviera el agua. Encajó la aguja en la tapa de caucho del frasco con líquido, aspiró el líquido, sacó la aguja, la hundió en el otro frasco, expelió el líquido de la jeringa, tomó la jeringa dejando la aguja encajada en la tapa, sacudió bien el pequeño frasco para mezclar el polvo con el líquido, encajó nuevamente la jeringa en la aguja y aspiró el líquido. Dentro de la prisión, Fuinha asistía a esos demorados preparativos. Colocó un brazo desnudo hacia fuera, cerró los ojos al ser picado por la aguja.

—¿Hay otro enfermo ahí? —preguntó Mattos.

—Yo, doctor —un preso se aproximó a las rejas.

—Ese sinvergüenza no tiene nada, doctor, es puro cuento —dijo Odorico, el "mayor" de la prisión, un hombre fuerte con un corazón rojo tatuado en el brazo donde estaba escrito *amor de madre*, condenado a más de trescientos años de prisión por robo o asesinato.

—Deja que yo decida —dijo el comisario.

Odorico se calló. Acatar una orden de Mattos no era ninguna humillación.

El mentiroso era un tipo gordo, reincidente, condenado a cinco años de prisión por fraude.

—¿Qué sientes?

—Un dolor en el pecho. Aquí dentro está muy mal ventilado —tosió dos veces.

—Está igual de insoportable —dijo Mattos—; no deberías estar aquí, ninguno debía estar aquí. Pero no hay nada que pueda hacer —el mundo no quería saber de aquellos bandidos, ellos que se jodiesen unos encima de otros como gusanos inmundos. La policía existía para esconder aquella podredumbre a los ojos y narices de la gente de bien.

—¿No sería bueno que me viera un médico?

Astuto el defraudador. Tal vez el médico pudiera ser engañado. La enfermería era mucho más confortable que la de prisión.

—No trates de engañar al señor comisario —amenazó Odorico.

El preso miró al "mayor".

—A decir verdad, ya me siento mejor —dijo.

—Vaya a tomar su café —dijo Mattos.

Rosalvo llegó con *O Cruzeiro y la Tribuna da Imprensa.*

—Mire esto, doctor, ¿quiere leer las infamias de Lutero Vargas, el parásito de la oligarquía?

—No.

—¿Y la historia completa de los once mil dólares que robaron a Lutero Vargas en Venecia?

—No.

—Y esto de aquí: Armando Falcao denuncia contrabando de Jereissati en Ceará. El presidente del PTB ceareñse forma parte de la cuadrilla de ladrones que robó al gobierno. ¿Usted sabe cuál es el principal contrabando? Lino irlandés S-120. Esos nordestinos adoran vestirse con lino irlandés S-120.

—No me interesa.

—Y esto: Por sugerencia de Brandao Filho, delegado de Orden Política y Social, nombrado por instrucciones de Jango Goulart, el general Ancora, jefe de la policía del DFSP, decidió colocar una hoja de pagos a los orejas de la policía. Mire sólo el balazo: "Antiguamente las autoridades trabajaban en colaboración con los delatores sintiendo repugnancia. Hoy en día no hay más esa repugnancia" —pausa—. Lacerda no es menso, no.

El comisario se quedó callado.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—Finalmente, ¿es usted lacerdista o getulista?

—¿Tengo que ser cualquiera de esas dos mierdas?

—No, señor —dijo Rosalvo al ver la mueca del comisario—. Sólo el que carga el costal sabe lo que lleva dentro.

Luciana Gomes Aguiar, acompañada del abogado Galvao, llegó a la delegación a la diez. El policía sintió una instintiva hostilidad contra la mujer, por lo arreglado de su rostro, por la elegancia de su traje sastre negro. "No pasa de ser una plutócrata de buenas maneras", pensó. Como Alice.

—No necesito decirle —dijo el abogado— que la señora Luciana está dispuesta a colaborar con la policía para descubrir al asesino o los asesinos de su marido. Le gustaría poder ser oída con la mayor rapidez posible.

—Antes de tomar formalmente la declaración a la señora Luciana me gustaría hacerle algunas preguntas.

Luciana asintió con un gesto.

—¿Su marido tenía algún enemigo?

—No.

—¿Su marido acostumbraba dormir desnudo?

Luciana no respondió. Miró a Galvao, como diciéndole: "¿Estoy obligada a soportar esto?"

—El doctor Gomes Aguiar no fue asesinado por ningún enemigo. Fue víctima de un robo calificado, lo que los legos llaman hurto —dijo

Galvao, persuasivo.

—¿Acostumbraba dormir desnudo? El cuerpo fue encontrado desnudo sobre la cama.

—Paulo no era un hombre de hábitos rígidos —dijo Luciana.

—Doctor, hay días en que duermo con pijama y otros en que duermo sin pijama. Creo que la mayoría de las personas hacen eso —dijo Galvao.

—¿Notó que faltaba alguna cosa?

—Aún no sé.

—¿No sabe?

—No, no sé.

—No vi ropas femeninas en el cuarto donde…

—Dormíamos en cuartos separados. Mi habitación queda en el piso superior.

—El departamento es un dúplex, como usted debe haber verificado —dijo Galvao.

Los finos dedos de Luciana exhibían sólo una alianza de brillantes. El anillo encontrado en el baño del muerto era muy grande para pertenecer a aquellos dedos. Mattos metió la mano al bolsillo, sus dedos tantearon el diente de oro. El anillo estaba en el otro bosillo.

—¿Ha visto este anillo antes?

—No.

—Estaba en el baño.

—No es de mi marido. El nunca usó un anillo.

—¿Puedo verlo? —pidió Galvao. Puso el anillo en su dedo—. Un hombre de dedos gruesos.

—¿Su marido tenía problemas con algún socio? ¿O con algún empleado de la empresa?… ¿Cuál es el nombre de la compañía?

—Cemtex —dijo Galvao—. No, él no tenía problemas con socios ni empleados.

—¿El senador Vítor Freitas era amigo de su marido?

—Mi marido tenía muchos amigos. El senador Vítor Freitas era uno de ellos.

—¿Y Luiz Magalhaes?

—No sé quién es esa persona.

—Tenía usted una buena relación con su esposo.

—Ellos vivían una perfecta relación matrimonial llena de amor y respeto —dijo Galvao, con el tono de voz que usaba en el tribunal.

El comisario recordó una frase que don Emilio, el maestro de la claque, acostumbraba decir: “Lo mejor del matrimonio es la viudez”. El semblante pálido de Luciana no mostraba dolor alguno, sólo circunspección y dignidad. ¿Qué tipo de persona era aquella?

Mattos llamó al escribano Oliveira y comenzó a tomarle declaración a Luciana.

Luciana Gomes Aguiar y el abogado Galvao se retiraron. Le empezó a doler el estómago a Mattos. El médico le había dicho que tenía una úlcera en el duodeno y que había posibilidades de que la úlcera sangrara en cualquier momento; que comiera cada tres horas y de acuerdo con el régimen prescrito: leche, arroz pastoso, papa cocida, pollo cocido; que evitara el café, alcohol, refrescos, cigarro y comidas picantes; que evitase las preocupaciones; que vigilase las heces: si estaban oscuras como sedimento de café, era señal de sangramiento y tal vez necesitaría ser internado para sufrir una intervención quirúrgica de emergencia.

* * *

Mattos, ahora, se ocupaba de un caso de delito en flagrante por crimen de lesiones corporales, donde el autor y la víctima eran, respectivamente, marido y mujer. La competencia para tomar declaraciones, presidir y consignar en los casos de delito flagrante pertenecía al delegado y el comisario tenía autoridad para ello sólo en ausencia del titular.

En medio de la toma de declaraciones llegó el delegado.

—Con su permiso, ahora vuelvo —dijo Mattos al abogado del agresor, que estaba presente. Tomó a Ramos por el brazo y lo condujo al corredor.

—Haz de cuenta que aún no llegas. Deja que yo termine este caso.

—El abogado me vio.

—Es un tinterillo de oficio. No te preocupes.

—¿Cuál es el artículo?

—El 129. Marido y mujer.

—¿Marido y mujer? Vas a consignar al tipo sólo porque le dio unos sopapos a su mujer?

—Exactamente por eso. El hecho de que sea su mujer es para mí un agravante.

—Pero no para la ley —dijo Ramos controlando su irritación—. Vi a la mujer y no presentaba ninguna lesión.

—Están bajo el vestido. Puede mandar que la examinen.

—Estás siendo más papista que el papa. Te garantizo que la mujer va a estar contra nosotros. Ellas siempre están contra nosotros.

—Todo el mundo está contra nosotros, siempre.

—Cuando llegue al juicio, hasta ese tinterillo logra que absuelvan al marido. ¿Sabes qué va a pasar en el juicio?

—Sí. La mujer va a decirle al juez que las contusiones encontradas

en el examen se las hice yo.

—Más o menos. Déjalos. Entre marido y mujer, nadie se debe meter.

En cierta ocasión, Rosalvo, que acababa de graduarse en derecho y estudiaba psicología forense en la Escuela de Policía, hizo esta descripción de Ramos, utilizando confusamente las teorías de Bertillon, Kraepelin, Kretschmer: faz trapezoidal, perfil ortognático, parietales desviados, cráneo en quilla, constitución pícnica, temperamento viscoso. Viscoso, pícnico, ortognático.

Mattos rió con desprecio.

—¿Te estás riendo? Después no digas que no te avisé.

—Sé lo que estoy haciendo —dijo el comisario nuevamente con cara seria—. Voy a terminar el caso.

Autor, víctima, abogado y escribano esperaban al comisario.

—Entonces, doctor, ¿todo resuelto?

—Todo. Vamos a continuar con el caso.

—Doctor, mi cliente fue impulsado por un superior valor moral, pues era injusta la provocación de la víctima.

—Dígaselo al juez.

—Doctor, hasta usted señor, que es un hombre instruido, al contrario de mi cliente que es un estibador del puerto, un hombre rudo, analfabeto; hasta usted, señor, perdería la paciencia si su esposa le dijera las cosas que la mujer de mi cliente le dice a él.

—Ya pedí disculpas —susurró humilde la mujer, desde el fondo de la sala.

—Ella está arrepentida, sabe que se equivocó; pidió disculpas, ¿no oyó? —dijo el abogado.

—Ese delito se persigue de oficio, no me interesa la opinión de la víctima. Vamos a continuar la consignación.

—Doctor, ella le dijo a mi cliente impotente. Ningún marido puede oír a su esposa llamarlo impotente sin perder la cabeza. ¡Tenga piedad!

—Nadie más autorizado para llamar impotente a un tipo, que su mujer —dijo el comisario.

Se levantó el acta y la mujer fue enviada a que le realizaran un examen. El marido pagó una pequeña fianza como mandaba la ley y fue liberado.

Mattos tomó un *Pepsamar* del bolsillo, lo puso en su boca, masticó, lo mezcló con saliva y lo tragó. El cumpliría la ley. Haría un mundo mejor.

* * *

En tanto, en el centro de la ciudad, Sálete Rodrigues, vistiendo un conjunto de elástico de lana, que la revista *A cigarra* decía haber sido lanzada por las existencialistas, tomaba el elevador de un edificio de la avenida Treze de Maio y se bajaba en el duodécimo piso, sede de la Fundación Getulio Vargas.

—¿Qué desea? —preguntó una recepcionista atrás de un mostrador.

Sálete dijo que deseaba inscribirse en el curso para secretaria. Se le informó que las materias del curso eran portugués, taquigrafía, matemáticas y mecanografía. Había un curso nocturno y otro diurno. Para inscribirse, había que presentar el certificado de secundaria.

El rostro de Sálete enrojeció al oír esto. Dio las gracias y salió apresuradamente.

Nerviosa, en el *hall* esperaba a que llegara el elevador. Estaba segura de que la recepcionista al verla ruborizarse descubrió todo: que ella había cursado sólo la primaria, que no tenía ningún certificado de secundaria que enseñar. En julio ella podría tener un empleo en el Senado. Estaba con Magalhaes en el Beguin, durante una presentación del cantante existencialista Serge Singer, cuando Magalhaes le dijo: "Te voy a meter al tren de la alegría del Senado". Magalhaes tenía muchos compinches senadores y sería fácil conseguirle un empleo. "No tendrías que ir allá, sólo cobrar a fin de mes". Ella le dijo a Magalhaes que tenía "pocos estudios" y él le respondió que el Senado estaba lleno de gente que había "entrado por la ventana". Ella tuvo miedo y le pidió a Magalhaes que no hiciese nada. Ahora, siempre que oía su programa favorito en Radio Nacional, con Iara Sales Heber de Boscoli, que se llamaba *Tren de la alegría*, se arrepentía de no haber aceptado el empleo. Finalmente, podía haber aprendido mecanografía, ir a una escuela de mecanografía en un desván de la calle Carioca y ver a un montón de mulatitas raquíticas batiendo los teclados. Si aquellas infelices aprendían a escribir a máquina ella también podía aprender.

Al llegar a la calle sintió un gran consuelo al notar que los hombres volteaban a mirarla. Se quedó haciendo tiempo en el centro de la ciudad para poder ver la segunda función de *El manto sagrado*, con Víctor Mature, en el cine Palacio. Lloró durante la proyección.

Aún era temprano para ir al centro espiritista de la madre Ingracia, en Rocha. Compró en una farmacia un frasco de Vanadiol que el radio decía que era bueno para los nervios. Anduvo por la calles Goncalves Dias, Oidor y Uruguaiana, mirando los aparadores. Entró en la tienda de ropa A Moda y pidió para probarse un vestido que vio en el aparador.

—La tienda no hace honor a su nombre —le dijo a la vendedora—;

es muy *démodé*.

Como había poco movimiento en la tienda, Sálete y la vendedora comenzaron en poco tiempo a intercambiar confidencias en voz baja. La vendedora le confesó que no soportaba más trabajar en aquel lugar, que la gerente era una harpía. Sálete le dijo que su vida tampoco era muy buena; le gustaba un hombre y vivía con otro. Lo que la salvaba era tener dinero para comprar ropa. Cuando se sentía muy infeliz, explicó, compraba un vestido nuevo, uno de esos modelos que hacía que la gente la mirara en la calle. Le gustaba que la gente la mirara cuando estaba bien vestida. Eso la ayudaba a sentirse un poco más… un poco más… hmm… libre.

—La ropa elegante me ayudó a vencer en la vida.

Viendo que la muchacha era comprensiva, Sálete habló de su pasado, incluso sabiendo que era una maldad poner ideas en la cabeza de alguien sin cara ni cuerpo para ascender en la vida.

Si ella no hubiera andado siempre elegante aún estaría en la casa de doña Floripes, en la calle Mem de Sá, cerca de Cruz Vermelha, jodiendo con banqueros y comerciantes. Contó cómo tuvo fuerzas para despreciar malos consejos y malas influencias, como los de la misma doña Floripes que le decía que guardara dinero para la época de las vacas flacas: "La puta tiene vida corta, los pechos se caen de la noche a la mañana. Y viene la celulitis. Deja de gastar todo en ropa y afeites". Si no fuese por la ropa y los afeites, no habrían reparado en ella los hombres importantes con quien empezó a andar —políticos, gente de la *high society*, mandamases del gobierno— y estaría usando agua de colonia Regina en lugar de perfume francés.

—Pero debes tener un cuerpo bien hecho, para que la ropa te quede bien.

Después de las doce y media fue a almorzar en Colombo. Magalhaes decía que Colombo ya no era frecuentado por gente fina, como antes, pero ella adoraba entrar en aquel gran salón de paredes altas, cubiertas por espejos; se emocionaba con la pequeña orquesta que tocaba valses de Strauss. Sólo había visto algo tan bonito en Europa, cuando viajó con Magalhaes.

Después del cine tomó un taxi y fue para el centro espiritista. Entregó a la madre Ingracia el calzón que tomara en casa de Mattos, para verla hacer el trabajo.

Cuando llegó a su apartamento, llamó a Magalhaes y le dijo que le gustaría ir a un centro nocturno aquella noche. Sálete quería ir al Beguin, pero Magalhaes dijo que necesitaba ver a alguien en el Night and Day.

El cabaret quedaba en el entresuelo del hotel Serrador, en

Cinelandia, en la esquina de la calle Senador Dantas, entre los cines Odeon, a la izquierda, y Palacio, a la derecha. Desde la ventanal del cabaret se podía ver el lado este del Palacio Monroe, a aquella hora desierto. Pero a la derecha, la mancha oscura de los jardines del Passeio Público sobresalía de entre las luces de la fachada del cine.

—¿Puedes conseguir que vaya al té del Vogue los domingos? Ayer intenté entrar y no me dejaron.

—¿Y para qué quieres ir a ese té danzante? —Magalhaes sabía que sólo muchachas y niños ricos frecuentaban el Vogue las tardes del domingo. Jamás dejarían entrar a una putilla.

—Quería oír a la orquesta de Fats Elpidio.

—Hay mil lugares donde puedes oír a la orquesta de Fats Elpidio. No tiene que ser en medio de esos pesados burgueses de mierda.

Poco antes de comenzar el *show* de media noche, el *maître* trajo ante Magalhaes a un hombre cuyo traje oscuro de contador desentonaba con los linos y panamás blancos de los otros hombres presentes.

—Siéntese —dijo Magalhaes.

El hombre se sentó, después de hacer, en dirección a Sálete, un leve gesto de cortesía con la cabeza.

—¿El japonés lo manda?

—El señor Matsubara me pidió que le entregara esto —dijo el hombre secamente, tomando un sobre del bolsillo. Sólo entonces Magalhaes percibió, en la penumbra del cabaret, que el recién llegado era un japonés, pero nacido en América.

—¿Vino directo de Marilia? —preguntó Magalhaes guardando el sobre en su bolsillo—. ¿Tuvo buen viaje? —agregó, procurando ser amable.

El japonés no respondió. Se levantó.

—¿Algún recado para el señor Matsubara?

—Dígale que su contribución no será olvidada.

El hombre dio media vuelta, ahora sin saludar a nadie, y se fue.

Dentro del sobre había un cheque de quinientos mil cruzeiros, una contribución para la campaña del diputado Roberto Alves, secretario particular del presidente. En fecha reciente, Matsubara había conseguido un préstamo de dieciséis millones del Banco de Brasil.

Magalhaes le hizo una seña al *maître*, quien se acercó.

—Champaña —dijo Magalhaes.

—¿Alguna en especial? Tenemos Veuve Cliquot, Taittinger, René Lamotte, Moët et Chandon, Krug, Pol Roger… —recitó el *maître*, con orgullo.

* * *

Gregorio Fortunato se sorprendía por el hecho de que sólo algunos políticos, como Gustavo Capanema, se daban cuenta de los cambios que últimamente tenía el temperamento del presidente. El oyó a Capanema, quien fuera ministro de Educación del doctor Getulio en la época de la dictadura y ahora era líder del gobierno en la Cámara, decir en voz baja en una conversación: "Getulio, en estos veinte años que lo conozco, de hombre alegre y efusivo que era, se ha vuelto triste y reservado". Todos decían que era a causa de la vejez, que volvía a las personas infelices; pero el presidente no era un viejo, era Getulio Vargas; un hombre de ésos no tiene edad. El sabía las causas de la infelicidad del presidente: la amargura causada por todas las traiciones sufridas, el disgusto por la cobardía de sus aliados. El mayor Fitipaldi, asesor militar, decía que los amigos del presidente, que habían sido beneficiados con honras y mercedes, no pasaban de ser unos hipócritas y traidores. Si había un hombre en el mundo que merecía ser feliz, por todo lo que había hecho por los pobres y humildes, ese hombre era Getulio.

Las meditaciones de Gregorio fueron interrumpidas por un telefonema de su mujer, Juracy. Tuvieron un diálogo áspero. Al jefe de la guardia no le gustaba oírla quejarse y decirle que él se estaba volviendo un huésped de lujo en su propia casa, así que colgó el teléfono.

Casi en seguida llamó Magalhaes.

—Tengo el dinero del japonés.

—No le digas nada a Roberto. Trae el cheque.

—¿No le molestará si lo sabe?

—Conozco a Roberto desde que lavaba la letrina del doctor Getulio en la hacienda Itú, cuando estábamos en el exilio. No te preocupes.

—El doctor Lodi quiere un encuentro contigo.

—Ya estuve con el diputado aquí en mi cuarto de palacio, sé lo que él quiere.

—Y la licencia de Cemtex…

—La licencia ya está. No fue fácil. Cincuenta millones de dólares es mucho dinero.

—¡Virgen Santa! ¿Puedes cambiar la licencia para otra empresa? Sobre eso quería hablarte ayer. El nombre de la otra empresa es…

—¿Tú piensas que el gobierno es el culo de la madre Juana? ¿La casa de la suegra? ¿Ahora me dices eso? ¿Después de todos los problemas que enfrenté para conseguir esa licencia?

—El presidente de Cemtex fue asesinado. Eso cambia todo. Tú podrías decirle alguna cosa a Souza Dantas…

—Ya es tarde.

—Por favor, teniente, por la santísima Virgen, la licencia tiene que ser transferida para esa otra empresa, Brasfesa.

—Ya es tarde.

—Tu parte está en juego.

—Lo que es del hombre el gato no lo come. Díle eso a tus amigos.

Después de que colgó el teléfono, Gregorio anotó en un papel la conversación con Magalhaes. En su casa tenía un archivo con las informaciones confidenciales que juzgaba importante registrar; en una ficha pondría lo que había platicado con Magalhaes sobre Cemtex y Brasfesa. Necesitaba conseguir un lugar seguro para aquel archivo; sus relaciones con Juracy empeoraban cada día, debido a los celos idiotas de la mujer. “Un día hago una locura”, había dicho ella a mitad de una discusión. Una mujer celosa es capaz de todo.

3

Eran mañana cuando sonó el teléfono de Mattos.

—Soy yo.

Silencio.

—¿Te acuerdas de mí? Alice.

Sólo habían pasado tres años.

—Sé que te gusta levantarte temprano, por eso llamé a esta hora…

Era como si él estuviese al borde de un abismo, a punto de caer. Tres años antes llamó a la casa de Alice; la madre contestó el teléfono y le dijo que Alice no quería hablar con él, que no llamase más.

Alice viajó al exterior. Pasó seis meses en Europa. A su regreso se casó con un riquillo, cuyo nombre no recordaba. Tres años.

Al borde del abismo.

—Me gustaría verte. Tomar un té. ¿Qué tal en Cavé? ¿Aún no cierran Cavé?

—No. Pasé por ahí el otro día.

—¿Puedes? ¿Hoy? ¿A las cinco?

—Está bien.

Después de que colgó el comisario recordó que tenía una cita con don Emilio, el maestro, a las cinco y media. Como tenía tiempo, pues era muy temprano, el comisario decidió homenajear a don Emilio oyendo *La Traviata*. La grabación que tenía, realizada en la Scala de Milán en 1935, no estaba completa; tenía apenas ciento once minutos y le faltaba el aria *Noy non udrai rimproveri*, la cabaleta de Germont al final de la primera escena del segundo acto. Eran trece discos de 78 revoluciones que no podían ser apilados en el tocadiscos. Cada ocho minutos y medio el comisario tenía que cambiar el disco. A veces eso lo dejaba irritado. Así, antes de oír todos los discos, aún en el segundo acto, Mattos apagó el tocadiscos, guardó los discos en el álbum y salió.

Mattos había pedido a Rosalvo que investigase la vida anterior de Paulo Gomes Aguiar, Claudio Aguiar y Vitor Freitas. No mencionó a Luiz Magalhaes.

—Paulo Gomes Aguiar —dijo Rosalvo, consultando un block que tenía en la mano—: brasileño, blanco, nacido aquí en el Distrito

Federal el 12 de enero de 1924. El padre era médico y la madre se dedicaba al hogar; ambos fallecidos. Estudió en el Colegio Sao Joaquim y en la Facultad Nacional de Derecho, de donde egresó en 1947. Nunca ejerció la abogacía. Se casó en 1950 con Luciana Borges, hija de un banquero. Es claro que se casó por interés. En 1951 fundó la empresa de importaciones y exportaciones Cemtex, que en poco tiempo se convirtió en una de las más importantes del país. Tenía contactos con altas autoridades del gobierno. Se sabe que era testaferro de grupos extranjeros. Se dice en la *Tribuna*…

—Deja las intrigas políticas al final. Primero los hechos.

—Los chanchullos de Cemtex son hechos. Por ejemplo: la empresa consiguió una licencia de importación en Cexim por un valor de cincuenta millones de dólares. El banco de Brasil nunca dio tanto dinero a nadie. Es obvio que es una locura patrocinada por algún figurón de la cima. Gomes Aguiar era amigo del senador Vitor Freitas, que probablemente es uno de los que le ayudan en los negocitos.

—Continúa.

—Gomes Aguiar tenía una vida social muy activa. Anduve viendo periódicos viejos y vi unas fotos de él con Vitor Freitas en las páginas de sociales. Y también con el primo y otras figuras de la alta sociedad, principalmente Pedro Lomagno, hijo del difunto Lomagno, el rey del café.

—Continúa.

—Claudio, el primo, también estudió en Sao Joaquim. Después salió del país y se quedó mucho tiempo en el extranjero; su padre era diplomático o algo así. Estudió economía en Londres. Por lo que toca al senador Freitas, es posible que frecuente el senadito. Esos senadores vociferantes cuando se cansan de hacer discursos suelen atravesar la calle para echarse un palito relajante. Dicen que las chicas del senadito son una maravilla.

—¿Dónde está el senadito?

—¿No sabe? —Rosalvo estaba sorprendido, pero fingió estarlo aún más—. Está en el edificio Sao Borja, en la avenida Rio Branco 227, exactamente enfrente del Senado. Muy a la mano. Tengo ganas de ir allá, pero dicen que la dueña es un hueso duro de roer y con ese protector no me va a dar servicio así nomás. Sería bueno conocer a una de las putas con las que el senador está comiendo.

—La vida sexual del senador no me interesa.

—A mí tampoco me gusta fisgonear la vida sexual de nadie. Pero el senador debe ser de ese tipo de clientes que les gusta contar sus triunfos a las chicas en la cama, tomando champaña. Muchas veces conseguimos informes útiles.

—No tienes la menor noción de ética, Rosalvo.

—Perdón, doctor.

—Lo que me interesa saber es si Gomes Aguiar tenía enemigos, problemas con los socios, cosas así. No me interesan los dimes y diretes y mucho menos sus ironías.

—Con usted no discuto. Usted es mi jefe y además le guardo un gran respeto.

La verdad era que Rosalvo le tenía miedo al comisario. Estaba seguro de que Mattos no estaba bien de la cabeza. Las muecas que hacía, la locura que había intentado promover, eso de salir desarmado a las investigaciones y principalmente la manía de no tomar dinero del bicho; por eso el tipo andaba sin puesto fijo; ni siquiera tenía automóvil y despreciaba lo que se llevaban los banqueros. Era necesario tener cuidado con ese hombre.

—Usted es nuevo en la policía. No es que yo quiera darle lecciones, ¿quién soy yo? Sólo un viejo, casi un anciano de cincuenta y cinco años de edad, treinta de policía… La única cosa que aprendí en estos años es que el homicidio sólo tiene dos motivaciones. Sexo y poder. Ahí está la cosa. Sólo se mata por dinero o por el coño (con perdón de la palabra) o las dos cosas. Así es el mundo —silencio—. Tengo que hacer unas investigaciones. ¿Me necesita todavía?

—¿Y aquel caso de la oficina? ¿Ya apareció el padre del chico?

—No, doctor. El muchacho dijo que el viejo no tiene a nadie que le ayude en el naranjal.

En un pequeño taller automotriz, el mecánico Cosme, durante una riña, con una llave de cruz le dio un golpe en la cabeza a un tipo que había dejado su coche para que lo repararan, y lo mató. El mecánico, un hombre flaco de veintidós años, mostraba un enorme moretón bajo el ojo izquierdo. El taller era de él y del padre, un portugués que estaba ausente cuando la riña, en el naranjal que la familia tenía en Nova Iguacil. Una mujer, presentada como testigo, complicó las cosas al decir que había visto a un sujeto de camisa color ceniza golpear con algo la cabeza de la víctima. Cosme, cuando fue aprehendido, traía una camisa roja.

—¿La mujer regresó de viaje?

—No. Fui al departamento de ella el viernes y nadie sabe cuándo volverá. Debe ver todo color ceniza, como usted dijo.

—Para saber con certeza si la mujer tiene visión acromática es necesario que se haga un examen en el DEP.

—Doctor, el chico confesó. La mujer desapareció. La investigación terminó.

—Vas a Nova Igua9Ú a obligar al viejo para que venga a hablar conmigo. La madre viene aquí todos los días a ver al hijo; la mujer,

igual; sólo el padre no aparece.

—Está cosechando naranjas.

—Esas familias portuguesas son muy unidas. Para ellas, ni todas las naranjas del mundo son más importantes que un hijo.

—El naranjal queda, con perdón de la palabra, allá, en el culo del diablo.

—Quiero al viejo aquí pasado mañana.

—Tengo que ir al Senado a hablar con el senador Freitas.

—Yo hago eso. Te vas directo de aquí a Nova Igua9Ú. Ahora.

Cosme había sido sacado de la celda y llevado a la sala donde acostumbraba recibir la visita de su mujer. Los dos estaban sentados, tomados de las manos, en silencio, cuando el comisario entró. La mujer se limpió el rostro, hinchado por el llanto y por el embarazo de ocho meses. Al lado del banco había una marmita con comida que ella diariamente llevaba al marido. La mujer sabía que le debía al comisario aquellos encuentros e intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—¿Le trajo una buena comida? —dijo el comisario—. Un día voy a probar de esas delicias.

—Cuando quiera, doctor. Hoy son empanaditas de queso —dijo el muchacho, tomando una de la marmita.

La mujer seguía silenciosa. Los dos eran jóvenes y feos. La fealdad de Cosme le dio oportunidad a Rosalvo de repetir al comisario otras enseñanzas aprendidas en la escuela: Cosme sería un tipo lombrosiano con señales físicas de criminalidad, como la frente salida, la prominencia de los cigomas, la agudeza del ángulo facial, el prognatismo, la plagiocefalia. “Doctor, no se ría de mí; esto quiere decir una cabeza oblicua y ovalada, asimétrica, compensada entre las dos mitades, de suerte que al lado derecho, más desarrollado en la frente, corresponde, atrás, un mayor desarrollo del lado izquierdo”.

Mirando a Cosme, el comisario no veía nada de aquello. Sólo un joven asustado.

—Mandé que trajeran a su padre para que hable conmigo.

Cosme saltó del banco.

—No haga eso, doctor; por favor. Mi padre es un hombre enfermo.

—Necesito hablar con él.

—¡Por favor! ¿No está todo resuelto? ¿Todo resuelto? Por favor —dijo Cosme apretando la empanada de queso.

“La relación causa-efecto ¿sería esencial en la naturaleza de todos los razonamientos referentes a los hechos?” —pensó Mattos—. ¿De qué valían las inferencias que resultaban de una cadena de suposiciones? El sabía que las proposiciones alusivas a los hechos no podían dejar de ser contingentes. Las conclusiones a las que estaba

llegando, al observar a la pareja trémula que tenía enfrente, eran producto sólo de los sentidos, de las impresiones de aquel momento, que podían ser falsas. Todo podía ser falso. “Dios mío, mi mente está volviéndose necia”, como la de Rosalvo.

—Lo siento mucho, pero necesito interrogar a su padre.

El comisario salió de la sala, sin querer ver otras reacciones de la pareja. No quería confundir más sus ideas y percepciones. Para un mejor entendimiento quería disponer de más hechos —y de más percepciones, de más ideas—. Procurar entender las cosas llevaba siempre a un frustrante círculo vicioso.

* * *

Mattos se detuvo al lado de uno de los dos leones que flanqueaban la escalera del Palacio Monroe. Se volvió a ver el imponente edificio Sao Borja, que quedaba enfrente, al otro lado de la avenida Rio Branco. Los senadores habían escogido un lugar muy conveniente para sus holganzas.

El Senado estaba en sesión, pero el senador Freitas no estaba en el pleno. El asistente Clemente Mello Telles Neto, un joven elegantemente vestido con un temo de lino blanco, dijo que el senador estaba ocupado en una reunión de la Comisión de Relaciones Exteriores.

—¿De qué se trata, comisario?

—Prefiero decírselo al senador.

—Va a ser difícil que usted hable con él. El senador es un hombre muy ocupado. ¿Es algún asunto particular?

—No. No es particular.

—Entonces usted puede hablar conmigo.

—Quiero hablar con él.

—Entonces va a tener que esperar una ocasión más oportuna. —Pausa—. Mire, vamos a quedar en lo siguiente; usted me deja su teléfono y cuando sea posible la entrevista, le llamo.

Mattos dio el número de la delegación al asistente.

—Dígale al senador que debe interesarle hablar conmigo.

—Le diré.

El comisario sacó un pequeño block de su bolsillo.

—¿Cuál es el teléfono del senador, por favor?

Luego de dudar, Clemente dio el teléfono del despacho del senador al comisario.

Saliendo del Senado, Mattos caminó por Rio Branco hasca Sete de Setembro. Tomó hacia la izquierda hasta la calle Uruguaiana. El Cavé

quedaba en la esquina.

Entró en el café y se sentó de frente hacia la puerta. Faltaban diez minutos para las cinco. Por algunos instantes pensó en irse. ¿Por qué quedarse allí para volver a ver a la mujer que lo había despreciado? ¿Qué quería de él Alice? El no quería desquitarse de Alice dejando de ayudarla; o vengarse ayudándola, lo que sería más mezquino. Se quedó mirando los dibujos *art-nouveau* de la pared.

Se levantó cuando Alice llegó y le arrimó una silla para que se sentara. Quedaron de frente, mirándose unos momentos, callados.

El mesero se acercó.

—Té con pan tostado —dijo Mattos.

Alice asintió con la cabeza.

—¿Estás en la… en el Departamento?

"Ella no quiere pronunciar la palabra policía", pensó él. "Departamento Federal de Seguridad Pública es un poco menos indigno".

—Sí.

Alice abrió la bolsa y sacó una cajetilla de cigarros y un encendedor, que colocó en la mesa. Intentó sonreír.

—Ahora fumo.

Mattos tomó el encendedor y le prendió el cigarro.

El mesero llegó con el té. Alice apagó el cigarro en el cenicero.

—Tengo una cita a las cinco y media. Con el maestro. ¿Te acuerdas del maestro?

—¿El maestro?

—El viejo que comandaba a la claque, don Emilio. ¿Te acuerdas?

Ella recordaba vagamente que Mattos le había contado que cuando era estudiante formó parte de la claque del Teatro Municipal para poder asistir a las óperas gratis, además de ganarse algún dinero.

—No lo veo desde hace mucho tiempo… La última vez, maté clases para ir a encontrarme con él frente a la estatua a Chopin… Era allí donde los de la claque se reunían… En aquel día íbamos a ser la claque en el *Parsifal.*

Alice puso otro cigarro en su boca. Mattos tomó el encendedor y le prendió el cigarro.

—Las óperas de Wagner eran muy duras para la claque. En el *Parsifal* nunca se debe aplaudir al final del primer acto, y hacer que el público se quede quieto es más difícil que hacerlo aplaudir. Me acuerdo de don Emilio diciendo: "No va a ser nada fácil".

Se calló. El té estaba frío.

—Vi *Parsifal* en… —Alice calló—. En Londres.

—Yo no llegué a verla. Finalmente no se escenificó. La claque se

disolvió poco después. Se acabó. Pasó de moda. Es cosa del pasado.

A Alice le habría gustado poder decir cualquier cosa. Perdió el valor para hablar sobre el asunto que la llevara a proponer aquel encuentro. ¿Por qué Mattos contaba aquella historia? ¿Por qué, como ella, tampoco sabía qué decir? ¿O estaba pensando que ella quería volver y le estaba diciendo que como la claque, ella también era cosa del pasado? El siempre fue muy sutil.

—¿Has ido al Municipal?

Algún tiempo después del rompimiento con Alice, el asistió a *La Bólleme* en el Municipal, con Di Stefano y la Tebaldi. Estaba acostumbrado a ir a gayola, por ser más barato y también porque era en la galería donde la claque se apostaba y él se encariñó con el lugar. Mas en aquella ocasión compró un lugar en la platea, junto a un palco, donde había un hombre y una mujer que cuchicheaban todo el tiempo. También notó que las otras personas permanecían durmiendo en sus palcos, incluso cuando Di Stefano dio un fabuloso do de pecho en el aria *Che gélida maniría*. Estaba profundamente irritado; sentía ya los primeros síntomas de la úlcera duodenal y de su odio hacia los ricos. Ir a la ópera, a los conciertos, a los museos, fingir que leían a los clásicos, todo era parte de una gran escenificación hipócrita de los ricos, cuyo objetivo era mostrar que ellos —pensaba principalmente en Alice y su familia— pertenecían a una clase especial de personas superiores que, al contrario de la chusma ignorante, sabía ver, oír y comer con elegancia y sensibilidad, lo que justificaría la posesión del dinero y el gozo de todos los privilegios.

—La ópera ya no me interesa —respondió Mattos. Tomó un cuchillo y se quedó leyendo la palabra “inoxidable” grabada en la hoja.

Alice miraba el asa de la jarra que tenía enfrente.

—Mi madre murió.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué? Tú no le gustabas.

Inoxidable.

—Me casé.

—Lo sé.

—Pedro es una buena persona. Sabe lo nuestro.

—¿Sabe qué? No hay nada que saber.

—Sabe que no hay nada que saber. —Pausa—. ¿Y tú? ¿Te casaste?

—No.

Las miradas se cruzaron por unos instantes.

—¿No vas a decirme para qué me querías?

—Creo que lo voy a dejar para otro día… No sé cómo decir lo que quiero decir… ¿Volvemos a vemos? ¿Mañana? Mañana tendré más

valor…

—Mañana… día 4… No puedo. Entro de servicio a mediodía. Guardia de veinticuatro horas. Salgó el día 5 al mediodía.

—Entonces pasado mañana. Jueves.

El viejo esperaba al lado de la estatua a Chopin. Usaba, como siempre, un sombrero panamá y corbata de moño; pero el sombrero estaba aplastado y el temo era corriente. El cuello, sucio. El bastón con punta de plata, que asía con la mano, en vez de hacerlo elegante, como antes, le daba ahora una apariencia frágil y enferma.

—Mi muchacho —dijo Emilio abrazando a Mattos y mordiendo la dentadura—, estoy muy feliz con tu éxito.

Exito. Por la mente de Mattos pasó la imagen de las crujías de la delegación llenas de hombres apestosos y enfermos.

—Y usted ¿cómo está?

—No me hables de usted. Tú no eres ya aquel chiquillo que me pedía que le enseñase todo sobre la ópera.

—¿Cómo va todo?

—Va … Cuando vi tu foto dije es él, es aquel chiquillo que trabajaba conmigo en la claque… Triunfó en la vida, pensé, ahora anda metido en la alta sociedad… Entonces me dije voy a llamarlo. No me imaginé que tú vinieras… Creí que el éxito se te había subido a la cabeza. —Emilio tomó un pañuelo de su bolsillo y se limpió los ojos húmedos.

—¿Quiere tomar alguna cosa? ¿Una cerveza? —preguntó Mattos.

—Vamos a aquel bar que queda en Alvaro Alvim esquina con Alcindo Guanabara.

El hombre tras la barra saludó a Emilio.

—Buen día, maestro.

—Este es el doctor Mattos, comisario de policía, viejo amigo mío.

El hombre se limpió las manos con un trapo sucio.

—Mucho gusto, doctor.

Mattos apretó la mano mojada del tipo.

—Dos cervezas. ¿Quiere comer alguna cosa? —preguntó Mattos.

—Estoy pensando en un sandwich de pierna que hacen aquí. El mejor sandwich de pierna de toda la ciudad. ¿O no, Robledo?

—Modestia aparte, es el mejor. ¿Otro para el señor doctor?

—No tengo hambre. Uno sólo.

—Aquél con dos dedos de espuma y un Steinhager, para darle espíritu —dijo Emilio. Estaba súbitamente alegre y mordía menos los dientes.

El sandwich fue puesto sobre la barra. Emilio se quitó el sombrero, puso el bastón sobre la barra y se dedicó a la difícil tarea de masticar la enorme cantidad de pierna asada que Robledo pusiera entre dos pedazos de pan francés. En tanto, tomó varias cervezas, acompañados de copas de Steinhager.

Finalmente, Emilio terminó de comer. Tomó el tarro de cerveza y restregó el frío vidrio contra las sienes.

—Murieron todos —dijo—. Este país está mal. Hoy, Gigli no pondría los pies aquí. ¿Te acuerdas de Gigli? Fue en 45, estabas en la claque…

—Me acuerdo.

—Ni Gigli, ni Scotti ponen los pies aquí ya… No, no, mi cabeza no anda bien; Scotti murió hace mucho tiempo; tú no llegaste a verlo, pero yo lo vi, con estos ojos que se han de comer los gusanos, cantando *Falstaff* en el Teatro Lírico, que ellos demolieron; un teatro lindo con una acústica mejor que la de la Scala de Milán. Era el 29 de julio de 1893; me acuerdo como si fuese hoy; yo tenía diecinueve años y era muy feliz… El *Sir John* de aquella noche nunca fue ni será igualado… Presta atención en lo que estoy diciendo; Scotti era más que un gran cantante, ¡era un gran artista! Otra cerveza, Robledo, y además un Steinhager. ¿Sabes cuántos años tenía Verdi cuando compuso esa obra suprema, cuando puso la historia de la ópera cabeza abajo, o arriba, con el *Falstaff*? Ochenta años; mi edad, muchacho. Pero en el Brasil cualquier cosa de ochenta años tiene que ser destruida, tirada a la basura. Es por eso que antiguamente todos los grandes cantantes venían a Brasil y ahora nadie viene aquí; ni un Del Monaco, incluso ni un Pinza, que no sabe leer una nota de música; ¡ninguno!

Emilio se limpió los ojos húmedos.

—No tengo más que un amigo en el mundo. Murieron todos. —Pausa—. *Tutto nel mondo é burla*. —Pausa—. Pero no nos vamos a desanimar.

El viejo comenzó a cantar, sin importarle las personas que estaban en el bar.

—*Tutto nel mondo è burla, Tuoni è nato burlone, nel suo chervello ciurla sempre la sua ragione. Tutti gabbati! Irride Tun altro ogni mortai Ma ride ben chi ride la risata final*[2].

Mattos percibió algó de la astucia de Sir John en la mirada lacrimosa que el viejo le dirigía mientras cantaba.

—¿Necesitas algo? —preguntó cuando el viejo terminó de cantar.

—No es mucho, mi bello joven, mi buen amigo, mi hijo; sólo lo suficiente para pagar el alquiler del cuarto, que está vencido.

—¿Cuánto es? —dijo Mattos sacando la chequera del bolsillo.

—Doscientos ochenta cruzeiros —dijo Emilio apresuradamente.

Mattos extendió el cheque. Luego pidió la cuenta. Notó que Emilio hacía un gesto disimulado a Robledo.

—Hay una deuda de don Emilio. ¿Puedo incluirla en la cuenta? —dijo Robledo.

—Puede —dijo Mattos.

4

¿El dinero está garantizado? ¿Y la casita también? —pregunto Alcino.

—Sí, sí, ¿no se lo dije ya? —respondió Climerio—. Y el empleo también. Investigador. Eso dije; si me voy para Costumes, como me prometieron, te llevo para allá. Ser empleado en Costumes es mejor que sacarse el premio gordo de la lotería.

—Tengo mujer y cinco hijos que mantener —dijo Alcino.

Estaban en la casa de Climerio, en la calle Sicupira 32, en Cachambi, donde Alcino fue para ultimar los detalles del trabajito. Climerio tomó un portafolio de cuero y salieron.

Caminaron por la calle polvosa, sin pavimentar. En medio de la calle un grupo de niños jugaba canicas. Climerio era gordo; Alcino, bajo y flaco.

—Cuando niño yo era un *crack* en eso —dijo Climerio mirando ajos chiquillos—. ¿Y tú? ¿También eras bueno para las canicas?

—Me gustaba hacer carritos de baleros. Desde hiño me gustó la carpintería. No sé por qué me gustó esta profesión —se lamentó Alcino.

—Tu vida de carpintero desempleado se acabó —dijo Climerio dando un golpecito en la espalda a Alcino.

Las palabras de Climerio no tranquilizaron a Alcino. La obligación que asumía de matar al periodista se convirtió en una agonía sin fin para él. Pero fue la manera que encontró para lograr el sueño de su vida, tener una casa propia, pues siempre se atrasaba en el pago del alquiler mensual de quinientos cincuenta cruzeiros de la casa donde vivía. Desde mayo Climerio le venía adelantando el dinero del alquiler. El dinero para el puesto y para el almacén. Su mujer, Abigail, fue a casa de Climerio por mil cruzeiros, cierta ocasión; otras veces recibía doscientos cruzeiros.

Tomaron un autobús hasta Méier. En Méier tomaron un taxi.

—Calle Barao de Mesquita —dijo Climerio al chofer.

Su destino final era el Colegio Sao José, donde el periodista Lacerda daría una conferencia. Se bajaron en una parada de autobús en Barao de Mesquita.

—Espera aquí —dijo Climerio.

Climerio entró en una fonda y pidió el teléfono. Marcó.

—¿Está Nelson?

No estaba. Hizo varias llamadas buscando a Nelson Raimundo de Souza, el chofer del taxi en el cual pretendían huir después de que Alcino matara a Lacerda. Finalmente dejó un recado para que Nelson viniera a encontrarlo en la calle Barao de Mesquita, en la fonda, cuya dirección dio a quien tomaba el recado.

Climerio fue a la parada de ómnibus para encontrarse con Alcino. Los dos, ahora de vuelta en la fonda, se quedaron bebiendo cerveza y esperando a que el chofer llegara.

—¿Ese Nelson es de confianza? —preguntó Alcino.

—Lo conozco desde hace mucho tiempo. Guarda el taxi en Silveira Martins, aquella calle al lado de palacio. Lo veo casi todos los días.

Anocheció.

—El Cuervo está terminando ahora y el hijo de puta de Nelson no aparece —dijo Climerio. Si fracasaba de nuevo, Gregorio le iba a arrancar el pellejo.

Nelson llegó poco después de las diez de la noche.

—¡Hijo de puta! ¿Adonde te habías metido?

—Me dieron su recado hace una hora —dijo el chofer.

Los tres entraron en el taxi Studebaker, de Nelson. Antes Alcino miró la placa, 5-60-21, y dijo:

—Toro, centena de cabra, mañana voy a hacer una cagada[3].

Se detuvieron en una calle transversal a Barao de Mesquita, cerca del Colegio Sao José. Climerio abrió el portafolio de cuero de donde sacó un revólver .45, que le dio a Alcino. El arma, un Smith & Wesson, había sido robada al 2º Regimiento de Infantería, de la Villa Militar, en 1949, por el sargento que era jefe del arsenal del regimiento. El sargento la vendió a otro sargento. Fue comprada y vendida varias veces hasta que fue adquirida por José Antonio Soares.

Las manos de Alcino temblaban cuando tomó el arma. Nunca había tenido una .45 en las manos. La cacha estaba fría y el arma parecía tener un peso enorme.

—Sólo hay que apretar el gatillo para que este cañón haga el trabajo por ti.

Climerio le dio a Alcino seis cartuchos más, que Alcino metió en su bolsillo, luego de ponerse el revólver en el cinturón.

Salieron del carro. Alcino se quedó cerca de la entrada del colegio, Climerio se situó en la puerta. El plan era matar a Lacerda en cuanto apareciese. Los dos aprovecharían la confusión para huir.

* * *

El comisario Padua se quitó el saco; la camisa de manga corta dejaba al descubierto sus brazos blancos y musculosos. En una funda bajo el brazo un revólver .38, un "chaparro", con cañón de dos pulgadas. Acaba de hacer los registros de lo que había pasado en su tumo. Mattos, que iba a sustituirlo, se sentó a su lado.

—¿Vas a soltar a los vagabundos que aprehendí durante mi tumo?

—Si creo que debo soltarlos, los suelto.

Padua tenía la costumbre de contraer repetidamente los voluminosos músculos de los brazos siempre que estaba nervioso. Los músculos comenzaron a temblar y a saltar. Padua había pensado matar a aquel idiota de Mattos la primera vez que soltó a los bandidos que había aprehendido, pero se controló al saber que el tipo no aceptaba dinero de nadie, cosa rara en el Departamento, un buenazo.

—Vamos a imaginar una situación, Mattos. Tú andas por una calle de nuestra jurisdicción a las dos de la mañana y ves a un tipo en una esquina con actitud sospechosa.

—¿Y qué es una actitud sospechosa?

—Carajo, Mattos, un tipo parado de madrugada en una esquina oscura siempre es una actitud sospechosa.

—Sobre todo si es un criollo.

—Exactamente, carajo. Estás caminando a las dos de la madrugada por una calle del distrito y ves un criollo parado en una esquina. ¿Qué puede estar haciendo un criollo en una esquina a esas horas? ¿O igual un blanco de mierda? Te voy a decir qué esta haciendo: esperando a alguien para asaltarlo o buscando una casa que robar. Voy y aprehendo al hijo de puta. Una simple y pura medida preventiva. Luego mando ver su expediente. Si está limpio, suelto al puto.

Aquel tema ya había sido discutido entre ellos. Siempre que Mattos sustituía a Padua tenían una discusión parecida. Padua creía que un día convencería a Mattos de que su punto de vista era el correcto en todos aspectos.

—Aquella treta de santo Tomás de Aquino de que es preferible absolver cien culpables que condenar a un inocente es un argumento religioso para dormir. Puro bla, bla, bla. No es pensando así como vamos a proteger a las personas decentes. ¿De qué tienes miedo? ¿De esa prensa de mierda, corrupta y analfabeta? ¿De ese farsante güevón que es nuestro delegado? La ciudad está en manos de los marginales, esas filosofías cobardes no pasan de ser justificantes para tiras acomodaticios que quieren huir de sus responsabilidades.

Antes, Mattos se enojaba con Padua y ambos discutían acaloradamente. Ahora, sólo escuchaba.

—Cambiando de tema. ¿Conoces el senadito?

—¿Por qué?

—Necesito saber si un sujeto frecuenta el lugar.

—¿Senador?

—Sí.

—Algunos tipos que aprehendí ayer tienen antecedentes, te lo aseguro —dijo Padua, astutamente.

—Lo siento mucho; si quieres ayudarme te lo agradeceré, pero no voy a hacer negocio contigo. En las averiguaciones yo mando ahora. Carajo, Padua, la prisión está llena de pobres diablos y tú quieres meter más infelices allá dentro.

—¡Infelices! Puta madre, eres un cabeza dura.

—Tú también.

Los músculos de Padua brincaron convulsivamente, como si hubiesen sido traspasados por una corriente eléctrica. Se puso el saco.

—Carajo. Puta madre, Mattos, me vas a volver loco. Voy acabar chiflado como tú. —Pausa—. Vamos hoy en la tarde al senadito.

* * *

El portugués Adelino, padre de Cosme, un hombre bajo y robusto, de cabellos grises, llegó a la delegación poco después de las tres de la tarde. Fue llevado ante Mattos.

Se quedaron los dos en el despacho del comisario.

—Siéntese.

Adelino se sentó en el filo de la silla. Evitó mirar al comisario, que estaba a su lado de pie.

—Su hijo está en mala situación… Fue capturado en flagrancia… Cuando la policía llegó, el tipo estaba agonizando… ¿Usted estaba allá o no? En el taller.

—Sí.

—No lo escuché. Más fuerte.

—Sí.

—¿Vio todo o no?

—Lo vi.

—¿Qué? No escuché.

—Lo vi.

—¿Cómo pasó?

—Aquel individuo era una persona muy grosera, ofendió y le dio de bofetadas a mi hijo… el chico perdió la cabeza…

—Hable más fuerte. ¿Qué hizo el chico?

—Mi hijo era mucho más flaco… y el otro le pegaba y le pegaba sin piedad… Entonces tomó una llave de cruz para defenderse… Fue un golpe nomás y el hombre cayó…

—¿Cosme y su mujer están esperando un hijo, no es así?

—Sí.

—Hable más fuerte.

—Sí.

—¿Será su primer nieto?

—Sí.

—Más fuerte.

—Sí.

—Más fuerte.

—Sí. Sí. Sí.

—El primer nieto… —dijo Mattos.

Adelino bajó la mirada.

—¿Por qué está llorando?

—No estoy llorando —dijo Adelino, limpiándose los ojos. Por algunos instantes quedaron en silencio.

—¿De dónde es usted?

—De Sabrosa.

—Sabrosa… ¿De dónde queda cerca?

—De Villa Real.

—¿En Tras-os-Montes?

Adelino asintió con la cabeza.

—La tierra de Camilo Castelo Branco.

Adelino no reaccionó ante el nombre.

—Su hijo va a pasar unos veinte años a la sombra.

Nuevamente, Adelino se enjugó los ojos.

—Sé por qué está usted llorando.

El cuerpo de Adelino tembló.

—Porque siente vergüenza de acusar a su hijo de un crimen que usted cometió.

Adelino inclinó la cabeza hacia el frente como si quisiera decir algo. Su cuerpo volvió a temblar.

El comisario esperó.

—Cuente cómo fue. La verdad —Mattos puso su mano en el hombro de Adelino.

—No, yo no fui. Yo debía haber defendido a mi hijo; pero yo no fui.

—Diga la verdad. Nosotros sabemos que fue usted. Usted tendrá una pena menor que la destinada a su hijo… Es un viejo…

Adelino se limpió los ojos. Pensativo, se demoró al hablar.

—Fui yo, sí —confesó, finalmente—. Perdí la cabeza cuando vi que golpeaba al chico aquel salvaje. Entonces tomé la llave…

El portugués contó que golpeó al hombre en la cabeza, que cayó y quedó inmóvil, con los ojos abiertos. Horrorizados, él y su hijo se dieron cuenta de que el hombre estaba muerto. La familia, reunida, decidió que Cosme debía asumir la culpa, pues el viejo, que padecía del corazón, no soportaría la cárcel.

—¿Está usted dispuesto a repetir eso ante el secretario y a firmar su confesión?

—No sé leer ni escribir —dijo Adelino, que parecía aliviado.

—No importa. Llamaremos a dos testigos.

—Mattos fue con Adelino al despacho del secretario. En el camino encontró a Biriba, un preso de confianza, y le pidió que comprara una caja de *Pepsamar* en la farmacia.

La confesión de Adelino fue firmada por los dos testigos que habían sido tomados del vecindario, un conserje de un colegio y el cajero de una ferretería.

—Puede regresar a cuidar sus naranjas. Por lo pronto.

—¿Me puedo ir ahora?

—Sí. Va a esperar su juicio en libertad. Un buen abogado puede conseguir que lo absuelvan.

—¿Y mi hijo?

—Saldrá en libertad después de ciertos trámites.

—¡Jesús oyó mis oraciones!

El comisario fue a la prisión. Cosme comía un bolillo con bacalao que tomaba de una olla.

—¿Quiere un bolillo, doctor?

Mattos tomó el bolillo.

—Venga conmigo —le dijo a Cosme.

El chico siguió al comisario, pálido, como si supiera lo que iba a oír. Fueron a la sala donde Cosme acostumbraba recibir a su mujer.

—Tu padre confesó que fue él quien mató a aquel tipo en el taller.

—¡Fui yo, fui yo! ¡Papá no sabe lo que dice!

—El confesó frente a dos testigos.

—Usted no puede hacerle eso a mi padre. Es un hombre enfermo. ¿No ve que se está sacrificando por mí?

—Lo siento mucho.

—Mi padre no sabe lo que dice. Está enfermo. Yo fui el que mató a aquel hombre.

—Su padre lo mató.

—¡Juro que fui yo! El es un hombre enfermo.

—Consígale un buen abogado.

Tocaron la puerta.

—¿El padre del chico puede pasar? —preguntó un guardia.

Mattos salió cuando el viejo entró en la sala. Se fue caminando por el corredor. Le dolía el estómago. Se dio cuenta de que aún tenía el bolillo de bacalao en la mano. Restregó el bolillo en la pared con fuerza hasta deshacerlo en pequeños pedazos que cayeron al suelo. Se limpió la mano en el pantalón. Luego, golpeó con la cabeza la pared dos veces, mientras maldecía.

Aún era la tarde del miércoles, cuando Padua llegó a la delegación para encontrarse con Mattos. Rosalvo estaba en la sala, con el comisario.

—¿Qué te pasó en la cabeza?

—Me pegué en la pared. Estoy pensando en llevar a Rosalvo con nosotros.

—Mejor no —dijo Padua.

Ya dentro del taxi.

—Ese Rosalvo, además de lacerdista y mocho, es un ladrón. Va a querer ir a sacar dinero del senadito. No iba a conseguir nada, pero crearía un problema.

—El no es un ladrón. Tal vez ni se lleve dinero del *bicho* —respondió Mattos.

—El robo comienza tomando dinero del *bicho*, después se toma de todo el mundo. En eso de la honestidad, cuando alguien pierde la cabeza ya no se detiene. Cuidado, cualquier día ese granuja recibe dinero en tu nombre.

—No tiene valor para eso —dijo Mattos poniendo una tableta dé antiácido en su boca.

—¿Soltaste a los vagabundos que aprehendí?

—Sí. Los expedientes estaban limpios.

—¿Ya recibiste los expedientes?

—Aún no. Pero me salté a la burocracia y llamé a la Central; ellos me dieron la información por teléfono.

—¡Puta madre! Eso es ilegal, ¿no lo sabes? Te arriesgas por unos vagos. ¿Crees que te van a dar una medalla por eso? Un día te jodes, fundan un sindicato y te dan una patada en el culo. Dimitido por bien del servicio público. La Jefatura te trae entre ojos desde aquella locura que quisiste hacer.

Se bajaron en la avenida Rio Branco, en la puerta del edificio Sao Borja. El edificio, de dieciocho pisos, era relativamente nuevo, pues fue construido durante la guerra. Enfrente, el palacio del Senado.

—A fin de cuentas, ¿qué quieres exactamente? No vamos a desaprovechar a Laura.

—Quiero información sobre el senador Vitor Freitas. ¿Crees que ella nos haga el servicio?

—A mí, sí —pausa—. Mira, nunca tuve nada con ella. —Pausa—, ni con ninguna puta.

—Pero es tu amiga.

—Qué amiga ni qué carajos. Es mi informante.

El Sao Borja tenía una entrada amplia, un largo corredor con varias tiendas, una tabaquería, un café, una barbería y una tienda de discos: Casa Carlos Wehrs. Mattos recordó entonces que meses antes, en aquella tienda, compró las partituras de *La Traviata* y de *La Bohéme*. Si estuviese solo aprovecharía para preguntar cuánto costaba *La Traviata* en *long-play*.

Los policías caminaron por el corredor hasta donde estaban los elevadores, tres de cada lado. El Sao Borja era un edificio de ocupación mixta: residencial y comercial. Mattos vio un cuadro con vidrio donde aparecían algunos nombres seguidos de los números de los despachos: Partido Trabalhista Brasileño, Radiobrás, Odeon Discos, Rádio Copacabana. Un cartel del PTB decía: "Vote por los candidatos del PTB y participe en la lucha gigantesca para transformar al Brasil en una gran nación. Justicia Social. Emancipación Económica. Política Nacionalista. Defensa del Petróleo. Respeto al Salario Mínimo. Franquicias Democráticas. Libertad Sindical. Reforma Agraria. El gobierno trabalhista es gobierno del pueblo".

—Esos tipos son unos demagogos —dijo Padua.

Había otra entrada, al fondo, próxima a los elevadores. Daba a un patio, donde estaban estacionados algunos automóviles, con un pasaje hacia la calle México.

—Por ahí entran los senadores, para no ser vistos —dijo Padua.

Regresaron al *hall* del Sao Borja y esperaron el elevador. En el decimoquinto piso sólo un despacho estaba con la puerta abierta. Oyeron el barullo de una máquina de escribir. Una mujer, sentada frente a una Underwood, no sintió el paso silencioso de los dos policías. Lottufo Representares, decía una pequeña placa. Padua dio vuelta a la derecha en el corredor. No se oía ya el barullo de las teclas de la máquina. Todas las puertas estaban cerradas.

—Es aquí —dijo Padua, tocando el timbre.

Una mujer de mediana edad, con uniforme, abrió la puerta.

—Vine a hablar con doña Laura. Soy el comisario Padua.

La mujer hizo un gesto para que entraran. Padua se puso a caminar de un lado a otro por el pequeño vestíbulo. Por los movimientos de sus brazos, Mattos concluyó que los bíceps y tríceps de su colega debían estar agitándose furiosamente.

Un hombre flaco, de bigotito y cabello envaselinado, apareció.

—Ah, comisario Padua… ¡Qué gusto! ¡Qué alegría!

—Guárdate tus zalamerías, Almeidinha. Quiero hablar con doña

Laura.

—En este momento está muy ocupada. ¿No puede hablar conmigo?

—No, no puedo. Ve a llamar a Laura.

—Voy a ordenar que le sirvan un güisquito.

—No queremos ningún güisquito. Llama a la señora.

—Ella está en otro departamento, en el decimosexto. Vamos con ella ahora mismo. Síganme, por favor.

Laura los esperaba en un cuarto grande, lleno de muebles estofados y de terciopelo rojo. Las cortinas de las ventanas también eran rojas. El lugar estaba iluminado por una luz suave que salía de dos tragaluces de mosaico de vidrio de colores.

Laura vestía discretamente. Los cabellos pintados de rojo le daban a su rostro un aspecto insolente. Unos impertinentes de oro, sujetos por un cordón negro de seda, se balanceaba en su pecho.

—Puedes irte, Almeidinha —dijo ella.

"Su voz es oscura como el cuarto", pensó Mattos.

—Este es mi colega, el comisario Mattos.

—¿Quieren tomar algo? ¿Whiskey? ¿Champagne?

—El tiene una úlcera en el estómago. No puede beber.

—Pero tú sí.

—Hoy no.

Laura se puso los impertinentes y miró a Mattos.

—Usted es un hombre nervioso.

—Más o menos.

—¿Qué le pasó en la cabeza?

—Me pegué en una pared.

—El comisario Mattos quiere una información sobre un cliente tuyo.

—No damos información sobre nuestros clientes, lo sabes.

—Es confidencial. Lo que digas quedará entre nosotros.

—La policía puede cerrar su casa —dijo Mattos.

—Puede. Pero no quiere. —Pausa—. Toma un güisquito, Padua.

—Mattos, ¿nos permites un momento? Quiero decirle una cosa a Laura allá dentro.

Los dos salieron del cuarto.

"Puedo cerrar este putero", pensó Mattos. Era delito de lenocinio mantener, por cuenta propia, casa de prostitución o lugar destinado a encuentros con fin libidinoso, hubiese o no lucro o intervención directa del propietario o del gerente. Pero ¿había algún mal en un burdel? ¿Incluso para los senadores y altos funcionarios de la República corruptos y canallas? En la Atenas de Solón, la prostitución era libre y los prostíbulos eran considerados como establecimientos de

utilidad pública, sujetos a tributación por el Estado, fuente de rentas para el erario, aunque el proxenetismo lucrativo de los lenones y la alcahuetería de los rufianes eran rigurosamente castigados. Padua, que gustaba citar a los Doctores de la Iglesia, probablemente conocía la frase de san Agustín: *Aufer meretrices de rebus humanis, turbaveris oinnia libidinus.*[4]

Alberto Mattos recordó los debates en las aulas de derecho penal en torno de frases idiotas sobre la prostitución que inflamaban las discusiones entre los alumnos. Desde niño se había sentido atraído por las prostitutas, aunque jamás hubiese frecuentado un burdel. Vinieron a su mente las frases de Weininger: "la mujer prostituta es la salvaguarda de la mujer madre"; de Lecky: "la prostituta es la guardjana de la virtud, la eterna sacerdotisa de la humanidad"; de Jeannel: "las prostitutas en una ciudad son tan necesarias como los drenajes y los basureros". Un mal inextirpable, pero necesario —¿quién dijo eso?—. En una asociación de ideas recordó la melodía del aria *Ah, Forse é lui*, pero su devaneo de miembro de una claque fue interrumpido por la entrada de Laura y Padua al cuarto.

Padua se sentó en una poltrona. Laura se puso los impertinentes y miró largamente a Mattos. Luego:

—¿Que quiere saber?

—Senador Vitor Freitas.

—¿Qué?

—¿Viene siempre aquí?

Una larga pausa antes de responder:

—A veces.

—¿Se queda siempre con la misma chica?

—No.

Padua carraspaeó.

—Déjate de subterfugios, Laura. El senador es viudo, querido colega.

* * *

—Doctor, tengo buenas noticias —dijo Rosalvo, entrando al despacho de Mattos.

Después que salió de la casa de doña Laura, el comisario se despidió de Padua y fue a una lechería en Galería Cruzeiro, donde tomó medio litro de leche espesa. En seguida tomó, en Taboleiro da Baiana, un tranvía para ir a la delegación.

—Tiene que saberse todo de la vida de la víctima para poder llegar al asesino, ¿no es verdad? —dijo Rosalvo.

—Adelante.

—Fui al Colegio Sao Joaquim para ver el expediente escolar de Gomes Aguiar. Evidentemente, los padres no me mostraron nada. Esos padres son cabrones. Pero yo tengo un cuñado que es prefecto en el San Joaquim y él… A propósito, mi cuñado quiere tomar el curso de investigador en la Escuela de Policía.

—¿Cuál es el problema? Que se presente y haga los exámenes.

—Si tuviera una recomendación suya sería más fácil.

—No puedo recomendar a alguien que no conozco.

"Entonces que se joda", pensó Rosalvo. Se calló, indeciso.

—¿Cuáles son las buenas noticias?

—Mi cuñado hurgó en el archivo del colegio, hizo cosas indignas, arriesgó el empleo, que es una mierda de empleo pero es un empleo…

Mattos sentía el sabor de la leche en la boca, pero la acidez no cedía. Llenó la boca de saliva y tragó.

"Ya comenzó a hacer gestos —pensó Rosalvo—. Que se joda. No quiere ayudar a mi cuñado pero sí quiere chuparle la sangre. Que se joda. No me dan miedo sus gestos".

—Si lo que tienes que contarme no es urgente, déjalo para después. Te llamo más tarde.

—Como usted diga.

Rosalvo abrió la puerta.

Mattos comenzó a leer los papeles que el escribano había puesto en su mesa.

—Pero es importante —dijo Rosalvo, tomando la perilla de la puerta.

El comisario continuó su lectura.

"Esta alma de policía que me jode", pensó Rosalvo.

—Es muy importante.

—Si es muy importante, suéltalo ya.

Rosalvo cerró la puerta y se sentó en la silla al lado de la mesa del comisario. Se encorvó, conspiratorio.

—Paulo Gomes Aguiar fue expulsado del Sao Joaquim cuando estaba en segundo de secundaria. Es decir, no fue expulsado; los padres tienen pavor de enfrentarse a los poderosos, y la familia de Gomes Aguiar era muy importante, por lo que los padres sólo lo invitaron a abandonar el colegio. ¿Sabe qué pasó?

—Sigue.

—Paulo Aguiar y dos compañeros agarraron a un chiquillo de primaria en un salón vacío y lo encularon a la fuerza. Un prefecto oyó los gemidos del niño y sorprendió a los sinvergüenzas en flagrancia. ¿Sabe quién era el prefecto?

—Tu cuñado. Sigue.

—El chiquillo era medio holgazán, pero le pasó lo que al chino del cuento. La familia supo lo que había pasado y puso el grito en el cielo; para librarse completamente, no dio la cara Paulo Aguiar.

—¿El chino?

—Un tipo estaba en un campamento en la selva hacía ya meses y fue con el capataz para preguntarle cómo podía encontrar una mujer para desahogar el pájaro. El capataz le respondió que no había mujeres, pero sí un chino. El tipo no quiso pues lo que quería era una mujer. Meses más tarde él regresa con el capataz y le dice: "Mira, arréglame al chino, pero que nadie lo sepa". No quería tener fama de maricón. "Va estar difícil —respondió el capataz—; yo lo voy a saber, el chino lo va a saber, y los cuatro tipos que van a agarrar al chino por la fuerza mientras lo enculas lo van a saber también". ¿No conocía esta historia?

—Ahora entiendo, si el chiquillo era el chino, alguien lo tenía agarrado.

—Claro. Eran Claudio Aguiar, el primo de Paulo que fue asesinado, y un tal Pedro Lomagno. Los tres se alternaron en el enculamiento.

—¿Cuál era el nombre del niño?

—Es increíble, pero se llamaba José Silva; páginas y páginas en el directorio telefónico. No va a ser fácil descubrir su paradero.

Después que Rosalvo salió, Mattos tomó la libreta de direcciones de Gomes Aguiar, que estaba en su bolsillo. Buscó y encontró el nombre de Pedro Lomagno y el teléfono.

Una voz femenina contestó.

Mattos guardó silencio.

—Aló —repitió la mujer.

El comisario colgó el teléfono. Había bastado sólo aquella palabra corta para que Mattos identificara a la persona que había contestado el teléfono.

Era Alice.

5

Grupos compactos de personas comenzaron a salir del Colegio Sao José. Ni Climerio ni Alcino, que cuidadosamente escudriñaban el rostro de todos, consiguieron ver al periodista Lacerda. Finalmente, las puertas del colegio se cerraron.

Climerio hizo una señal a Alcino y los dos regresaron al taxi de Nelson.

—¡Puta madre! El tipo ya se había ido. ¿Ves lo que has hecho?

—Yo recibí el recado a las nueve.

—Vamos para la calle Tonelero, en Copacabana. Allá vive el Cuervo. Vamos a ver si así le damos al hijo de puta —dijo Climerio. El no podía regresar con Gregorio y confesarle que había fallado; tenía miedo de la reacción de su jefe.

—En ese edificio vive —dijo Climerio, ya en la calle Tonelero.

Alcino se bajó. Climerio le ordenó a Nelson que se estacionara adelante, en la calle Paula Freitas, cerca de la esquina con Tonelero.

—Espera aquí. Estáte a las vivas —se bajó y fue a encontrarse con Alcino.

—El puto es capaz de haber llegado ya —dijo Climerio—. Pero de cualquier manera vamos a esperar un poco.

Climerio y Alcino se quedaron conversando unos quince minutos. Iban a desistir cuando un carro se detuvo en la puerta del edificio del periodista, cuarenta minutos después de la media noche. Del auto bajaron tres personas: Lacerda, su hijo Sergio, de quince años, y el mayor Vaz, de la Fuerza Aérea.

—Es él, ¿lo ves? —dijo Climerio.

—¿El de lentes?

—Claro que el de lentes, ¡carajo! El otro es el militar, su guardaespaldas.

Lacerda se despidió del mayor y caminó con su hijo hacia la puerta del garage del edificio. Vaz fue hacia el auto. Alcino atravesó la calle y disparó contra Lacerda, quien corrió hacia el interior del garage. El estruendo del revólver sorprendió a Alcino, quien por unos instantes se quedó sin saber qué hacer. Se dio cuenta entonces de que el mayor se aproximaba y agarraba su arma. De nuevo Alcino accionó el gatillo.

El mayor continuó sujetando el cañón del revólver hasta que Alcino, en el forcejeo, zafó el arma de los dedos que la tenían agarrada, cayendo por el esfuerzo hecho. Vio que el mayor también caía, para el otro lado. Alcino se levantó y disparó nuevamente, sin apuntar. Oyó balazos y huyó hacia el taxi de Nelson. Un guardia gritaba, corriendo y tirando, "¡Pare! Es la policía". Alcino disparó al guardia, que cayó. Entró al carro, que estaba con el motor encendido.

—¿Y Climerio? ¿Dónde está Climerio? —preguntó Nelson.

—Pensé que estaba aquí. Vámonos inmediatamente.

Nelson arrancó. Todavía oyeron un disparo y el ruido de la lámina perforada. Era el guardia que, aunque estaba caído y herido, disparaba.

Dentro del taxi de Nelson, que corría a toda velocidad por la avenida Copacabana, Alcino envolvió el revólver y los seis cartuchos en una franela amarilla. En cuanto llegaron a Flamengo, Alcino le dijo a Nelson que siguiera por la avenida Beira Mar, pues tenía instrucciones de Climerio de librarse del arma tirándola al mar. Su intención era hacerlo sin salir del coche.

A la altura de la calle México, Alcino sacó el brazo, sujetando el envoltorio que contenía el revólver, y se preparó para arrojarlo al mar, por debajo de la guarnición de la avenida. No quería tener más tiempo el arma en su poder. Inesperadamente Nelson hizo una maniobra para librar un coche que venía en dirección contraria, asustando a Alcino que tiró el envoltorio de franela con el revólver.

—Dejé caer el revólver —gritó Alcino.

Nelson detuvo el coche.

—Ve por él.

Alcino sacó la cabeza por la ventanilla y miró el asfalto oscuro de la avenida. Las luces de un coche brillaron a lo lejos.

—Quien halle esa mierda no la va a entregar a la policía. Una .45 vale mucho dinero.

Esperaron, tensos, que el coche pasara.

—Creo que mejor voy a salir. Aquel guardia de Tonelero vio la placa del carro. Si me agarran, diré que era un cliente desconocido que bajó en Botafogo.

—¿Te vas a entregar?

—Claro que no. Sólo en caso de que me agarren contaré esa historia. No te preocupes.

—Te van a llevar a la policía y vas a contar todo.

—¿Olvidas que también soy policía?

—Eres investigador auxiliar del estado de Rio. Eso y una mierda son la misma cosa.

—Trabajé con el coronel Agenor Frei. Fue él quien me nombró.

—Cualquiera es policía en el estado de Rio. Policía es quien trabaja en el DFSP.

Alcino bajó del taxi. Estaba cerca de la embajada norteamericana. Caminó de un lado a otro sin saber qué hacer. Se arrimó a un árbol y orinó. Mientras tanto, sin ser visto por Alcino, un mendigo pepenador recogió en medio de la calle el envoltorio con el arma y se internó en la oscuridad.

En un pequeño ómnibus Alcino fue hasta la plaza Bandeira. Se apeó en la puerta del restaurante del SAPS. Allí tomó un taxi hasta la calle Sicupiria. Climerio, además de un puesto de investigador en la DFSP, le había prometido diez mil cruzeiros. Cuanto más pronto recibiera el dinero, mejor. Tocó la puerta.

Elvira, la mujer de Climerio, abrió. A su lado estaba uno de sus dos hijos, Adao. Los dos estaban oyendo radio.

—¿Está don Climerio?

—Creí que estaba contigo —dijo Elvira— que volteó para prestar atención al radio. “Hirieron a Carlos Lacerda y a un oficial de la Fuerza Aérea. Una maldita confusión”.

Poco después Alcino oyó el ruido del motor de un coche y aproximándose a la ventana vio que era el Studebaker de Nelson. Este y Climerio salieron del coche y se quedaron examinando la marca del disparo en la lámina. Climerio, viendo a Alcino en la ventana, le hizo un gesto para que fuese hacia la terraza.

—Te daré el dinero pasado mañana, viernes. Quédate tranquilo, tenemos protección de arriba.

* * *

En el hospital Miguel Couto, después de recibir curaciones en el pie izquierdo que le habían herido durante el atentado, Carlos Lacerda fue llevado a su apartamento de la calle Tonelero 180. En poco tiempo, el periodista estaba cercado por personas que habían ido a manifestarle su solidaridad, entre ellas el obispo auxiliar de Rio de Janeiro, don José Távora, y el ex presidente mariscal Eurico Gaspar Dutra, además de decenas de oficiales de la FAB.

—Responsabilizo al presidente de la República por el atentado —dijo Lacerda a los oficiales de la Fuerza Aérea, que lo oían en silencio —. Fue la impunidad del gobierno la que armó el brazo criminal.

Al describir el atentado, Lacerda dijo que los pistoleros eran tres. Habían preparado una emboscada perfecta.

No morí de milagro, porque había comulgado algunas horas antes del atentado.

* * *

Las estaciones de radio no dejaban de dar noticias sobre el atentado de la calle Tonelero, pero Mattos no prestaba atención a lo que oía. Recordaba la tristeza y la esperanza que sintió al reencontrar a Alice en la cafetería Cavé; y también la mortificante sorpresa al oír la voz de ella cuando telefoneó a la casa de Pedro Lomagno.

Mattos recibió un telefonema del delegado Pastor, titular del 2º Distrito, en cuya jurisdicción estaba la calle Tonelero.

Pastor habló sobre el atentado. El guardia Savio, que intercambió disparos con el pistolero, anotó las placas del taxi, no obstante estar herido. El conductor, Nelson Raimundo de Souza, se presentó en el 2º Distrito y contó una historia inverosímil. Según un periodista, Armando Nogueira, del *Diário Carioca*, que decía tener testigos del crimen, el individuo que disparó contra el mayor era flaco, moreno, de mediana estatura y llevaba un traje color ceniza.

—El periodista dijo que el asesino quedó en cuclillas y disparó contra el mayor. En caso de que ocurra algo, en tu jurisdicción, relacionado en cualquier forma con el atentado, avísame inmediatamente, por favor. Habla con tu delegado y con los demás policías del distrito. Que estén atentos. Estoy pidiendo esto a todas las delegaciones. Queremos resolver pronto este caso. El general Ancora está preocupado. Oficiales de la Fuerza Aérea quieren participar en la investigación. El ministro Ñero Moura, de la Fuerza Aérea, asignó a un oficial para que siga las pesquisas de la policía. Yo le dije al general que eso me parecía extraño, pero Ancora afirmó que lo convenció Tancredo para que aceptara la intromisión del coronel.

Ancora era el jefe del Departamento Federal de Seguridad Pública. Mattos fue presentado a Ancora en la Jefatura, poco después de que el general fuera nombrado. Solamente lo vio aquella vez: un hombre flaco, con anteojos y traje oscuro, de semblante indeciso y preocupado.

En la delegación estaban solamente el comisario, un guardia y un carcelero. Mattos les contó la petición del delegado Pastor y se fue a su despacho.

Cuando se quedaron solos el guardia comentó con el carcelero que había sido transferido para la delegación recientemente y que por vez primera trabajaba en una guardia con Mattos.

—El doctor no anda bien —dijo el guardia al carcelero—. Eso de darle una patada en el culo a don Ilidio va a dar problemas. El tipo es banquero de un *bicho* aquí en la jurisdicción y es socio de Aniceto Moscoso, en Madureira.

—Yo estaba allá dentro y no vi lo que pasó. ¿Por qué el doctor

hace esas cosas? —preguntó el carcelero, molesto—. Finalmente, el dinero que don Ilidio reparte mensualmente en la delgación complementa el bajo salario que los policías reciben.

—Uno de los "anotadores" que trabajan con don Ilidio fue aprehendido y él vino aquí para que lo soltaran. Pero don Ilidio quiso dar órdenes al doctor Mattos, y creo que no sabía con quién estaba hablando. El doctor es un buenazo, no participa en la repartición del dinero del *bicho*. Qué suerte de don Ilidio, se llevó una patada en el culo y lo metieron en prisión.

—Yo me quedé sin oportunidad de ayudar a don Ilidio, pero ¿qué podía hacer? Ese comisario es un cabrón —dijo el carcelero.

—Parece un alma en pena; anda toda la noche de un lado para otro haciendo gestos —agregó el guardia.

* * *

Los periódicos de la mañana daban la noticia del atentado con grandes titulares. Los estudiantes habían organizado una manifestación de "protesta contra el vandalismo. Nuestra alma está cubierta de oprobio. Una sepultura se abrió y el pueblo no olvidará". La repercusión del atentado en el Congreso fue enorme. Las galerías de la Cámara de Diputados y del Senado estaban llenas cuando se abrieron las sesiones en las dos sedes del Legislativo. De acuerdo con los congresistas de oposición, "corría sangre en las calles de la capital y no había ya tranquilidad en las casas". Representantes de todos los partidos políticos habían pronunciado discursos condenando el atentado. El diputado Armando Falcao presentó un proyecto de ayuda a la viuda del mayor Vaz. Respondiendo a las afirmaciones de Lacerda, publicadas en los periódicos, acerca de que las "fuentes del crimen están en el Palacio de Catete, Lutero Vargas es uno de los autores del crimen", el líder del gobierno en la Cámara, diputado Gustavo Capanema, subió a la tribuna para calificar de infundadas las acusaciones contra el hijo del presidente de la República. La multitud que ocupaba las galerías abucheaba a Capanema estrepitosamente.

Luego de visitar a los presos en la prisión —aquellos que no pudo soltar al entrar a su tumo, por estar a disposición de Justicia— Mattos hizo registros en el libro de actas, firmó constancias de residencia y de pobreza y un permiso para transportar al anfiteatro un cadáver encontrado en la calle.

Rosalvo entró en la sala.

—¿Es verdad que agredió a don IIidio?

—¿Quieres decir al *bicheiro* Ilidio?

—¿Y después lo metió en prisión?

—No me siento bien hoy, Rosalvo, es mejor que no me irrites. .

—Disculpe. El delegado quiere hablar con usted sobre eso.

Mattos entró sin llamar en el despacho del delegado.

—¿Quiere hablar conmigo?

—Siéntese, doctor Mattos. Es sobre ese incidente con don Ilidio.

El comisario se sentó, consternado. Alguien le informó al delegado lo que había ocurrido. Pero no estaba interesado en saber quién había sido. Lo cierto es que la noticia había corrido.

—Bien. Ese *bicheiro* vino aquí a pedir que soltaran a un empleado suyo que había sido detenido por rijoso. Yo no sabía que él era *bicheiro*. Pedí por teléfono el expediente del preso y de los otros dos que habían participado en la riña. Como para todos era su primera detención y la riña era una bobada, que no debía ni estar en el Código Penal, y también porque la prisión estaba llena, resolví soltarlos. Luego de liberar al empleado de ese *bicheiro*, que yo no sabía, hasta entonces, repito, que era un delincuente, él me puso el dedo en la cara y dijo: "No quiero que esto vuelva a pasar, ¿oíste?" Pregunté al guardia: ¿Conoces a este caballero? El guardia respondió, con tono respetuoso: "es don Ilidio". Fue entonces que entendí que el sujeto era un banquero del *bicho*. En ese momento el *bicheiro* se volvió hacia el guardia y señalándome dijo: "Este mocoso tiene mucho que aprender". Irritado lo agredí con un puntapié y lo metí a la cárcel. Pero se quedó poco tiempo. Lo solté en la madrugada. A su empleado lo solté antes.

—¿Reconoce que agredió a don Ilidio?

—Sí. Fue un error. Podía haberle aplicado el 231, por desacato. Perdí la cabeza.

—¿Sabe entonces que cometió un delito de violencia arbitraria? Artículo 322. Practicar violencia en el ejercicio de una función con el pretexto de ejercerla.

—Sí.

—La Jefatura estableció que la represión del juego del *bicho* debe ser hecha por la Delegación de Costumes. ¿Usted sabe eso, o no?

Por primera vez el delegado Ramos tenía al comisario en condición de inferioridad. El placer que esto le producía se le veía en el rostro.

—Usted infringió el artículo 319: dejar de practicar indebidamente una obligación como autoridad para satisfacer intereses o sentimientos personales. El nombre de eso es prevaricación. Como es su primera infracción —continuó el delegado—, estoy dispuesto a olvidarla, pero exijo más obediencia de parte suya.

—¿Prevaricación? ¿Violencia arbitraria? Mira Ramos, haz lo que quieras. Pero no me vengas con sermones. No tienes moral para eso.

—Soy su jefe. No le admito que me hable en ese tono.

—Yo hablo como quiero. Tú proteges a los *biche iros*, estás en

contubernio con ellos.

—Tengo órdenes de la Jefatura para dejar la represión del juego en manos de Costumes —gritó Ramos.

—Todos están comprados por los *bicheiros*. No sólo tú. Costumes es un antro de ladrones —dijo el comisario.

—Tú no puedes… —comenzó Ramos. El comisario dio la espalda y lo dejó hablando solo.

Más tarde, Rosalvo volvió al despacho del comisario.

—El doctor Ramos está irritadísimo. Dijo lo que usted no se imagina.

—Lo que ese tipo diga no me interesa. Puedes ir a contárselo.

—¿Qué es eso, doctor?

—En la próxima reunión de congregados marianos se lo cuentas.

—Doctor, yo aún no ingreso a la Congregación. Estoy pensándolo aún. Fui a una reunión el martes pasado, allá en el Liceu Literario Portugués, para ver cómo era aquello. Había más de cuatrocientos congregados. El presidente de la Confederación Católica Arquidiocesana, Eurípides Cardoso de Meneses, dijo un discurso contra la revista *Flan*, de Samuel Wainer.

—Rosalvo, tengo mucho que hacer.

—Esos judíos de *Flan* publicaron un reportaje ofensivo contra nuestros creencias católicas. Eurípides venía de una reunión con el cardenal don Jaime de Barros Cámara, en el Palacio Sao Joaquim, donde quedó convenido que los padres en los sermones, dirían que los católicos no deben leer los periódicos de la corrupción. Los congregados estaban furiosos por el reportaje. Eurípides pidió que se enviaran telegramas y cartas de protesta a *Flan* y *Ultima Hora* con dos frases: "¡Viva el papa!" y "¡Mueran *Ultima Hora* y *Flan!"*

—Viva el papa… Cambiando de tema, ¿qué averiguaste sobre Pedro Lomagno?

—Déjeme acabar de contarle. De pronto todo el mundo en el Liceu Literario Portugués gritaba: "¡Viva el papa! ¡Mueran *Ultima Hora* y *Flan!"* El doctor Ramos me dijo que normalmente se cierra el encuentro rezando una salve, pero el martes sólo hubo vivas y mueras. Después que terminó la reunión salimos a la calle gritando: "¡Viva el papa! ¡Mueran *Ultima Hora* y *Flan!"* Y ahí estábamos rompiendo ejemplares de *Ultima Hora* y *Flan* en los puestos de periódicos que encontrábamos. Usted sabe que soy católico y lacerdista, pero no soy fanático como esos congregados. Creo que voy a decirle al doctor Moráis que no voy a entrar a la Congregación.

—No me interesa eso. Háblame de Pedro Lomagno.

Rosalvo sacó un pequeño block de su bolsillo.

—El padre de Lomagno era un conocido integralista que financió a

Acao Integralista Brasileira hasta 1938, cuando los gallinas verdes armaron aquel *putsch* que fracasó. Entonces el viejo Lomagno se salió y se adhirió a Getulio, el verdugo de su partido. El hijo nunca quiso saber nada de los verdes, aunque también es cierto que era muy niño cuando Plinio Salgado manejaba la situación[5]. El negocio del muchacho, de cualquier forma, es ganar dinero. Era socio de Gomes Aguiar, en Cemtex, pero no ejercía ninguna función en la empresa. Cemtex, según *Tribuna da. Imprensa*, consiguió una escandalosa licencia de importación de parte del Banco de Brasil, gracias a un negociador de altos vuelos llamado Luiz Magalhaes.

Luiz Magalhaes de nuevo. El estómago de Mattos ardía.

—Claudio también es socio de Cemtex; por lo visto nuestros amigos están metidos en las mismas transas desde tierna edad. Creo que ahí está el meollo.

—Deja el meollo. Continúa.

—Lomagno juega polo en Itanhangá. Gente fina. Un jugador de polo usa cuatro caballos pura sangre durante el juego —pausa—. Una cosa buena de ser policía es que uno se la pasa aprendiendo cosas.

—¿Y José Silva?

—Está difícil encontrar al niño, quiero decir, al hombre de treinta años que debe ser hoy. Conseguí su antigua dirección, mi cuñado el prefecto la obtuvo, aunque yo no le haya conseguido nada…

—Sigue.

—El vivía en una casa de la avenida Atlántica. Fui allá y ¿sabe qué descubrí? Un edificio enorme en lugar de la casa. Las casas que había junto también habían sido demolidas. No va a pasar mucho tiempo para que todas las casas de la avenida Atlántica caigan por los suelos.

—Sigue.

—Ya no hay más casas para seguir haciendo preguntas. Estoy en cero.

—Date una vuelta por las panaderías, los almacenes, los comercios de las calles próximas.

—Buena idea. —Pausa—. ¿La dueña del senadito le dio servicio?

—No.

—¿No dijo nada?

—Nada. Vete.

Rosalvo salió. Mattos llamó a Antonio Carlos, del DEP.

—¿Tienes algo para mí?

—Estamos haciendo un examen completo de todo lo que encontramos en el lugar. Sabes que eso toma tiempo. Encontramos muchas cosas: impresiones papiloscópicas, sangre, moco, sudor, saliva, esperma, heces, orina, cabellos. Te puedo dar sólo unas informaciones

preliminares.

—Empieza por la sangre.

—La sangre de la sábana no es la misma de la víctima. La víctima es AB, Rh negativo. El de la sábana es A, Rh positivo. Probablemente del criminal. La víctima tenía en la boca sangre, que no era de ella. Debe haber mordido a su asesino.

—¿Cabellos?

—Había dos cabellos en el jabón que recogimos en el baño. Por el examen de la médula y de la pigmentación del córtex, concluimos que eran del muerto.

—¿Son de hombre o de mujer?

—Ni siquiera sabemos con certeza de qué parte del cuerpo son. Sabemos que no son de la cabeza, sea hombre o mujer. Tampoco del sobaco, las piernas o la nariz. Tampoco son pestañas ni cejas.

—Quedan la barba y el bigote.

—Y el escroto, el ano y la vagina. Dios hizo al hombre un animal lleno de pelos característicos para atormentar a los peritos. —Pausa—. A veces para ayudarlos. Pero estoy usando una técnica nueva en los exámenes que estoy haciendo. Tal vez descubra algo.

—¿Y el esperma?

—Creo que es de la víctima. Dentro de algunos días vas a saber todo. Yo te llamo.

En seguida Mattos llamó al IML y habló con el legista que hizo la autopsia.

—Las manchas y los hematomas de las partes blandas del cuello, las roturas musculares, las lesiones de las carótidas y las fracturas del hueso hióide demuestran que el tipo fue muerto por estrangulamiento. Pero te mando el reporte la semana entrante.

Poco antes de que Mattos terminara su tumo, Sálete le telefoneó y le dijo que pasaría a su casa. Estaba ansiosa por ver si el hechizo de la madre Ingracia había dado resultado. Esperaba que, por efecto de la magia negra de la vieja bruja, apenas entrara en el departamento de Mattos, el comisario la tomaría entre sus brazos y, después de un beso ardiente, le pediría que se casara con él.

* * *

—Esa hipercloridia va a acabar conmigo —dijo Mattos cuando le abrió la puerta a Sálete.

—Toma un vaso de leche —le dijo la muchacha, desconsolada, después de permanecer algunos segundos con los brazos abiertos, esperando una manifestación de cariño de parte del comisario.

—Ya tomé.

—Tómate otro.

Sálete abrió el refrigerador. En las charolas había sólo algunas botellas de leche y muchos huevos, algunos huecos. Sálete, a quien le repugnaban los huevos y jamás había comido uno en su vida, había presenciado cómo Mattos, luego de hacerle a un huevo dos hoyos en los extremos, lo chupaba "como si fuera una zarigüeya". Alguien le había dicho que las zarigüeyas chupaban huevos de esa manera.

—No quiero leche.

—Entonces chupa un huevo. No me molesta. Sólo no quiero ver.

—Voy a masticar otro *Pepsamar*.

Sálete se quedó viendo cómo Mattos masticaba la medicina.

—Tú no… no tienes ganas.

—Tengo. Espera un poco.

—No te estoy molestando, ¿verdad?

—No me molestas nunca.

—Fui a la Fundación Getulio Vargas y me inscribí en el curso para secretaria.

—Felicidades. Eso hace que… tenga ganas.

Era mentira.

—Déjame ver —Sálete extendió su mano en dirección al pubis del comisario, que se apartó.

—Espera un poco. Un comentarista del Talmud, conocido como Raba, decía que la erección del miembro masculino sólo puede ocurrir con la "ayuda de la razón".

—Leiste eso en ese libro —dijo Sálete señalando el libro que el comisario acababa de tomar.

—En otro.

—Creo que lees demasiado. Doña Floripes decía que un hombre que frecuentaba la casa se quedó loco de tanto leer. Le pedía a las muchachas que se mearan encima de él.

—Si me vuelvo loco te prometo que no te pediré que te orines encima de mí.

—Debías hacer otras cosas. Debías bailar. Bailar es bueno para la cabeza.

—Además, el portero me dijo que el agua va a llegar a las seis. Esperemos.

El timbre sonó.

—¿Quién será? —dijo Sálete.

Mattos abrió la puerta.

—¿Te di mi dirección? —preguntó el comisario, sorprendido, al ver a Alice de pie en el corredor.

—Lo busqué en el directorio telefónico. —Pausa—. Murió Colette,

¿sabías? El día 3. La entierran pasado mañana, en el Pére Lachaise.

—No, no sabía.

—Tú decías que te gustaban sus libros —Alice intentó ver qué libro tenía el comisario en la mano, sin conseguirlo.

—Ahora tengo mis propios muertos para preocuparme. Soy policía, ¿ya se te olvidó?

—¿No me vas a invitar a pasar?

—Tengo visita.

Alice miró por encima del hombro de Mattos y vio a Sálete.

—Disculpa… vine para… te llamo después… ¿Puedo llamarte luego?

—Sí. Llámame, si quieres.

El comisario cerró la puerta.

—¿Quién era esa muchacha?

—Una amiga.

—Bonita. —Pausa—. Voy a ver si ya llegó el agua —dijo Sálete sin moverse—. ¿Estás molesto porque ella se fue cuando me vio?

—No.

—Es una mujer fina… lo vi inmediatamente. ¿Es tu otra amante? ¿La verdadera?

—No es nada de eso. Vamos a cambiar de tema.

—Estás molesto. —Pausa—. No sabía que te gustaran las mujeres rubias… —Pausa—. Si me lo hubieras pedido me iba ahora y te dejaba con ella aquí, sin enojarme.

En casa de doña Floripes le habían enseñado que los hombres existían para ser agradados, que los hombres existían para ser engañados y abusar de ellos, y que per tanto era preciso saber disimular.

Pero ella no quería engañar ni abusar de aquel hombre.

—No es cierto. Estoy celosa de ella. Sería muy infeliz si me dijeras que me fuera.

Maltes le dio un beso en la cara a Sálete.

—Voy a ver si ya llegó el agua —dijo Sálete.

Tan pronto entró al baño, vio su rostro en el espejo del botiquín. Por pequeño que fuese, un espejo siempre atraía su mirada.

Acercó el rostro al espejo. Le hubiera gustado mucho ser rubia y tener ojos azules, como aquella mujer, y como aquella mujer saber enfrentarse a los otros, como la rubia hiciera al mirarla desde la puerta. Ahora, contemplaba muy de cerca su rostro reflejado en el espejo. Los ojos eran muy redondos, todo el mundo decía qué bonitos eran los ojos rasgados; las cejas muy gruesas y negras, la nariz muy larga, la boca muy grande. ¿Por qué Dios la había hecho así de fea? Lo

que la salvaba era el cuerpo.

Se quitó la ropa e intentó verse el cuerpo en el pequeño espejo. Le hubiera gustado en ese momento poder mirarse en un espejo grande para olvidar a la muchacha rubia. En su casa danzaba desnuda frente a un enorme espejo de pared y la visión de su cuerpo desnudo en movimiento le daba siempre una gran alegría. Pero en el departamento de Mattos sólo había aquel espejo minúsculo que sólo dejaba ver su rostro horroroso.

La tubería de la bañera empezó a ronronear. Ya había llegado el agua. Sálete llenó la tina, cuidando que la temperatura del agua fuese la adecuada. Después se puso junto a la bañera. No necesitaba hacer ninguna pose, no era como muchas de las chicas que conoció en casa de doña Floripes, esas que frente a los clientes, para parecer apetecibles, escondían con trapos los pechos y la cola, metían la panza, se contorsionaban encimando una pierna sobre la otra para no dejar ver el hoyo arqueado en medio de las piernas. Gritó:

—¡Puedes venir!

Mattos entró al baño.

—Deja ese libro.

Sálete miró cómo el comisario puso el libro en un rincón sobre una cesta de ropa sucia. ¿Adonde estaba la mirada sorprendida por la desnudez de ella, o esa otra mirada, la del deseo? Tomó la mano de Mattos y la puso sobre uno de sus senos.

—¿Oyes mi corazón?

Había visto aquello en una película. No era uno de los trucos expertos de puta que aprendiera en la casa de doña Floripes; siempre que estaba desnuda frente a Mattos el corazón le latía muy fuerte y seguro él sentiría eso en los dedos. El cuerpo de ella temblaba.

—Sí, oigo cómo late tu corazón —le dio la espalda a la muchacha, tomó el libro y salió del baño.

Sálete recogió su ropa del piso y se vistió tristemente. Regresó a la sala. Mattos, con los codos apoyados sobre la mesa, leía atentamente el libro abierto frente a él. Sálete salió en silencio, sin que el comisario lo notase.

* * *

El senador Vitor Freitas, acompañado del asesor Clemente, tomó en el estacionamiento del Senado el coche oficial que estaba a su disposición y ordenó que se dirigieran al Club de la Fuerza Aérea. El club, en la plaza Marechal Ancora, no quedaba muy lejos del Senado, normalmente en coche se hacían diez minutos; pero aquel día, después de media hora preso dentro del coche en la avenida Presidente

Antonio Carlos, el senador se apeó y junto con su asesor hizo el resto del trayecto a pie.

Una multitud estaba en la puerta del club y Vitor Freitas tuvo que invocar varias veces su condición de senador para poder, finalmente, entrar al club.

El ataúd con el cuerpo del mayor Vaz acababa de ser cerrado y estaba siendo cubierto por una bandera brasileña.

—Llegamos tarde —dijo Clemente.

—¿Dónde está el brigadier Eduardo Gomes? Es necesario que él me vea aquí —dijo Vitor Freitas. El brigadier había sido candidato a la presidencia de la República, por la UDN, en 1946 y en 1950. La primera elección la perdió frente al general Gaspar Dutra, que había sido ministro de Guerra de Vargas durante la dictadura. La segunda, frente al propio Vargas; una victoria inesperada del ex dictador, que se vengaba así de uno de los militares que habían lidereado el movimiento que lo derrocó en 1945: No obstante sus dos derrotas, el brigadier mantenía para la clase media su aura romántica de héroe revolucionario, adquirida en el episodio de los Dieciocho del Fuerte, el 5 de julio de 1922: diecisiete oficiales y soldados y un civil salieron del Fuerte de Copacabana rumbo al Palacio de Catete, donde el comandante del Fuerte estaba preso por insubordinación, dispuestos a una desigual lucha. Marchaban por la avenida Atlántica cuando fueron atacados por fuerzas leales al gobierno del presidente Epitácio Pessoa. El civil y un teniente murieron. Tres oficiales, entre ellos Eduardo Gomes, fueron gravemente heridos.

Clemente localizó al brigadier entre un grupo de oficiales de la Fuerza Aérea y de civiles. Pero Freitas no consiguió presentar el pésame al brigadier Eduardo Gomes, como le hubiera gustado. El senador llegó a decir:

—Brigadier, el sacrificio del mayor Vaz no será en vano.

Pero el militar, cuyo liderazgo entre los oficiales jóvenes de la Fuerza Aérea, aunque estuviese en la reserva, era indiscutible, no oyó lo que Freitas decía, pues en aquel momento gritaba irritado, en medio de un grupo de personas:

—Ya dije que el cortejo no pasará frente al Palacio de Catete. Irá por la playa. No es el momento para provocaciones.

Clemente susurró al oído de Freitas:

—Aprovecha y habla con el general Caiado. Es bueno agradar a tirios y romanos.

El jefe del Gabinete Militar de la Presidencia, visiblemente consternado, permanecía en un rincón, acompañado por un ayudante. Caiado de Castro estaba ahí como representante personal del presidente Vargas. El general venía directamente de Catete, donde la

familia Vargas estaba reunida.

Freitas saludó a Caiado, que lo reconoció.

—El presidente está profundamente impresionado con este crimen bárbaro. Dio órdenes terminantes para deslindar responsabilidades, caiga quien caiga —dijo Caiado.

—Vargas está enfrentando esta situación como el gran estadista que es —dijo Freitas, despidiéndose del general. Lo mejor era no comprometerse con ninguno. Era una situación muy indefinida.

Una multitud de cinco mil personas acompañó el féretro a pie hasta el cementerio Sao Joao Batista, en Botafogo. El senador Vitor Freitas y su asesor habían conseguido finalmente colocarse junto a los militares y civiles que rodeaban a Eduardo Gomes. Al reconocer al brigadier, las personas que asistían al paso del cortejo le gritaban:

—Brigadier, no deje que la democracia muera. Vamos a correr a los ladrones de palacio.

El brigadier se mantenía serio e impenetrable.

Eran las seis y media cuando llegaron al cementerio. Un toldo, con unas linternas encima, cubría lá fosa donde el mayor Vaz sería enterrado. Cuando el cuerpo bajó a la sepultura, Vitor Freitas había conseguido colocarse entre el ministro de Justicia, Tancredo Neves, y el cardenal don Jaime de Barros Cámara.

—La policía hará todo para llevar ante la justicia a los responsables de este crimen —dijo el ministro con voz cansada al reconocer al senador a su lado. Tancredo Neves había dicho esa frase decenas de veces en las últimas veinticuatro horas.

Antes de salir del cementerio, Vitor Freitas se vio de pronto al lado de Eduardo Gomes. Por unos instantes no supo qué decir, pero su indecisión duró poco:

—La muerte de este héroe será la aurora de la decencia en el Brasil —dijo recordando una frase que leyera en una corona de flores que estaba en el Club de la Fuerza Aérea. Notó que la frase hizo su efecto en el brigadier.

—Soy el senador Vitor Freitas, del PSD —agregó.

—Gracias, senador —respondió Eduardo Gomes, con voz conmovida.

Del cementerio, Freitas y Clemente se fueron para la casa del periodista Carlos Lacerda. El departamento estaba lleno de personas, muchos militares uniformados. Lacerda estaba recostado en un sofá, con la pierna enyesada arriba. Freitas se aproximó al periodista.

—Una monstruosidad —dijo.

—Este es un gobierno de vandalismo y locura —respondió Lacerda.

El senador habló con algunas personas para remarcar su presencia; entre ellas, los generales Canrobert y Etchgoyen, el brigadier

Trompowski, el abogado Sobral Pinto y el diputado Prado Kelly. Habló allí mismo con doña Olga, madre del periodista.

De la casa de Lacerda, el senador y Clemente fueron p ara el Ciro's.

—¡Qué día! —dijo Freitas, después de que el mesero le sirvió un whiskey doble.

—¿Crees que el cruceiro se devalúe? Está a 18.82 frente al dólar, según el cambio oficial; en el mercado negro está a 64.30 —dijo Clemente.

—¿Andas haciendo negocios con dólares?

—Tengo que defenderme. Lo que ustedes me pagan en el Senado es muy poco. Tengo hábitos caros. Anda, Vitor, responde.

—Souza Dantas dijo que el cruceiro no va a ser devaluado. Va a ser mantenida la tasa oficial de 18.82.

—No creo en ningún puto de este gobierno. Si sabes algo, ¿me lo dices?

—Te lo digo, mi ángel, te lo digo. ¡Qué día! Creo que merezco un descanso.

—Ya sé lo que quieres —dijo Clemente, con una sonrisa maliciosa.

—Consígueme un muchacho bonito esta vez.

—Voy a ver qué puedo hacer. Pero recuerda que yo también merezco un descanso.

* * *

Ya era de noche cuando Sálete llegó hasta donde la madre Ingracia hacía sus hechizos.

Le contó todo lo que había pasado. La madre Ingracia, con la cabeza ladeada, pues era un poco sorda, oyó atentamente, fumando una cachimba.

—¿Cómo era la voz de la mujer rubia? ¿Parecía una guacamaya?

—No oí su voz. Pero debe tener una voz bonita. La desgraciada es linda.

—Cuando el calzón de un hombre no hace efecto sólo existe una cosa que da resultado —dijo mamá Ingracia, después de varias fumadas.

—¿Qué madre?

—Una costrita de alguna herida. Tienes que traerme una costrita de ese hombre.

—Una costrita. ¿Cómo voy a encontrar una costrita de él?

—¿Quién no se hace una herida? Todo el mundo, de vez en cuando, se hace una herida. Todas las heridas se hacen costras. Mira.

La madre Ingracia mostró su brazo, donde había una herida

cubierta por una costra.

—¿No puede ser otra cosa?

—No. Tiene que ser una costra. Así, cafecita.

La madre Ingracia se arrancó cuidadosamente la costra, la puso en la palma de la mano de Sálete y se la enseñó.

6

El viernes, poco después de las siete de la mañana, Climerio llegó a la casa del pistolero Alcino, cargando una maleta vacía.

—El infeliz está cantando —dijo Climerio— el puto del Nelson se presentó ante la policía la madrugada de ayer. Hoy lo llevarán al cuartel de la Policía Militar y el cachorro abrirá el pico. No debí haber confiado en ese hijo de puta. Es mejor que te escondas.

Entregó la maleta a Alcino.

—Pon un poco de ropa dentro; es mejor partir ahora mismo. —¿Y mi dinero? Me lo prometiste para hoy.

Climerio sacó de la cartera un fajo de billetes y se lo dio a Alcino. Diez billetes de a mil.

Alcino puso en la maleta un suéter, dos trusas, dos camisas, una gorra de lana, un rosario con una cruz de metal y un par de zuecos.

* * *

El primero en llegar al restaurante A Minhota, en la calle Sao José, en el centro de la ciudad, no muy lejos de la Cámara de Diputados, fue Lomagno. Era casi la una de la tarde. El restaurante, normalmente frecuentado por muchos senadores y diputados, estaba vacío.

Lomagno se sentó, taciturno. Pidió al mesero un whiskey en la rocas. El mesero, después de servirle a Lomagno, dejó sobre la mesa una cubetita con hielo y una botella de White Horse a la mitad, en la cual había una tira de papel colocada verticalmente y con las marcas de las dosis consumidas.

Poco después llegó Claudio Aguiar. Se habían hablado varias veces por teléfono, pero aquella era la primera vez que se veían desde la muerte de Gomes Aguiar. Claudio hizo una seña al mesero mostrando el whiskey de Lomagno.

—Claudio, eres un hijo de puta. Magalhaes me dijo que quisiste transferir el financiamiento de Cemtex para Brafesa.

Claudio tartamudeó.

—El… ¿El dijo eso?

—¿Por qué lo hiciste?

—Luciana va a quedarse con el control de Cemtex. No confío en ella. Luciana va a hacernos a un lado.

En ese momento llegó Vitor Freitas, acompañado de su asesor Clemente y el diputado Orestes Cravalheira, del PSD. Claudio saludó a los tres secamente y se levantó de la mesa para ir al baño. Lomagno fue detrás de él.

—Cálmate —dijo Lomagno, dentro del baño.

—¿Necesitaba traer a su mayate?

—Cálmate, cálmate —repitió Lomagno.

—No me puede hacer eso. Le voy a decir que no quiero a ese criado en nuestra mesa. ¡Miserable! ¡Miserable!

Lomagno abofeteó a Claudio con fuerza. Este retrocedió asustado.

—¿Por qué hiciste eso?

—No vas a decir nada. Cuando se te pase el ataque histérico regresas a la mesa y te quedas callado.

—¿Qué le pasa a Claudio? —preguntó Freitas, cuando Lomagno regresó del baño.

—No se siente bien.

—¿Está haciendo berrinche? —preguntó Clemente, con una sonrisa irónica.

Lomagno ignoró la pregunta.

—Cravalheira se tomará un güisquito con nosotros mientras espera a unos amigos que van a comer con él —dijo Freitas.

El mesero trajo copas y otra botella de whiskey. Bebieron. Hablaron del atentado que victimara al mayor Vaz; conversaron sobre generalidades. Cravalheira comentó que al juez Murta Ribeira le tocó la apelación del teniente Bandeira, condenado a quince años de prisión por la muerte del banquero Afrânio Arsênio de Lemos, un crimen pasional que aún captaba la atención de la ciudad. La falta de agua, como siempre, se mencionó, pero sólo brevemente. Freitas mencionó la emisión de moneda hecha por el gobierno.

—¿Saben cuánto emitió Oswaldo Aranha en los últimos doce meses, del 1º de agosto de 53 al 1º de agosto de 54? Más de ocho mil millones de cruceiros. No da tiempo para que los funcionarios rubriquen los clichés perpetrados por las prensas de la Casa de Moneda, American Bank Note y Thomas de la Rué.

Lomagno permaneció en silencio. Claudio volvió a la mesa.

—¿Estás mejor, querido? —preguntó Clemente—. Por tu cara, parece que tuviste fiebre.

Cravalheira volvió a mencionar el atentado.

—Hasta ayer —dijo Freitas—, o mejor dicho, hasta antenoche, día 4, o en la madrugada del día 5 cuando ocurrió el atentado de la calle Tonelero, el clima en este país parecía el de 1937. Pero ahora Getulio

no tiene posibilidades de un golpe.

—No iba a dar ningún golpe —dijo Cravalheira.

—¿Por qué piensas que Getulio canceló su viaje a Bolivia para inaugurar la carretera Santa Cruz de la Sierra-Corumbá? —dijo Freitas, sirviéndose otro whiskey. El mismo respondió diciendo que eran falaces las razones alegadas, de que el aeropuerto de Santa Cruz, en Bolivia, no ofrecía seguridad. En verdad, Getulio no quería que el vicepresidente Café Filho asumiese la presidencia de la República..

—Como todo golpista se la pasa creyendo que otros quieren darle un golpe —dijo Clemente.

Cravalheira sacó un recorte de prensa de su bolsillo.

—Déjenme mostrarles quién es ese Café Filho. Vean lo que dice.

El diputado leyó en voz alta:

—"Mi vida fue una larga participación en revoluciones, conspiraciones. Sufrí mucho, tengo heridas de bala en el cuerpo".

—Pobrecito —dijo Clemente.

—Oigan el resto. Dice que el momento más dramático que vivió pasó no hace mucho tiempo. Viajaba para Chile y el avión de la FAB en que iba se vio obligado a hacer un aterrizaje forzoso entre los picos de los Andes. De inmediato, los gobiernos de Chile y Argentina mandaron aviones para que él continuase el viaje. Pero Café, patrióticamente, reflexionó que estaba en un avión de la FAB y que mudar de avión en aquella coyuntura sería dar una demostración de desconfianza de la capacidad técnica de los valerosos oficiales de la Fuerza Aérea Brasileña. Sintió, cuando tomaba esta decisión, toda la extensión de su responsabilidad, como vicepresidente de la República. Reparado el avión de la FAB, el valiente Café dice que disculpó a los que lo acompañaban y subió al aparato para morir, pues estaba cumpliendo el deber de prestigiar a nuestra aviación y a nuestros pilotos.

Clemente cantó el estribillo de una conocida tonada de carnaval:

—"Y el contingente de lambiscones cada vez aumenta más".

—Café terminó la entrevista con estas palabras: "Fue así que viví mi momento más dramático como vicepresidente de la República. Nunca pensé que eso me pasaría, ni siquiera en las más duras campañas y las más agitadas revoluciones". Y pensar que ese farsante puede ser presidente de la República.

—Quienes mandan son los militares de azul… Café sabe para dónde sopla el viento.

—¿Fuiste al entierro del mayor?

—Sí. Sólo un loco no iría —dijo Freitas.

Un fiscal y un oficial de la Fuerza Aérea están asignados para seguir la investigación. Están diciendo que el delegado Pastor, que

preside la investigación policiaca, es getulista.

—A propósito de policía, necesito hablar contigo sobre un comisario… —Clemente no completó la frase.

—¿Qué comisario? —preguntó Freitas.

—Nadie. Después hablamos.

—Getulio tiene los días contados —dijo Freitas.

—Getulio acostumbra tener un as escondido en la manga —dijo Cravalheira.

—Getulio está chocho. ¿No vio esa foto donde Gregorio lo está peinando en público? Parecía uno de esos enfermeros del hospital de la Santa Casa de la Misericordia cuidando a uno de esos viejitos que se ensucian en los calzones.

Cravalheira señaló que subestimar a Getulio era un error.

—¿Recuerda la campaña de los *marmiteiros*[6] que el viejo organizó?

—Fue Borghi quien planeó todo.

Cravalheira hizo un largo comentario sobre el oportunismo y la cobardía del político brasileño.

—Pila es una excepción, tuvo la hombría de afirmar que es necesario oponer la fuerza a la fuerza. Cuando el intento de destitución, y esto tiene poco más de un mes, solamente treinta y cinco diputados tuvieron el valor de enfrentar a Catete. Getulio no deshizo el Congreso porque no quiso.

—¿Por qué no quiso?

—Prefirió desmembrar primero a la oposición, preparando el camino para el golpe. La sala de espera de Oswaldo Aranha, en el Ministerio de Hacienda, hasta ayer estaba lleno de udenistas. Pero coincido con que el atentado cambió todo. Getulio fue puesto a la defensiva.

—Esa politiquilla de mierda me harta —dijo Clemente.

—El cometió un error por primera vez en su vida. No debía haber perdido su tiempo desmembrando un partido como la UDN. El Ejército apoyaría el golpe, antes del atentado. Ahora que mataron al aviador, es más difícil.

Lomagno y Claudio no participaban en la conversación, manteniéndose en un silencio agresivo, que terminó por incomodar a Cravalheira. El diputado, incluso antes de que sus amigos llegaran, se despidió y fue a sentarse en otra mesa.

—Un perfecto cretino —dijo Clemente—. No sé por qué pierdes el tiempo con un idiota como ése.

—¿Cuál es el problema urgente sobre el que me querías hablar? —dijo Freitas.

—Es un asunto particular —dijo Claudio mirando con malevolencia a Clemente.

—Clemente está dentro de todo.

—No confío en este tipo —dijo Lomagno.

—Querido, como dijo Vitor, estoy dentro de todo. A estas alturas, no tiene la menor importancia si confías o no en mí.

—Si vuelves a llamarme "querido" otra vez te doy un murro en los cuernos aquí dentro —dijo Lomagno.

—Cállate la boca, Clemente —dijo Vitor, suspirando—. Finalmente, ¿cuál es el problema?

—¿Cuál problema? ¿Cuál problema? ¡El asesinato de Paulo! —exclamó Claudio—. El accionista mayoritario de Cemtex ahora es Luciana.

—¿Aquella harpía ninfómana? —dijo Freitas.

—No digas idioteces —dijo Lomagno, con una violencia que sorprendió a Freitas—. No conoces a Luciana —agregó Lomagno, controlando su inesperada furia.

—Tal vez no la conozca… Sólo estaba repitiendo…

—Cambiemos de tema —cortó Lomagno, secamente.

—Pedí a Magalhaes que hablara con Gregorio, a fin de que él consiguiera transferir la licencia de importación para Brasfesa —dijo Claudio, mirando tímidamente a Lomagno—. El criollo no quiso hacerlo. Magalhaes le tiene pavor.

—Después que recibió la Maria Quitéria, Gregorio se volvió más arrogante. Es absurdo; la mayor condecoración del Ejército para ese individuo.

—Puedes hablar directamente con Souza Dantas —dijo Claudio—. Como presidente del Banco de Brasil él manda en la Cexim.

—La situación es muy seria —dijo el senador tomando un trago de whiskey, escogiendo las palabras con cuidado—. El país entró en una crisis que puede tener consecuencias graves.

—¿La muerte de ese aviador? Eso dentro de poco queda olvidado.

—Lacerda no va a dejar que nadie olvide.

—Estás evadiendo el asunto —dijo Claudio irritado—. Te pregunté si hablarías con el presidente del Banco de Brasil. ¿Sí o no?

—El atentado cambió todo —dijo Freitas—. Los militares están furiosos con la muerte del mayor Vaz. Hoy se realizará una asamblea en el Club de la Fuerza Aérea, con objetivos claramente golpistas. Hoy también, en las dos sedes del Congreso, serán pronunciados discursos que condenan el atentado. El diputado Ahornar Baleeiro, que está coordinando esa acción conjunta, y que será uno de los oradores, me pidió que yo también hablara.

—No va a hablar con Souza Dantas. Déjalo así, Claudio —dijo Lomagno. Su irritación parecía controlada.

—Amigo mío —dijo Freitas— soy nordestino. ¿Sabe lo que eso

significa? Que soy un sobreviviente. Veo el caos que se avecina. Ñero Moura, ministro de la Fuerza Aérea, y el ministro de Guerra, Zenobio da Costa, dijeron que hoy no habrá ninguna asamblea de militares en el Club de la Fuerza Aérea. Pero Zenobio puso como soldados de servicio a miembros de unidades especiales como el Batallón de Guardias y el Batallón de Policía Militar. La verdad es que los ministros militares ya no tienen control sobre los oficiales jóvenes. Cuando los generales sólo pueden mandar sobre otros generales la cosa está mal. Muy mal.

—¿Vas a hablar o no con Souza Dantas?

—El no va hablar. Olvídate del asunto —dijo Lomagno, bruscamente.

—La oposición se va a aprovechar de la coyuntura. Souza Dantas ya estaba muy preparado antes, imagínense ahora… Voy a ser franco con ustedes; no quiero involucrarme más en este negocio. No puedo. Tengo que quedarme quieto hasta no ver dónde salta la liebre —dijo Freitas.

—Estás metido en este negocio hasta el cuello —dijo Claudio.

Freitas se levantó.

—Claudio —dijo el senador, con voz condescendiente— en treinta años de política nunca di un paso en falso. No serás tú, que aparte de todo eres mi amigo, y espero que continúes siéndolo por mucho tiempo a pesar de este desagradable episodio, quien va a lograr chantajearme. Van a tener que salir del atolladero solos.

—No pasas de ser un corrupto hijo de puta —dijo Lomagno.

—Todos somos unos corruptos hijos de puta, aquí en esta mesa. Aquí en este país. Vámonos, Clemente.

Freitas y Clemente caminaron por la calle Sao José en dirección a la avenida Rio Branco.

—Lomagno y Claudio son dos canallas. Debías romper con ellos.

—Todo a su tiempo. ¿Qué historia es ésa del tal comisario?

—El fue al Senado porque quería hablar contigo. No dijo qué quería.

—Debías habérmelo dicho.

—Lo olvidé. El tipo es un pobre diablo, basta mirar su ropa.

—Pero debías habérmelo dicho.

—¿Tengo que acordarme de todo? ¿Adonde te metiste el jueves por la tarde?

—¿Cómo se llama el policía?

—¿Crees que voy a saber de memoria el nombre de un policía que usa ropa de quinta? —Clemente rió—. Dos cosas no usaría ni muerto: la ropa mandada a hacer con tela barata y la ropa que venden en las

tiendas de ocasión —y agregó, cambiando de tono—. Anoté el nombre de él en alguna parte.

—Busca a Teodoro, el de seguridad en el Senado. Quiere conseguirle un empleo a su mujer. Puedes prometérselo. Habla con Teodoro para saber quién es ese policía y qué quiere conmigo. Informe completo. No debemos dejar nada fuera.

Los dos entraron juntos al Senado. Clemente fue a buscar a Teodoro. Vitor Freitas, en su despacho, dio los últimos toques al discurso que pronunciaría condenando el atentado de la calle Tonelero.

* * *

Aquella tarde, a la misma hora que Vitor Freitas pronunciaba su discurso en el Senado —"La nación no puede olvidar, no puede perdonar esta ignominia" —el comisario Mattos recibía un telefonema del perito Antonio Carlos:

—Los pelos del jabón no son de la víctima.

—¿Son de mujer?

—De un hombre. Un negro.

—¿Un negro? ¿Es posible saber eso? Tengo una edición nueva de Soderman, de 1952, y él no menciona eso.

—Soderman está superado. Los exámenes que hice están basados en un estudio publicado en el último número de *New England Journal of Medicine*. Hice todas las pruebas. Un negro usó aquel jabón, probablemente se bañó.

Un negro. El mayordomo de los Aguiar era blanco.

—Gracias, Antonio Carlos —dijo el comisario. Sacó de su bolsillo el anillo de oro que había encontrado en el baño. Un negro con dedos gruesos.

Cuando Mattos iba a salir, Rosalvo preguntó si podía hablar con él.

—Sólo si es urgente —respondió el comisario. Tenía prisa por llegar al edificio Deauville, donde Gomes Aguiar fuera asesinado.

—Estuve aquí el domingo —dijo el comisario al portero.

—Sí, señor. Lo recuerdo.

—Quedaste en decirle al portero nocturno que me buscara en la delegación.

—Hablé con Raimundo, doctor. ¿No fue?

—Dices que vive en uno de los cuartos del fondo. Dile que venga.

Raimundo llegó adormilado. Era un pemambucano flaco, de cabeza pequeña. Parecía que el cabello le comenzaba encima de la

nariz.

—Vamos para tu cuarto.

Entraron al cuartito sin ventanas, con una cama estrecha y un pequeño ropero sin puerta, dentro del cual se amontonaban ropas corrientes.

—Me gustaría hacerte otras preguntas sobre el asesinato de Gomes Aguiar.

—No sé nada. No vi nada, doctor.

—¿Pasaste la noche entera del sábado en la portería?

Raimundo meneó la cabeza, nervioso.

—Sábado… sábado…

—La noche del sábado.

—Sí.

—¿Por qué estás tan nervioso?

—Es que la policía, doctor… No estoy acostumbrado.

—Estoy seguro de que no pasaste la noche entera en la portería. O saliste o te fuiste a dormir. ¿Cuál de las dos?

—No entiendo, doctor.

—Nada ganas con mentir, Raimundo. Voy a terminar descubriéndote y vas a ser consignado.

—¿Qué quiere saber?

—Empieza a hablar.

—Salí un momento de la portería.

—¿Para qué?

—Una muchacha amiga mía vino aquí… Una criada del edificio… Bien…Vinimos a mi cuarto…

—¿A qué hora?

—A la una de la mañana.

—¿Cuánto tiempo se quedaron aquí?

—Dos horas. Doctor, si el administrador lo sabe, me bota.

—Dijiste que los sábados los inquilinos del octavo piso no recibieron visitas.

—Sí recibieron. Un criollo.

—¿Sabes su nombre?

—No, señor.

—¿Viste al criollo salir?

—No, señor.

—¿Cómo era él?

—Un negro grande y mandón. Malencarado.

—¿Mandón?

—Cuando entró me vio muy feo.

—¿Cómo es él?

—Llevaba traje y corbata.

—Su cara.

—Larga, dura.

—Por que no me hablaste de ese criollo antes.

—Doña Luciana me dijo que no hablara con nadie.

—¿Alguien más visitó el departamento aquella noche?

—Tal vez alguien entró y salió cuando yo… yo…

—; Cómo fue que doña Luciana le pidió que no dijera nada del criollo?

—Dijo que el criollo había ido a hacer un trabajo en el departamento y que ella no quería que nadie lo supiese.

—¿Qué trabajo?

—Algo de brujería, un hechizo, una madre de ésas. No entiendo eso, no creo en esas cosas'. Doctor, si doña Luciana…

—Nada sabrá de nuestra conversación. Por lo menos ahora.

—Estoy fregado, doctor, voy a perder mi empleo. La cuerda siempre se revienta por lo más delgado.

—Quédate callado. No hables con nadie de nuestra conversación.

—Sí, señor.

—Si cambias de dirección o sales de Rio me avisas antes. Necesito hablar contigo nuevamente. ¿Oíste?

—No sé nada más, doctor.

—Te lo voy a repetir: quiero saber donde andas, donde estás. Siempre. No trates de huir.

—Sí, señor.

Mattos regresó al *hall*. El elevador estaba parado en la planta baja. El policía entró, apretó el botón del octavo piso.

Nilda abrió la puerta.

—¿Está doña Luciana?

Nilda dudó.

—No, señor.

El comisario entró, apartando a Nilda.

—Dígale a su patrona que quiero hablar con ella.

Nilda regresó seguida del mayordomo.

—Doña Luciana manda decir que no puede atenderlo. Está enferma, en cama.

—¿Le puede dar un recado?

—Sí, señor.

—Dígale a doña Luciana que regreso otro día, para platicar con ella sobre el negro.

* * *

Aquella noche, a las ocho, como Vitor Freitas había previsto, más de cuatrocientos oficiales de la Fuerza Aérea, del Ejército y de la Marina de Guerra se reunieron en el Club de la Fuerza Aérea para "manter vivo el clima de indignación por la muerte del mayor Vaz y manifestar su decisión de proseguir con la investigación sobre el cruel asesinato del mayor Vaz hasta donde la policía no se sentía con el valor de ir". Había pocos oficiales superiores. Uno de ellos, el brigadier Fontenelle, declaró: "A pesar de las barbaridades, me enorgullezco de Brasil". Durante la reunión, el mayor Gustavo Borges, de la Fuerza Aérea, hablando en nombre de la "comisión de oficiales de la Fuerza Aérea que investiga el asesinato del mayor Vaz", dijo que él y sus compañeros estaban dispuestos a seguir hasta el fin las pistas que la policía no investigaba porque conducían a las altas autoridades. "¡Nosotros mismos haremos lo que la policía no tiene el valor de hacer!", exclamó Borges. El auditorio le aplaudió de pie. En seguida, el mayor Helder le confirmó la solidaridad de los oficiales jóvenes del Ejército para con los de la Fuerza Aérea: "Es preciso que se vaya hasta el fin en el esclarecimiento de ese repugnante crimen, que transformó nuestro país de una nación civilizada en cueva de malhechores". Después de la reunión, los militares distribuyeron a la prensa un boletín donde informaban haber solicitado a la dirección del Club de la Fuerza Aérea la convocatoria de una asamblea extraordinaria para tratar sobre los homenajes postumos que se rendirían al mayor y de cómo proteger a su familia.

* * *

Sálete y Mattos se encontraron para comer en la churrasquería Recreio, que quedaba en la calle donde vivía el comisario. Sálete sugirió aquel local. Luiz Magalhaes no frecuentaba churrasquerías.

—¿Qué te pasó en la cabeza?

—Le pegué a la pared con la cabeza.

—¿Te va a salir costra?

—No. Sólo es un chichón.

—Ah…

Sálete pidió churrasco combinado con *farofa* y *guaraná*[7]. El comisario pidió macarrón cocido y un vaso de leche. No había leche en la churrasquería.

Mientras comían, Sálete dijo a Mattos que "se estaba muriendo de ganas".

—Estuvimos juntos ayer —dijo el comisario.

—Pero no hicimos nada… Tenías dolor de estómago…

—Tengo dolor de estómago.

Sálete sintió una opresión en el corazón. Se levantó abruptamente, pasándose la mano sobre los ojos.

—Voy al baño —dijo.

En el baño había un espejo. Sálete, al ver su rostro en el espejo, comenzó a llorar. Una mujer entró y le puso la mano en el hombro.

—No llores, niña, los hombres no merecen nuestra desesperación —dijo la desconocida.

La mujer era gorda y fea, estaba mal vestida. No obstante, Sálete se refugió en sus brazos para llorar.

7

Hoy no voy a poder verte. Voy a hacer un viaje —dijo Luiz Magalhaes.

—¿A dónde vas?

—Voy a Uruguay. Negocios. Pero el martes estoy de regreso. ¿Qué vas a hacer el fin de semana?

—No sé.

—¿No sabes? Mejor no hagas ninguna bobada.

"Será que él desconfía", pensó Sálete. Luiz era muy celoso. En una ocasión le dijo que la mataría si ella lo traicionaba con algún hombre.

—Creo que voy a ir a ver a aquella bailarina negra norteamericana, Katherine Dunhan. O a Carmelia Alves. La reina del *baiao*[8].

—Estás muy influida por esas revistas idiotas. *Baiao* es cosa de gente baja.

—Es bueno bailar.

—¡Qué!

—No voy a bailar con nadie, no te preocupes.

—¿Necesitas dinero?

—Aún no gasto lo que me diste el mes pasado.

—Tranquila, ¿eh? —dijo Luiz colgando el teléfono.

Sálete se quitó la ropa, puso un disco de Carmelia Alves en el tocadiscos y se quedó bailando *baiao* frente al espejo, con los brazos en alto, el derecho un poco más arriba, como si tuviera pareja. A mitad del baile comenzó a llorar; su rostro mojado por las lágrimas, reflejado en el espejo, le pareció menos vulgar, más romántico —pero igual de feo—. Suspiró, pensativa: ella no hacía otra cosa en la vida sino llorar.

La interrumpió la sirvienta que tocaba la puerta. Había llegado la pedicurista. Se enrolló en una toalla y abrió la puerta.

—Me vas a arreglar los pies aquí en el cuarto, Cida. Entra. Trae el puf, María de Lurdes.

La sirvienta trajo un pequeño asiento acolchonado y lo puso frente a una poltrona próxima a una ventana.

Cida le arreglaba los pies a Sálete todas las semanas. No había

mucho qué hacer y pronto terminó su trabajo. Cida no traía un barniz igual al de las uñas de las manos de Sálete; había ese problema, el barniz de los pies era uno y el de las manos, otro; nunca coincidían los esmaltes. Cida quitó con acetona el esmalte de las uñas de las manos de Sálete y pintó todas las uñas, de los pies y de las manos, con un barniz del mismo color, rojo vivo.

Después tomaron un café que María de Lurdes había preparado.

—¿Y Malvino, cómo está?

—Hace tres días se apareció con una botella de vino en casa, afirmando que no bebería más aguardiente. Dijo que ahora bebería vino, que es la sangre de Cristo. Pero no cambió; hasta creo que está peor con la sangre de Cristo.

—Es borracho, pero tuyo, ¿no? Vive en tu casa, está allí a la hora que lo necesitas. Yo tengo dos hombres, uno casado y otro no y ¿quién se ocupa de mí? En la noche miro a mi lado y no tengo a nadie en la cama conmigo; me levanto y el departamento está vacío. Mi departamento, como puedes ver, tiene los mejores muebles, en la estancia y en la recámara; está lleno de cosas: refrigerador, enceradora, aspiradora, licuadora, juego de café, vajilla; tengo hasta cuadros en las paredes, esculturas, objetos de plata; pero un hombre bueno, no.

—Me gustaría tener las cosas que tú tienes. Me encanta el negro fumando cachimba, que está en la pared de la sala.

—El autor del cuadro es un pintor importante, no me acuerdo quién es. Aquella bailarina de porcelana es francesa, legítima. Luiz me la dio. ¿Pero qué gano con eso?

—¿Quién sabe si un día él no deja a su mujer?

—Pero yo no quiero a Luiz, quiero al otro. El está enfermo, tiene una úlcera en el estómago; si se viniese a vivir conmigo lo curaría.

—¿Bebe?

—No. Sólo tiene una úlcera.

—Un hombre enfermo quiere tener mujer para que lo cuide.

—Alberto no. Cuando se siente mal se esconde y no quiere verme.

—Qué extraño…

—Es de la policía.

—Entonces está claro. Mira, no te metas con el policía. Quédate con ese ricachón que te da todo.

—Creo que a Alberto le gusta otra, una riquilla muy desenvuelta.

—Mejor para ti. Que se quede con ella.

—Te voy a decir una cosa, algo que nunca le conté a nadie. Nací y me crié en el cerro de Tuiutˆ cerca de Sao Cristóvao. Mi madre trabajaba fuera y yo cuidaba a mis dos hermanos menores. Pasábamos hambre. A veces iba con ellos, sin que mi madre lo supiera, a pasear a

la Quinta da Boa Vista. Nadábamos en el lago, corríamos entre la hierba. Es el único recuerdo bueno que tengo de esa época. Me quedé en el cerro hasta los trece años, cuando mi madre murió y me fui como niñera a una casa en Botafogo.

—¿De qué murió tu madre?

—De borracha. Bebía mucho.

—¿Y tus hermanos?

—Se fueron a casa de una tía. Nunca más los volví a ver.

La verdad es que ella no sabía con certeza si su madre había muerto o no. A los trece años Sálete había huido de casa. No tenía la menor idea de lo que había pasado con su madre y sus hermanos. Pero le hubiera gustado que estuviese muerta. Su madre era una mulata oscura, casi negra, gorda, fea e ignorante. Tenía miedo de que ella aún estuviese viva y se le apareciera un día, como un fantasma.

—¿Y tu padre? ¿No tienes padre?

—Nunca conocí a mi padre. Lo único que sé es que era un portugués sinvergüenza.

Ella tenía de trabajar dos años en una casa de Copacabana cuando se encontró con doña Floripes. Empujaba el carrito del bebé en la calle cuando una mujer se le acercó y luego de mucho conversar le dijo a Sálete que si se fuese a trabajar en la casa de citas ganaría mucho más. Pero eso no se lo dijo Sálete a la pedicurista.

—Aquella época de miseria fue horrible. Sufrí mucho hasta que conseguí subir en la vida, ser lo que soy ahora, una modelo.

—Es bueno estar encima de los fregados, ¿no? Después de haber comido lo que se podía, como tú.

—Magalhaes es un hombre importante y me da todo. Pero mira, cambiaría todas las cosas que tengo por vivir con Alberto. Pero como te dije, no le gusto.

La manicurista miró con pena a su cliente.

—No debes quedarte así. Uno debe luchar por el hombre que ama. Aunque sea policía.

—¿Qué tiene que sea policía?

—Están llenos de mujeres y pueden morir de un momento a otro.

Antes de que se fuera la manicurista, Sálete le dio, como siempre, las revistas *Cinelandia, Grande Hotel* y la *Revista do Ràdio*, que ya había leído.

Sálete se quedó pensando, sentada en el sofá de la sala, mientras hojeaba la *Cigarra* nueva, distraída, sin conseguir ver ni siquiera los diseños de moda de Alceu. Pensaba en lo que la manicurista le había dicho. Una debe luchar por el hombre que ama.

* * *

En aquel momento Mattos estaba acostado en el sofá-cama, oyendo *La Bohéme*. Acababa de ver una foto en la primera página de la *Tribuna de Imprensa* que lo había dejado muy perturbado. Las desventuras amorosas de Rodolfo y Mimí, aunque continuaban siendo expresadas por la Tebaldi y Di Stefano, habían cedido su lugar a las reflexiones sobre el crimen del edificio Deauville.

Mattos, aunque reconocía ser emotivo e impulsivo en demasía, creía tener lucidez y perspicacia suficientes para escapar de las clásicas maquinaciones de la investigación criminalística, principalmente de la "trampa de la lógica". La lógica era, para él, una aliada del policía, un instrumento crítico que, en los análisis de las situaciones controvertidas, permitía llegar a un conocimiento de la verdad. Más aún, así como existía una lógica adecuada a la matemática y otra a la metafísica, una adecuada a la filosofía especulativa y otra a la pesquisa empírica, había una lógica adecuada a la criminalística, que nada tenía que ver, empero, con las premisas y deducciones silogísticas a la Conan Doyle. En su lógica, el conocimiento de la verdad y la aprehensión de la realidad sólo podían ser alcanzados dudando de la propia lógica y hasta de la misma realidad. El admiraba el escepticismo de Hume y lamentaba que sus lecturas realizadas en la facultad, no sólo del filósofo escocés, sino también de Berkeley y Hegel, hubiesen sido tan superficiales.

Miró nuevamente la gran foto de Gregorio Fortunato en la primera página, que tenía abajo este pie: "Gregorio es el símbolo ostentoso de los guaruras de los que Getulio Vargas, temeroso del pueblo, busca rodearse. El representa lo primitivo de los métodos para hacer callar las voces que incomodan el sueño del gran oligarquía, que quiere dormir sin pesadillas, a pesar de sus crímenes".

Gregorio, en la foto, con sombrero, traje y corbata, un pañuelo blanco en el bolsillo del saco, tenía las manos alrededor de la cabeza de Vargas, como si lo estuviese peinando. Sin embargo, lo que llamó la atención del comisario no fue aquella demostración pública de cariño de un guardaespaldas hacia su protegido. Fue la mano izquierda del guardaespaldas.

El comisario sacó del bolsillo el anillo que había encontrado en el baño de Gomes Aguiar y el diente de oro. Inexplicablemente, para él, estaban en el mismo bolsillo. Puso apresuradamente el diente de oro en el piso, al lado del sofá- cama. Con el anillo en la mano, volvió a mirar la foto del periódico, lo que realmente le interesaba, el dedo anular de la mano izquierda de Gregorio, donde se veía un anillo parecido al que tenía en la mano en aquel instante. Recordó la conversación tenida con Raimundo sobre la visita del negro al apartamento de Gomes Aguiar el día del asesinato. Unió a esa

información la del perito Antonio Carlos, según el cual los cabellos encontrados en el jabón del baño del muerto eran de un negro. El comisario luchó contra la excitación venatoria que estaba sintiendo, que resultaba tanto del eventual descubrimiento y eventual captura del autor del crimen, cuanto de la identidad del sospechoso. Tenía que mantener la lucidez y enfrentar tales indicios fríamente; era sólo una señal, una pista para ser seguida como cualquier otra.

Alzó el diente de oro y fue al baño. Frente al espejo, se puso el diente de oro frente al lugar donde estuviera antes, ahora ocupado por un incisivo de porcelana. Nadie recordaba —quizás nadie sabía, pues el dentista que hiciera ese trabajo había muerto— que él alguna vez había tenido un diente de oro en la boca. Pero él no lo olvidaba.

La música cesó. Mattos cambió el *long-play* en el tocadiscos. Su estómago le dolía. Necesitaba comer algo. Al abrir el refrigerador el timbre sonó.

—¿Puedo entrar? —preguntó Alice.

—Pasa.

Los dos de pie en la sala.

—¿Qué ópera es ésta?

—*La Bohéme.*

Alice caminó de un lado para otro de la pequeña sala.

—Dime pronto lo que quieras decir.

—Mi marido es amante de Luciana Gomes Aguiar.

Alice hablaba apresuradamente, sin parar de caminar.

—Era eso lo que te quería decir el día que tomamos té en el Cavé. Había leído en el periódico que estabas investigando la muerte del marido de esa mujer.

—¿Tu marido sabe que estás aquí?

—No. Fue a Sao Paulo a ver una pelea de box.

Lomagno había viajado para asistir, aquel sábado, en la arena de Pacaembu, a las peleas de dos boxeadores brasileños, Ralph Zumbano y Pedro Galasso, contra rivales argentinos.

—Siéntate, por favor. ¿Por qué no me cuentas esa historia de tu marido con Luciana Aguiar?

—Necesitaba desahogarme con alguien.

Mattos se quedó callado, evitando mirar el rostro de su antigua novia.

—¿Aún te gusto? —preguntó Alice.

—No sé. —Pausa— ¿Desahogarte por qué?

Ahora Mattos miraba el rostro de la mujer, buscando descubrir alguna treta o engaño.

Nuevamente sonó el timbre.

—Deja que toquen —dijo Alice.

El comisario abrió la puerta.

Era Emilio, su maestro. Se quitó el panamá, pasándolo a la mano izquierda con la que sujetaba el bastón, y extendió la mano hacia el comisario.

—Disculpa que venga a molestarte a tu casa, pero…

Se detuvo al notar la presencia de Alice.

—Buenas tardes, señorita, soy un viejo y humilde amigo del doctor Mattos.

—Entra —dijo Mattos.

—¿Puedo decirle unas palabras en privado?

Mattos se lo llevó a la recámara.

—Sí, don Emilio…

El viejo, sorprendido y desengañado por la modestia del departamento del comisario, no sabía qué decir. Movió la dentadura nerviosamente.

—No me atrevo a pedirte de nuevo… Después de todo, no hace ni una semana… Pero te voy a pagar todo… Tengo un imprevisto…

—No tengo ni un quinto, don Emilio. Acabo de comprar la Enciclopedia Británica y una colección de libros clásicos… Más de cincuenta volúmenes…

—¿Por qué no los compraste a crédito?

—Los compré usados. Así no se venden a crédito.

Los ruidos de la dentadura de Emilio conmovían al comisario.

—Y tu novia… ¿no podría ella…?

—Esa muchacha no es mi novia.

—¿No? Hmm, doctor, estos ojos que se han de comer los gusanos saben ver la pasión en el rostro de una mujer…

—No le puedo pedir dinero a ella.

Emilio sacó un enorme pañuelo de su bolsillo y se limpió los ojos.

—Perdóname. Nosotros, los viejos, lloramos de todo.

El comisario abrazó por los hombros a Emilio. Sintió pena por la magra fragilidad del viejo y repugnancia por el olor a lavanda barata que se desprendía de su cuerpo.

—Espérame aquí.

El comisario regresó a la sala.

—¿Me puedes prestar dinero?

—¿Cuánto quieres? —dijo Alice.

—Quinientos cruceiros.

—Doscientos, pueden ser doscientos —gritó Emilio desde la recámara.

Alice sacó una chequera de la bolsa y firmó. El comisario tomó el

cheque y regresó a la recámara. Encontró a Emilio escondido cerca la puerta, con la boca abierta, atento, intentando oír mejor. Estaba comenzando a quedarse sordo.

El viejo tomó el cheque. Miró la cantidad.

—Te estaré eternamente agradecido, no lo olvidaré…

—Sí, sí. Ahora debes irte —cortó Mattos, tomando a Emilio por el brazo y llevándolo a la sala.

En la sala, el viejo se detuvo. Hizo un largo saludo con el sombrero a Alice, como un noble saludando a una reina. Después, desde la puerta, miró al hombre y a la mujer serios en medio de la sala y dijo, grandilocuente:

—La poción que Brangane les dio a beber no es mortal.

Dicho esto, se retiró teatralmente.

—¿Qué quiso decir?

—Estaba haciendo honor a los quinientos cruceiros que le diste.

Mattos cambió nuevamente el disco. *La Bohème* en el fondo le daba cierta seguridad.

—¿Quién es Brangane? ¿Tienes cerillos?

—Un personaje de ópera. Isolda pide a su aya Brangane que prepare un veneno mortal para ella y Tristán. Pero la aya prepara otra poción. Al bebería, ambos redescubren que se aman.

—Enciéndeme el cigarro.

Mattos encendió el cigarro de Alice.

Alice se acercó al comisario.

—Dijiste *redescubren*. ¿Se amaban antes?

—Sí.

—Y tras ese redescubrimiento ¿qué hicieron esos amantes?

—Nada.

Alice miró atentamente el rostro del comisario. Siempre había sido difícil de entender. En un principio, Alice creía que la conciencia que su novio tenía de su pobreza junto a un orgullo exacerbado causaban todos los problemas. Después, coincidiendo con la opinión de su madre, comenzó a creer que el muchacho sufría alguna enfermedad psíquica. ¿Y quién no la sufría?

—¿Por qué?

—Como diría un wagneriano, lo patético de la historia es que el pudor de Tristán impide que el amor de los dos se realice.

Se quedaron callados.

—¿Tu marido es negro?

—¿Negro? ¿Mi marido?

—Quien mató a Paulo Machado Gomes Aguiar fue un negro. Si tu marido no es negro, no es el asesino.

—Yo no dije que mi marido matara a Paulo.

—Pero sospechas que tu marido haya matado a Gomes Aguiar.

—No sé, no sé; ¡me estás poniendo nerviosa!

—¿Algún negro frecuenta la casa de ustedes?

—¡Claro que no!

—Hay millones de negros en esta ciudad. Uno de ellos podría frecuentar tu casa. —Pausa—. Vienes aquí y me dices que tu marido es amante de Luciana Gomes Aguiar. ¿Y luego?

—¿Por qué me hablas así?

La dureza de la voz del comisario y la mancha de humedad que acababa de ver en el techo la hicieron sentir una súbita ansiedad. Sus manos temblaban.

—Me pones nerviosa al hablarme así.

Alice tomó su bolsa, sacó un frasco y fue al baño.

Mattos abrió el refrigerador, tomó una botella de leche y bebió un trago. La música había terminado, pero ahora él prefería el silencio. Necesitaba mirar sus heces, siempre se olvidaba de hacerlo. Tomó el libro de derecho civil y lo arrojó con violencia contra la pared.

—¿Qué fue ese ruido? —preguntó Alice, asustada, saliendo del baño.

—No fue nada. Aventé un libro contra la pared.

—Ah… —dijo Alice—. Se me hace tarde, tengo que irme.

—¿Era eso lo que querías? ¿Que yo sospechara de tu marido?

—Estoy muy nerviosa.

—Quieres que sospeche de tu marido.

Apresuradamente, Alice abrió la puerta y salió corriendo.

Cuando el comisario fue tras ella, Alice ya había bajado las escaleras y desaparecido.

En la puerta del edificio de la calle Marqués de Abrantes, llevando bajo el brazo un envoltorio con macarrón, jitomates, ajo y cebolla, Sálete se paseaba de un lado a otro esperando a que Alice saliera. Sálete había ido a visitar al policía y llegó en el momento en que Alice bajaba de un taxi. Pensó en entrar también, pero no tuvo valor. Además, la presencia de Alice arruinaría sus planes. Sálete se puso los anteojos oscuros y lloró varias veces, en plena calle, al imaginar con detalle lo que Alice y el comisario estarían haciendo en la cama. El disgusto causado por su amor propio herido logró disipar los escrúpulos que sintió al hacer los planes para aquella visita al comisario. Ahora llegaría hasta el final.

Cuando Alice apareció en la puerta del edificio, Sálete se escondió en la panadería que estaba en la planta baja; desde ahí vio entrar a la

mujer a un taxi.

Sálete subió al elevador con el corazón deshecho. Tocó el timbre del departamento del comisario varias veces seguidas. Mattos abrió la puerta.

—¿Tienes prisa?

El chichón en la cabeza del comisario, como ella temía, casi había desparecido y no había dejado ninguna costrita. El tenía un huevo en la mano.

Sálete entró e intentó quitarle el huevo de la mano al comisario, pero sólo consiguió quebrarlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mattos, buscando, con la otra mano, evitar que el contenido del huevo escurriese al piso.

—No vas a comer ningún huevo. Te voy a hacer unos macarrones; el macarrón es bueno para tu úlcera.

Mattos, en el baño, tiró los restos del huevo en la taza. Se lavó las manos y fue a buscar a Sálete a la cocina.

—¿Tienes una olla?

El comisario tenía sólo una olla, de aluminio.

—Esto sirve —dijo Sálete con el corazón latiendo ansiosamente.

Sálete llenó la olla con agua, la puso en el fuego y abrió el gas al máximo.

—Vi a aquella muchacha saliendo de aquí. Aquella rubia del otro día.

Mattos se quedó callado.

—¿Te la cogiste?

—No.

El agua tardaba en hervir, aumentando el nerviosismo de Sálete. Puso los jitomates, los dientes de ajo y las dos cebollas en el banco cerca del fuego.

—¿Cómo que nada? Ella se quedó un buen tiempo aquí contigo.

—No me molestes, Sálete —dijo Mattos saliendo de la cocina.

Al fin, pequeñas burbujas comenzaron a salir en la superficie del agua de la olla.

—¡Alberto, ven aquí por favor! —gritó Sálete.

El comisario entró en la cocina y vio el agua hirviendo en el fuego.

—¿Me haces un favor, amorcito? Pela esos jitomates. Mira mi mano, no puedo hacer eso.

Algunos dedos de la mano izquierda de Sálete estaban cubiertos con tela adhesiva.

—¿Cómo se pelan los jitomates?

Sálete tampoco sabía pelar jitomates ni ninguna otra legumbre. Tampoco sabía hacer macarrones.

—Eh… con el cuchillo… quítale la piel…

El comisario tuvo muchas dificultades para hacer lo que Sálete le pedía. Manchó su camisa; el banco quedó lleno de pedazos de jitomate.

—Pronto, ya acabé.

—Ahora toma todo eso… con la mano y ponía aquí —dijo Sálete tomando el asa de la olla humeante.

El comisario llenó su mano con jitomates despedazados. Cuando iba a ponerlos en la olla, todo pasó rápidamente. La olla se volteó y el agua hirviendo se derramó sobre su mano.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Sálete—. ¿Te duele mucho?

—No te preocupes —dijo el comisario.

—¡Dios mío, Dios mío!

—No es nada.

—¿Te duele mucho? Di la verdad.

—Me dolió. Ahora sólo me arde.

—¿Te va a quedar una herida? ¿Con costra?

—Basta que me ponga una gasa encima.

—Tengo una en mi bolsa —dijo Sálete.

Sálete sacó de su bolsa un rollo de gasa, tela adhesiva y unas tijeras. Envolvió con la gasa la mano del comisario y con un pedazo de tela adhesiva sujetó la curación. Mientras hacía todo esto, se controlaba para no llorar.

—Me quemaste a propósito, ¿no?

—¿Yo…? —comenzó a llorar.

—No voy a pelearme contigo. Sólo quiero saber el porqué. Un acto así de estúpido debe tener un motivo.

—Te adoro.

Sollozos.

—Responde.

—Daría mi vida por ti.

—Pero me quemaste con agua hirviendo, ¿por qué?

—Mátame, merezco morir —dijo Sálete.

—No digas estupideces. Dime ya por qué me echaste agua hirviendo en la mano.

Sálete se arrodilló y abrazó las piernas del comisario.

—Pégame al menos.

El comisario levantó a Sálete.

—Dímelo ya, carajo.

—¿Me perdonas?

—Te perdono. Dime, ¿por qué me quemaste?

—Necesito una costrita de una herida tuya.

—¿Una costrita?

Sálete le contó la historia de la madre Ingracia.

—Me gustas, no es necesario ninguna brujería para eso. ¿Cómo puedes creer en idioteces como ésas?

—Todo el mundo cree. Profesores, abogados, médicos, políticos, grandes industriales, todo el mundo va con la madre Ingrácia. Si vas con ella seguro te sana de tu úlcera. —Pausa—. ¿Te duele mucho la mano?

El rostro de Sálete parecía el de un preso luego de una noche entera de interrogatorio.

—Si se me hace costra te la doy. Pero me tienes que prometer que nunca más irás con esa madre Ingrácia o cualquier otra hechicera.

—Te lo prometo. Te lo juro por lo más sagrado.

A Mattos le dolía el estómago. Fue al refrigerador y tomó un huevo.

—Necesitas comer algo; quedarte con el estómago vacío es malo para ti. Te voy a hacer el macarrón.

—Ya no tengo ganas de comer macarrón.

Ella amaba a aquel hombre. Necesitaba demostrárselo.

—Entonces cómete ese huevo.

Sálete miró al comisario chupar el huevo, luego de hacer un hoyo en cada extremo. Siempre le pareció repulsivo aquello. Valientemente, se quedó sin desviar los ojos mientras el comisario chupaba un segundo huevo. Cuando Mattos terminó, Sálete lo abrazó y lo besó, metiendo la lengua en su boca y sintiendo el sabor del huevo.

Se fueron para el sofá-cama y cogieron hasta que la gasa de la mano del comisario se arrancó por completo.

—Eso te va a dar una buena costra —dijo Mattos mirando el estado en que estaba la quemadura de su mano.

* * *

El presidente Vargas recibió la visita del diputado Lutero Vargas en el segundo piso, en el salón de acuerdos.

Cuando el diputado entró en la sala, Vargas dijo a su ayudante que el mayor Dornelles no quería ser interrumpido mientras estuviese con el diputado.

A Lutero le sorprendió el semblante abatido y preocupado de su padre.

—El tiro que mató al mayor Vaz, también me dio a mí por la espalda —dijo Vargas.

Lutero, que al contrario de su hermana Alzira nunca se sentía a

gusto en presencia de su padre, permaneció callado.

Sus últimas conversaciones no habían sido muy agradables. Su padre había sido duro con él cuando aquello del robo de los once mil dólares que sufriera en Venecia, durante su reciente viaje por Europa, episodio ampliamente explotado por la oposición; lo había recriminado por haberse convertido en blanco de los enemigos de la familia.

Ahora, la postración de su padre lo mortificaba. Acostumbrado a ver a su padre como un hombre de gran fuerza y poder, se sorprendía al verlo tan desalentado. No era el mismo hombre que, sólo dos meses antes, furioso porque Lacerda lo había llamado hijo de corrupto, desfachatado, degenerado, sinvergüenza y ladrón, obligó a Lutero a presentar una querella contra el difamador. ¿Dónde estaban ahora la furia, la indignación, las ganas de luchar?

—Te están acusando de ser el autor intelectual del crimen —dijo Vargas—. Quiero oír de ti que eres inocente.

—Te juro que soy inocente —dijo Lutero.

Vargas miró largamente el semblante de su hijo. Lutero nunca cumplió las expectativas que Getulio había depositado en él. Darcy, la madre, inculcó en el hijo el horror por la política, y lo ayudó para que se dedicara a la medicina; así lo apartó aún más del padre quien, sin un hijo que continuara la tradición familiar, transfirió a su yerno Hernani do Amaral Peixoto, un oficial de la Marina de Guerra, su padrinazgo político. Solamente cuando Vargas regresó al poder en 1950, ya no como un dictador, sino por elección mayoritaria, Lutero se decidió a “entrar en la política”. Pero hubiera sido preferible, para él y para toda la familia, que hubiese continuado ejerciendo sólo la medicina. Como político, Lutero no dio motivos de orgullo a su padre, quien de verdad se interesabr más por el futuro político de su yerno, entonces gobernador dt[1] estado de Rio de Janeiro.

Sin saber si su padre creía o no en su juramento, Lutero se despidió de él ceremoniosamente y abandonó el palacio.

8

Ilidio, el banquero de *bicho* agredido por el comisario Mattos, era un hombre orgulloso. Comenzó su vida en el hampa trabajando para don Aniceto Moscoso, gran banquero en Madureira. Se encargaba de cuidar la seguridad en el territorio de don Aniceto con gran eficiencia. Evitaba hacer uso de la violencia, mas siempre que era necesario no dudaba en matar al invasor del territorio o a cualquier otro individuo que estuviese creando problemas serios a los negocios de don Aniceto. Su eficiencia le ganó varios ascensos dentro de la rígida jerarquía que controlaba el juego del *bicho*. Finalmente, con la ayuda y protección de su patrón y la aquiescencia de otros grandes banqueros, Ilidio comenzó a controlar algunos puntos de la ciudad. Se convirtió en un pequeño banquero. Sus negocios, como los de los otros *bicheiros*, grandes o pequeños, prosperaban sin cesar. Ilidio ambicionaba convertirse un día en un banquero importante, como don Aniceto.

La humillación sufrida en manos —mejor dicho, en pies— de aquel comisario se volvió insoportable para el *bicheiro*. Creía que en el mundo del hampa, y particularmente entre sus ayudantes, no había quien no supiese y comentase lo que había pasado. La única forma de terminar con su vergüenza, y recuperar su prestigio que suponía estaba perdiendo, era matar al comisario. Esto no lo podía hacer personalmente: matar a alguien con las propias manos era una violación a las reglas establecidas y obedecidas por los banqueros, y él pretendía obedecerlas también. Por eso mandó llamar a un matón de confianza, conocido como Turco Viejo.

Turco Viejo tenía ese apodo debido a su cabellera blanca. Tenía sólo cuarenta y dos años y era más joven que otro pistolero llamado Turco Joven, un tipo en quien no se podía ˆconfiar, no sólo porque se pintaba los cabellos y el bigote, sino también porque era cobarde y mentiroso. Por el contrario, Turco Viejo, un hombre recatado, misterioso, dedicado a su familia y al trabajo, era respetado por su discreción y temido por su eficiencia. Nunca nadie lo había visto tomar ventajas a pesar de que, en el desempeño de sus actividades, había matado ya a más de veinte personas —todos hombres.

—Quiero a Viejo, ¿oyeron? —El mensaje fue comunicado a todos

los trabajadores y ayudantes de Ilidio.

Turco Viejo fue localizado en Caxambu, Minas Gerais, adonde había ido el fin de semana a visitar a su madre.

—Don Ilidio, pasado mañana estoy en Rio para hacerle el trabajo —dijo luego de oír la propuesta del *bicheiro*.

Aniceto Moscoso también supo de la búsqueda de Turco Viejo. Preocupado, concertó un encuentro con Ilidio en una churrasquería de la plaza Saenz Pena.

—No matamos policías —dijo Aniceto—, los compramos.

—Ese puto no se vende.

—Todos tienen su precio. Sé lo que te digo; tengo en este negocio más tiempo que tú.

—El cabroncito me humilló, la ciudad entera se está riendo de mí. Tiene que morir para que yo pueda mirar de nuevo a la cara a mis hijos.

—Mayor venganza será comprar al tipo.

—Ese hijo de puta no tiene precio; está loco. Todo el mundo lo sabe.

Aniceto Moscoso buscó convencer a Ilidio de que era un error proseguir con lo que pretendía; pero éste no cedió y se despidió sin prometer nada. Por vez primera en su relación, una petición de Moscoso no era inmediatamente atendida por su ex empleado.

Aquel mismo día Moscoso buscó a su amigo Eusebio de Andrade, gran banquero de la zona oeste, maestro de la comunidad y a quien otros banqueros acostumbraban pedir consejo. Los dos hombres tenían una pasión en común: el fútbol. Andrade era benefactor del Bangu Atlético y Aniceto Moscoso era protector del Madureira Atlético, cuyo estadio de fútbol había sido construido con dinero de Moscoso. Los *biclieiros*, en general, eran considerados seres marginales, pero sus actividades dentro del deporte daban a Andrade y Moscoso una publicidad positiva frente a los medios de comunicación y la sociedad, no obstante que esos equipos eran pequeñas asociaciones de barrio. Andrade y Moscoso instaban a otros *bicheiros* a patrocinar también actividades de interés popular, sin encontrar mucha respuesta.

—El problema es que nuestros colegas son muy ignorantes —decía Andrade—; no miran más allá de su nariz.

Luego de oír lo que Aniceto le dijera, Eusebio de Andrade acordó que irían juntos a hablar con Ilidio para convencerlo de que olvidara sus propósitos.

—¿Qué haría si un policía le diese un puntapié en el culo? —

preguntó Ilidio.

—Honestamente, no lo sé —respondió Eusebio—. Sabes bien que soy una persona que se informa antes de tomar cualquier decisión, aunque sea sencilla. Me he informado sobre ese comisario. No les agrada a sus colegas ni a sus jefes.

—A nosotros tampoco —dijo Aniceto.

—A nadie le agrada. Pero si matamos a ese tipo, él se convertirá en un héroe. ¿Ya vio lo que pasó con el mayor Vaz? Mataron al tipo y se vino toda la mierda que leemos todos los días en los periódicos. Matar al mayor fue una estupidez. De la misma manera, si Turco Viejo mata al comisario, éste va a dejar de ser un hijo de puta para sus colegas. Y la policía se irá contra ti.

—¿Cómo? Turco Viejo es una tumba. De él no sabrán nada, lo sabes bien.

—Claro que Turco Viejo jamás abrirá el pico. Pero los policías sabrán fácilmente que fuiste tú quien mandó matar al comisario.

—No me importa.

—A nosotros, sí. Yo y Aniceto estamos aquí también en representación de otros colegas y queremos ofrecerte una compensación. Zé do Carmo no dejó herederos y su territorio está siendo redistribuido. Aquellos puntos que están en los límites con tu área se te darán.

Ilidio tardó en responder. Aniceto tenía razón: todo hombre tiene su precio; el de él eran esos puntos de Zé do Carmo.

—Haré lo que quieren. Pero a ese policía hijo de puta lo voy a traer en la mira. Nada pierdo con esperar —dijo Ilidio, consciente de que los otros sabían que sólo estaba fanfarroneando con aquellas amenazas.

—Avísale inmediatamente a Turco Viejo, antes de que actúe —previno Eusebio de Andrade al despedirse.

Luego de casi dos horas Ilidio consiguió que la operadora consiguiese la comunicación con Caxambu.

—Ya fue a Rio de Janeiro —dijo la madre de Turco Viejo.

Ilidio mandó a un mensajero para que buscara a Turco Viejo en una casa donde acostumbraba quedarse, un desván en la calle Salvador de Sá. El mensajero regresó para decir que Turco Viejo no se había aparecido por allá desde hacía tiempo.

El *bicheiro* pensó en los puntos que heredaría del expolio de Zé do Carmo y lo que aquello representaría en sus rentas diarias. Se convertiría en un verdadero banquero. Le gritó a Maneco, su lugarteniente:

—¡Necesito encontrar a ese hombre!

Maneco le recordó a Ilidio que era domingo y los puntos de juego estaban funcionando; pero al día siguiente, con todos los puntos puestos sobre aviso, sería "pan comido encontrar a Turco Viejo".

* * *

Al mediodía de aquel domingo, el comisario Mattos entró de servicio. Necesitaba ordenar sus revueltos pensamientos. Se arregló la gasa que tenía en la mano. Pensó en la visita de Alice, en la foto del teniente Gregorio con el anillo. Alice y Gregorio estaban siempre asociados en sus pensamientos. Aquellas dos cosas tenían una relación.

Leyó el comunicado de la Jefatura de Policía, que estaba sobre la mesa, firmado por el general Ancora. El comunicado se debía, evidentemente, a la reunión de los militares en el Club de la Fuerza Aérea el viernes pasado y tenía como objetivo calmar de alguna manera la indignación manifestada por los militares en aquella asamblea.

"Desde el primer momento en que tomó conocimiento del lamentable episodio del día 5 último —decía la nota—, el Departamento Federal de Seguridad Pública se empeñó en la elucidación del acto criminal e inició las diligencias para aprehender al responsable del doloroso suceso en el cual perdió la vida uno de los más ilustres oficiales de la Fuerza Aérea, el mayor Rubens Florentino Vaz, y fue herido el periodista Carlos Lacerda, director de *Tribuna da Imprensa*. En el 2º Distrito de Policía se convocó de inmediato a un equipo de trabajo, al mismo tiempo que se solicitaba la colaboración de la sección de investigaciones criminales de la División de Policía Técnica".

El comunicado era extenso y Mattos paseó la vista sobre él, atento a los puntos relevantes y saltándose lo que había de obvia persuasión dirigida a los militares. Los policías habían conseguido investigar en poco tiempo la identidad del chofer Nelson Raimundo de Souza. El delegado Pastor fue inmediatamente al Hospital Miguel Couto, donde entró en contacto con el sobreviviente del atentado, el periodista Carlos Lacerda, a fin de saber en forma resumida como sucedieron las cosas. (¿Y el hijo de Lacerda, Sergio? El también era un sobreviviente del atentado, ¿por qué Pastor no lo interrogó? Pastor era un buen policía.) Aproximadamente a las tres de la mañana, el chofer Nelson Raimundo de Souza se presentó en el 4º Distrito, en Catete, de donde fue conducido al 2º y sometido a los primeros interrogatorios. Raimundo dijo que podía reconocer a la persona que llevaba en su coche y que oyó, al pasar por la esquina de Calógeras y Beira Mar, un ruido extraño que podría haber sido el de un objeto tirado por su pasajero al pavimento. Un empleado del aeropuerto vio a un mendigo

recoger un objeto. El viernes, día seis, Nelson Raimundo fue llevado con la Policía Militar. En aquella corporación interrogado por el coronel Adyl, el militar que el ministro de la Fuerza Aérea asignara para vigilar las investigaciones, y conforme a lo que Pastor le dijo por teléfono en la madrugada del día 5, Nelson mantuvo lo dicho ante la policía. El sábado, mientras él, Mattos, estaba en la cama con Sálete, Nelson fue interrogado por el capitán Joao Ferreira Neves, de la Policía Militar, con la aquiescencia del delegado Pastor, de quien fuera colega en un curso realizado en la escuela de Policía. (Estaban saltándose a Pastor, un hombre orgulloso que debía estar sufriendo mucho con todo aquello.) Entonces Nelson modificó sus declaraciones (¿habría sido torturado?) y confesó que llevó al lugar a dos personas, una de ellas Climerio Euribes de Almeida, de quien el comunicado decía que era agente de la policía. Luego, Nelson ratificó sus declaraciones frente al coronel Adyl, el fiscal Cordeiro Guerra y el delegado Pastor. Para demostrar que las altas autoridades estaban realmente dedicadas al esclarecimiento del atentado, el comunicado mencionaba que habían asistido al cuartel de la PM, para escuchar la confesión de Nelson, el jefe de la policía, general Ancora, el ministro de la Fuerza Aérea, Ñero Moura, y el ministro de Justicia, Tancredo Neves. Los dos ministros habían ido enseguida al Palacio de Catete, donde los esperaba el general Caiado de Castro. Según el jefe del Gabinete Militar, el presidente de la República había dado órdenes para que todo fuese investigado y el delegado especial de Vigilancia y Capturas, Hermes Machado, fue encargado de aprehender a Climerio. Hermes Machado era un delegado competente y respetado. Era un hombre vanidoso por su elegancia en el vestir y su buen hablar. Un día, Mattos, en su afán de entender por qué las personas, incluso él, trabajaban en la policía le preguntó a Hermes cuáles eran sus razones. “Estoy en la policía por vanidad —respondió Hermes—; la vanidad es la gran motivación del hombre”. En el caso de Hermes era la vanidad del poder. “Puedo aprehender; algo que un juez, un magistrado, el presidente de la República no pueden hacer”. Sin embargo, Hermes usaba su poder de policía con moderación y refinamiento. Su intromisión fue aceptada con disgusto por Pastor, a pesar de que era amigo del delegado de Vigilancias y Capturas desde la época en que, como comisario, trabajó para Machado cuando éste era el delegado titular del 2º Distrito. El comunicado de la Jefatura de Policía terminaba informando que Hermes Machado estaba realizando diligencias para aprehender a Climerio, ayudado por oficiales de la Fuerza Aérea asignados por el coronel Adyl.

Mattos pensó en telefonear a Pastor y decirle “manda a esos militares, al fiscal, al jefe de la policía, a Tancredo, a todos con su puta madre”. Pastor estaba rodeado de gente temerosa o indecisa o

ambas cosas. Había sido prácticamente hecho a un lado del caso. ¿Qué tenía qué perder? ¿Un empleíto de mierda como delegado? En verdad, en aquel día, el jefe de la policía, coronel Paulo Torres, tuvo una reunión secreta con sus principales asesores para examinar una medida que apartara a Pastor totalmente del caso: la investigación del caso Tonelero quedaría a cargo de su gabinete y se asignaría para dirigir las investigaciones al delegado Silvio Terra, director de la Policía Técnica. Sin embargo, considerando que tales acciones podrían ser vistas, dentro del propio gobierno, como una rendición a las presiones de Lacerda y su grupo, el nombramiento de Silvio Terra no se efectuó aún.

Mientras Mattos leía el comunicado de la Jefatura, Rosalvo entró al despacho. Por la cara del comisario, el agente concluyó que aquel sería un día difícil.

* * *

Siempre que visitaba a su madre en Caxambu, ciudad famosa por sus aguas medicinales, Turco Viejo aprovechaba para llevar un tratamiento de veintiún días. Tres veces, diariamente, con rigurosa puntualidad, bebía agua de manantiales diferentes, "para descargar el hígado", conforme a la recomendación del viejo médico de la ciudad. Con el llamado del *bicheiro*, Turco Viejo tuvo, con disgusto, que suspender el tratamiento.

Después de su corta conversación telefónica con el *bicheiro*, Turco Viejo se dirigió a la estación de Rede Mineira de Via9ao, en Caxambu, y compró un pasaje para Rio. En Cruzeiro trasbordaría a un tren de Estrada de Ferro Central do Brasil. En el tren fue haciendo sus planes. Normalmente le gustaba contemplar el paisaje, principalmente durante el descenso de la sierra. Pero, pensando en la propuesta de Ilidio, aquel día no miró por la ventana los árboles y montañas y valles y ríos cuya visión le proporcionaba tanto placer.

—Quiero apartar a un policía de mi camino —había dicho el *bicheiro*.

—No hay problema —respondió Turco Viejo—; no será el primero.

—Pero es un apestoso comisario.

—No hay problema —había repetido Turco Viejo.

Ahora, en el tren, trataba de recordar si algún comisario había sido ya liquidado en circunstancias semejantes. Se acordaba de un comisario asesinado y de la confusión que causó; pero al policía lo había matado el amante de su mujer; un caso pasional, nada más. La cosa debía hacerse con mucho cuidado.

Turco Viejo prefería trabajar solo. Antes de actuar, le gustaba

concentrarse, solo. Al llegar a Rio, en vez de irse para su casa buscó un cuarto en algún lugar distante a los barrios que frecuentaba. Evitó, por ello, Santo Cristo, Saúde, Estacio. Encontró un cuarto en la calle Marecas, en el centro de la ciudad, en la casa de una vieja madrota retirada. Su problema inmediato fue conseguir la dirección de la casa del comisario. El arma que usaría estaba ya escogida. Una pistola belga FN, 7.65, que Turco Viejo guardaba celosamente y que nunca había usado. Iba a inaugurarla matando a un tipo importante. Aquella FN se lo merecía.

* * *

—¿Algún problema? —preguntó Rosalvo.

—¿Soltaste a aquel tipo que estaba preso para investigarlo?

—Inmediatamente que usted lo ordenó. El doctor Padua había pedido sus antecedentes a la Central…

—No me importa. ¿Alguna noticia de José Silva, el muchacho violado por Lomagno y los otros en el colegio?

—Creo que estoy cerca. El administrador de una panadería en la calle Santa Clara dijo que recordaba a los que vivían en la casa de la avenida Atlántica. El entregaba pan ahí.

—Sigue.

—Me gasté las suelas de los zapatos buscando a ese panadero.

—Sigue. Luego te doy una medalla por tus buenos, servicios.

—Los panaderos de Copacabana no entregan ya pan a domicilio. El no sabe adonde se fueron los que vivían en la casa de la avenida Atlántica. Pero una mujer que vivía en la casa se aparece de vez en cuando en la panadería, para comprar. Sólo es cuestión de tiempo encontrar a José Silva.

—El tiempo para nosotros es muy importante. Quédate en la panadería el día entero, toda la semana, hasta que halles a esa mujer.

—Sí, señor.

Después que Rosalvo salió, Mattos buscó en el block el teléfono del senador Vitor Freitas, que el asesor Clemente le diera cuando visitara el Senado.

—¿Quién quiere hablar con él?

—El comisario de policía Mattos.

Esperó.

—¿Comisario? Soy Clemente. Estuve con usted en el Senado, ¿recuerda?

—Sí.

—El senador no puede atenderlo.

—Me gustaría que escogiera una hora, que fuera para él conveniente, y me recibiera.

—Vivimos un momento político muy turbio, como usted no ignora, y el senador está ocupado, muy ocupado, con asuntos de mayor relevancia. No creo que tenga tiempo de recibirlo.

—El tendrá que hablar conmigo tarde o temprano. Es mejor que lo haga ahora.

—¿Me está amenzando?

—Entienda lo que quiera.

—Lo entiendo como amenaza. No se olvide, comisario, que no estamos ya en una dictadura; un esbirro de la policía no puede ya amenazar a un senador de la República protegido por inmunidades constitucionales sin sufrir las graves consecuencias de esa acción criminal y atrabiliaria. Sus superiores sabrán que está pasando y tomarán…

Mattos colgó el teléfono. Buscó en sus bolsillo una pastilla de *Pepsamar*. Bilis negra, hipercloridia, nervios hechos trizas.

El teléfono de su escritorio sonó.

—El comisario Mattos, por favor.

—Soy yo.

—Me gustaría darle una queja. ¿A qué hora puedo pasar?

—La policía no cierra, caballero. A la hora que usted quiera. Mi turno termina hasta mañana al mediodía.

* * *

A las siete de la noche, Rosalvo regresó al distrito con la noticia de que había localizado a José Silva.

—Avenida Rainha Elizabeth, 60. ¿Quiere que vaya a conversar con él?

—Deja que yo lo haga.

—Te llaman por teléfono, Rosalvo —dijo el guardia entrando en el despacho del comisario—. En Vigilancia.

En el despacho de Vigilancia, Rosalvo tomó la llamada.

—¿Bueno?

—Soy yo, Teodoro. Trabajamos juntos en Robos. ¿Te acuerdas de mí?

—No olvido nada, Teodoro; aún más…

—No digas mi nombre, carajo.

9

Los informes del IML y del DEP, referentes a la autopsia de Paulo Gomes Aguiar y al examen pericial de los indicios del crimen del edificio Deauville, se entregaron al comisario Mattos por la mañana, cuando salía para Palacio de Catete. Hizo una lectura rápida de los dos documentos. Nada más de lo que los peritos ya le habían adelantado informalmente por teléfono. Los guardó en el cajón de su escritorio. Después los leería con más calma.

Cuando llegó al Palacio de Catete, Mattos se identificó en la recepción y llenó una ficha donde informaba que el objeto de su visita era entrevistarse en forma oficial con el teniente Gregorio. Un viejo, vestido con el uniforme de los ujieres —pantalón y saco azul marino, camisa blanca y corbata negra— tomó la ficha y desapareció con ella por una puerta que estaba al fondo de *hall* de la entrada, a la derecha.

Mientras esperaba, el comisario contempló detrás del mostrador de la recepción la estatua de bronce, de tamaño natural, de un indio con una lanza en la mano haciendo un gesto de furia.

—¿De quién es esa estatua?

—No sé. Hace más de veinte años que trabajo en palacio y cuando llegué a Ubirajara ya estaba aquí —respondió el recepcionista.

—¿Puedo verla? —Mattos se aproximó para leer lo que estaba escrito en la base de la estatua: Chaves Pinheiro, 1920.

Al otro lado de la recepción había otra estatua de bronce, también de tamaño natural, del mismo escultor. Perseo liberando a Andrómeda, en una de sus manos una espada, en la otra la cabeza con serpientes de Medusa.

Mattos ya comenzaba a irritarse con la espera cuando el ujier regresó acompañado por un hombre vestido de lino blanco, zapato de dos colores, un alfiler con perla en la corbata roja. El hombre parecía nervioso y preocupado.

—Soy el inspector Valente, subjefe de la guardia personal del presidente de la República. Estoy a sus órdenes.

—No es con usted con quien quiero hablar. Es con su jefe.

—Desgraciadamente él no puede atenderlo en este momento. ¿Cuál es el asunto?, por favor.

—Sólo con él.

—Entonces está difícil.

—Creo que usted no entiende. Estoy haciendo una investigación policiaca y cualquier falta de colaboración será considerada como una obstrucción a la Justicia.

Al notar la irritación en la voz del comisario, que llamó la atención de otras personas que estaban en la recepción, el subjefe Valente explicó que el teniente Gregorio había sido llamado por el general Caiado de Castro y en aquel momento estaba en el Gabinete Militar de la Presidencia. Le pidió al comisario que lo acompañara.

Fueron al bar de la guardia personal.

—Todos los que trabajan aquí son del DFSP… Somos colegas, queremos colaborar… —dijo Valente.

—Lo sé, lo sé.

—El delegado Pastor ya estuvo aquí.

—Estoy trabajando en otra investigación. No me interesa el atentado en la calle Tonelero. Necesito una información del teniente Gregorio.

—El jefe ni siquiera ha estado aquí —dijo, como una confidencia, Valente.

Mattos notó que un hombre de delantal blanco le hacía una seña disimulada.

—La situación no es buena —continuó Valente— no sabemos dónde va a saltar la liebre.

—¿Hay un lugar donde pueda hacer un interrogatorio?

—¿Aquí?

—Dice que quiere colaborar.

—Bien, puede usar mi despacho.

Mattos miró hacia los lados y bajó la voz, como si fuera a contar un secreto:

—Una mujer del vecindario dijo que su hija había sido seducida por un miembro de la guardia personal. La descripción que ella me dio coincide con la del hombre que está allá.

—¿Manuel? No es miembro de la guardia —protestó Valente— es un cocinero.

—Mejor. Quiero interrogar a ese sujeto. Dígale que nos acompañe hasta su despacho.

—Manuel —gritó Valente.

El cocinero se aproximó.

—Este es el doctor Mattos, comisario de policía. Quiere hablar contigo. Ven con nosotros.

—¿Qué fue lo que hice? —preguntó Manuel, confundido.

—No sé. Entiéndete con el comisario.

Cuando entraron al despacho de Valente, el comisario dijo que quería hablar a solas con Manuel. Antes de salir del despacho, Valente oyó la primera pregunta de Mattos:

—¿Conoces a una muchacha llamada Ernestina que vive en la calle Silveira Martins?

El comisario y el cocinero estaban ahora solos.

—¿Ernestina?

—La madre de ella dijo que sedujiste a la chiquilla —dijo Mattos casi gritando, mientras caminaba hasta la puerta, donde se detuvo, atento a los ruidos de fuera.

—No conozco a nadie con ese nombre.

La confusión de Manuel aumentaba.

—No me mientas porque será peor —gritó Mattos con el rostro vuelto hacia la puerta—. Siéntate ahí.

Mattos pegó la oreja a la puerta. En seguida, fue hasta donde Manuel se había sentado.

—Todo esto es un pretexto para que nadie sepa el tema de nuestra conversación —dijo Mattos en voz baja.

—Me ha pegado un susto… —dijo Manuel.

—Me hiciste una seña de querer hablar conmigo.

—Eso quería —murmuró Manuel—. Ellos no deben saber lo que le voy a decir, me matarían si lo supieran.

—No te preocupes; para todos los efectos eres sospechoso de seducción y mis preguntas serán sobre eso. El nombre de la muchacha es Ernestina.

—Soy del Club da Lanterna, pero aquí nadie sabe eso. Gregorio tiene que ver con la muerte del mayor Vaz. Lo vi planeando el crimen con Climerio varias veces.

—¿Por qué me haces estas confidencias?

—Valente estaba aquí en el bar cuando usted llegó. Le oí decir que usted debía ser un espía lacerdista. Que la policía estaba llena de lacerdistas.

—Después de todo, ¿qué me quieres decir? —Mattos disimuló su desencanto.

—Ellos, Gregorio y Climerio, cuchicheaban, pero oí las palabras *cuervo, acabar con él* y otras. Gregorio, Getulio, todos odian a Lacerda porque Lacerda va a acabar con el mar de lodo. Parece que Gregorio está preso en Galeao.

—¿Viste a Gregorio la noche del 31 de julio?

—¿Qué día fue el 31 de julio?

—Sábado.

—Lo vi el domingo, conspirando con Climerio. Muy temprano. Debían ser las seis de la mañana. El tipo había despertado temprano ese día. Su mayordomo, Zaratini, dijo que lo había visto en el jardín a las cinco de la mañana.

—Tal vez ni siquiera había dormido. ¿Gregorio tenía alguna herida?

—¿Herida?

—En la mano o en otro lugar.

—No, no le vi ninguna herida.

—El usa un anillo grande, en la mano derecha. ¿Viste si tenía el anillo ese domingo en la mañana?

Manuel ya había notado ese anillo antes, pero no podía decir si Gregorio lo llevaba o no aquel día.

—Puedes irte, pero voy a querer interrogarte de nuevo; voy a hacer un careo con la madre de la chiquilla —gritó Mattos, abriendo la puerta.

Valente estaba en el corredor, cerca de la puerta.

—Gracias por la colaboración —dijo Mattos. Mientras caminaba en dirección a la puerta que daba al jardín del palacio, oyó a Valente decir cínicamente:

—¿Conque cogiéndote a las niñitas, Manuel? ¿Metiéndote en camisa de once varas?

* * *

Cuando Mattos volvió al distrito el guardia de la puerta le pidió hablar con él.

—Un tipo llamó para avisarle que alguien le va a pegar un tiro.

—Gracias.

Era cotidiano que las personas llamaran al distrito para dar información de ese tipo. Ni el guardia ni el comisario dieron importancia al telefonema. Tal vez el comisario hubiera prestado más atención al aviso si hubiera sabido que venía del *bicheiro* Ilidio. El *bicheiro*, al no haber encontrado a Turco Viejo para cancelar el trabajo, y sabiendo que la muerte del comisario impediría que recibiera los puntos de Zé do Carmo, además de disgustarlo con la cúpula que controlaba el juego, decidió proteger al policía que antes quería asesinar.

Pero el comisario tenía su mente ocupada en otras cosas. Llamó a casa de Luciana Gomes Aguiar. Ella no tomó la llamada.

—La señora manda decirle que se entienda usted con el doctor Galvao, su abogado.

Mattos llamó a Galvao.

—Voy a abrir juego con usted, doctor Galvao.

Mattos contó a Galvao la información que el portero Raimundo le diera acerca de un negro que estuvo en el apartamento de Gomes Aguiar la noche del crimen.

—Debe ser el asaltante, el ladrón…

—Déjeme acabar, doctor. Doña Luciana pidió al portero que no hablara con nadie sobre ese negro.

—El portero puede estar mintiendo…

—Tengo otras pruebas de que un negro estuvo en el departamento aquella noche. Quiero que su cliente me reciba o que venga a hablar conmigo al distrito.

—No sé si esté dispuesta a…

—Doctor Galvao, quiero librarla de un careo desagradable.

—Voy a hablar con ella.

—No puedo esperar mucho, ¿me entiende? Quiero verla mañana a más tardar.

A mediodía terminó el turno del comisario. Como siempre, firmó las constancias de pobreza y de residencia que los otros comisarios no despachaban.

Después de ceder su puesto al comisario Maia, que lo sustituía, Mattos tomó su revólver Smith & Wesson del cajón, lo puso en su funda del cinturón y salió.

Un tipo alto, moreno, de bigotes cayéndole por los lados de la boca, siguió al comisario hasta la parada del tranvía.

Cuando Mattos tomó el tranvía, el tipo hizo lo mismo y se sentó dos asientos atrás.

Mattos fue seguido hasta la puerta de su casa, sin darse cuenta de que el hombre alto lo estaba siguiendo. La verdad, espiar a un policía como Mattos no era una tarea muy difícil. En la época en que él intentara promover una huelga contra el exceso de población en las prisiones, agentes del Servicio Reservado de la oficina del jefe de policía lo habían acompañado durante un mes sin ser notados.

Cuando entró a su casa, el teléfono estaba sonando.

Un hombre de voz ronca, velada tal vez por un pañuelo, dijo pausadamente.

—Oiga, doctor, esto no es broma. Hay un tipo que lo quiere matar. Abra los ojos. Es un hombre alto, moreno, de bigote. Un pistolero peligroso.

Mattos oyó el corte de la comunicación. Enseguida sonó el timbre de la puerta.

El comisario abrió la ventanilla. Un rostro de hombre, moreno, de bigote, apareció.

—Doctor, vine aquí para hacerle una denuncia.

—Búsqueme en la delegación.

—Quiero denunciar crímenes cometidos por policías de su distrito. Tengo desconfianza de ir allá. Le llamé por teléfono ayer.

—Un momento.

El comisario cerró la ventanilla. Abrió la puerta.

—¿Qué es eso, doctor? Ustede me confunde —dijo el hombre al ver el revólver en la mano de Mattos.

—Entra —dijo Mattos.

—Debe haber algún error.

Mattos cerró la puerta con el pie.

No entiendo —dijo el visitante—. Mi nombre es Ibrahim Assad. Trabajo como representante comercial.

—¿Turco?

—Libanés. Hijo de libaneses. Nací en Minas. ¿Quiere ver mi carnet de identidad?

El hombre hizo un gesto con la mano izquierda en dirección al bolsillo interno del saco.

—Aún no.

Había un par de esposas en la repisa. Sin desviar su atención de Assad, tomó las esposas. Mattos nunca había usado aquellas esposas y había perdido la llave. Pero ese problema podía dejarse para después.

—Siéntate, en el piso.

Assad se sentó.

—Toma estas esposas.

Mattos arrojó las esposas a Assad. Este las agarró en el aire con la mano izquierda.

—Ponte una en la muñeca izquierda.

—Usted no puede hacerme esto. No soy un criminal —protestó Assad.

—Si esto es una arbitrariedad mía, te pido disculpas. Pon la esposa como te dije. Ciérrala. Ahora coloca la otra en el tobillo de la pierna derecha. Dije la pierna derecha. Cierra. Cruza las piernas para que estés más cómodo.

Assad cruzó las piernas.

Mattos revisó a Assad. Tomó su carnet de identidad. La tapa tenía un diseño plateado del escudo de armas de la República y las palabras, también plateadas: *Estados Unidos del Brasil. Policía del Distrito Federal. Instituto Félix Pacheco. Carnet de identidad.*

Mattos abrió el carnet. De un lado: *Registro 749468. Este carnet pertenece a Ibrahim Assad Filho, natural del estado de Minas, nacido el 12 de agosto de 1912, ascendencia Ibrahim Assad e Parida Assad,*

nacionalidad brasileña, Rio de Janeiro, 21 de diciembre de 1943. Sobre los dos sellos, un verde de trescientos *réis* y otro rojo de doscientos *réis*, estaba la firma de *José M. Carvalho*, Director. Del otro lado del carnet: la foto de Ibrahim Assad, junto a las palabras *No es válida la foto si no tiene el sello del Instituto*; la huella del pulgar derecho en tinta negra, y al lado FD (ficha dactiloscópica): serie V.4333, sección V.2222; junto, la firma de Assad.

La pistola FN de acero negro pulido estaba bajo el brazo derecho de Assad, en una funda de cuero blanco. Mattos examinó el arma. Sacó el proyectil que estaba en la recámara de percusión.

—¿Viniste a matarme?

—No, doctor, eso es absurdo.

—Entonces ¿para que te metiste a mi casa?

—¿Me metí a su casa? ¿Me metí a su casa? Doctor, usted me puso un revólver en la cara y me ordenó entrar. Vine a darle una queja.

—¿Cuál queja?

—Ahora tengo desconfianza de hacer mi denuncia. Después de que usted me recibe de esa manera.

—Tu pistola tenía una bala lista.

—Y así debe estar una pistola siempre, ¿o no, doctor?

—Es verdad. —Otro *Pepsamár*—.

—¿Por qué andas armado? ¿Un representante comercial necesita andar armado?

—Hay demasiados delincuentes sueltos por la ciudad. Viajo mucho. Esa FN es una belleza, ¿no lo cree?

—¿Quién te pidió que me mataras?

—Qué absurdo. Yo no vine a matarlo.

—¿Quién te pidió que vinieras aquí a… visitarme?

—Nadie. Todo es cosa mía, doctor. Quería darle una queja contra los policías corruptos de su distrito que obtienen dinero del *bicho.*

—En general, toda la población está contra el juego del *bicho*. ¿Por qué vienes a hacer esta denuncia?

—Doctor, usted no entiende. No estoy contra el juego del *bicho*. Estoy contra los policías corruptos. Como me dijeron que usted es un hombre honesto, resolví hacerle mi denuncia.

—¿Crees que voy a creer eso?

—Como quiera.

Le empezó a doler el estómago a Mattos. Puso la pistola en la cabeza de Turco Viejo.

—Puedo darte un tiro en la cabeza y tirar tus huesos en el basurero de Sapucaia.

—Usted no es el tipo de hombre que hace esas infamias. Mattos se

sentó en la silla de la sala.

—¿Me puede dar un vaso de agua, por favor?

Mattos telefoneó al distrito y pidió una radiopatrulla.

Llenó un vaso con agua del filtro y se la dio al hombre esposado.

* * *

Rosalvo hizo la cita con su antiguo colega de Robos y Hurtos en el cabaret Avenida, en el centro de la ciudad.

Rosalvo, a quien le gustaba bailar con las *taxi-girlsy* llegó más temprano. Compró la tarjeta donde se contaban, con perforaciones, los bailes; se sentó, pidió un *gin and tonic* y se quedó mirando a las chicas sentadas en fila en un lado del salón. Se interesó principalmente por una mulatita flaca, pero no tanto, pues la protuberancia de su trasero mostraba que tenía carne en el lugar exacto. A Rosalvo le gustaban las mulatas y justificaba esa preferencia diciendo que era "nieto de portugués".

Sacó a la muchacha para bailar un bolero.

—Me gustaría llevarte a casa después —dijo Rosalvo. Era un hombre práctico a quien no le gustaba perder el tiempo con bla, bla, bla.

—Luego vemos —dijo Cleyde, la bailarina. También era una mujer práctica y percibió que conseguiría un viejo menso para perforar su tarjeta varias veces aquella noche. Cuantos más agujeros tuviera su carnet, más ganaba ella.

Cuando llegó Teodoro, el carnet de Cleyde había sido perforado seis veces: tres boleros, dos sambas, un foxtrot.

—Ahora regreso —le dijo Rosalvo a la bailarina, al terminar la pieza.

Rosalvo y Teodoro se sentaron en una mesa de pista que escogió el primero. Teodoro se disculpó por haberse retrasado.

Mirando a Cleyde, que ahora bailaba con un gordo calvo que exhibía un solitario de brillantes en el dedo, Rosalvo dijo:

—Vamos a nuestro asunto.

—¿Qué tal es ese comisario Alberto Mattos?

—Un caso. Inteligente, pero ingenuo. Un puritano, ya sabes.

—¿Cuál es tu relación con él?

—Come de mi mano.

—Explícate.

—No confía en nadie en el distrito; sólo en mí.

—¿Por qué se interesa en el senador Vítor Freitas?

—Y ¿qué gano con abrir el pico?

—Una transferencia para Costumes.

—El está investigando los chanchullos del senador.

—El senador no hace chanchullos.

—No jodas, Teodoro. Vamos a hablar sin querer engañarnos uno al otro. Nos conocemos de otros carnavales.

—¿Qué chanchullos?

—La licencia de importación de Cemtex.

—Sólo eso no vale un nombramiento en Costumes.

—Mattos está investigando cosas aun más graves.

—¿Qué?

—Artículo 121.

—¿Artículo 121? —Teodoro, sorprendido—. El senador no mataría a nadie. ¿Estás seguro? ¿Qué homicidio es ése?

Rosalvo dudó. Era mejor no hablar aún del asesinato de Paulo Gomes Aguiar, guardarse algunos ases.

—Aún no sé cuál homicidio. Pero tengo la plena certeza de que investiga un 121 que involucra al senador.

—¿No dices que él come en tu mano? ¿Cómo es que no sabes?

—Soy franco contigo; aún no lo sé. Pero me va a llamar para ayudarle en las investigaciones. Como te dije, Mattos no confía en nadie más. Dile al senador que si es de su interés, y yo creo que sí, puedo hacer tal enredijo con esa investigación, que los interrogatorios van a terminar valiendo madre.

—Pero no me has dicho qué 121 es ése.

—Aún no lo sé. *Aún*. El senador debe saberlo, ¿no? ¿Ya olvidaste lo que aprendiste en la Especializada, Sherlock?

El gordo del anillo de brillantes se sentó en una de las mesas con Cleyde. Bebían champaña. Ella había encontrado un menso mejor.

Rosalvo miró el reloj.

—Habla con tu senador. Quiero garantías. La transferencia para Costumes tendrá que ser publicada antes, en el boletín diario de la Jefatura. Un mes para la transferencia. Tiempo suficiente para joder la investigación.

Mientras decía esto pensaba, arrepentido, que había hecho una estupidez al ir corriendo a contarle al comisario Mattos que había localizado a José Silva. Pero todo tenía un precio en la vida.

—Ahora vete; tengo otros asuntos que tratar.

Teodoro salió. Rosalvo fue hasta la mesa donde estaban Cleyde y el gordo.

—Lárgate —dijo Rosalvo, sentándose al lado del gordo y mostrando su carnet donde se leía con letras rojas POLICÍA.

El gordo se levantó, asustado.

—No debías estar despierto a estas horas… Paga la cuenta y vete a casa. Tu mujer te está esperando…

Rosalvo tomó a Cleyde por el brazo. La orquesta tocaba un bolero; a él le gustaban los boleros.

Mientras bailaban:

—¿Aquel gordo es carnicero?

—El dice que es contador.

—Contador de reses y de marranos.

—No sabía que fueras policía.

—Ahora ya sabes. Caras vemos, corazones no sabemos. Ahí está la cosa.

—Mi novio viene por mí.

—Le das un dinero al tipo. Como buen padrote sabe que lo que es del amo el perro no lo come y se va a aguantar.

* * *

En las primeras horas de aquella noche, el general Zenóbio da Costa llegó al Palacio de Catete para una entrevista con el presidente Vargas, en el despacho del segundo piso. Aparte de ellos estaba presente el general Caiado de Castro. Zenóbio le llevaba al presidente informes sobre la reunión extraordinaria del Alto Mando del Ejército.

—El Alto Mando me pidió que reiterase a vuestra excelencia el propósito firme del Ejército de resguardar y defender las instituciones —dijo Zenóbio.

A Vargas le parecieron ambiguas las garantías del Alto Mando.

—La presidencia de la República es una institución democrática. ¿El Alto Mando piensa en ella cuando habla de resguardar y defender las instituciones?

Zenóbio dudó antes de responder.

—El Alto Mando no hizo precisiones.

—¿Se discutió en la reunión el atentado contra el mayor Vaz? ¿Y los ataques injustos que he venido recibiendo de la oposición?

Zenóbio continuó dudando.

—No, durante la reunión no. Se habló informalmente antes de comenzar la reunión. Ligeros comentarios.

—¿De qué tipo?

—Sobre la inquietud de la gente de la Fuerza Aérea.

—El Ejército nunca dio importancia a las inquietudes de la Fuerza Aérea —replicó Vargas—. Ni siquiera a las de Marina, que es la fuerza más antigua y tradicional. ¡El Ejército es el Ejército!

—Sin duda, señor presidente.

—¿Podemos contar con todos los generales del Alto Mando? —preguntó Vargas.

—Sí, señor presidente.

La cara larga e inexpresiva de Zenóbio mostraba patéticamente su nerviosismo.

—¿General Caiado?

—Ah, yo no participé en la reunión del Alto Mando, pero comparto el punto de vista del ministro —respondió Caiado.

Al despedirse, antes de salir acompañado por Caiado de Castro, el general Zenóbio agregó:

—Fue muy bien recibida la decisión de vuestra excelencia de disolver la guardia personal.

Vargas no respondió. El general salió y el presidente permaneció sentado ante su pequeña mesa del segundo piso, mirando la oscuridad de la noche a través de las ventanas de su despacho. Aquel mismo día había recibido, en la tarde, la visita del vicepresidente Café Filho; del ministro de Justicia y Asuntos Interiores, Tancredo Neves; del ministro de Educación, Edgard Santos; del ministro de Salud, Mário Pinotti; del ministro de Trabajo, Hugo de Faria, y del gobernador Amaral Peixoto. Con excepción del semblante de este último, que era su yerno, y del de Tancredo, en los cuales notó principalmente nerviosismo, en el rostro de todos los demás percibió lo mismo que viera en la cara de Zenóbio: indecisión.

* * *

Teodoro telefoneó al senador Vitor Freitas.

—Usted me dijo que llamara a su casa si tenía alguna información importante y urgente.

—Te oigo.

—No creo que sea bueno decirlo por teléfono.

—Ven a la casa. Praia do Flamengo 88, esquina Ferreira Viana. Edificio Seabra.

Teodoro sabía dónde quedaba el edificio Seabra, uno de los más conocidos de la ciudad. Uno de los sueños de Teodoro era vivir en aquel sitio de granito negro. “El mundo es bello”, pensó.

—¿Quieres tomar algo, Teodoro?

—No señor, gracias.

—Yo voy a tomar un *scotch*, ¿no quieres acompañarme? Llamé a mi asesor Clemente para que oiga su relato y mientras lo esperamos…

—Bueno, si usted insiste…

En la amplia sala había un bar, con una barra de madera labrada sobre la cual había innumerables botellas. Mientras Freitas preparaba las bebidas, Teodoro se quedó mirando la decoración de la sala. Nunca había visto un lugar como aquél.

—¿Te gusta la decoración? —preguntó el senador ofreciendo un vaso con whiskey y hielo a Teodoro.

—Muy bonita —dijo Teodoro.

—Los motivos son tunecinos. ¿Conoces Túnez?

—Nunca he salido de Brasil, senador.

—Ahora la moda es hacer decoraciones en estilo norteamericano, algo de un mal gusto insoportable. ¡Ah!, ¡la burguesía brasileña! Antes todo era afrancesado, ahora todo es agringado. Los norteamericanos son el pueblo más vulgar del mundo. No tienen historia, cultura, nada; sólo dinero. En cambio Túnez… Tú sin duda has oído hablar de Cartago, un imperio fundado por los fenicios hace miles de años…

—Ah… Sí, señor…

—Desgraciadamente, es hoy una colonia francesa. Y los franceses, como todos los colonizadores, no han hecho otra cosa que tratar de destruir la cultura…

El timbre de la puerta cortó la digresión del senador. Era Clemente.

—Esperé a que llegaras —dijo Freitas—. Aún no sé lo que Teodoro tiene que contarnos.

Clemente preparó una bebida. Se sentaron en uno de los conjuntos de poltronas y sofás de la sala.

—Puede hablar, Teodoro —dijo Freitas. El y su asesor estaban de buen humor.

Teodoro carraspeó. No sabía cómo empezar.

—Anda, Teodoro, ¿qué esperas?

Consternado, Teodoro contó la plática que tuviera con Rosalvo.

A medida que hablaba, sus dos interlocutores comenzaron a mostrar un nerviosismo creciente. Clemente fue al bar y trajo una botella de whiskey. El y el senador se sirvieron varias veces. El semblante del senador fue volviéndose taciturno. Gotas de sudor cubrían su frente.

—¿Podemos creer lo que dice ese Rosalvo, en sus promesas? —preguntó Clemente.

—Creo que él hará todo, todo, para conseguir una transferencia a Costumes —respondió Teodoro.

—Pero primero tendrá que entregar la mercancía. Dile al policía que esas son mis condiciones. El es quien debe confiar en mí, no yo en él.

La voz del senador sonaba cansaba. En las comisuras de los labios se acumulaba saliva, que él limpiaba cuando escurría por el mentón.

—¿El policía dijo algo sobre mí y la corrupción de menores?

—No, señor —dijo Teodoro con vehemencia.

Clemente notó que la embriaguez del senador podía llevarlo a cometer otras inconveniencias. Siempre que Freitas bebía de más, perdía el control.

—Puedes irte, Teodoro. Luego hablamos —dijo Clemente tomando a Teodoro por el brazo y conduciéndolo fuera.

Freitas se servía más whiskey cuando Clemente regresó.

—Me importa un carajo el caso de Cemtex —dijo el senador—. Mi preocupación es la investigación del asesinato. ¿Será lo del administrador?

—No sé. Puede que sí… y puede que no. Puede ser la muerte de Paulo Gomes Aguiar. El comisario Tiendaquinta está investigando ese caso.

—¿Qué estupidez es esa de comisario Tiendaquinta?

—Es que el mierda ese compra su ropa en tiendas de quinta.

—Ya hiciste esa crítica idiota antes. Tienes la manía de subestimar a las personas. Sería espléndido si el asesinato mencionado por Teodoro fuera el de Paulo. Yo no estaba aquí en Rio ese día, estaba en el norte, haciendo contactos políticos. Sería espléndido, espléndido.

Freitas llenó su vaso nerviosamente, sin ponerle hielo a la bebida.

—La investigación por lo del administrador fue archivada —dijo Clemente.

—Pero no cerrada. Un día alguien abre el archivo…

—Están buscando un ladrón.

—Fue una estupidez matar a aquel viejo imbécil.

—La idea fue tuya, queridito.

—¿Mía? ¡Estás loco! —gritó Freitas.

—¿Quieres que te cuente cómo pasó todo, Vitinho?

—No seas burlón, ¿quién eres tú para ser burlón conmigo?

—Llegaste bebido de madrugada a tu *garçonnière* de Copacabana con un amigo, y en un arranque de pasión, dentro del elevador, te arrodillaste para venerar a Priapo.

—¡Cretino!

Freitas intentó agredir a Clemente, éste empujó al senador con violencia, haciéndolo caer sobre el sofá. Freitas se quedó mirando embrutecido su camisa mojada por el whiskey derramado del vaso.

Los sucesos referidos por Clemente habían ocurrido hacía más de un año. El administrador del edificio entró en el elevador y sorprendió a Freitas en su libidinosa acción. Asqueado, dijo que iba a convocar una reunión de condominos para pedir la expulsión de Freitas del edificio por atentados contra el pudor.

—El canalla andaba vigilándome —se lamentó Freitas mientras intentaba limpiar su camisa con un pañuelo que había sacado de su bolsillo.

Freitas telefoneó a Clemente y le dijo que estaba arruinado políticamente, que tenían que hacer algo. Clemente fue al departamento del administrador, le dijo que trabajaba con el senador y le pidió que no hiciese nada; garantizó que Freitas se mudaría al día siguiente. El administrador respondió que Freitas era un canalla, un pederasta repugnante, que su comportamiento pecaminoso transformó aquel sitio honorable en una Sodoma. Clemente le ofreció dinero al administrador para que él olvidara lo que había visto. El viejo rechazó indignado la "inmunda propuesta" de Clemente diciendo que era un pastor protestante y que Freitas tenía que pagar por sus pecados. Luego de que el administrador dijo que era un pastor protestante, Clemente lo mató, estrangulándolo.

—No te dije que mataras al tipo.

—Soy un sirviente, hice el trabajo que no tuviste el valor de hacer y ahora ¿quieres tirarme por la borda? Te arrastro conmigo.

—No quiero oírte. Cállate.

El viejo vivía solo. Después de matarlo, Clemente revolvió toda la casa para que la policía pensara que el crimen había sido cometido por un ladrón. Se llevó la Biblia del administrador, llena de anotaciones al margen, a su casa. Cuando llegó a su casa, orinó sobre las páginas del libro, durante varios días seguidos, hasta que las anotaciones del pastor se transformaron en borrones ininteligibles. El padre de Clemente, al que odiaba cuando vivía y continuaba odiando después de muerto, también había sido pastor protestante.

—Aún tengo la Biblia del administrador, toda cagada. Te la voy a traer y te la voy a restregar en la cara.

—Eres un blasfemo, un nihilista, un monstruo.

—Eso no fue lo que me dijiste aquel día. Tomaste mis manos, dijiste que tenía unas manos fuertes, y entonces besaste y lamiste mis manos como una puta. Te dejé hacer aquello a pesar del asco que sentía: el placer de presenciar tu degradación era mayor que mi repugnancia.

—Basta, Clemente, por favor; voy a terminar peleándome contigo.

Junto con la bebida derramada, el sudor empapaba la camisa de Freitas. Su rostro colorado adquirió una palidez cenicienta.

—Tenemos que matar a ese comisario. Tú puedes hacerlo, sé que puedes hacerlo.

—El síndico era un viejo de ochenta años. Fue fácil. Ese hijo de puta, además de policía, es más joven que yo tal vez.

—¿Más joven? Entonces es todavía un niño…

—No me jodas…

—Tú pareces un adolescente…¡Te lo juro! No tienes una arruga en el rostro.

Clemente fue al bar, se sirvió licor de pitanga, una especialidad enviada del Norte por un coronel hacendado, el mayor proveedor de votos para el senador. Sacó un espejito del bolsillo y miró su rostro, embebido.

—No exageras… Adolescente y además…

Freitas se levantó del sofá con dificultad; caminó a tropezones hasta el bar. Intentó abrazar a Clemente. Este con un movimiento del cuerpo, se libró del abrazo e hizo que Freitas cayera.

El senador rodó por el piso, con los ojos cerrados, buscando una posición menos incómoda. En poco tiempo, roncaba a pierna suelta, ante la mirada de desprecio de su asesor.

* * *

Exactamente a aquella hora, las dos y cuarto de la mañana, cuando el senador Vitor Freitas comenzaba a dormir alcoholizado en el piso de su residencia, el periodista Carlos Lacerda llegaba al Regimiento de Caballería de la Policía Militar, en la calle Salvador de Sá, acompañado de una enorme comitiva que incluía abogados, periodistas, al jefe de la policía y al delegado Pastor, además de varios oficiales del Ejército, Marina y Fuerza Aérea. El coronel del Ejército Florencio Lessa, comandante del regimiento, esperaba a Lacerda y su grupo.

Lacerda iba a reconocer a su agresor entre los miembros de la guardia. O agresores, como afirmaba contradiciendo las conclusiones del delegado Pastor. A Lacerda no le gustaba Pastor y escribió en su periódico que había surgido en la policía, gracias al mismo delegado que dirigía la investigación, la hipótesis de que había sido él, Lacerda, el asesino del mayor Vaz. Una de las preguntas hechas por el delegado al encargado del estacionamiento del edificio fue para saber si habían discutido el mayor Vaz y Lacerda. Para el periodista, era deber de la autoridad que dirigía las investigaciones suponer todas las hipótesis; pero, frente a la evidencia de un crimen perpetrado por terceros, ante testigos, y con pistas sólidas, era innecesaria tan “monstruosa indagación” e incomprensible la sospecha del delegado.

A Pastor tampoco le gustaba Lacerda. La tensa relación entre ambos era cortés, pero hostil.

A las dos y media llegaron al cuartel cuarenta y siete hombres, guardias del presidente.

—El efectivo de la guardia es de ochenta y tres hombres —dijo el

mayor Enio Garcez dos Reis, jefe de vigilancia del Palacio de Catete, que acompañaba a los guardias del presidente—. Pero sólo conseguí localizar, tomando en cuenta lo repentino de la petición que se me hizo, cuarenta y siete miembros.

Alguien dijo que el número de integrantes de la guardia era de doscientos hombres y no de ochenta y tres, como afirmaba el mayor Enio.

El mayor, ante estas afirmaciones, explicó que los guardias efectivos eran ochenta y tres, pero admitió que existía un contingente extra de ciento diecisiete hombres más.

En grupos de cinco, los guardias desfilaron frente a Lacerda y las autoridades que lo habían acompañado.

Eran las cuatro de la mañana cuando el reconocimiento terminó. Dos guardias habían sido destacados por Lacerda.

—Reconocí en Antonio Fortes Filho —dijo el periodista— el tipo físico que más se asemeja al individuo gordo y bajo que estaba apostado en la esquina de las calles Paula Freitas y Tonelero. Y en José Pombo Pereira, alias *Pombo Manso*, al individuo más parecido al que victimó al mayor.

* * *

El mendigo Russo, aprehendido por oficiales de la Fuerza Aérea, dijo que la persona que compró el revólver que había encontrado en la avenida Beira Mar, el día del asesinato del mayor Vaz, era un funcionario de la Standard Esso. El mendigo y el funcionario fueron llevados a la Dirección de Combates Aéreos. El arma fue recuperada.

10

Comenzaba a amanecer cuando Climerio abandonó su granja Refugio Feliz, cargando una maleta pequeña con ropa, algunos papeles, un revólver con seis balas y los cincuenta y tres mil cruceiros que Soares le diera dos días antes, cuando se encontrara con él en la plaza de la República, al lado del Campo de Santana, en el centro. El dinero había sido tomado por Va lente del cajón de Gregorio, en el Palacio de Catete, siguiendo órdenes del propio jefe de la guardia personal. Valente encargó a Soares darle el dinero al fugitivo.

Antes de salir, regó los árboles frutales y la pequeña huerta donde plantaba col, jitomate, calabaza y mandioca. Siempre que estaba en la granja regaba diariamente los plantíos, incluso en los días en que el tiempo nublado permitía prever que llovería.

Dio de comer a sus tres puercos.

Llegó, muy cansado, cuando caía la noche, a la granja de su compadre Oscar Barbosa, en el cerro de Taboleiro, en la sierra de Tinguá.

Oscar y su mujer Honorina estaban sentados a la mesa, comiendo, cuando fueron sorprendidos por la llegada de Climerio.

Climerio dijo que se había metido en líos en la capital y que necesitaba esconderse.

Oscar no preguntó cuáles eran los problemas del compadre y lo invitó a sentarse y a compartir con él y su mujer el angú con carne que comían.

Después de comer, Oscar dijo a Climerio que al día siguiente lo escondería en una choza en medio de un platanar en la sierra. En la choza sólo había un catre viejo, pero allá estaba seguro que nadie lo encontraría. Diariamente, Oscar o la comadre Honorina le llevarían comida a Climerio.

* * *

Freitas despertó en el piso gracias a un golpe leve en los hombros. El mayordomo, agachado, preguntó:

—¿El señor se siente mal?

El senador miró el reloj de pulso. Doce y media.

—Estoy bien. Prepárame el baño.

El mayordomo, de nombre Severino, un joven humilde de veintidós años, aceptaba el tratamiento áspero que el senador le dispensaba sin reclamar. El salario que recibía y las propinas que ganaba cuando el senador estaba de buen humor ayudaban a sostener a su madre viuda y a los ocho hermanos menores que se habían quedado en Caruaru, Pemambuco.

Preparó el baño caliente Y metió el codo en el agua de la tina para verificar si la temperatura era la que el senador exigía. Puso dos grandes toallas felpudas y los periódicos sobre una banquita al lado de la tina.

El propio senador agregó sales aromáticas en el agua.

—Si me llaman, diles que salí para el Senado.

El agua caliente envolviendo su cuerpo le proporcionó una sensación de bienestar. Apretó entre sus dedos las lonjas de su vientre. Necesitaba hacer algo para eliminar aquellos indeseables acumulamientos adiposos. Gimnasia, dieta, cualquier cosa. Le gustaría tener un abdomen como el de Lomagno, de músculos duros y definidos. Clemente, su asesor, había tenido un abdomen así, mas la vida sedentaria que estaba llevando volvía su cuerpo cada vez más fláccido. Anotó mentalmente que necesitaba librarse de Clemente. El asesor había dejado de ser sólo impertinente e inoportuno; se volvía una persona peligrosa. Pero era preciso hacer esa operación con mucha habilidad para no irritarlo y provocar una reacción intempestiva.

Tomó uno de los dos periódicos. No se confirmaban los rumores que habían corrido en el Senado, respecto a que Getulio Vargas, en un intento de dividir las Fuerzas Armadas, nombró al general Zenóbio da Costa para sustituir al ministro de la Fuerza Aérea Ñero Moura, que se mostraba débil ante la ostensiva insumisión de sus subordinados. El ministro Ñero Moura desmentía enfáticamente la frase que *Ultima Hora* le atribuía, acerca de que Vaz no había muerto como oficial de la Fuerza Aérea. El ministro tenía también que desmentir, lo hubiese dicho o no, que no podía repetir lo que los getulistas esparcían por la ciudad: que Vaz era una especie de pistolero de Lacerda y que había muerto en esa condición. En la Cámara, la diputada Ivete Vargas preguntó: “¿Por qué aquellos que cuidan al presidente son llamados pistoleros y a los que cuidan a Lacerda los llaman amigos?”.

El cardenal don Jaime Barros Cámara envió un mensaje al brigadier Eduardo Gomes; decía que pensando en las tradiciones generosas del pueblo brasileño, formado bajo los influjos de la

civilización cristiana, se dirigía a los sacerdotes de todo Brasil, por medio de los excelentísimos señores obispos, para pedirles que en una misma fecha y hora se unieran en oración por el alma del aviador sacrificado —quien era sincero católico—, elevando plegarias a Dios por la concordia y tranquilidad de la familia brasileña.

El senador estaba convencido de que estaba en curso una campaña muy bien organizada para restar fuerza moral a Vargas; en esa campaña participaban la Iglesia, sectores de las Fuerzas Armadas, sectores del empresariado, partidos políticos de oposición y la prensa. Cuanto más lodo cayera sobre Getulio, mejor. Antes eran los chanchullos de los miembros del gobierno, que eran denunciados. Ahora eran los crímenes. En enero de 1920, según los periódicos, Getulio Vargas, con su cómplice Soriano Serra, había asesinado al cacique Tiburcio Fongue, de la tribu de los inhacorá. La investigación abierta había sido olvidada. Copias de las hojas de varias investigaciones iniciadas eran reproducidas en los periódicos. En 1923, Vargas, aún con la complicidad de Soriano Serra, había asesinado al ingeniero Ildefonso Soares Pinto, secretario de Obras Públicas del entonces gobernador Borges de Medeiros. "Soriano fue apresado, pero el otro asesino, Getulio Vargas, continúa libre hasta hoy."

"La vida pasada de Vargas está marcada por crímenes monstruosos. Aún niño, Vargas era ya un homicida", decía *Tribuna*. En Ouro Preto, en Rio Grande do Sul, otras tres personas habían sido "decapitadas por Vargas y sus pistoleros": el estudiante Almeida Prado, el médico Benjamín Torres Filho y el mayor Aureliano Moráis Coutinho. "Todos habían muerto en emboscadas a semejanza de la emboscada del día 5 en la calle Tonelero." Los pistoleros de Vargas habían "despedazado al mayor en plena calle después de mutilar salvajemente su cuerpo". Todas estas acusaciones eran corroboradas por cantidad de documentos reproducidos por los periódicos.

Despedazado. Emboscada traicionera. Mutilación salvaje. Decapitado. Lacerda conocía la fuerza de las palabras, pensó Freitas; tuvo una buena escuela en el Partido Comunista, donde fue el joven líder de un grupo conocido como Socorro Rojo. Una interesante trayectoria: de exaltado comunista fanático a santurrón reaccionario udenista, aún más furibundo.

En ambas facciones se mostró insuperable en la creación de *slogans* incendiarios. Como aquel de "Ratoncito Rosa", que destruyó las aspiraciones del candidato del Partido Comunista en las elecciones presidenciales de 1946; y ahora el "mar de lodo", que había desautorizado moralmente al gobierno de Vargas.

Como siempre, Freitas leyó con atención lo que Lacerda había escrito en su periódico. El general Ancora, antes acusado por el

periodista de haber impedido la elucidación del atentado, fue destituido por Getulio y era ahora visto por Lacerda como un hombre honrado. Ancora había sido sacrificado, en la versión lacerdista, por haberse portado con corrección. La destitución de Ancora sería un episodio más de la "mixtificación monstruosa dirigida por Vargas para esconder a los criminales". Lacerda insinuaba entre líneas que quienes habían ordenado el atentado podrían ser el hermano del presidente, Benjamin Vargas; el hijo, el diputado Lutero Vargas; el todopoderoso líder industrial y también diputado, Euvaldo Lodi; y el mismo Vargas, éste, en la mejor de las hipótesis, un cómplice *a posteriori*.

Al igual que le era útil, ahora, alabar al general Ancora, en otra parte del periódico Lacerda elogiaba al nuevo jefe del DFSP. Lacerda era un maestro de la intriga, pensó Freitas; conseguía esconder con la brillantez de su oratoria las enormes, a veces cínicas, contradicciones de su oportunismo político. El periodista se había lanzado como candidato a diputado para las elecciones de octubre; si su triunfo ya era seguro, el atentado haría de él, seguramente, el diputado con más votos en Rio, y tal vez en todo el país. Dar a un hombre con aquella terrible elocuencia algún poder, por menor que fuese, era muy peligroso. Habría sido mejor que Lacerda hubiese sido asesinado y no su pistolero. Getulio Vargas, con su vieja oratoria monótona y prudente consiguió dominar el país durante tanto, tiempo; ¿que no haría Lacerda con su inteligencia incendiaria y su capacidad para usar las palabras, como ningún otro político en la historia de Brasil, para persuadir, engañar, emocionar, movilizar a las personas? Sus artículos en el periódico y sus charlas en la radio, en los últimos, días, habían obligado al gobierno a encuartelar de emergencia a treinta mil soldados, solamente en Rio de Janeiro.

En el periódico había una foto del coronel Paulo Torres, nuevo jefe de policía. Torres comandaba, hasta entonces, el 3o. Regimiento de Infantería, acuartelado en Sao Godalo. Tenía cuarenta y dos años de edad, había trabajado con Zenóbio en la FEB, en la campaña de Italia, y había sido condecorado con la medalla al valor. Fue agregado militar adjunto en Roma, París y Londres. Era también licenciado en derecho. En Brasil, todo el mundo es bachiller en derecho, pensó Freitas, incluso él mismo.

Freitas era amigo de los hermanos del nuevo jefe del DFSP, Acúrcio Torres, diputado y líder de la mayoría en la Cámara Federal durante el gobierno de Dutra, y Alberto Torres, actual líder de la UDN en la Asamblea fluminense. ¿El nombramiento de un jefe de policía con lazos familiares en la UDN era una concesión pusilánime de Getulio? ¿O una comprobación de que Capanema, al decir en la Cámara que "el presidente de la República no quiere que este crimen quede sin castigo", estaba hablando en serio? ¿Las dos cosas?

¿Getulio, inocente y pusilánime? Sería interesante si fuese verdad.

Al senador le gustaba Capanema, un ingenuo, que perdió fuerza moral cuando aceptó ser el líder del gobierno en la Cámara. Un hombre de bien, culto, acusado injustamente de estafador y de imbécil; de imbécil por haber sido ministro de Educación en la época de la dictadura. Todo ministro de educación en Brasil, por más inteligente que fuera, terminaba siendo llamado burro, era una especie de maldición. El, Freitas, nunca aceptaría aquel ministerio.

Una noticia fue leída por Freitas con ironía. Los directores de periódicos Elmano Cardim, del *Jornal do Co mère io*, Roberto Marinho, del *Globo*, Joao Portela Ribeiro Dantas, del *Diàrio de Noticias*, Carlo Rizzini, de los *Diários Associados*, Chagas Freitas, de *A Noticia*, Othón Paulino, de *O Dia*, Paulo Bittencourt, del *Correio da Manha*, Macedo Soares, Horàcio de Carvalho Júnior, Danton Jobim y Pompeu de Souza, del *Diàrio Carioca*, habían reivindicado y conseguido designar un representante acreditado para participar en el caso de la calle Tonelero. Aquellos bribones creían realmente en el provechoso mito, que ellos mismos habían inventado, de que la prensa era el cuarto poder de la República. Sagaz, *El Cuervo* —raramente Freitas llamaba a Lacerda por el apodo usado por los getulistas, pero aquella noticia lo había disgustado con todos los periodistas—, *El Cuervo*, no obstante ser director de un periódico, dejó sin firmar la petición. No necesitaba hacerlo; los militares que ahora controlaban el caso de la calle Tonelero eran todos lacerdistas. Lacerda mandaba en la investigación. El nombre de Samuel Wainer, director de *Ultima Hora*, tampoco constaba en la lista. Tal vez no había sido invitado por sus colegas. Como si los que habían firmado el documento intentasen demostrar que la exclusión de Wainer y Lacerda hacía evidente la independencia de la propuesta que hacían. Pero no había independencia en ninguna parte. Dos corrientes rebeldes y antagónicas se enfrentaban y la prensa tomaba partido.

Freitas imaginó el éxito de las frases candentes de Lacerda en la gran reunión del Club da Lanterna, que se llevaría a cabo aquella noche en la ABI: “Solamente los dictadores y déspotas se protegen con guardaespaldas y sicarios; la guardia personal de Vargas es una afrenta al orden jurídico, una falta de respeto a nuestro pueblo; Vargas está destituido por la sangre que ha derramado”.

Decían también los periódicos que el funcionario del Ferrocarril Central de Brasil, José Antonio Soares, compadre del guardia personal Climerio Euribes de Almeida, desapareció de su residencia en la calle Padre Nóbrega 29, en Cascadura, luego de recibir un envoltorio de su amante Nelly Gama. En la fuga, Soares, que la policía creía que era el pistolero que había disparado contra el mayor Vaz, dejó nueve mil cruceiros, lo que mostraba su precipitación. La policía, bajo el mando

del delegado de Vigilancia y Aprehensiones Hermes Machado invadió la residencia de Soares, encontrando sólo a la madre y los hijos, asustados por todo el despliegue policiaco. El delegado se llevó la correspondencia de Soares con el famoso doctor Barreto, un defraudador preso en la penitenciaría. En una de las cartas, Barreto autorizaba a Soares para que recibiera cincuenta por ciento de adelanto por la venta de cincuenta *jeeps*.

En un rincón de *Tribuna* había una nota que decía que Lacerda había hecho un careo con los miembros de la guardia personal del presidente y que el periódico publicaría una extensa nota sobre esto en la edición del día siguiente.

De pronto un trozo, casi al final del artículo de Lacerda, hizo que Freitas sintiera un temblor de frío y abriera la llave del agua caliente: "Llamé por teléfono tres veces al delegado Pastor sin que tuviese el honor de recibir su visita". Lacerda, alegando que sus atacantes habían sido tres y no sólo uno, como decía el delegado Pastor, quería confrontar de nuevo al delegado con su testigo. El nombre de Pastor trajo a la mente de Freitas, en una asociación inquietante, a otro pastor, el evangelista parlanchín que lo sorprendiera en penosa situación, y al otro policía, el comisario Mattos. Salió de la tina sintiendo frío. Corría peligro, necesitaba hacer algo. Se vistió rápidamente y tomó el auto oficial que lo esperaba a la puerta del edificio Seabra.

Entró a la sala de sesiones del Senado en el momento en que el líder del PTB, el senador Carlos Gomes de Oliveira, hacía la defensa del gobierno. Lo que era lamentable en todo el episodio de la calle Tonelero, decía el líder del PTB, era la intención de algunos exacerbados, que, a través de infiltraciones comunistas, buscaban envolver a las clases armadas para llevarlas a derrocar al presidente de la República, en un desarrollo de acontecimientos que no se sabía adonde desembocaría.

Getulio estaba mal servido con líderes como el senador del PTB, pensó Freitas. Aquel mismo día comenzó a hacer consultas y contactos, dentro de los miembros del PSD, con objeto de examinar la oportunidad y conveniencia de un cambio de rumbo. Apoyar un gobierno débil y corrupto le había traído muchos buenos negocios. Pero ya era hora de abandonar el barco.

* * *

Un mayordomo abrió la puerta del apartamento de Luciana Gomes Aguiar.

—Soy el comisario Mattos. Doña Luciana me espera.

Mattos no recordaba haber visto al mayordomo cuando estuvo en el apartamento el día del crimen.

—¿Eres nuevo aquí?

—Sí. Todos los empleados son nuevos. Menos la cocinera. Voy a avisarle a doña Luciana.

Luciana tardó casi diez minutos en aparecer. Estaba vestida como si fuese a salir, se había maquillado con cuidado y llevaba joyas. Traía un papel doblado en la mano.

—El doctor Galvao me dijo que usted tenía algunas preguntas que hacerme. Siéntese por favor.

—Pensé que él estaría presente.

—No lo creí necesario.

Apenas el comisario se sentó, una sirvienta trajo una bandeja con café y galletas.

—Puedes dejarla sobre la mesa, Mirtes.

La empleada dejó la bandeja sobre una mesa y salió. Luciana puso el papel que tenía en la mano al lado de la bandeja.

—¿Con azúcar?

—Sí.

El no debía tomar café; su hipercloridia iba a aumentar. Se quedó viendo la mano bonita de Luciana revolviendo el café.

—Doña Luciana, ¿el doctor Galvao le habló sobre lo que el portero Raimundo me dijo? ¿Que usted dio instrucciones de no mencionar la visita a su departamento, la noche del crimen, de un hombre de piel negra?

Luciana llevó lentamente su taza a los labios.

—Estaba tratando de proteger a mi marido. Tontería mía.

—¿Protegerlo? ¿Cómo?

Suspiro de conformidad:

—Del ridículo. Paulo era un hombre muy supersticioso… A veces recibía la visita de un… brujo… que venía al departamento a hacer unos trabajos… Como no creo en eso, le pedí a Paulo que recibiese a ese individuo cuando yo estuviese en nuestra casa de campo en Petrópolis. Fue lo que pasó aquel día. Ese, ese…

—Hechicero.

—…hechicero conocía a Paulo hace muchos años. No fue él quien lo asesinó, estoy segura.

—¿Por qué no me dijo eso antes?

—No quería que saliese en los periódicos que mi marido era dado a prácticas tan vulgares.

—El puede ser el asesino de su esposo. Nos ha hecho perder

muchos días de investigación.

—¿Por qué haría una cosa así? Mi marido le daba todo el dinero que pedía. El doctor Galvao dijo que quien mató a mi marido fue un ladrón.

—Usted dijo que nada había desaparecido.

—Cuando estuve con usted, aún no había hecho un inventario de las cosas desaparecidas. Fueron muchas joyas. Tengo aquí la relación.

Le dio al comisario el papel que estaba al lado de la bandeja.

—Las únicas joyas que quedaron son estas que estoy usando y que me había llevado a Petrópolis.

Mattos guardó el papel en el bolsillo.

—¿Sabe a dónde puedo encontrar a ese brujo?

—Sólo sé que vive cerca de Caxias, donde hace sus brujerías.

—¿Sabe su nombre?

—No, desgraciadamente, no.

* * *

En la reunión de los miembros del Club de la Fuerza Aérea realizada aquel martes, en vez de cuatrocientos oficiales, como en la reunión del día 6, había más de dos mil, de todas las Fuerzas Armadas. La llegada de oficiales superiores —generales, brigadieres, almirantes— sorprendió a todos los presentes.

El brigadier Eduardo Gomes pronunció un discurso y fue aplaudido de pie. Sus palabras fueron moderadas, comparadas con los discursos de otros militares: “En el sacrificio de esta vida valiente está simbolizada la devoción militar a las verdades más queridas de nuestra civilización. Honor, pues, a la memoria gloriosa del mayor Vaz. Roguemos a Dios porque lo reciba en la paz de los justos”.

Maritain fue citado por el mayor Jarbas Passarinho: “Cuando la autoridad pierde su carácter de legalidad, el ilegal no es aquel que contra ella se vuelve, sino aquel que ante ella se inclina”.

“El militar sólo tiene un compromiso: mantener y defender la Constitución con el sacrificio de su vida”, afirmó el brigadier Godofredo de Faria, quien acusó al poder ejecutivo de excederse, al poder legislativo de ponerse de rodillas y al poder judicial de callarse. “No queremos ser mercenarios de un gobierno perverso y traidor. Nosotros los generales no estamos cumpliendo con nuestro deber. Seamos dignos del uniforme que portamos”.

La división del país entre las fuerzas que defendían la corrupción, el robo y el asesinato y las fuerzas que defendían la dignidad y la patria fue denunciada por el coronel José Vaz de Silva, quien pidió la unión de las Fuerzas Armadas para “acabar con lá cascabel que

muerde el país desde hace veinticinco años. No vamos a escondernos tras un principio vago de indisciplina. Indisciplina fueron los movimientos del 7 de septiembre, 15 de noviembre y 29 de octubre en nuestra patria". El 29 de octubre era el día en que Vargas fue obligado a renunciar, en 1945, en un golpe militar comandado por el entonces ministro de Guerra, general Góes Monteiro. Vaz de Silva finalizó sus palabras con un llamdo al brigadier Eduardo Gomes para que volviese a sentir el éxtasis de su juventud que lo hiciera marchar en 1922.

El coronel Adyl, que había solicitado al ministro de Justicia que a los militares de la Fuerza Aérea que participaban del IPM de la calle Tonelero fuese atribuido poder policiaco, oyó, consternado, al coronel Ubirajara Alvim declarar, en un relato fantasioso e inverosímil, que se había vestido de vagabundo para investigar por cuenta propia y aprehender a Tomé de Souza, hermano de Nelson Raimundo de Souza, que conducía el auto del pistolero asesino. Tomé le había dicho que el crimen había sido ordenado por el diputado Lutero Vargas. "Es necesario aprehender a ese diputado de zarzuela", declaró el coronel aviador. Su participación causó gran impresión entre los presentes.

La única voz que se levantó en defensa del gobierno, recibida con fría hostilidad, fue la del coronel aviador Hélio Costa. La muerte del mayor Vaz, según el coronel, provocó manifestaciones espurias; el mayor Vaz, cuando fue asesinado, no desempeñaba una misión oficial, ni estaba uniformado; la ofensa del asesino no fue contra la Fuerza Aérea; unos aventureros pretendían conducir a las Fuerzas Armadas hacia el desorden y la indisciplina.

Los murmullos que sucedieron a las palabras de Hélio Costa fueron sustituidos por aplausos cuando un capitán del Ejército, luego de calificar de líderes incontestables de la Fuerza Aérea y el Ejército al brigadier Eduardo Gomes y al general Juárez Távora, exclamó: "Dejemos a nuestros jefes el momento de la decisión".

Finalmente, la asamblea decidió invitar al abogado Evandro Lins e Silva para prestar asesoría jurídica a la familia del mayor Vaz, como abogado durante las acusaciones.

* * *

Después de media noche el senador Freitas recibió un telefonema de un "amigo de Palacio", según el cual el presidente Vargas se había reunido secretamente aquella noche con su familia y algunos amigos íntimos, entre ellos su yerno Amaral Peixoto y el ministro Oswaldo Aranha, en el departamento de su hija Alzira, en el edificio Uruguay, en la avenida Rui Barbosa. La reunión tuvo como objeto discutir la situación política del país. Se habló de las reuniones del Ministerio y del Alto Mando del Ejército, realizadas aquella mañana. Vargas había

dicho que consideraba la situación grave y agregó que renunciaría, si era necesario, para evitar una guerra civil en el país. El consenso entre los presentes fue que el presidente no debía ceder ante las presiones golpistas de los enemigos del gobierno.

—Gracias, Lourival —dijo Vitor, colgando el teléfono.

11

Alice y Pedro Lomagno vivían en un amplio palacete de la avenida Oswaldo Cruz, que había pertenecido al padre de él.

Alice llegó temprano a la sala de café. El mayordomo, como siempre, puso la mesa para dos y estaba sirviendo a Alice cuando Lomagno entró a la salita. Estaba vestido para ir a jugar tenis y llevaba una raqueta en la mano. Saludó a Alice, besándola cariñosamente en el rostro, puso la raqueta sobre el buffet de la sala y se sentó al lado opuesto de la mesa.

—¿El *Correo da Manha* ya llegó?

—Sí, señor —respondió el mayordomo—. Voy a traérselo enseguida.

El mayordomo trajo el periódico. Lomagno tomó la jarra de plata con café y la puso frente a él. Dobló el periódico y lo apoyó eri la jarra. Se quedó leyendo, mientras ponía mermelada en una tostada.

Del otro lado de la mesa, Alice veía sólo la cabeza y los cabellos cuidadosamente peinados de su marido. Lomagno dobló el periódico varias veces, mientras tomaba café, buscando las notas que le interesaban, sin mirar una sola vez a su mujer. Cuando terminó, se levantó de la mesa, tomó la raqueta de tenis.

—Tal vez tenga que hacer un viaje al extranjero.

—¿Puedo saber adonde?

—Europa.

—Europa tiene muchos países.

—Francia. ¿Otra pregunta?

—¿Vas con esa mujer?

—¿Cuál mujer?

—Sabes muy bien cuál.

—Voy solo.

—No te creo.

—¿Fuiste al médico esta semana? ¿Estás tomando tus medicinas?

—Estoy bien. —Pausa.

—Hay algo que tengo que decirte.

—¿Qué es, querida?

—Le dije a aquel comisario de policía amigo mío que eras amante de Luciana Gomes Aguiar.

La voz de Alice temblaba.

Lomagno giró el mango de la raqueta en la mano, como hacen los tenistas. Pero su rostro permaneció impasible.

—No sabía que tenías amigos comisarios de policía —dijo Lomagno, serenamente.

—Alberto Mattos, que fue mi novio.

—Ah, sí.

Lomagno sabía que Mattos investigaba el asesinato de Paulo Gomes Aguiar. Miró a Alice, interesado en las reacciones de su rostro.

—¿Dónde se vieron?

—En su casa.

El temor de su voz cesó, ahora ella se vengaba del marido y eso le proporcionaba placer. Sentiría más placer si él perdiese aquella tranquilidad inquietante.

—¿Qué dijo? El policía. ¿Hizo alguna pregunta?

—No.

—¿Vas a volverlo a ver?

—No sé.

—Eres una tonta. ¿Por que hiciste una cosa así?

—Me preguntó si algún negro frecuentaba nuestra casa —exclamó Al ice, esperando, sin saber por qué, destruir el control exhibido por el marido.

Lomagno dio la espada a Alice y salió, sin mirar para atrás.

* * *

Luciana Gomes Aguiar esperaba a Lomagno en el Country Club, en Ipanema, sentada en una de esas mesas junto a la piscina, vestida para jugar tenis. Luciana estaba ansiosa, pues habían convenido que dejarían de verse algunos días, después de la muerte de Gomes Aguiar, y sólo se habían hablado por teléfono.

—Pagué al portero para que no dijera nada, pero el cretino no pudo matener cerrada la boca.

—Mi amor, yo te había dicho que usaríamos lo del hechicero como coartada.

—Se puede confiar en él.

—No se puede confiar en esa ralea. Sólo existe una gente peor que los ricos: los pobres.

Muchos nuevos ricos estaban surgiendo en la sociedad y Pedro y Luciana despreciaban la vulgaridad de esos arribistas.

—Sucede que el hechicero es un pobre diablo incapaz de saber la fecha en que vive. Acuérdate de que él estuvo en el departamento en la víspera, el día 30. Es fácil confundir las cosas, yo me encargo de eso. Voy a buscar al comisario; creo que llegó la hora de enfrentarlo. Le confirmaré la historia del brujo. Si fuera preciso, hablaré de los problemas de salud de la…

—Pero debemos deshacemos de ese portero. Chicao puede encargarse de eso. El te adora y hace todo lo que quieres…

—Voy a llamarle ahora mismo. No podemos perder tiempo.

Poco después, Lomagno regresó.

—Todo resuelto. Ahora, vamos a jugar nuestro partido.

—Hoy te voy a ganar —dijo Luciana.

—No lo dudo. Juegas cada vez mejor. Pero no pienses que me voy a dejar ganar.

Hallada una solución al problema, se dirigieron a la cancha central de tenis, que ya estaba reservada para ellos.

* * *

Todos los martes Sálete acostumbraba ir a la ciudad para ver los aparadores de las tiendas de modas. Algunos vestidos le llamaron la atención en la Imperial y en A Moda; pero sólo se probó uno de jersey que vio en el aparador de A Capital. Sin embargo, se creyó que en su cuerpo el vestido no se veía tan bien como en el del maniquí.

—Sé que mi cara es fea, pero mi cuerpo es perfecto. Ahora, si este vestido me queda mal a mí, imagíneselo en una mujer cualquiera.

—Su cara es también muy bonita —respondió la vendedora.

—Tengo espejo en casa, querida; no crea que con hacerme falsos elogios va a venderme este vestido con un defecto en la manga. Usted, como vendedora, debía haberse dado cuenta.

—Le queda muy bien —dijo la vendedora, sin importarle el tono agresivo de Sálete.

—¿Cree eso?

—Le queda de maravilla.

Sálete adoptó varias poses frente al espejo antes de decidirse a comprar el vestido. Cargando feliz el paquete de papel de colores de la tienda, teniendo cuidado de que el contenido no se arrugase, caminó a lo largo de Carioca hasta la parada de autobús, que quedaba a poca distancia de A Capital. Tomó el primer camión para Copacabana que apareció. El pequeño autobús acostumbraba quedarse unos momentos en la parada, espeˆndo pasajeros. Sálete se sentó junto a la ventanilla y miró hacia afuera. Enfrente había una tienda popular de tejidos. Una mujer salía de la tienda. Al verla, Sálete se escondió aterrada,

agachándose sobre el asiento, casi escondiendo la cabeza en las rodillas. Sintió un vértigo, como si se fuera a desmayar. “No podía ser ella”, pensó.

Cautelosamente levantó la cabeza y miró nuevamente. La mujer aún estaba allá, parada, como si no supiese a dónde ir. Era ella, ¡la desgraciada no había muerto! Dios mío, estaba más negra y más fea.

Saber que su madre aún estaba viva hizo que a Sálete le doliera el corazón de infelicidad. ¿Y si Luiz la viera? Peor aún, ¿si un día aquella negra se apareciese frente a Alberto diciendo: “Soy la madre de Sálete”? De nuevo se agachó en el asiento, con miedo de que la madre mirase hacia el camión y la viese allá dentro.

Por fin, el camión partió con rumbo a la calle Senador Dantas. Al parar en la esquina de Evaristo Vega, Sálete se enderezó en el asiento y miró hacia fuera. Notó aliviada que el fantasma de su madre había desaparecido. Un negro alto y fuerte cargando un paquete atravesó la calle corriendo, haciendo señas al camión. Subió y caminó hacia el único asiento que aún quedaba vacío, el fondo del pequeño autobús, teniendo que agacharse para no golpearse la cabeza con el techo.

Poco antes ese hombre había estado en la tienda Casio Muniz, donde compró, a crédito, un Smith & Wesson, calibre 32, por quinientos veinte cruceiros mensuales, y una pistola MAB francesa, calibre 7.65, con cargador de diez balas por sólo doscientos veinte mensuales. El precio final no le interesaba, el crédito se había inventado exactamente para no tener ese tipo de preocupaciones. Pensó en comprar también una carabina Winchester 22, pero desistió. Ya tenía una escopeta 12, una verdadera joya mortífera con incrustaciones de plata labrada en la cureña y en la culata.

Chicao —tal era el nombre del negro— había recibido de Pedro Lomagno el encargo de matar al portero Raimundo, del edificio Deauville. Pretendía hacerlo aquella noche. Pero primero llevaría las armas que había comprado a guardar provisoriamente en la casa de una mujer, con quien de vez en cuando dormía, en la calle Almirante Tamandaré, no muy lejos del edificio Deauville.

* * *

Chicao conoció a Pedro Lomagno en enero de 1946, en el Club Boqueirao do Passeio, en la calle Santa Luzia. Dos años antes había sido llamado al servicio militar, siendo incorporado al 9º Batallón de Infantería, una de las primeras unidades de la FEB que se mandó a Italia, en julio de 1944, y una de las últimas en regresar, el 3 de octubre de 1945. Llegó hasta cabo. A Chicao le gustaba la guerra.

Nunca cogió tan bien en su vida; los soldados brasileños disponían de abundantes recursos y servicios del 4º Cuerpo del Ejército norteamericano. Las raciones, los cigarros y todo lo demás que recibían facilitaban sus relaciones con las *ragazze* italianas. Por una cajetilla de cigarrillos americanos o un paquete de chocolate consiguió echarse buenas cogidas. La posibilidad de morir no le preocupaba y luego de ver a dos compañeros morir a su lado, uno alcanzado por un mortero de los *tedeschi* y otro parado en seco por las esquirlas de una *booby trap*, sin que a él le pasara nada, Chicao llegó a la conclusión de que tenía el cuerpo duro. Su complexión atlética hizo que lo llamaran para participar en ejercicios de boxeo con sus colegas norteamericanos y a participar en peleas de exhibición. Cogía, boxeaba y desarmaba minas, sin pescar una gonorrea, como todo el mundo, o sin romperse su fina nariz de blanco o terminar con el cuerpo despedazado: sí, la guerra era una cosa buena. Las personas morían súbitamente en la guerra, pero ¿no también morían así en Sao Joao de Meriti, donde vivía?

La desmovilización y la vuelta a Brasil fue la peor cosa que le pasó en la vida. En poco tiempo se gastó el dinero que había ahorrado y necesitó buscar un trabajo. Antes de ser llamado a filas, Chicao trabajaba como albañil. Pero ahora consideraba aquel trabajo indigno de un hombre con su experiencia. Un ex *pracinha*, colega del regimiento, le dijo que el Club Boqueirao do Passeio necesitaba un instructor de box.

Se presentó al club vestido con una chaqueta militar norteamericana forrada con lana y llevando unas botas negras, que le llegaban encima de los tobillos, con agujetas gruesas y suelas de caucho duro que él llamaba de *batbut*, o *combat boot* del uniforme de campaña de los *pracinhas*[9]. Junto con un casco alemán de acción y una pistola Walther, las botas y la chaqueta eran sus trofeos de guerra. Después de una rápida entrevista con *Kid Terremoto*, un ex campeón carioca de los pesos ligeros, que dirigía la academia de box del Boqueirao do Passeio, Chicao fue contratado. Dos días después, él y Pedro Lomagno se conocieron. Lomagno había decidido aprender a boxear y el club quedaba convenientemente próximo a las oficinas de la empresa de exportación de café de su padre, en la avenida Gracia Aranha, donde Pedro practicaba, preparándose para asumir, algún día, los negocios del viejo Lomagno.

Pedro y Chicao tenían la misma edad, veintidós años. Uno se sintió inmediatamente atraído por el otro. Lomagno, que era un joven taciturno e introvertido, admiraba el entusiasmo y la alegría de vivir de Chicao. Este respetaba la educación, la riqueza y la blancura del otro.

Durante un año los dos se vieron tres veces por semana en la

academia. A pesar de la íntima relación que se estableció entre ellos, nunca salían juntos. Los padres de Pedro no aceptarían la amistad de él con un negro y sus amigos encontrarían muy extraño que apareciese con Chicao en las elegantes fiestas a las que asistía con frecuencia. A la muerte de su padre, Lomagno se hizo cargo de los negocios de la familia y dejó de ir al Boqueirao. Mas ni por eso abandonó a su amigo. Contrató a Chicao como superintendente del almacén de café de su compañía, en la avenida Rodrigues Alves. Pero Chicao no poseía las cualidades necesarias para aquel trabajo. Lomagno le dio dinero para que abriese su propia academia de boxeo. Después de algunos meses de pérdidas, y sintiéndose apenado para pedirle más dinero a su benefactor, Chicao decidió cerrar la academia. Pedro Lomagno, que extrañaba los combates de box pues su cuerpo comenzaba a adquirir una flaccidez indeseable alrededor de la cintura, se apareció en el gimnasio de Rio Comprido el día en que Chicao arrancaba de la fachada la placa con el nombre de Academia Brasil de Boxeo.

—¿Qué pasó?

—Fracasé. No sale ni para el alquiler.

—Debías haberme hablado.

—No me atreví.

Lomagno entró al gimnasio. Eran las seis de la tarde y el salón estaba oscuro. Sólo una lámpara a la entrada de los vestidores, estaba encendida.

—Enciende todas las luces —dijo Lomagno.

El ring, con las medidas oficiales, se destacaba en medio del gimnasio.

—¿Tienes zapatos y guantes para mí?

—Aquí tengo todo lo que usted quiera. Hasta protectores para la cabeza.

En la época de Boqueirao do Passeio, Chicao le hablaba de tú a Lomagno. Sin embargo, hacía algún tiempo que le hablaba de usted.

—Vamos a pelear sin protectores.

Boxearon vigorosamente, hasta que Lomagno se cansó. Hacía mucho tiempo que Lomagno no sentía aquella sensación de bienestar.

—Esto me hacía falta.

Los dos estaban desnudos, en los vestidores. La desnudez de los sudorosos cuerpos musculosos les daba una sensación de confianza, de camaradería, de complicidad. Fueron a la regadera. El agua volvía la piel de Chicao aún más negra. En contraste, la piel de Lomagno, incluso después del violento ejercicio que había practicado, continuaba pálida, como si sus poderosos músculos estuviesen hechos de'mármol.

—Pregúntale al dueño del gimnasio cuánto quiere. Voy a

comprártelo.

—Nada se gana con comprarlo. ¿Sabe cuántos alumnos tenía? Dos.

—¿Cuántos alumnos te gustaría tener?

—Mínimo unos veinte.

—Ya tienes los veinte.

—¿Ya?

—Yo seré tus veinte alumnos.

Chicao compró el gimnasio con el dinero prestado por Lomagno. Hicieron un acuerdo: Chicao no tendría ningún otro alumno. Dos veces por semana, Lomagno salía de sus oficinas por la tarde, sin decir a dónde iba, para practicar el box en el gimnasio, ahora desierto y cerrado, de la calle Barao Itapagipe, en Rio Comprido.

* * *

Ahora, dentro del camión, Chicao recordaba el telefonema de Lomagno y hacía sus planes para aquella noche. Lo que Lomagno le pedía era pan comido, cualquiera podía hacer eso con una mano amarrada.

Dejó que el camión pasara frente a la calle Almirante Tamandaré, y se bajó más adelante, en la calle Tucuma. Pasó al lado del asiento donde estaba Sálete, sin mirarla; ella tampoco lo notó, inmersa en sus preocupaciones.

Subió por la calle Tucuma hasta Senador Vergueiro, de donde siguió para Machado. Sabía que nadie lo seguía, pero se comportaba como si eso pasara. De Machado se dirigió a Almirante Tamandaré.

Su amiga Zuleika estaba én casa. Le pidió que le guardase aquel paquete.

—¿Qué hay dentro?

Chicao abrió el paquete.

—¿Para qué quieres esas armas?

—Me gusta mirarlas. Creo que a todos los que estuvieron en una guerra terminan gustándoles las armas.

—Estoy arrepentida de haber visto. Envuelve eso otra vez.

Chicao le preguntó a Zuleika si le podía prestar su auto para esa noche.

—¿Qué vas a hacer con el coche? ¿Alguna mujer?

—Mi mujer eres tú —dijo Chicao tomando a su amiga del cuello y llevándosela para la cama.

—¿Qué es esa marca en el pecho? Parece una mordida.

—Es una mordida. Estaba boxeando, en un clinch, y el otro tipo me dio una mordida.

—Qué extraño…

En la cama, Zuleika olvidó la mordida. Chicao podía orinarse fuera de la bacinica de vez en cuando, siempre que se mostrase apasionado con ella, como en aquel día.

Chicao salió a hacer compras y volvió, ya de noche, con una maleta negra.

—¿Qué tienes ahí dentro? —preguntó Zuleika, que era una mujer curiosa.

—Son unas pesas de gimnasia —dijo Chicao metiendo la mano dentro de la maleta y sacando dos pesas de cinco kilos.

Zuleika tomó una de las pesas con las dos manos.

—Qué cosa tan pesada. ¿Para qué sirve esto?

Chicao tomó una pesa en cada mano y comenzó a abrir y cerrar los brazos estirados, exhibiendo su fuerza. Después tomó las dos pesas con una sola mano y las levantó con facilidad sobre la cabeza.

—¿No crees que existen mejores formas para que la gente gaste energía?

—Estás con ganas, ¿eh, Zuleiquita?

Chicao guardó las pesas de nuevo en la maleta, cerrándola cuidadosamente. No tenía ganas de coger otra vez, pero necesitaba el coche, y cuando Zuleika se quitó la ropa las ganas vinieron.

* * *

El mariscal Mascarenhas de Moráis, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, casi a las once de la noche recibió un telefonema de un miembro del Estado Mayor, el brigadier Neto dos Reis, pidiendo permiso para ir a su casa, acompañado por el diputado Amarai Peixoto y el general Juárez Távora, director de la escuela Superior de Guerra y miembro del EMFA, para tratar un asunto de la mayor gravedad, ligado a la situación política que el país atravesaba. El mariscal Mascarenhas concedió el permiso. Enseguida llamó al general Humberto Castello Branco, también del EMFA y quien fuera parte de su estado mayor en Italia, le relató el telefonema que había recibido y le pidió que él, Castello Branco, viniese a su casa para ser testigo del encuentro solicitado por el brigadier Neto dos Reis.

Al regresar de Italia, en julio de 1945, donde había comandado a la Fuerza Expedicionaria Brasileña, Mascarenhas sufrió diversos contratiempos. El 29 de octubre, su amigo Vargas fue depuesto; el general Gaspar Dutra, que fuera ministro de Guerra de Vargas, y con quien Mascarenhas no mantenía buenas relaciones, fue electo presidente de la República en las elecciones del 3 de diciembre y tomó posesión el 31 de enero de 1946. Para culminar todo eso, Góes

Monteiro, que era su enemigo, fue nombrado ministro de Guerra. Ningún mando le fue ofrecido, lo que lo forzó a pedir su transferencia. Así, el 27 de agosto de 1946, su transferencia a la reserva fue publicada en el *Diario Oficial*.

Después de permanecer siete años en la reserva, el mariscal fue nombrado por Vargas jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Como jefe del EMFA acordaba semanalmente con el presidente, además de presidir las reuniones del Consejo de Jefes del Estado Mayor de las tres Fuerzas.

En la reunión solicitada por Reis, se le dijo al mariscal que Vargas estaba pensando entregar el gobierno al general Zenóbio, conforme informaciones que habían salido de palacio.

Quien respondió al diputado y a los generales que habían ido a hacer aquellos sondeos junto al mariscal, fue el general Castello Branco, un hombre pequeño que, tal como su jefe Mascarenhas, no parecía tener la altura mínima exigida por el reglamento militar para ingresar en el Ejército. Castello Branco dijo, sin que sus interlocutores tuviesen el valor de disentir, que si el presidente quería renunciar no sería ningún general quien debía asumir el gobierno, sino el sustituto legal: el vicepresidente.

12

Algunos minutos después de la medianoche, Chicao pidió las llaves de su auto a su amiga Zuleika.

—No sé a qué hora regrese. No me esperes.

—No me has dicho qué vas a hacer.

—Voy a llevar a un figurón a echarse un palito con una muchacha en el hotel Colonial, en Niemeier. Engañó a su mujer diciéndole que se iba a Sao Paulo y se queda aquí para echarse un brinco fuera de la rutina. Creo que tiene miedo de ir solo por aquellos lugares. No sé si se va a quedar a dormir con la muchacha. Si se queda, vendré hasta mañana pues me quedaré en el carro esperándolo. ¿Estás satisfecha? Luego me gasto contigo el dinero que el tipo me dé. Me voy a llevar la maleta negra. Las pesas son para él.

—¿El tipo necesita esas pesas para cogerse a la chica?

—El mundo está lleno de gente zafada, amorcito.

Ya al volante del viejo Armstrong de Zuleika, Chicao se detuvo enfrente del edificio Deauville. Raimundo estaba en la portería. Era aún temprano para hacer el trabajo. Chicao encendió el auto y se fue para Machado; se estacionó en la estación de tranvías de Light.

Caminó hasta el restauránte Lamas, atravesó el pequeño salón por entre las mesas, casi todas ocupadas, en dirección al fondo, donde estaba el billar.

No había una mesa de billar vacía. Una madrugada de miércoles, bastante agitada, pensó Chicao. Durante algún tiempo observó a los que jugaban y a los mirones. Le gustaba mirar a las personas; eran tan parecidas unas a otras y al mismo tiempo tan diferentes. Durante la guerra vivió mucho tiempo en medio de hombres que usaban el mismo uniforme verde olivo, hablaban las mismas locuras, tenían los mismos pasatiempos, buscaban los mismos placeres, sentían los mismos miedos y en ese entonces pudo percibir que las diferencias existentes entre ellos eran mayores que las semejanzas. Habló con el teniente Lobao sobre eso, pero el teniente respondió que todos los hombres eran básicamente iguales. El teniente no sabía nada. Era como Zuleika, que después de oír, sin entender lo que él decía, respondió que “el hábito no hace al monje”.

Preguntó a uno de los mirones que estaban en torno de las mesas si quería jugar.

—Estoy sin un quinto —dijo el tipo.

—Yo pago el alquiler —dijo Chicao.

Jugaron, sin hacer apuestas.

—Juegas bien —dijo Chicao, quien con la cabeza en el trabajo que iba a hacer prestó poca atención al juego, e incluso así ganó una partida.

—Le gané a Carne Frita. ¿Sabes quién es Carne Frita?

—Quién no.

—Aquél fue un juego duro. Nos quedamos hasta las siete. Se juntó gente a ver.

—¿Fue aquí en Lamas?

El tipo dudó.

—Eh… No… En la ciudad… En aquel billar de la plaza Tiradentes.

Chicao puso el taco sobre el fieltro verde de la mesa.

—Si tú le ganaste a Carne Frita, yo soy el papa.

El falso adversario de Carne Frita miró a Chicao como queriendo decirle algo, pero desistió; el negro era muy grande y tras esa voz suave había algo más. Bajó la mirada y se quedó poniéndole tiza al taco.

El reloj en la pared del salón marcaba la una y veinte. “Llegó la hora”, pensó Chicao.

Subió al auto y volvió al edificio Deauville. Escogió un lugar lejos de los postes del alumbrado. Sacó de la maleta una tira larga de tela que puso alrededor de su cuello. Metió el brazo derecho en la tira.

Salió del carro. Tocó en la puerta de vidrio del edificio. El portero Raimundo abrió la puerta, mostrando que lo había reconocido.

—Tengo una maleta en el auto para doña Luciana. Me podrías ayudar sacando la maleta. No puedo sacar el brazo del cabestrillo. Creo que me lo rompí —hizo un gesto de dolor—. Me está doliendo a madres. De aquí me voy a un hospital para que los médicos me saquen una radiografía.

Raimundo siguió a Chicao hasta el auto.

—Está en el asiento de atrás.

Raimundo miró la maleta dentro del carro.

—Es mejor que entres para que saques la maleta.

Con la mano izquierda, Chicao abrió torpemente la puerta del auto.

—Si tuviese que ganarme la vida usando la mano izquierda iba a tener que ser un mendigo.

—Podrías ser portero de un edificio. Para ser portero basta tener un saco más grande que el de Santa Claus.

Los dos rieron. Raimundo tuvo ganas de avisarle al negro que la policía andaba tras él, pero ¿para qué meterse?

Raimundo se agachó y entró al carro. Chicao entró enseguida.

Encimando su cuerpo pesado sobre el frágil esquele, o de nordestino desnutrido del portero y agarrándolo fuertem nte por el cuello, Chicao lo inmovilizó. Si alguien hubiera pasado cerca, en aquel momento, no habría oído ni un gemido, no hubiera percibido incluso algún movimiento de sombras oscuras debatiéndose en el carro. El único ruido que se oía parecía el de un palito de paleta que se quebraba. Eran los huesos del cuello de Raimundo siendo quebrados por las manos de Chicao.

La calle estaba vacía. Las ventanas de los edificios, apagadas. Chicao mató a Raimundo en menos de dos minutos.

Dejando el cuerpo del muerto extendido en el asiento trasero del carro, Chicao se pasó al asiento delantero y emprendió el viaje planeado para aquella madrugada. Una parte del trayecto podría haberla hecho más rápidamente por un tramo de la carretera Rio-Sao Paulo, pero no quería correr el riesgo de ser detenido por una patrulla de caminos en una inspección de rutina.

Así, escogió el trayecto más largo, pero más seguro. Llenó el tanque en una gasolinera de la avenida Brasil. El hombre de la gasolinera vio al muerto acostado en el asiento trasero y pensó que estaba durmiendo. Chicao pasó por Sao Joao de Meriti, ciudad donde había vivido varios años, y siguió para Nilópolis; de ahí, a Mesquita.

En Mesquita el carro se apagó y tardó en arrancar nuevamente. En Nova Iguazu se ponchó una llanta y le costó un trabajo enorme cambiarla teniendo el coche encendido. Al llegar a Queimados, Chicao se detuvo en la puerta de una vulcanizador con la intención de arreglar la llanta ponchada, pero prefirió seguir de frente; era mejor que su presencia no fuese registrada en aquellos villorrios.

Llegó a Engenheiro Pedreira y vio el río. Eran las cuatro de la mañana. Detuvo el coche en un enorme descampado desierto, en parte cubierto por una vegetación baja. Apagó las luces, pero dejó el motor andando. Cuando su vista se adaptó a la oscuridad, sacó el cuerpo del carro y lo dejó sobre un montón de heno. Tomó la maleta y la puso en el suelo, al lado del cadáver. Sacó de la maleta una linterna, la encendió y se la puso en la boca, apretándola con los dientes; quería tener las manos libres para el trabajo que iba a hacer. Sacó de la maleta una hachita, un saco de lona reforzada con remaches de metal, una cuerda y un pequeño saco de tela.

Desnudó el cadáver y lo examinó para ver si encontraba alguna

marca de nacimiento o cicatriz. No descubriendo nada, cortó con la hachita todos los dedos de las manos del muerto, sin sentir la menor pena; el hijo de puta le estaba causando muchos problemas. Puso los dedos, contándolos uno por uno, en el pequeño saco de tela. Prudentemente recontó los dedos; no quería perder uno solo en aquel lugar. Con los diez dedos ya a buen resguardo en el saquito, Chicao los guardó en el bolsillo del pantalón. Se quitó la camisa, se puso el saco de lona alrededor del cuello como si fuese una enorme bufanda y fue al lado del cadáver.

Colocó el haz de luz de la linterna que mantenía entre sus dientes sobre el rostro huesudo de Raimundo. Con aquella cara aquel tipo nunca iba a ser nadie en la vida. ¿Cuál sería el mejor lugar para comenzar? Puso el cuerpo bocabajo y comenzó a golpear con la hachita la parte del cuello que queda abajo del cabello.

Chicao nunca le había arrancado la cabeza a nadie y no esperaba tanto trabajo para hacer una cosa tan simple.

El desgraciado, además de poncharle una llanta del carro y hacer que la batería fallara, tenía el cuello duro como palofierro. El rencor que sentía por el muerto le hacía aumentar la violencia de los golpes. Un golpe violento, al tiempo que arrancaba la cabeza, hizo que ésta se volviera y Chicao vio, por última vez, iluminado por la luz de la linterna, el rostro sucio de Raimundo, separado de su tronco.

“Tipito de mierda”, intentó decir Chicao, pero su lengua, presa por el extremo de la linterna que tenía en la boca, emitió un sonido ininteligible que parecía el gruñido de un perro.

Se quitó el saco para no ensuciarse de sangre. Tomó la cabeza de Raimundo, la metió dentro del saco, dejándola al lado de la maleta negra. Tomó por las piernas el cuerpo mutilado y lo arrastró hasta la ribera del río, empujándolo dentro de la corriente de agua. El cuerpo flotó unos segundos y se hundió, pero Chicao sabía que con los gases que se formarían en los intestinos el cuerpo saldría a flote, en algún lugar.

Sacó de la maleta las pesas y la cuerda. Puso las pesas dentro del saco de lona, junto con la cabeza arrancada.

La pila de la linterna comenzaba a fallar. Enredó la cuerda en el saco y le hizo un fuerte nudo.

“Esto ni el demonio lo desata”, pensó al lanzar el saco al río.

Junto con el ruido del saco hundiéndose en el agua, la linterna terminó por apagarse. Se quitó la linterna de la boca y la lanzó también al río.

De vuelta pensó en tirar los dedos por las calles, a intervalos de cinco kilómetros entre un dedo y otro, pero recordó la historia de Hansel y Gretel dejando migajas de pan por el camino y sin saber bien

a bien qué hacer, prefirió quedarse con los dedos de Raimundo en el bolsillo.

Después de Queimados, tomó la carretera Rio-Sao Paulo. Ya no temía encontrarse con una patrulla de caminos. Empezaba a romper el alba. Le gustaba ver nacer el sol. En Italia vio bellas alboradas, pero ninguna tan bonita como las de su país; ninguna tan bella como la de aquel día.

* * *

Chicao se detuvo en un taller en la carretera y pidió que un mecánico arreglase el coche. Llegó a Rio después de las once de la mañana. Quedó preso en el tránsito del centro de la ciudad, frente a la iglesia de la Candelaria.

Una multitud rodeaba la iglesia.

—¿Qué pasa, oficial? —preguntó Chicao a un guardia que intentaba organizar el tránsito.

—Misa de séptimo día por el alma del mayor Rubens Vaz —dijo el guardia.

La misa estaba siendo celebrada por los obispos Hélder Cámara, Jorge Marcos de Oliveira, José Távora. Por el número de carros oficiales, Chicao concluyó que la iglesia debía estar repleta de altas autoridades.

La misa terminó. La multitud en tomo de la iglesia aumentó.

Un taxi, con un enorme altoparlante sobre el toldo, se situó frente a la multitud, en la avenida Rio Branco. Una voz dentro del carro vociferaba:

—Como le pasa a todos los brasileños, mi corazón está lleno de tristeza y de rebeldía. Brasileños, no es posible tener democracia en nuestro país mientras ese viejo dictador corrupto ocupe la presidencia. Getulio tiene las manos manchadas de sangre. Sólo una revolución puede hacer volver la decencia, la dignidad, la honradez a Brasil. Sólo una revolución puede acabar con el mar de lodo. Para concejal voten por Wilson Leite Passos. Para diputado federal, ¡Carlos Lacerda!

Quien estaba dentro del carro, lanzando su discurso, era el propio candidato a concejal.

Chicao, en su carro, rodeado por una multitud que crecía a cada minuto, siguió al taxi con el altoparlante, que se desplazaba lentamente. Los gritos de la multitud acallaban el discurso que venía de dentro del taxi.

En la plaza Marechal Floriano, frente a un edificio donde quedaba una oficina electoral de la UDN, la multitud se detuvo, aumentando la gritería.

De pronto, el clamor de la multitud cesó. La atención de la turba, ahora silenciosa, se fijó en la ventana del primer piso, donde se encontraba el despacho de Wilson Leite Passos. En la ventana estaba un hombre que todos conocían.

—¡Lacerda! —alguien gritó con una voz que pareció atravesar la plaza de extremo a extremo.

La multitud se puso a gritar el nombre de Lacerda, quien desde la ventana hacía con las dos manos gestos pidiendo silencio.

—Ruego a todos que regresen a su casa —gritó Lacerda, a través de un altoparlante—. Los desórdenes en las calles sólo interesan a los oligarcas asesinos que están en el poder.

Los gritos de la multitud ahogaban sus palabras. El Himno Nacional comenzó a sonar por el altoparlante sustituyendo las palabras inaudibles de Lacerda, pero el coraje de la multitud no cesó. Enfurecida, rodeó un carro con propaganda del PTB, arrancando del volante a un hombre que decía ser Aires de Castro, presidente del Sindicato de Metalúrgicos. En pocos minutos, el carro con propaganda del PTB fue incendiado.

Se oyó el estallido de bombas con gas lacrimógeno. Después la plaza fue invadida por la fuerza de choque de la Policía Especial, que se distinguía por sus kepis rojos, y que comenzó a dispersar a la multitud a macanazos. Un carro-tanque, que venía del cuartel de la PM en la calle Evaristo da Veiga, entró en la plaza golpeando a los manifestantes con fuertes chorros de agua. La gente corría protegiéndose los ojos del gas de las bombas, caían al piso, eran aplastadas; los policías apaleaban con violencia a todos los que tenían enfrente. Se oían gritos de pavor. Los detenidos eran arrastrados hasta los camiones estacionados en la calle Treze de Maio. Cuando terminó la acción policiaca, había en la plaza, ahora vacía, heridos tirados en el piso o ayudados por personas atemorizadas. Sólo se oían los gemidos y las órdenes bruscas proferidas por los policías.

Chicao presenció todo desde dentro de su carro estacionado en la avenida Rio Branco, sin ser molestado. Había visto cosas peores en la guerra. Lo que estaba pasando no le interesaba ni le conmovía. Todos los políticos eran corruptos y aquellos que no eran ladrones, si es que existían, eran mentirosos. Y los imbéciles que salían a las calles para lanzar vivas a los políticos merecían eso: patadas en los cuernos.

Se divirtió lanzando por la ventanilla del carro, en medio de la correría de manifestantes y policías, los dedos cortados de Raimundo; los pedazos de dedos eran colocados sobre el índice de la mano derecha de Chicao e impulsados por el pulgar, como si fuesen canicas.

Después de bañarse en casa de Zuleika, Chicao llamó al despacho de Lomagno, como lo habían convenido.

—Listo, doctor. Cumplí el plan.

—¿Dónde estás?

—En casa de una amiga —¿Dónde?

—Almirante Tamandaré.

—Sal de ahí. Salte de la zona sur. Oportunamente te buscaré en la academia.

* * *

El presidente Vargas, acompañado del diputado Danton Coelho, salió de Rio al cuarto para las nueve de la mañana, en un avión de la FAB, con destino a Belo Horizonte, para inaugurar la planta siderúrgica Mannesmann.

—Todo está tranquilo —declaró a la prensa, en el aeropuerto, el ministro Tancredo Neves.

Después de la inauguración de la planta, en la comida en el Palacio de la Libertad con el gobernador Juscelino Kubitschek, Vargas declaró que no permitiría que agentes de la mentira llevasen al país al caos. Mientras él sembraba fábricas para la emancipación económica de Brasil, sus adversarios intentaban sembrar el desorden en las calles para esclavizar al pueblo a sus oscuros intereses. El no pensaba, nunca había pensado, renunciar. Era el presidente electo y pretendía desempeñar su cargo hasta el fin, ni un minuto más.

Un error al hablar de quien siempre fue acusado de no querer abandonar el poder. Vargas debió haber dicho que pretendía desempeñar su puesto hasta el fin, ni un minuto menos.

—Presidiré las elecciones —dijo el presidente terminando su discurso—, asegurando la libre manifestación del derecho al voto, ofreciendo amplias garantías al pueblo para escoger a sus representantes. Al contrario de lo que propalan los agitadores y escandalosos, no considero el régimen amenazado. Los hombres pasan, el Brasil continúa.

* * *

Aprovechándose de los incidentes de Cinelándia, los diputados de la UDN ocuparon la tribuna de la Cámara para acusar al gobierno.

Mauricio Joppert: “El pueblo está en las calles pidiendo el castigo para los criminales, exigiendo justicia. Tenemos ahora, más que nunca, que exigir al presidente de la República la renuncia al cargo que no supo honrar”.

Herbert Levy: “La conclusión es segura y obligada: no es necesaria una mayor averiguación de los hechos. La responsabilidad moral del presidente de la República es definitiva”.

Bilac Pinto: “El presidente de la República puede y debe ser denunciado como coautor del homicidio del mayor Vaz”.

Tristao da Cunha: “El presidente de la República está moralmente imposibilitado para presidir esta investigación, dadas las sospechas que recaen sobre su excelencia y sus familiares. En condiciones mucho menos graves que las actuales, Pedro I abdicó y Deodoro renunció”.

Alfonso Arinos: “La renuncia es la solución que acabará con las posibilidades de subversión, anarquía y golpe”.

* * *

En el despacho del delegado Ramos, éste conversaba con los comisarios Mattos y Padua.

—Es sólo darle un macanazo al cabrón para que abra el pico —dijo Padua.

—No vamos a hacer eso —dijo Mattos.

—¿El tipo va a tu casa para matarte y me vienes con esos escrúpulos idiotas? No solamente amenazó tu vida. Fue la vida de todos nosotros. Ese tipo tiene que servir de ejemplo. Esos cabrones tienen que saber que quien nos toca muere peor que perro.

—No digas estupideces, Padua.

—¡Fíjate cómo me hablas!

Los músculos de los brazos de Padua comenzaron a brincar.

Ramos movía la cabeza, como si estuviese preocupado con la áspera discusión entre Mattos y Padua. En verdad estaba muy feliz; odiaba a los dos comisarios y le hubiera gustado que ambos, como en una película de vaqueros, se mataran simultáneamente. Pero, desgraciadamente, Mattos, con seguridad, no llevaba su arma. “Que entonces Padua mate a Mattos”, pensó Ramos.

—Padua, no quiero pelearme contigo. No quiero.

—Eres un idiota —suspiró Padua—. No sé cómo aún estás vivo.

—Vamos a tener que soltar al hombre —dijo Ramos.

Hacía mucho que el delegado esperaba una situación como aquélla, en que pudiese tomar una decisión correcta que llevara a Padua a la desesperación y perjudicase a Mattos, por lo menos teóricamente, pues el bandido que Mattos había aprehendido era obviamente peligroso.

—Está preso desde anteayer —continuó Ramos—, sin cargos. Por otra parte, el tipo no está acusado de nada. Ni siquiera, en rigor, de allanamiento de morada, de acuerdo con el relato que el propio doctor

Mattos hiciera. Lo más que podemos hacer es encerrarlo por portar armas y dejarlo salir enseguida.

—Si fuese a juicio iba a ser absuelto o, lo que es más probable, condenado a pagar una multa de doscientos cruceiros —dijo Padua.

—La ley está para ser cumplida —dijo Mattos.

—Está bien. Como ustedes quieran —concertó Padua—. Yo tampoco quiero pelear contigo, Mattos —pausa—. Pensándolo bien, tienes razón. Los policías debemos cumplir la ley.

Padua le dio un apretón en el brazo a Mattos.

—¿Me disculpas?

—Tú también discúlpame —dijo Mattos.

—Convivir contigo va a terminar dejándome el corazón de pollo —dijo Padua.

—Teléfono para usted, doctor Mattos —dijo un guardia entrando en el despacho.

—¿Quién es? —preguntó el comisario.

—Un tal Lomagno.

El comisario fue a atender la llamada.

—Aquí Mattos.

—Me llamo Pedro Lomagno.

—Adelante.

—Me gustaría hablar con usted.

—Pase a la delegación mañana. Entro de servicio al mediodía.

—Es urgente.

—Venga ahora.

Mattos sintió una breve duda del otro lado.

—Estoy… eh… con problemas aquí en mi oficina, no sé a qué hora esté libre. ¿No podría venir a mi despacho? Es un asunto que le interesa. Que nos interesa.

Mattos se despidió de Padua con un abrazo.

—Tengo que salir.

—Abre los ojos, muchacho —dijo Padua, cariñosamente.

Treinta minutos después, el comisario llegaba a las oficinas de Lomagno & Cia., en la avenida Gra9a Aranha.

La ciudad estaba tranquila; la única anormalidad era la presencia, en casi todas las esquinas del centro, de carros descubiertos de la Policía Especial, llenos de hombres con uniforme caqui y kepí rojo.

Una secretaria condujo al comisario al despacho de Pedro Lomagno.

Los dos hombres se veían por vez primera. Mattos, que adquirió como policía el hábito de mirar de manera directa a las personas,

examinó el rostro, las ropas, el abundante cabello relamido con vaselina, el cuerpo atlético que el elegante temo no escondía, la mano fuerte de pálidos dedos largos del hombre que se había casado con su antigua novia. Sólo no vio los ojos del otro, pues Lomagno fingía arreglar unos papeles sobre la mesa.

—Siéntese, por favor —dijo Lomagno, aún arreglando los papeles.

"Es más alto que yo. Tiene todos sus dientes. Buena salud", pensó Mattos.

—No sé cómo empezar —dijo Lomagno sentándose del otro lado de la mesa.

Lomagno había ensayado con Luciana la conversación que tendría con el comisario, pero fue dominado por un súbito nerviosismo que no conseguía controlar y que el otro ciertamente estaría notando. Sentía odio y miedo del policía sentado enfrente. Su frase inicial le parecía una buena justificación para su inseguridad.

—No sé cómo empezar —repitió Lomagno.

Mattos continuó callado, observando al otro. "Ojos verdes esquivos, no usaba anillo de casado, está incómodo por mi presencia. No sabe cómo comenzar su historia ¿por qué va a mentir? ¿O por qué va a decir la verdad?"

—Es sobre mi mujer.

Silencio de Mattos.

—Sobre Alice.

Silencio.

—Ella dijo que fue a buscarlo.

Silencio.

—¿Qué fue lo que ella le dijo?

—Vine aquí a oír.

—Es muy difícil para mí decir lo que tengo que decir.

Silencio. "Cuando Alice estuvo con él dijo palabras parecidas a aquéllas", pensó Mattos.

—Alice no anda bien, está enferma, en tratamiento psiquiátrico.

Silencio.

—Ella me dijo que fue a buscarlo y que le dijo que yo… eh…

Silencio.

—… que yo era amante de Luciana Gomes Aguiar.

Silencio.

—Eso no pasa de ser una alucinación enfermiza de mi mujer. Paulo era mi mejor amigo y espero que usted, que está investigando su asesinato, encuentre pronto al culpable.

Silencio.

—Ella ya estuvo internada en la Casa de Salud Doctor Eiras.

Silencio.

—Yo no quería internarla, pero el médico dijo que era necesario.

—¿Podría darme el nombre y la dirección del médico?

—Tengo aquí su tarjeta.

Lomagno tomó una tarjeta que estaba sobre la mesa y se la extendió a Mattos, quien la metió en su bolsillo sin leerla.

—¿Usted conoce al teniente Gregorio?

—¿Cómo?

—El teniente Gregorio, jefe de la guardia personal del presidente.

—No.

"Mira, mira —pensó Lomagno aliviado— el policía supone que el negro del que le contaron Alice y el portero es el tal Gregorio". Tuvo que dominarse para no demostrar su satisfacción.

El equívoco de Mattos le dio valor para observar sin disimulos, por primera vez, al policía que lo interrogaba. ¿Qué había visto en aquel tipo una mujer fina y elegante, de buena familia, como Alice? En verdad, Alice nunca había tenido muy buen seso.

—No conozco a ese señor personalmente, sólo de nombre. Quien lo conocía bien era Paulo. Parece que el teniente Gregorio lo ayudó a conseguir… A superar algunas dificultades, eh, burocráticas… Ya sabe cómo es…

—Sea más explícito.

—Usted ya sabe cómo es Brasil…

—No lo sé. Dígamelo.

—Si usted tuviera una empresa de importación y exportación, lo sabría.

—No la tengo.

—Para importar o exportar cualquier cosa es necesario una licencia de Cexim. Eso no es fácil de conseguir. Muchas veces es necesaria la colaboración de un amigo influyente. El teniente Gregorio ayudó a Paulo a conseguir una licencia… importante… para su empresa, Cemtex, en la cual, por otra parte, yo tengo acciones. Para hacer que Brasil crezca, los empresarios necesitan humillarse pidiendo favores.

—¿Gregorio frecuentaba la casa de Paulo Gomes Aguiar?

—No sabría decirle. Sé que se vieron algunas veces… Existía entre ellos una buena relación… Yo no la llamaría amistad… Sí, creo que ese señor frecuentaba la casa de Paulo, esporádicamente…

—Doña Luciana me dijo que su marido acostumbraba utilizar los servicios de un santero. Este individuo había ido a casa de ellos el día en que Gomes Aguiar fue asesinado.

—Es verdad. Paulo acostumbraba consultar a un brujo. Siempre me extrañó que una persona inteligente como Paulo creyese en esas

charlatanerías. Pero ese santero es sólo un vivales que explota la superstición de la gente. No creo que sea capaz de ninguna violencia.

—¿Usted lo conoce?

—Estuve una vez donde hace sus embrujos, en Caixas, con Paulo. Por pura curiosidad.

—¿Me podría dar la dirección de ese lugar?

—Desgraciadamente no la sé. No sé incluso cómo darle una información correcta sobre el lugar. Pero puedo llevarlo. Creo que llegando a Caixas sabré dónde está el sitio. Recuerdo un tendajón, cosas así me pueden orientar.

—¿Mañana sería posible?

—Creo que sí.

* * *

Al salir de la oficina de Lomagno, le dolía mucho el estómago a Mattos. Tenía cita con el médico aquella tarde. Desde la lechería Mineira, en la calle Sao José, frente a la galería Cruzeiro, Mattos telefoneó al médico cancelando la cita. Tomó medio litro de leche y tomó un tranvía en Taboleiro da Baiana, hacía años que los tranvías no llegaban hasta la galería.

En el tranvía, camino a la Casa de Salud Doctor Eiras, el comisario pensaba en la entrevista que había tenido momentos antes.

Al principio Lomagno estaba muy perturbado; al final, muy tranquilo. ¿Se acostumbró a las mentiras que le decía, o a la verdad? La historia del hechicero quizá fuese verdadera. Y también lo que Lomagno le dijera sobre Alice. Esa reflexión hacía que le dolieran el estómago y el corazón, perjudicaba sus razonamientos, impedía al policía pensar con claridad en el papel —Gregorio aún no, aún era muy pronto—, de aquel misterioso negro. Alice enferma mental. El no se dio cuenta de eso cuando estuvieron juntos. ¿Cómo una persona tan bonita podía estar enferma? No, él no tendría su lucidez perjudicada por dudas impertinentes: el negro era Gregorio, cada vez estaba más seguro. La F de Fortunato grabada en el anillo de oro. Entonces él, a quien le gustaba repetir la máxima de Diderot, acerca de que el escepticismo era el primer paso en dirección a la verdad, ¿estaba ahora lleno de certidumbres? Nuevamente la enfermedad de Alice. Alice. Recordó a la hermana de su madre, que no estaba bien de la cabeza, contándole —¿cuándo había sido eso?— que había visto un gargajo en la calzada y que se había quedado repitiendo mentalmente "¿lo lamo o no lo lamo?". Sabiendo que en la historia de su familia había varios locos, consideraba posible sufrir, también él, una crisis psicotica. Posible, mas no proba ule. De cualquier manera esperaba no

llegar a tener un impulso irreprimible de lamer el gargajo de alguien en la calzada.

Arnoldo Coelho, el psiquiatra de Alice, trabajó algún tiempo en el Manicomio Judicial y recibió al comisario cortésmente. Pero sólo aceptó hablar sobre su paciente cuando Mattos, tras aclarar que investigaba un homicidio, le garantizó que la información por él proporcionada sería estrictamente confidencial.

—Ella sufre de psicosis maniacodepresiva.

—¿Puede darme más detalles sobre la enfermedad?

—Falret la llamó locura circular; Baillarger, psicosis de doble forma; Delay, locura de formas alternadas; Magnan, psicosis intermitente; Kahlbaum, vesania típica circular. Kraepelin fue el primero en usar el término psicosis maniaco-depresiva. Kretschmer…

—Doctor, no soporto más oír sobre esos alemanes cuyo nombre comienza con K. En la Escuela de Policía estudié psicología judiciaria, psiquiatría jurídica, medicina legal, antropología criminal. Eso me pudo haber matado.

Rieron'.

—¿Su profesor fue Alves García?

—Se fue antes. No tuve esa suerte. —Pausa—. Doctor, háblense de Alice.

—Cuando está en la fase maniaca ella tiene una necesidad irreprimible de movimiento. Es irónica, incluso mordaz. Tiene ideas delirantes, con asociaciones muy rápidas. Escribe compulsivamente páginas y páginas en su diario. Es muy pródiga. En cierta ocasión me dio un reloj de oro. Un Vaucheron Constantin. Devolví el reloj, por supuesto.

—¿Ella lleva un diario?

—Sí. Pero no lo lee. En la fase depresiva, se vuelve muy apática; una vez llegó al estupor. Fue cuando tuvimos que internarla.

—¿No hay remedio?

—Sí, hay remedio. La psicosis maniacodepresiva es curable, pero no todos los pacientes tienen la misma respuesta positiva. Alice es un caso, digamos, más difícil. Ella es muy inteligente, como suele ocurrirle a muchos de esos psicóticos, y está colaborando bastante. Siempre que viene al hospital —Alice sabe cuando está teniendo una crisis—, yo le digo “enséñame la lengua”. Si la enseña, está en la fase maniaca. Si no la enseña, está en la fase depresiva.

—¿Tiene ella alucinaciones?

—No. Digamos que tiene ilusiones, en los momentos más agudos de las crisis. Alucinación es la percepción sin objeto. Ilusión, la percepción deformada del objeto.

—¿Qué tipo de ilusiones?

—Algunas concepciones persecutorias, transitorias y epifenoménicas.

* * *

Por la mañana, mientras el presidente estaba en Bel o Horizonte, el general Zenobio platicó largo y tendido con el general Caiado de Castro, en Palacio de Catete. Los principales asuntos examinados fueron los disturbios en la plaza Marechal Floriano, la asamblea de los militares en el Club de la Fuerza Aérea y el interrogatorio al teniente Gregorio en el cuartel del 2º Batallón de la Policía Militar.

Por la tarde, el ministro de Guerra, Zenobio, promovió una reunión con sesenta y tres generales, que servían en la capital;

entre ellos, el general Estillac Leal, que había venido de Sao Paulo especialmente para aquel encuentro.

Ningún general quiso dar declaraciones a la prensa después de la reunión.

Más tarde, cerca de las siete de la noche, sería distribuida una nota: "En la reunión de hoy, estando presentes todos los oficiales generales en servicio en esta capital y el señor general del Ejército comandante de la Zona Militar Central, Estillac Leal, y su jefe de Estado mayor, general Floriano Keller, fue reafirmada la siguiente posición, tomada ayer por los altos mandos de las tres Fuerzas Armadas: perseverar en el propósito de aclarar el acto delictivo que culminó en el asesinato del mayor aviador Rubens Vaz, efectuar el enjuiciamiento de los criminales por la Justicia, y, asimismo, mantenerse, ante cualquier eventualidad que pudiera sobrevenir, dentro de las prescripciones impuestas por la Constitución Federal.

* * *

Gregorio fue interrogado, en Galeao, durante ocho horas. Los principales interrogadores habían sido el delegado Pastor, el fiscal Cordeiro Guerra y el coronel Adyl. Estuvieron presentes varios oficiales de la Fuerza Aérea.

Gregorio dijo que disponía de ochenta hombres en la guardia personal, cada uno ganaba cinco mil cruceiros mensuales. El ganaba diez mil. El gasto mensual de la guardia ascendía a quinientos mil cruceiros. Estaba durmiendo cuando fue informado del atentado por un telefonema. No le dio la menor importancia y volvió a dormirse. Al día siguiente supo mayores detalles. Supuso que se trataba de un caso personal y no político. Nunca le pasó por la cabeza que uno de sus

hombres estuviese involucrado, por eso no informó del hecho al jefe de la nación o al general Caiado de Castro. Más tarde recibió con sorpresa la noticia de que Climerio estaba involucrado en el atentado.

Al fin del interrogatorio, Gregorio se sintió mal. Llevado por su escolta al hospital de Galeao, los médicos militares constataron que su estado de salud era bueno.

* * *

Aquella noche, al llegar al edificio Deauville, a Pedro Lomagno le abrió la puerta un nuevo portero.

—Por favor, caballero, ¿a quién va a visitar?

—¿Eres nuevo aquí?

—Trabajo en el estacionamiento. Sustituyo a Raimundo.

—Doña Luciana Gomes Aguiar me está esperando. Soy Pedro Lomagno.

Luciana abrió la puerta con una copa de champaña en la mano. Abrazó a Lomagno con fuerza, mordiéndole la oreja.

Lomagno apartó el rostro.

—¿Hace cuánto que estás bebiendo?

—Me estoy sintiendo tan feliz, tan feliz. Creo que sólo me sentí así de feliz cuando tenía seis años de edad. ¿Recuerdas que te conté eso? ¿En la época en que mi madre me dio aquella muñeca? ¿Te conté eso? Yo no quería usar un aparato en los dientes.

—Sí me lo contaste. ¿Hace cuánto que estás bebiendo?

—Desde el momento en que me telefoneaste diciendo que el policía pensaba que el negro… Pero no fue por eso, no. Estoy feliz porque te amo…

Luciana tomó la botella y llenó dos copas. Estaban en la amplia sala del departamento del Deauville.

—Es mejor que te detengas.

—Todo está saliendo bien, mi amor. ¿No te sientes más libre? ¿Cada vez más libre? Ah… Olvidé a Alice. Pobrecito de ti, mi bien, teniendo que cargar con ese lastre.

Lomagno le quitó la copa a Luciana.

—Deténte un momento.

—Vamos a quitar también a Alice de enfrente. De cualquier forma una tonta como ella no va a hacer falta. Mereces ser feliz, merecemos ser felices. ¡Yo quiero ser feliz!

—No llores, Luciana.

—Yo no le gustaba a mi padre, ni le gustaba a mi madre.

—A ningún hijo le gustan sus padres.

—Eso es lo que quise decir.

—Dame esa botella.

—Hay venenos.

—Dame esa botella.

Luciana agarró la botella con fuerza. Su rostro estaba transtornado.

—Los locos se tiran a las ruedas de un tren, se lanzan por la ventana, toman insecticida, prenden fuego a sus ropas, se ahorcan, se cortan las muñecas, se dan un tiro en la cabeza. ¿Por qué Alice no hace algo así? ¿Todavía me amas? Pruébalo, anda, cógeme, mata a Alice, cógeme antes, ahora.

La botella se escapó de las manos de Luciana, estrellándose en el piso.

Lomagno le dio una nalgada y la cargó; caminó lentamente, subió con cuidado las escaleras hacia el cuarto que quedaba en el piso superior.

Antes de llegar al cuarto, Luciana se durmió. Lomagno la dejó sobre la cama. Por algunos momentos se quedó mirando a su amante, como si fuese una desconocida.

Dejando encendida la lámpara, Lomagno salió del cuarto y vagó, curioso, por el amplio departamento. Los cuartos antes ocupados por los criados estaban vacíos. Ninguno de los empleados dormía ya en el departamento. “No quiero a nadie vigilándome”, había dicho Luciana.

Finalmente Lomagno se detuvo, pensativo, en un cuarto que había sido planeado originalmente para albergar a un niño y que ahora servía para guardar trebejos. Abrió la ventana y dejó entrar una brisa fresca que venía del mar.

“Un buen lugar para instalar una *punching-ball*”, pensó.

* * *

De madrugada, el comisario Padua entró en la prisión de la delegación.

—Ibrahim Assad —gritó.

Assad se aproximó a las rejas.

—Te vamos a soltar.

—¿A estas horas de la noche?

—Me acaban de entregar tu amparo.

En la delegación, en aquel momento, estaban de servicio sólo Padua, el detective Murilo, que hacía años trabajaba con el comisario, y el guardia de la entrada.

Padua, acompañado de Murilo, llevó a Assad a la sala vacía de Robos y Hurtos.

—¿Dónde está mi abogado?

—No tienes ningún abogado, y al carajo tu amparo. Voy a liquidarte —dijo Padua—. Pero si me dices por qué querías matar al comisario Mattos, puedo olvidarlo.

—Discúlpeme, pero no puedo decírselo, doctor Padua.

La tranquilidad del preso impresionó al comisario.

—¿Por qué no puedes decírmelo?

—Eso arruinaría mi reputación, doctor. Tengo un nombre que cuidar.

—¿Ibrahim? ¿Ese es el nombre que hay que cuidar? —rió Murilo.

Sin embargo, Padua se mantuvo serio. Aquel tipo no era ningún pelafustán.

—Precisamente. El doctor entiende esto. Soy más conocido por el apellido. Turco Viejo.

—¿Turco Viejo? —dijo Murilo, con admiración.

—Hice bien en desconfiar cuando vi tu carnet de identidad —dijo Padua—. Turco Viejo… Siempre quise conocerte, Turco Viejo.

—Qué bueno que haya oído hablar de mí. Entonces debe saber que no es posible que yo cumpla su petición, doctor. Nunca traiciono a aquellos que confían en mí. No puedo, no consigo, incluso si lo quisiera, no conseguiría traicionar; y no quiero. Por favor, no pierda su tiempo.

—¿Sabes también que debes morir para servir de escarmiento?

—Comprendo, doctor. Sé cómo es la vida —dijo Turco Viejo estoicamente—. Estaba escrito que iba a morir desde el día en que nací.

—Tú que has matado tanta gente, ¿cómo 'es más rápido y sin dolor?

—Encima de la nuca. Apoyando el cañón con firmeza. Lo que antes se llamaba tiro de gracia.

—Está bien. ¿Tomamos un café?

—¿Me puede hacer un favor?

—Sí, ¿cuál es?

—Llámele a mi madre y dígale que tengo para ella una escritura con el notario de Caxambu. Compré una casita para ella y la vieja todavía no lo sabe. Se la iba a dar en su cumpleaños, pasado mañana.

—Dame el teléfono para que la llame.

—Gracias, doctor.

Turco Viejo sabía que Padua cumpliría su promesa. Los tres tomaron café de un termo, en silencio. Después salieron en carro.

13

Padua pasó la mañana lluviosa dentro de su despacho, tensando los músculos de los brazos, pensativo. Telefoneó a la madre de Turco Viejo, conforme a lo convenido. Promesas son promesas, incluso cuando se le hacen a un bandido.

—¿Está preocupado, jefe? —preguntó Murilo, que raramente veía a Padua tan meditabundo.

—No —respondió Padua.

La preocupación de Padua era, sin embargo, muy grande. Estaba arrepentido de haber matado a Turco Viejo. Ya se había arrepentido de no haber matado a alguien; por haber matado, aquella era la primera vez. Fue un error liquidar a Turco Viejo. Turco Viejo era un pistolero caro, que acostumbraba servirles a políticos, hacendados y otras personas con recursos financieros. Ahora era imposible saber quién lo había contratado para asesinar a Mattos. Había un canalla en la ciudad con la desfachatez para mandar matar a un comisario de policía: ese cabrón tenía que ser identificado. ¿Cómo? ¿Cómo? Encima de todo, ahora él no podía prevenir al idiota de Mattos, diciendo: "¿Sabes quién era ese Ibrahim Assad? El famoso Turco Viejo, el mayor pistolero del país. Alguien con mucho dinero quiere acabar contigo". Mattos estaba loco; si supiese que él, Padua, había matado a Turco Viejo abriría inmediatamente un proceso diciendo con aquel su desgraciado gesto: "Lo siento mucho Padua, pero tú infringiste la ley". ¿Qué importantes intereses estaría contrariando? ¿A quién había provocado Mattos de tal manera que había causado una reacción tan fuerte? Padua, erróneamente, no perdió tiempo en reflexiones sobre el episodio del encarcelamiento del *bicheiro* Ilidio, los *bicheiros* no mandaban matar policías. El culpable era otro.

Mattos llegó a la delegación poco después de las once de la mañana.

Padua entregó a Mattos el libro de actas.

—¿Algo importante?

—Nada. Rutina.

—¿Te sientes bien?

—Me duele un poco la cabeza. Ah, se me olvidaba. Solté al

mercachifle que apresaste.

—¿Qué mercachifle?

—Aquel tipo que entró en tu casa. Un ladroncillo de mierda que se equivocó de dirección. Creo que aprendió la lección.

—El no era un ladroncillo de mierda. Me gustaría saber más sobre él. ¿Pediste su expediente a la Central?

—Pedí un informe por teléfono, como tú haces. El tipo ese está limpio.

—¿Pediste que se consignara el hecho de haberlo sorprendido en posesión de armas?

—No. Tú te cansas de hacer eso conmigo. Sueltas a los bandidos que yo aprehendo. ¿Ves lo que se siente?

—Este caso era distinto. Había un delito flagrante.

—Pero yo solté al tipo. Ya es tarde. —Pausa—. Ya es tarde.

Mattos percibió mentira y amargura en la voz de su colega.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Padua.

—¿Qué cosas?

—El trabajo.

—Sin novedad.

—No me dijiste por qué necesitabas información sobre el senador Vitor Freitas. ¿Te puedo ayudar en algo?

—No, gracias.

—Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo, ¿de acuerdo?

Luego que Padua salió, Mattos fue a la prisión. Le ordenó al carcelero que le abriera una celda.

—Odorico, venga a mi oficina.

El “mayor” siguió a Mattos hasta su oficina.

—¿Te acuerdas de aquel tipo alto que fue aprehendido hace unos dos días?

—Me acuerdo, doctor. Uno con cara de árabe. No me gustaba. Se quedaba solo en un rincón, sin hablar con nadie. Creo que yo iba a tener problemas con él. Lo soltaron.

—¿Quién lo soltó?

—El comisario Padua.

—¿Tú lo viste?

—Sí. De madrugada el comisario Padua apareció en la prisión y llamó al hombre diciéndole que lo iba a soltar.

—¿Qué otra cosa?

Odorico encontraba muy raro que el comisario Padua soltara a un preso. Pero el trabajo del “mayor” era sólo mantener el orden en la prisión. Hablar demasiado es cosa de comadres.

—Luego que soltaron al tipo, regresé a dormir, doctor. Todo quedó

en orden.

Mattos mandó llamar a Rosalvo.

—Llama a todos los distritos y di que estamos buscando a un hombre negro, de bigote, llamado Ibrahim Assad, natural de Caxambu, Minas Gerais, nacido en 1912. Llama al IML y pide que me avisen si entró a la morgue algún muerto con esas características.

Mattos permaneció en su oficina oyendo radio mientras firmaba certificados de pobreza y de residencia.

El brigadier Eduardo Gomes desmentía que hubiese ocurrido un levantamiento en la base aérea de Santa Cruz, donde estaba estacionado el escuadrón de aviones caza de la FAB. Se respiraba un clima de aprensión en la ciudad, según el noticiario. Las familias sacaban a sus hijos de las escuelas.

En Radio Globo se hablaba de otro atentado contra Lacerda, hasta el momento mantenido en secreto. Lacerda llegaba en lancha a Paquetá, el domingo, día 8, para unos comicios, acompañado de un locutor de Globo, Raúl Brunini, y de otras personas, cuando, entre los estallidos de los fuegos de artificio lanzados por los partidarios que les daban la bienvenida, sintieron una gran explosión bajo los pies. Un cartucho de dinamita había estallado junto al casco. Nadie había resultado herido. La embarcación comenzó a hacer agua, sin hundirse todavía. La comitiva de Lacerda buscó no dar mayor importancia al hecho y se cambió a la barca de Cantareira.

"¿No dieron importancia al hecho? ¿Alguien podía creer aquello?", pensó Mattos. Probablemente un palomón había estallado cerca de la lancha y algún vivo debió haber dicho: "¿Por qué no decir que sufrimos un atentado?".

Noticias de todo Brasil eran transmitidas por la radio, enfatizando el clima de exaltación existente entre estudiantes, políticos, clases trabajadoras, profesionistas, debido al asesinato del mayor Vaz.

La agencia ASA distribuía declaraciones del diputado federal Otávio Manguabeira, emitidas en el hotel Bahia, en Salvador. Mangabeira decía que la nación estaba exhausta por tanta humillación y sufrimiento. Todo, sin embargo, tenía límites. Solamente las Fuerzas Armadas podían salvar al país. "Unámonos como un solo hombre a su alrededor, pongamos en ellas toda nuestra confianza, obedeciendo sus órdenes como si estuviésemos en guerra".

"¿Qué otra cosa se podía esperar de un tipo que en su condición de diputado federal había besado la mano de Eisenhower, de manera servil, en pleno Congreso Nacional, cuando el general norteamericano visitó Brasil después de la guerra?", pensó Mattos. ¿Qué se podía esperar de un viejo enemigo de Vargas? ¿De un fundador de la UDN?

Manguabeira decía no tener ninguna duda sobre la responsabilidad del gobierno y del propio presidente de la República en el monstruoso atentado que tanto estaba conmoviendo a la opinión del país. Hasta entonces, era el robo de la hacienda pública en proporciones nunca vistas, era la inmoralidad corrompiendo con una desfachatez increíble. El pueblo, hundido en el hambre a causa de la carestía de la vida (producida en gran parte por los actos del gobierno), era clara, calculadamente conducido a la anarquía para sacar provecho. Pero ahora se presentaba el intento de eliminar al invicto denunciante de los escándalos, que sólo de milagro había escapado. Sin embargo, los tiros a él destinados mataron a un oficial de la Fuerza Aérea, ejemplo de devoción de su clase, que acompañaba, en ese momento, al intrépido Lacerda. Aquello que estaba funcionando en el país con el pomposo nombre de legalidad era una negación del orden legal, tanto mayor cuanto acababa de descender al nivel del asesinato. El miserable que ejecutó el crimen era, en este caso, el menos responsable. El gran, verdadero responsable estaba en el Palacio de Catete, listo, si fuera necesario, hasta a derramar lágrimas. Manguabeira prefería ver al Brasil atacado y expulsar bravamente al extranjero que ver lo que veía: el país saqueado, arruinado y corrompido por el enemigo interior instalado en el gobierno.

A las siete de la noche, Mattos le dijo a Rosalvo que iba a salir.

—No tardo. Si me buscan, di que estaré de vuelta a las nueve.

—¿Puedo saber a dónde va?

—No. Voy a una diligencia.

Tomó un taxi.

—Rainha Elisabeth 60 —le dijo al chofer. ¿Rosalvo mentía o se había equivocado en la dirección de José Silva?

El número 60 era un edificio de lujo.

—¿Cuál es el apartamento del señor José Silva?

—Quinientos uno —dijo el portero.

Mattos tomó el elevador. Un departamento por piso.

Tocó el timbre. Una chiquilla, con el cabello peinado con dos trenzas apretadas, abrió la puerta.

—Quería hablar con el señor José Silva.

—Papi —gritó la niña—, es para usted.

El hombre que apareció representaba cerca de cuarenta años, cabello castaño claro, comenzaba a quedarse calvo. Traía un periódico.

—Busco al señor José Silva.

—Soy yo.

Mattos se identificó.

—Estoy investigando el asesinato de Paulo Gomes Aguiar.

—No sé cómo puedo ayudarlo…

—¿Puedo entrar?

—Eh… sí… tenga la bondad…

La chiquilla continuaba en la sala, mirando al policía con curiosidad.

—Vete para dentro, quédate con mamita —dijo José Silva.

José Silva dobló, desdobló el periódico. Lo puso sobre una mesa.

—Siéntese, por favor.

—Tengo informes de que usted conoció a Paulo Machado Gomes Aguiar.

—Sí. Pero no lo veo desde hace muchos años.

—¿Podría ser más preciso?

—Fuimos compañeros en los primeros años de la secundaria, en el Colegio Sao Joaquim. Después no lo volví a ver.

—¿Y Pedro Lomagno? ¿Usted también fue compañero de él?

—Sí.

—¿Ha visto a Pedro Lomagno?

—Tampoco, ellos no eran mis amigos. Sólo compañeros de escuela. Por otra parte, salieron del colegio antes de que los cursos terminaran.

La chiquilla apareció en la puerta y se quedó mirando al policía.

—¿Qué pasa, Aninha?

—Mami quiere hablar con usted.

—Un momento, por favor.

Mattos y la chiquilla se quedaron solos en la sala.

—¿Es de la policía? —preguntó la niña.

—Sí.

—¿Vienes a llevarte a mi papi?

—No.

—¿A mami?

—No vine a llevarme a nadie.

—Ah… —exclamó la chiquilla desilusionada.

José Silva volvió.

—Mi mujer no se siente bien —sonrió—. Estamos esperando otro hijo, ¿sabe? Será el segundo.

Mattos miró las pequeñas gotas de sudor que se formaban en la cabeza de José Silva.

—¿Puedo saber cuál es su profesión?

—Soy dentista.

—Una buena profesión —dijo Mattos.

—Me gusta mi trabajo —dijo José Silva.

Mattos se levantó.

—Bien, doctor Silva, creo que usted no tiene mucho que decirme. Discúlpeme por haberle quitado su tiempo.

José Silva abrió la puerta.

—Otra cosa. Si viene cualquier otro policía, dígale que ya habló conmigo. Diga: el comisario Mattos dio órdenes para que yo conversara sólo con él acerca de la muerte de Paulo Gomes Aguiar.

—No entiendo.

—No necesita entender. Sólo diga eso a cualquier policía que venga.

—¿Puedo ofrecerle un café?

A Mattos le hubiera gustado más un vaso de leche.

—No, muchas gracias.

Antes de las nueve, Mattos estaba de regreso en la delegación. Rosalvo fue a hablar con él.

—Vi los informes. Un negro. ¿No estará inventando Antonio Carlos?

—Es competente y estudioso.

—¿Quiere que comience a buscar a ese negro?

—No es necesario. Ya sé quién es él.

—¿Y él fue quien mató a Paulo Gomes Aguiar?

—Es muy probable.

—¿Cuándo lo va a aprehender?

—Oportunamente.

El comisario estaba en extremo lacónico. Tal vez fuese necesario irritarlo un poco. Enojado, siempre hablaba bastante.

—¿Vio que el presidente va a indultar a más criminales? En julio ya fueron beneficiados treinta asesinos, veintidós ladrones, tres estafadores, un brujo y un encubridor. ¿Qué ve en esto, doctor? Más de sesenta delincuentes soltados a las calles.

—No debían ni siquiera haber sido apresados.

—¿Habla en serio? Creo que nuestro problema es que existen demasiados delincuentes en las calles.

—Prender a un brujo, a un encubridor es una estupidez. El preso cuesta un dineral a la sociedad, cumple alguna condena y sale peor de como entró.

—¿Entonces usted cree que ni ladrones ni asesinos debían estar presos? ¿Y un tarado violador, como Febrónio?

—Si el sujeto fuese un gran riesgo para la sociedad, un criminal psicópata, algo así, entonces el tipo debía ser tratado, solamente.

—¿Y la familia de la víctima?

—Que se joda la familia de la víctima. Hablas como si estuviésemos en el siglo dieciocho, antes de Feuerbach. El castigo como venganza. Debías haber estudiado mejor esa mierda en la facultad.

—No soy un hombre culto como usted, pero, por favor, dígame: ¿el número de delincuentes no es cada día mayor? ¿En el mundo entero? ¿A qué se debe eso? Acláremelo, por favor. ¿Más presos, o menos, cumpliendo condenas?

—No voy a perder el tiempo discutiendo contigo.

Esta vez no funcionó. El hombre estaba escondiendo algo. El detective creía firmemente que las personas obsesivas, como Mattos, no debían ser de la policía o tener cualquier tipo de autoridad. El, Rosalvo, no tenía ninguna obsesión, a no ser la de que le gustaba vivir bien, lo que significaba dormir bien, comer bien, coger bien. Pensó en la promesa de Teodoro. Cuando se fuese para Costumes sus sencillas obsesiones podrían ser satisfechas de mejor manera. El problema era convencer al senador Freitas de que él había hecho algo para merecer aquel premio. Un negro. No veía cómo un negro podía estar involucrado con el senador. De cualquier forma, ya tenía algo que ofrecer.

* * *

Conforme lo habían convenido, Lomagno llegó a la delegación por el comisario Mattos, a fin de que fueran a buscar al santero en Caixas. Llegó en un Buick nuevo, conducido por un chofer con el uniforme de Lomagno & Cia.

—Espera a que regrese —dijo Mattos a Rosalvo.

—¿Adonde va? ¿No es mejor que yo vaya con usted?

—No. Quédate aquí.

Mattos y Lomagno, sentados en el asiento posterior del carro, no conversaron hasta llegar a la ciudad de Baixada Fluminense.

Después de dar algunas vueltas por el centro de Caixas, el auto se dirigió a uno de los dos barrios de la periferia de la ciudad. En cierto momento, Lomagno le dijo al chofer que entrara en una calle sin pavimentar. Se detuvieron frente a una casa de manipostería, con ventanas azules, que tenía al lado un terrado para practicar la brujería rodeado de árboles.

—Es aquí, dijo Lomagno.

Los dos hombres bajaron del carro.

Una mulata con zuecos, cabellos grisáceos, que viniera a la puerta de la casa al notar la llegada del automóvil, saludó a los visitantes.

—Estamos buscando al santero —dijo Lomagno.

—Tengan la bondad de entrar —dijo la mujer.

La sala estaba modestamente amueblada: mesa, algunas sillas, un sofá gastado, una vitrina vieja.

—Voy a llamar a papá Miguel —dijo la mujer.

El brujo, un negro flaco de edad indefinida, vestido de blanco, recibió a los visitantes con deferencia.

—Sean bienvenidos a mi casa.

—¿Te acuerdas de mí, papá Miguel?

El brujo dudó.

Estuve aquí con Paulo Gomes Aguiar.

—Ah… sí…

—Este es el comisario de policía, doctor Alberto Mattos.

—¿Policía?

El brujo reculó asustado. Se volvió para huir. Mattos lo agarró por la camisa.

—Doctor, ya cerré mi establecimiento. No me lleve preso, ¡por favor!

—No vine a llevármelo, cálmese.

Oír que el policía le hablaba de usted tranquilizó un poco al brujo.

—No me interesan sus actividades. Creo que a las personas como usted hay que dejarlas en paz. Vine sólo a hacerle algunas preguntas y después me voy. ¿Usted sabe que Paulo Machado Gomes Aguiar fue asesinado?

—Sí. Uno de mis espíritus me lo dijo. Me entristeció mucho. Era una buena persona.

—¿Usted acostumbraba ir a casa de Gomes Aguiar?

—Fui tres o cuatro veces. Estaba haciéndole un trabajo para proteger su cuerpo. Mucha envidia, muchos enemigos. Le tenían puesto un hechizo. Pero yo no le gustaba a la señora del doctor Paulo y no pude hacer el trabajo completo. Sabía que iba a ocurrir una desgracia, un espíritu había bajado aquí mismo y me lo había dicho. Alguien le estaba haciendo mucho daño.

—¿Cuándo fue la última vez que usted estuvo con Paulo Gomes Aguiar?

—Poco antes de morir. Creo que fue un viernes.

—¿Recuerda el día?

—Del día no me acuerdo.

—¿Está seguro de que fue un viernes?

—Seguro, no. Pero me gusta hacer ciertos trabajos en viernes. ¿Qué día fue ese viernes?

—30

—30… 30…

—¿Pudo haber sido el sábado, día 31?

—Deje que yo haga las preguntas —dijo Mattos.

—Disculpe —dijo Lomagno.

—Un momento, por favor —dijo Miguel.

Se apartó y fue a hablar con la mulata, que estaba a cierta distancia. Cuchichearon un rato.

—Ella tampoco se acuerda, fue hace tanto tiempo…

—Sólo trece días —dijo el comisario—. ¿Usted no toma notas de su trabajo?

—Soy analfabeto, doctor. Pero Cremilda cree que pudo haber sido sábado, después de medianoche. Deshacer un hechizo puede hacerse también en las primeras horas del mes de agosto. El mes de agosto es un mes bueno para que bajen los espíritus.

—¿Usted salió del departamento de Gomes Aguiar después de medianoche?

—Sí. Creo que fue el sábado, sí… Hice el servicio ya entrando el domingo, en agosto…

—Gomes Aguiar fue asesinado en la madrugada del domingo, en las primeras horas dehprimero de agosto, cuando los espíritus estaban bajando, como dice usted.

—¿Cómo? Yo salí de allá y el hombre estaba vivo, lo juro por el señor… Vaya a saber si fui allá el sábado.

Mattos sacó el anillo del bolsillo.

—¿Este anillo es suyo?

—No, señor.

—Póngase el anillo en el dedo, por favor.

Miguel se puso el anillo. Muy grande.

Mattos puso de vuelta el anillo en su bosillo, tomó un *Pepsamar*. Masticó la pastilla pensativamente. En el anillo había una F grabada; el portero mencionó a un negro fuerte y malencarado que se parecía a Gregorio, a Fortunato; Miguel no comenzaba con F y no era precisamente un negro fuerte.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Miguel Francisco dos Santos, sí señor.

Francisco F. Dos negros cuyos nombres tenían una F. Coincidencias… Nada de conclusiones apresuradas… Era preciso hacer un careo entre el brujo y el portero para aclarar aquel episodio.

—Me gustaría que me acompañara hasta la delegación, en Rio.

—Usted dijo que no me iba a llevar preso —se lamentó Miguel.

—No me lo estoy llevando preso. Es una invitación.

—Es mejor que acompañes al doctor —dijo Lomagno, amena

zadora men te.

—Cállese la boca o váyase al auto —dijo Mattos, irritado.

Lomagno tragó seco. Su rostro palideció de odio.

—¿No voy a estar preso?

—No, no va a estar preso.

Subieron al coche. Lomagno se sentó enfrente con el chofer. Miguel se lamentó durante el viaje, declarándose inocente. A pesar del *Pepsamar* masticado, a Mattos le dolía el estómago.

Al llegar a la delegación, Lomagno dijo:

—Espero haberlo ayudado, de alguna manera.

—Mucho. Se lo agradezco. Puede irse ahora.

Rosalvo, curioso, observó a Mattos llevar a Miguel a su oficina. Por la puerta abierta percibió que el comisario decía algo al negro sentado, abatido en una silla.

—¿Logró encontrar al hombre? —preguntó Rosalvo, en la puerta.

—No sé. Vamos al edificio Deauville. Trae la camioneta.

Al llegar al Deauville, acompañados por Miguel, fueron recibidos por otro portero que no era Raimundo.

—¿Dónde está Raimundo? Soy el comisario Mattos.

—No vino. Abandonó el servicio a la mitad del tumo, dejando la portería vacía toda la noche. El administrador dice que lo va a botar.

Mattos fue al cuarto del portero, en el fondo.

—¿Esas ropas son de él?

—Sí. El debe volver, pues dejó todo aquí.

—Si vuelve dígale que quiero hablar con él. Si no va, lo mandaré aprehender.

—Doctor, estoy en ascuas, perdido. ¿Qué está pasando? —preguntó Rosalvo, en la camioneta.

—No lo sé, aún.

Hacia Miguel:

—Tal vez necesite hablarle en otra ocasión. No se quede preocupado.

Mattos estaba seguro de que Miguel no era el negro que buscaba, a pesar de las coincidencias.

—Disculpe las molestias. Voy a dejarlo en la estación de tren.

A aquella hora ya no había tren. Pero Miguel no dijo nada. Prefería pasar toda la noche en la estación que continuar con los policías.

No fueron muchas las eventualidades en el resto del tumo.

En la madrugada un guardia entró en la oficina del comisario, acompañado de Rosalvo.

—¿Alguna cosa?

—La RP trajo a un hombre y una mujer que estaban cogiendo en una calle oscura. ¿Qué hago? —preguntó Rosalvo.

—¿Quiénes son ellos?

—El hombre es albañil; la mujer, empleada doméstica.

—Déjalos ir —dijo Mattos.

—El detective que comanda las rondas es un morboso. Dice que cometieron un delito flagrante.

Un hombre y una mujer estaban sentados en una banca de madera en la sala de espera. Se levantaron al ver al comisario.

—Lleva a los de la ronda a mi oficina —dijo Mattos a Rosalvo.

El detective y los dos guardias civiles entraron al despacho.

—¿Qué pasó?

El detective explicó que estaban haciendo una ronda cuando vieron al hombre y la mujer agarrados.

—¿Agarrados? ¿Haciendo qué?

Un guardia rió.

—Estaba muy oscuro, pero teníamos una linterna que fue suficiente para ver lo que estaban haciendo. Cuando nos vieron, la mujer se bajó la falda, pero ya era tarde. Tomamos los calzones de ella, que estaban en el piso, como prueba.

—¿Prueba? —Mattos sentía el sabor de la acidez en la boca—. No me vuelvan a traer a una pareja de infelices que estaban cogiendo en un lugar oscuro. No existe ultraje al pudor invisible, alguien tiene que ver. Sin usar linterna.

Ciertamente los policías habían intentado sacarles dinero a los dos infelices.

—Pueden irse ahora. La próxima vez que me traigan una pareja en esas condiciones los encierro a ustedes por violencia arbitraria.

—¿Qué es eso, doctor?

—O entonces por extorsión y abuso de poder. Pueden irse.

Los policías salieron y Mattos se quedó pensando en qué es lo que hace que alguien se meta a la policía. En su caso fue simplemente la incapacidad de conseguir un empleo mejor. Después de tres años defendiendo a delincuentes pobres, sin ganar dinero para pagar el alquiler de su despacho, sin dinero para casarse, surgió aquella oportunidad de trabajar veinticuatro horas y tener setenta y dos horas de descanso, tiempo que pretendía usar estudiando las materias del concurso para juez. Un empleíto seguro y digno. En un año, él hubiera alcanzado los cinco años de formación que se exigían en el concurso. Pero Alice no tuvo paciencia para esperar.

La aterrorizada pareja continuaba sentada en la banca de la sala de espera, ambos callados y asustados.

—Pueden irse ya —dijo el comisario.

—No traigo nada de dinero… Ya se lo expliqué a los guardias… Aún no he recibido…

Mattos estaba muy cansado para hacer más averiguaciones.

—Pueden irse ya.

Pasaban ya de las cuatro de la mañana cuando tomó el libro de derecho civil, el radio y subió al cuarto donde los comisarios en tumo descansaban. Durante sus primeros tumos, Mattos pasó las veinticuatro horas en su oficina u ocupado en diligencias. Ultimamente se iba al cuarto, pero no se llevaba una colcha y un sarape limpios para ponerlos en la cama como los otros hacían. Se tiraba sobre el colchón mugriento, quitándose sólo el saco y la corbata.

Durante la madrugada, el cocinero Geraldo Barbosa, veintiséis años, fue atropellado en frente de su casa por un auto no identificado y se le internó en el Hospital Pronto Socorro. Bernardo Lemgruber, treinta y dos años, asaltado en la calle por dos individuos. Mattos hizo los debidos registros en el libro de actas. Un ebrio fue detenido por alterar la paz pública. El comisario dejó al hombre sentado en su despacho y luego lo dejó ir, sin las lecciones de moral que los buenos policías acostumbran dar a los borrachos inofensivos.

Estaba cada vez más cansado. El estómago comenzaba a dolerle y masticó dos comprimidos de *Pepsamar*.

Fue al baño. Sus heces estaban oscuras. El médico hablaba de apariencia a sedimento de café. No había papel higiénico en el baño de la delgación. Pero el comisario llevaba un periódico, lleno de noticias importantes sobre el Brasil y el mundo. No era la primera vez que se limpiaba con el periódico. Su juventud fue muy pobre. Sólo evitó limpiarse con la fotografía de alguien. Un escrúpulo que tenía desde niño.

14

Vítor Freitas, en reunión secreta con algunos miembros de su partido, el PSD, llamó la atención de sus colegas hacia la campaña promovida por la UDN, aprovechándose de la insatisfacción de los militares y del turbio clima político, resultados del atentado de la calle Tonelero.

—La UDN movilizó a sus mejores oradores para exigir la licencia o la renuncia o la deposición de Vargas. Si cualquiera de esas cosas pudiera pasar…

—Getulio jamás renunciará —interrumpió el diputado Azevedo Pascoal.

—Déjeme terminar. Si la renuncia o deposición…

—¿Deposición? El Ejército está con Getulio.

—Ustedes olvidan la asamblea del Club de la Fuerza Aérea realizada ayer —continuó Freitas—, cuando centenares de oficiales del Ejército presentes se solidarizaron con sus colegas de la Fuerza Aérea. Zenobio declaró: "Unámonos en la defensa de la paz y de la felicidad de la familia brasileña". Y Estillac agregó: "El Ejército está unido contra cualquier intento de golpe y listo para defender la Constitución". ¿Golpe de quién? ¿A qué golpe se refiere el general Estillac? No es un golpe de origen e inspiración militares. Es un golpe de quien hasta ahora consiguió dar todos los golpes, el presidente de la República. La verdad es que los militares le están advirtiendo a Getulio, es necesario saber leer entre líneas, amigos míos, conocer las metáforas castrenses. El Ejército no aceptará un golpe a favor de Getulio. Pero en contra, sí.

—No necesitamos que nos dé clases, Freitas. Nadie aquí nació ayer.

—Como decía (déjeme continuar mi razonamiento) si sucede la renuncia o la destitución de Getulio, la UDN tomará el poder, se aprovechará para instalar su dictadura de bachilleres y militares, llenando el vacío político dejado por Vargas, y ganará las elecciones de octubre. Algunos sectores de la UDN prefieren la renuncia, con la que Vargas caerá en el descrédito y dejará mal a los partidos importantes que lo apoyan, o sea, a nosotros y al PTB. Aquel que renuncia no le gusta a los brasileños. Pero una significativa parte de la UDN, comandada por Lacerda, quiere la destitución pura y simple.

Pocos aquí, lamento decirlo, oirán el discurso de Alfonso Arinos atacando a Vargas; oirán a Arinos afirmar que las sospechas de la nación convergen en el presidente de la República, o en las personas íntimamente ligadas a él (Arinos ha tenido la elegancia de no mencionar a Lutero, el hijo, ni a Benjamín, el hermano) y concluir su catilinaria exigiendo que Vargas se haga a un lado para que en condiciones de absoluta imparcialidad y seguridad, el crimen de Tonelero quede de una vez por todas esclarecido. Arinos habla de la desunión de la autoridad pública, de crisis moral, todos esos sobados, y no obstante aún eficaces, lugares comunes de la retórica udenista. El discurso de Arinos todavía no fue violento. Desea que el presidente se haga a un lado voluntariamente y forma parte de aquellos sectores más inteligentes a los que me referí. Es posible que el sector golpista, que no se incomodaría si los militares toman el poder, prevalezca en la UDN desde el momento en que Getulio sea depuesto. De cualquier forma me parece que si Getulio pide un licencia, no lo dejarían reasumir el puesto; sería lo mismo que una renuncia.

—Lutero renunció a sus inmunidades parlamentarias para que pudiera surgir toda la verdad. El juró por Dios y la nación que no tenía ninguna responsabilidad en los acontecimientos y que la trama urdida utilizando su nombre pretende hundir a su padre —dijo el diputado Azevedo Pascoal.

—¡Lutero Vargas juró! ¿Hay alguien aquí que crea en un juramento de Lutero Vargas? Que ese inocente levante la mano, quiero verle la cara.

Nuevamente Azevedo Pascoal hizo uso de la palabra.

—Yo estaba presente cuando Arinos lanzó su discurso y lo hallé indeciso, mediocre, indigno de esa inteligencia que has mencionado. Al afirmar que sospecha de las investigaciones policiacas, Arinos declaró que la policía busca eludir la validez de las pruebas a través de un proceso de "*desmilingüizacao*"[10]. Esta linda palabra no está registrada en el Cándido Figuereido, en el Antenor Nascentes, en el Caldas Aulete, en fin: en ningún diccionario. Me parece que la afrenta contra la lengua portuguesa, constatada en el discurso del diputado, refleja su desprecio, tal vez inconsciente, por las instituciones. Creo que ni Arinos se incomodaría con el golpe, si los bachilleres udenistas asumiesen el poder. Ellos saben cómo aconsejar y manipular a los militares.

—Está aún el discurso de José Bonifacio —continuó Freitas—. Ustedes conocen la astucia provinciana de los miembros del clan político al que pertenece Zé Bonifacio. Para Zé, el gobierno de Getulio desapareció de esta tierra con su guardia personal. El cree, o finge creer, que el gobierno vive de los favores de las clases armadas, de la estimación de los sargentos, de la indiferencia de los soldados, de la

esperanza de claridad en estas investigaciones. Los días del gobierno estarían contados y Zé pide a Getulio un gesto de altivez, de verdadero gaucho, pide al presidente que realice aquel consejo que cierta vez Joao Neves da Fontoura, en uno de sus raros momentos de lucidez política, le dio: que, en la hora del desmoronamiento, Getulio tenga la elegancia de los vencidos, mire a Brasil de frente, se cuadre y caiga. Más que caiga, dice Zé, envuelto en el manto de la dignidad y del honor, renunciando.

—En la UDN, en cualquier situación, quieren que los políticos se cuadren —ironizó un diputado.

—Zé Bonifacio propone lo que él llama la extirpación de uno de los más innombrables, de uno de los más abyectos y purulentos abscesos que corrompen el organismo de cualquier nación. Presenciamos, según el astuto diputado de Minas, la sangre y la lágrima; presenciamos cómo reputaciones impecables se deshacen en la fosa común de la codicia del juego; presenciamos el terror de los débiles, el grito de victoria de los potentados; presenciamos el mercado negro, las delicias de la inflación que hicieron que un mayor de la FAB no tuviera dinero para pagar el teléfono mientras su asesino poseía una casa de campo.

—No podemos tapar el sol con un dedo. El mar de lodo existe —comentó un diputado.

—Lo que pocos saben es que esa casa de campo —continuó Freitas — no pasa de ser una granja miserable entre Belford Roxo y Nova Igua9u. Un lugar que el sicario Climerio llama Reposo Feliz, sin drenaje, sin agua corriente, donde algunos puercos se zambullen en el lodo y las gallinas pasean dentro de la casa. A un sargento de la FAB le daría vergüenza vivir en esa casa. Zé Bonifacio sabe esto, pero es necesario despertar indignación, rebeldía, no importa qué medios se utilicen.

—¿Adonde quiere llegar, Freitas?

—La opinión pública está siendo manipulada sin escrúpulos. Pero con eficacia. Necesitamos definirnos. No podemos esconder la cabeza como las avestruces y fingir que nada está pasando. No había un solo líder de la mayoría presente en el discurso de Arinos y en el de Baleeiro, para replicar defendiendo al presidente.

—Defendiendo las instituciones —dijo Azevedo Pascoal.

—En última instancia, defendiendo a nuestro partido, pues la defensa de los destinos del PSD se confunde con la defensa de las instituciones. Amigos míos, faltan menos de dos meses para las elecciones. Nosotros sabemos que Getulio es inocente del crimen del mayor Vaz. Todo el mundo lo sabe. Por más senil que esté, Getulio jamás mandaría matar a Lacerda por una simple razón: él y el gobierno nada ganarían con la muerte del periodista, sólo crearían un mártir para la UDN. El asesinato fue obra de los subordinados

estúpidos, como el negro Gregorio, influidos por personas cuyos intereses estaban siendo perjudicados por Lacerda. Pero la campaña de prensa está haciendo creer al pueblo en la culpabilidad de Getulio. El pistolero Alcino está preso, Gregorio también y probablemente ellos dirán aquello que se quiere que digan. La aprehensión de Climerio ocurrirá de un momento a otro. Se está organizando una verdadera operación de guerra para aprehenderlo. El escenario está puesto, amigos míos. Getulio no tiene escapatoria. Si se queda en el gobierno, el desprestigio aumentará día a día. Si renuncia, será abominado, execrado por el pueblo. Los destinos del PSD no pueden ser servilmente ligados al destino de un presidente con los días contados, y además de eso negligente y prevaricador.

—¿Adonde quiere llegar? —repitió el diputado.

—Cuando los provincianos pierden la prudencia y saltan por encima del muro es señal de que no existe ya un equilibrio de fuerzas, de que la balanza se inclina para uno de los lados. Estoy convencido de que el PSD debe asumir una postura de independencia en esta delicada coyuntura.

—Nosotros somos el gobierno. Muchos de nuestros correligionarios también prevaricaron y se aprovecharon de la situación —dijo Azevedo Pascoal, mirando significativamente a Freitas, del que todos sabían que se había enriquecido durante el gobierno de Vargas—. Capanema jamás aceptará una postura cínica y oportunista como ésta.

Tras decir esto, Azevedo Pascoal se retiró de la reunión.

Los que se quedaron —dieciséis diputados y cuatro senadores— continuaron discutiendo las alternativas políticas presentadas por Vítor Freitas.

Después que la reunión terminó, Freitas se quedó meditando, en la soledad de su despacho. Si los militares y la UDN asumían el poder, como seguramente pasaría, habría una marejada de moralismo, que sería farisea y duraría poco, pero que, de inmediato, necesitaría de algunos chivos expiatorios. Pero era muy remota la posibilidad de ser descubierta su participación en los chanchullos de Cemtex. Y las sospechas de aquel comisario cretino tampoco debían ser tomadas en cuenta. Así, no había necesidad de ninguna acción, fuese de la naturaleza que fuese, respecto al policía. Clemente no pensaba así, pero a su asesor le interesaba mostrarse servicial, volverse indispensable, crear complicidades. Necesitaba cortarle las alas a Clemente; más que eso: sacarlo de su vida.

Freitas, por teléfono, le pidió a Clemente que viniese a su oficina.

—Clemente, busca a Teodoro y dile que ya no me interesa lo que ese comisario… ¿Cómo se llama?

—Mattos.

—Lo que ese comisario Mattos está investigando sobre mí. No quiero saber lo que hace o deja de hacer. En verdad, no quiero oír más sobre ese individuo. Díselo a Teodoro.

—Teodoro ya está en la cancha, haciendo su trabajo.

Freitas rió sin mucha convicción.

—Entonces sácalo de la cancha y termina con el juego.

Clemente salió de la oficina de Freitas pensativo. No tardó mucho en urdir un plan. Llamó a Teodoro.

—¿Cómo estás Teodoro? El senador quiere noticias. Estás muy lento.

—Estoy investigando, doctor, estoy investigando. Dígaselo al senador.

* * *

Durante un día y una noche, Sálete pensó únicamente en su madre. Si hubiese sabido, —algo que nunca buscó hacer—, que ella había muerto, Sálete se hubiera quedado muy triste y hubiera llorado de dolor. Pero la desgraciada no había muerto. Entonces Sálete durante veinticuatro horas sólo sintió odio porque su madre estaba viva, porque su madre estaba más fea, y más vieja y más negra.

Al fin de ese periodo de rencor, un sentimiento de pena comenzó a invadirla. Eso comenzó a pasar cuando vio la tela de seda en el armario, que había comprado para hacerse un vestido. Ella vio a su madre saliendo de una tienda de tejidos comunes y corrientes en Carioca, llevando un vestido corriente con un descolorido estampado. Con seguridad había ido a comprar retacería para hacerse otro vestido horrendo.

Sálete pensaba en eso mientra alisaba la seda francesa que tenía sobre el cuello. Su madre nunca tuvo un vestido de seda; nunca sintió el placer de sentir sobre la piel la suavidad de la seda, pobre infeliz.

Una idea fue definiéndose en su mente. Se puso la falda y la blusa más simples que tenía en su guardarropa, se quitó las joyas. Cargando un paquete con la tela de seda, tomó un taxi y pidió al chofer que fuera a Sao Cristóvao.

—¿Qué lugar de Sao Cristóvao?

—El cerr… eh… a la calle Sao Luiz Gonzaga.

Cuando llegaron a la calle Sao Luiz Gonzaga, Sálete le preguntó al chofer si sabía dónde quedaba la plaza Elisa Cylleno.

El chofer no sabía.

—Yo le voy diciendo.

Pasaron por varias callejuelas sin encontrar la plaza.

—¿A dónde quiere ir usted exactamente? —preguntó el chofer.

—Al cerro de Tuiuti.

—Desgraciadamente, no subo al cerro, señora. Es muy peligroso. Ni la policía sube.

Dieron otra vuelta. Sálete reconoció la calle Curuzu.

—Me puede dejar aquí —dijo.

Desde la calle Curuzu, ella recordaba cómo ir al cerro.

Llegó a las faldas del cerro. Comenzó a subir, pasando por las barracas, en cuyas puertas vio a las mismas mujeres de su niñez, poniendo ropa en los tendederos, cargando al cuello niños raquíticos, algunas embarazadas; chamacos jugando canicas en la tierra; hombres en camiseta bebiendo en un tendajón. Todos la miraban, extrañados de su presencia.

—¿A quién buscas, hija? —preguntó una vieja con un niño al cuello.

—La casa de doña Sebastiana.

—Está hasta arriba.

—Sé dónde.

La puerta de la barraca de madera, cubierta con láminas de zinc, estaba cerrada. Sálete tocó.

La madre abrió la puerta. No reconoció a la hija.

—Soy yo… mamá.

—¿Sálete? ¿Sálete?

Se quedaron calladas algunos segundos; la madre limpiándose las manos en la falda sucia, sacando los pies de los zuecos.

—Le traje un regalo.

—¿No quieres entrar?

Sálete entró. Ella recordaba aquellos olores que impregnaban la casa: olores de cuerpo, de humedad, de comida rancia; el hedor de la pobreza. Los pocos muebles viejos y gastados parecían ser los mismos que ella conoció.

—¿Y mis hermanos?

—Joaozinho está preso. Anduvo con malas compañías. Tiao huyó de casa y nunca más volvió. Como tú.

—Yo regresé, mamá. Abra su regalo.

Sebastiana abrió el paquete.

—¿Qué voy a hacer con una cosa de éstas?

—Un vestido.

—¿Un vestido? ¿Y qué voy a hacer con un vestido de seda aquí en el cerro?

—Usted se va a ir del cerro —dijo Sálete impulsivamente—. Vine a buscarla para que viva conmigo.

Sebastiana se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar.

Sálete se acercó a su madre. Abrazó cariñosamente aquel cuerpo barrigón sacudido por los sollozos.

—Perdóneme, mamá.

Las dos se quedaron llorando, abrazadas. Junto con el dolor y el arrepentimiento que sentía, Sálete pensó también que su madre necesitaba bañarse.

* * *

—Me gustaría hablar contigo.

—Sí.

—¿Puedo ir a tu casa?

—Alice, discúlpame por la forma en que…

—¿Puedo ir a tu casa?

—Salgo de mi turno a mediodía.

Después de colgar el teléfono, Mattos recibió otra llamada.

—¿Por qué no vienes aquí? —preguntó el comisario a su interlocutor, después de escucharlo.

—¿Cree que estoy loco? No puedo ser visto con usted.

—¿Por qué no me lo dices por teléfono?

—¿No quiere ver la carta?

—¿Dónde entonces?

—En su casa, nada más.

—Tengo visita hoy. ¿Puede ser mañana?

—Mañana mi mujer tiene que entregar la carta a Bolao.

—Está bien. En mi casa. Anota mi dirección. ¿A las siete está bien?

Al entrar al departamento de Sálete en la avenida Atlántica, su madre preguntó:

—¿El departamento es tuyo, Sassá?

Sassá era el nombre de cariño de Sálete cuando niña.

—Vivo con un muchacho. El me lo dio. Nos vamos a casar. Sólo esperamos a que termine su divorcio, que está muy complicado.

—¿Es muy viejo?

—No, aún es joven. Mire, aquí está el baño. Hay todo, jabón, talco, toallas. Báñese mientras consigo una ropa para usted.

Sálete abrió sus roperos y tras de mucho buscar encontró una bata larga, que había pasado de moda pero no había tirado. Jamás se deshacía de la ropa que dejaba de usar, por eso tenía tantos roperos llenos de ropa.

La ropa le quedó un poco apretada a la madre, pero sirvió.

Sebastiana parecía otra.

—Vamos a comprarle unas ropas.

Sálete sabía que en la Casa Santa Branca, en la calle Ouvidor, había una gran barata de batistas, lanas, organdís, casimires, sedas, alpacas, algodón. Comprarían algunas telas y luego irían con una costurera.

* * *

Mattos le abrió la puerta a Alice. Ella le extendió el disco *long-play*.

—Una amiga me lo trajo de Europa.

Tristón e Isolda.

—Con Lauritz Melchior y Kirsten Flagstad. Es para ti. Ojalá te guste.

—Muchas gracias.

Mientras miraba a Alice, el comisario pensaba en las palabras del psiquiatra de la Casa de Salud… locura circular… psicosis de doble forma… locura de formas alternadas… psicosis intermitente… vesania típica circular… psicosis maniacodepresiva…

—Estoy muy nerviosa… ¿Me das un vaso de agua?

—¿Fría?

—No, es para tomar una medicina.

Alice tomó una píldora que sacó de un frasco que traía en la bolsa.

—Me voy a separar de Pedro.

—¿Puedo poner el disco? —preguntó Mattos.

—No puedo vivir más con Pedro.

Mattos puso el disco en el tocadiscos. La música de la obertura inundó la pequeña sala; identificó de inmediato la melodía de uno y de otro, amor y odio, Isolda y Tristán, Alice y Alberto, la paradoja y la locura.

—Mi madre murió, ¿te lo conté? No tengo adonde ir, creo que me iré a un hotel. O tal vez me venga aquí.

Vesania típica circular.

(¿Me enseñas la lengua, Alice?)

—Aquí no hay ninguna comodidad.

—¿Quién dice que necesito comodidades? —respondió Alice.

—Sólo tengo dos óperas más. Una en 78 revoluciones —rió Mattos.

—Lo sé. Sube el volumen y vamos a oírla acostados.

—Va a venir un tipo a verme. Un informante, un oreja.

—Si él aparece no lo dejamos que grite mucho.

—Es un informante de la policía. Va a llegar dentro de poco.

Los dos se quedaron callados.

El timbre sonó.

—Debe ser él.

Alice se fue al cuarto y cerró la puerta.

Anastacio Santos, mejor conocido como *Cegueta*, entró. Tenía ojos pequeños que parecían más chicos cuando quería ver algo con nitidez y apretaba los párpados para corregir su miopía. Miró desconfiado hacia la puerta cerrada del cuarto.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

—Una mujer durmiendo —dijo Mattos.

—¿Con toda esa música?

—La música la hace dormir.

—Deje que siga la música —dijo Anastacio, sacando un sobre de su bolsillo.

Mattos leyó la carta con alguna dificultad.

—¿Quién es Genivaldo? —preguntó, devolviendo la carta.

—Es un pistolero, amigo de Bolao.

—¿Bolao es también carterista?

—Sí. Pero los dos trabajan con don Ilidio llevando puntos en las partidas de *bicho*, cuando las carteras andan escasas.

—¿Qué quieres por la información?

—Me dijeron que usted tiene influencia sobre el doctor Padua. Quiero hacer un arreglo con el doctor Padua pero él no hace arreglos.

—Yo tampoco hago arreglos.

—Doctor, creo que lo que le dije vale algo.

—Es verdad.

—Hice un trabajito en la Esmeralda. El doctor Padua lo descubrió y anda tras de mí. Quiero devolver las joyas y librarme del tipo.

—Está bien. Hablaré con el doctor Padua. Hoy es viernes. Padua entra de servicio el domingo. El lunes hablaré con él, cuando vaya a sustituirlo. No te garantizo nada. No tengo ninguna influencia sobre el doctor Padua.

Indeciso, Anastacio extendió la mano a Mattos. Después de dudar un segundo, Mattos apretó la mano del ladrón de joyas.

La carta que Genivaldo escribiera a Bolao, entre noticias sobre la familia, decía que don Ilidio había pagado a Turco Viejo para que matara al comisario Mattos. “Pero Turco Viejo se atarugó y el comisario lo mató a él”.

Mattos entró al cuarto. Encendió la luz.

Alice estaba acostada en el sofa-cama Drago, totalmente vestida.

—Deja la luz apagada. Acuéstate aquí cerca de mí.

Mattos se acostó al lado de Alice. Como el sofá era estrecho, los cuerpos se tocaban. La ventana estaba cerrada, las persianas bajadas y la oscuridad dentro del cuarto era mucha.

Alice abrazó fuertemente a Mattos.

—No veo tu rostro. Intento recordar cómo es tu rostro ahora, pero lo he olvidado.

El comisario tampoco sabía cómo era el rostro de ella, allí en el sofa-cama Drago; sólo le venía a la mente el rostro de Alice cuando eran novios.

Mattos sintió los dedos de Alice deslizándose suavemente por su rostro.

—Tu nariz es grande… El hombre debe tener la nariz grande… ¿Qué piensas de mí? ¿En este momento?

—Nada.

—Si te pidiera que te quitaras la ropa ¿qué pensarías de mí?

—Nada.

Alice se levantó; Mattos notó el cuerpo de ella desvistiéndose. Mattos se levantó y se quitó la ropa. Acostumbrado ya a la oscuridad, percibía la blancura del cuerpo desnudo de Alice, de pie, inmóvil.

Se sentaron en el sofá. Durante algún tiempo permanecieron con las manos entrelazadas. Mattos oía la respiración jadeante de Alice. La besó en el rostro y le acarició los finos cabellos. Alice se acostó y jaló el cuerpo de Mattos encima de ella.

* * *

Climerio pasó dos días escondido dentro de la barraca enmedio del platanar, la mayor parte del tiempo acostado en el colchón lleno de agujeros por donde se salía la paja. Oscar y Honorina se alternaban para llevarle una marmita con comida y un garrafa con agua. Después Oscar construyó en la barraca un fogón rudimentario de leña, donde Climerio pudo hacerse comida y café. Le hubiera gustado tomar un mate bien caliente, pero el compadre no lo conseguía. De cualquier forma, él no tenía el vaso apropiado para tomar aquella bebida.

Estar solo en aquel lugar se volvió insoportable. Hubo un momento en que Climerio tomó el revólver y pensó darse un tiro en la cabeza. Ese día Climerio le dijo a Oscar que se volvería loco si no salía a dar una vuelta.

—Nadie va a buscarme aquí en este plantío.

—¿Mataste a alguien, compadre?

Por primera vez Climerio le contó a Oscar lo que había pasado. Oscar no le dio mucha importancia a lo que oyó de boca de su compadre; no sabía quién era Carlos Lacerda ni Gregorio, ni

cualquiera de los involucrados en el crimen de la calle Tonelero, del cual oyó hablar vagamente cuando fue a la tienda de Simplicio Rodrigues en el pueblo. No tenía radio en casa y se pasaba el día cuidando su plantío de plátanos en el cerro de Taboleiro. De política, Oscar sólo sabía que el presidente era Getulio Vargas.

Al caer la tarde, Oscar y Climerio tomaron una carretela, jalada por un caballo flaco, y fueron al pueblo. Oscar, después de comprar condimentos, fue con Climerio a la tienda de Simplicio donde compraron cigarros y tomaron aguardiente. Oscar explicó que su compadre Almeida vivía en Rio de Janeiro y estaba pasando unos días en su casa.

En la tienda estaba una mujer, doña María.

—También yo vivo en Rio —dijo la mujer—. En la Santa Isabel 578, en Vilar dos Teles.

—Vilar dos Teles —dijo Climerio—; sé dónde queda, en casa del demonio.

—Ay sí, tú vivirás en Copacabana.

—No se enoje, estoy bromeando —dijo Climerio.

El comisario Mattos despertó cuando la primera claridad del día entró por las persianas de la ventana de su cuarto.

Miró a Alice durmiendo a su lado, pero luego dejó de mirar el rostro de la mujer. Ver a Alice durmiendo le parecía algo indigno, una grosera intromisión a la intimidad de una persona indefensa. El no soportaba que lo viesen durmiendo; desde pequeño, cuando vivía en casa de sus padres, era el primero en levantarse; detestaba ser sorprendido durmiendo, incluso hasta por su madre.

Siempre que dormía con una mujer despertaba antes que ella.

Cuidadosamente se levantó del sofa-cama. Llevó su ropa a la sala y se vistió.

Aquel fin de semana estaba libre. Podía aprovecharlo para hacer algunas investigaciones.

Oyó la voz de Alice.

—¿Alberto?

Entró al cuarto.

—¿Qué hora es?

Alice se cubrió el cuerpo con la sábana hasta el cuello.

—Las ocho.

—Tengo que levantarme. Hay que hacer muchas cosas.

Quería que Mattos saliese del cuarto para que se vistiera. Sentía vergüenza de que la viera desnuda.

Mattos salió del cuarto.

Después los dos conversaron, en la sala. Mattos le dio a Alice dos llaves; una del zaguán y otra del departamento.

—Podemos almorzar juntos —dijo Alice.

—A la hora del almuerzo no creo que haya terminado mi trabajo. Podemos comer.

Los dos salieron juntos del departamento. Alice tomó un taxi.

—¿Quieres un aventón para el centro?

—No voy para el centro. Gracias.

* * *

En una casa de Olivera da Silva, una pequeña calle cerca de la plaza Xavier de Brito, en Tijuca, un comité integrado por el coronel Alberico, del Ejército, el coronel Arruda, de la Fuerza Aérea, y el capitán de la Marina de Guerra Osório, se reunió en aquella mañana para realizar una evaluación del trabajo de lo que denominaban "la misión". Los tres militares eran muy conocidos y respetados por su colegas de uniforme, tanto subordinados como superiores, razón por la cual habían sido escogidos para integrar aquella comisión informal, cuyo objetivo era visitar unidades militares para evidenciar ante la tropa la quiebra del gobierno y promover e instigar el repudio a Vargas. La muerte del mayor Vaz era la primera avanzada de los "misioneros", la principal acusación del comité. Después venían la corrupción y la degradación del gobierno, que, además del mar de lodo, incluía el asesinato de los opositores al régimen que clamaban por la moralización del país. Finalmente, se demostraba a los militares —rasos y cabos estaban excluidos— el descalabro administrativo que estaba llevando al país a la ruina.

Las mismas denuncias podían leerse diariamente en los artículos y editoriales publicados por los grandes periódicos del país.

* * *

Al salir de su casa, Alice dejó una carta a Lomagno donde le decía que ya no quería vivir con él. Le pedía al marido que buscara un abogado para tratar el divorcio. Terminaba diciendo que estaba bien de salud, que Lomagno no se preocupara ni la buscara pues oportunamente entraría en contacto con él.

Lomagno encontró la carta poco antes de salir para la asamblea extraordinaria de accionistas de Cemtex. Preguntó a la sirvienta a qué hora había salido Alice. Los dos dormían en recámaras separadas. La sirvienta respondió que la señora se había levantado y salido enseguida, incluso sin tomar su café de la mañana, después de las

nueve. No, no llevaba con ella, al salir, ninguna maleta ni paquete.

Además de Pedro Lomagno, estuvieron presentes en la reunión de Cemtex Claudio Aguiar y media docena de accionistas. Luciana Gomes Aguiar presidía la reunión. El director jurídico de Cemtex, el doctor Rafael Fagundes, dirigió los trabajos. Luciana fue electa presidente de la empresa.

Claudio Aguiar se mantuvo callado, suspirando a veces.

Después de la reunión, Luciana y Lomagno se encontraron en el departamento de soltero de Lomagno, situado en la avenida Beira Mar, cerca de la esquina con la avenida Antonio Carlos. Poco después de que se hicieron amantes, Luciana cambió todos los muebles, alfombras, cuadros vajilla y utensilios de cocina del departamento. Toallas, sábanas y discos los tiró a la basura. “No quiero que nada te recuerde a las mujerzuelas que venían aquí”, dijo Luciana.

Eran conocidos por el portero como el doctor José Paulo y doña Luiza.

Apenas entraron, Luciana abrazó a Lomagno, besándolo en la boca.

La muerte de su marido aumentó el deseo que sentía por su amante. Sin embargo, no ocurría lo mismo con Lomagno. Apartó su cuerpo, para que Luciana no percibiese que su sexo no dio señales de vida después del apasionado beso.

Anteriormente, en las primeras veces que se encontraban, apenas entraba Luciana al departamento Lomagno exhibía la erecta sustancia física de su ardor amoroso, se lanzaba con ímpetu sobre ella, rasgándole la ropa, mordiéndola, violándola, maravillándola. Parte de ese furor era pura escenificación. Pero era verdadero, en los primeros encuentros, el placer que sentía con sus jactancias: cargar a Luciana hasta el cuarto, voltear una y otra vez a la mujer en la cama, haciéndola sentir una frágil muñeca en las manos de un macho poderoso; era verdadero, al principio, el placer fanfarrón que sentía al agotarla y al final recibir el gesto de sumisión de Luciana: las dos manos juntas en una muda súplica de devoción y tregua.

Era algo que él no conseguía fantasear con Alice.

Ahora, fingir con Luciana estaba volviéndose cada vez más penoso.

—Voy rápido al baño —dijo Lomagno.

—No tardes, querido, estoy muriéndome…

En el baño, Lomagno se quitó la ropa y se contempló en el espejo. La visión de su propio cuerpo no consiguió llevar algo de sangre a su pene marchito. Mientras miraba los poderosos músculos de su pecho, de los brazos, de los muslos, Lomagno se sacudió la verga hasta que el tronco y el glande comenzaron a hincharse. Mirar cómo se le endurecía el pene lo excitaba y hacía que le aumentara el flujo de

sangre en los laberintos y cavernas del miembro. Cuanto más se hinchaba en la imagen del espejo, más rígido y grande quedaba el pene en su mano.

Al llegar al momento adecuado, Lomagno corrió para la recámara, se tiró sobre Luciana que estaba acostada de espaldas en la cama diciendo palabras obscenas. Le mordió el pecho, el cuello, los brazos a su amante; apretó violentamente con las manos la carne de las piernas y de las nalgas de Luciana, haciéndola rolar en la cama. Movimiento y fuerza eran los elementos del sexo. Tomó posesión de la mujer.

—Necesitamos hablar sobre nuestra situación —dijo Luciana, sentándose, exhausta, después de colocar las almohadas en la cabecera de la cama para en ellas apoyar su espalda—. Ahora vas a dejar a esa mujer, ¿o no?

—Calma, Luciana. Tenemos que esperar un poco; tú sabes eso tan bien como yo.

—Su padre y su madre le dejaron mucho dinero a Alice. ¿Quién lleva sus negocios?

—Yo. La mayor parte la invertí en inmuebles.

—¿Están casados por separación de bienes o mancomunados?

—Por separación. Mi padre lo creyó mejor así. Pero hoy, Alice tal vez tenga más dinero que yo.

—Pero no tiene más dinero que yo, ni es más bonita que yo —dijo Luciana.

—No sé cuánto tengas tú, pero me imagino que no.

Luciana acarició el cuerpo de Lomagno. Lomagno tomó la mano de la mujer, apartándola de su sexo. Sudores en el rostro. Se acordó de Freitas, en el restaurante A Minhota, llamando a Luciana harpía ninfomaniaca. Se limpió el sudor de la frente con la mano. Bromeó:

—Doña Mesalina, tengo que telefonear.

—Espera… Luego lo haces —susurró Luciana.

—Es urgente. Un negocio importante.

* * *

El comisario Mattos pasó la mayor parte del día buscando obtener informaciones sobre Anastacio, *Cegueta*, y sobre el presidiario Bolao. Quien por fin le dio la información fidedigna que quería fue un reportero de *O Radical*, que recibía dinero del *bicheiro* Ilidio, dueño de los establecimientos de *bicho* próximos al periódico, en el centro.

—Saco algo de lana de ese cabrón porque el periódico no me paga y mi mujer, lo sabes, está tuberculosa y la tengo internada en Belo Horizonte.

—Lo sé, lo sé.

—Mattos, tú no recibes cortas de los *bicheiros*, lo sé, pero eres una de las pocas excepciones; todo el mundo está metido con ellos. Políticos, jueces, gente que si te dijese el nombre no lo ibas a creer. Daría para un reportaje del carajo. El asunto es que nadie iba a publicarlo. Ni yo estoy loco para poner eso en el papel.

—¿Ese *Cegueta* trabaja para Ilidio? ¿Estás seguro?

—Sin la menor duda. Bolao también.

Antes de despedirse, Mattos oyó pacientemente, mientras su estómago ardía, contar al reportero sus vicisitudes y sufrimientos.

Al llegar a su departamento dos sorpresas lo esperaban. En la sala, sentadas en silencio en torno de la mesa Alice, Sálete y una negra vieja.

Todas se levantaron cuando el comisario entró. El percibió que su llegada aliviaba alguna tensión entre ellas.

—Le pedí a Sálete que te esperara. Ella quería irse y no la dejé— dijo Alice—. Vino a presentarte a su madre.

—Esta es mi madre —dijo Sálete.

La mujer se levantó y extendió la mano a Mattos.

—Mi hija dice que usted es muy buena con ella.

Mattos apretó la mano de la madre de Sálete.

—Mucho gusto. Tengo el mayor respeto y admiración por su hija.

—Muchas gracias. Me llamo Sebastiana. Estoy muy feliz de estar aquí… Había perdido a mi hija. ¿Se imaginan, perder una hija y terminar encontrándola?

—Alice es muy simpática —dijo Sálete.

—Muy simpática —repitió la madre.

—Quien es simpática es Sálete —dijo Alice.

La segunda sorpresa: una consola con un tocadiscos nuevo, un montón de discos *long-play*, paquetes cerrados de varios tamaños, esparcidos por el piso; una cama nueva, matrimonial.

El sofa-cama Drago había desaparecido.

—¿Qué cosas son éstas? —Mattos señaló los paquetes en el piso.

Alice mirando a Sálete:

—Después hablamos… Nosotros fuimos novios, casi nos casamos, ¿no es así Alberto?

—Pero ahora él es mi novio —dijo Sálete.

—No voy a discutir —dijo Alice.

—Yo tampoco voy a discutir —dijo Sálete.

Mattos tampoco iba a discutir con nadie.

—Voy a tomar un vaso de leche —dijo. Tomó la leche del

refrigerador y se fue a la recámara. Sintió los resortes de la cama nueva ceder bajo el peso de su cuerpo, mientras tomaba leche, pensativamente. Doctor Amoldo: *Se comporta pródigamente; en cierta ocasión me dio un reloj de oro.*

Las dos mujeres más jóvenes permanecían de pie en la sala mirando hacia paredes opuestas.

Sebastiana, respetuosamente:

—¿Usted tiene madre, hija mía?

—Mi madre murió.

—Pobrecita. ¿De qué?

—Cáncer.

—Esa es un enfermedad muy mala.

—No vamos a hablar de cosas tristes, mamá.

—Sólo quería romper el silencio.

—¿El va a querernos de novias a las dos? —preguntó Sálete.

—Eso es imposible —dijo Alice.

—El padre de Sálete tenía diez al mismo tiempo.

—Tener diez no es tan complicado como dos —dijo Alice.

—El era una mariposa. Decía que las mujeres eran flores.

—Un portugués guapo y astuto —dijo Sálete.

—Sálete se parece a él. La cara es la del padre.

—Yo no soy bonita.

Mattos regresó a la sala.

Sálete y Alice lo miraban, preocupadas.

—Tu madre es una señora muy simpática. Me gustaría en alguna oportunidad platicar más con ella… Yo… yo…

—¿Quieres que nos vayamos ahora? —Sálete puso las dos manos en el pecho. Parecía que su corazón se iba a detener.

—No es eso. Necesito tener una conversación privada con Alice. Por favor. Después te telefoneo.

—Vámonos, hija, el muchacho te lo está pidiendo.

Sálete sintió ganas de llorar, pero se dominó. No iba a pasar esa humillación frente a aquella rubia parlanchína.

Al despedirse volvió el rostro para que Mattos no consiguiera besarla. Y también para que no viera sus ojos húmedos. Corrió a la puerta, seguida por su madre.

Mattos y Alice solos.

—¿Dónde está mi sofá-cama Drago?

—Le dije a los cargadores que lo sacaran.

—¿Estás tomando tus medicinas?

—No necesito tomar medicinas. Me siento muy bien. No creas en lo que otros dicen.

—¿Para qué compraste todo esto?

—Para ti. ¿Quieres oír una ópera en el tocadiscos nuevo? *Elíxir de amor* tiene aquella aria, *Una furtiva lacrima*, que te hacía llorar cuando joven.

—No, no quiero oírla. Deja ese disco y siéntate aquí junto a mí.

—Está el *Parsifal*, prometo no aplaudir al final del primer acto…

—Deja de andar de un lado a otro y siéntate aquí cerca de mí. Por favor.

Alice se sentó en una silla al lado de Mattos.

—Alice, presta atención; yo no puedo aceptar esto. Voy a tener que devolverlo; lo siento mucho.

—Está todo pagado. La tienda no acepta devoluciones.

—Entonces lo mando a un asilo de ancianos.

—Los viejos son sordos y no les gusta la ópera.

—No estoy bromeando, Alice.

—¿Quieres saber qué les gusta a los viejos de los asilos? Dulces y visitas, para conversar. A las viejas también les gusta el agua de colonia, el carmín para labios y el polvo de arroz.

—No estoy bromeando, Alice.

—Lo sé porque, cuando mi antigua nana fue internada en el asilo…

—Todo esto tiene que sacarse.

Alice comenzó a llorar.

—Deja entonces la cama, las óperas, los platos, los vasos y los cubiertos.

Mattos buscó un *Pepsamar* en su bolsillo. Nada. Los vecinos de junto comenzaron a discutir en voz alta. Cerró la ventana. Encendió la luz.

—Está bien. Vamos a oír *Elixir de amor*.

—Tus tazas son muy feas y todas están rotas —dijo Alice riendo, mientras colocaba el *long-play* en el tocadiscos nuevo.

15

Doña María salió de Tinguá el domingo muy temprano, aprovechando el aventón de don Onofre Braga, que iba a Rio a visitar a un pariente enfermo.

Apenas llegó a Vilar de Teles, doña María telefoneó a un conocido suyo, el teniente Niemeier, de la Fuerza Aérea.

Poco tiempo después, dos automóviles particulares llegaron al número 57 de la calle Santa Isabel. Los carros estaban marcados con dos cruces blancas, una en el parabrisas y otra en el cristal trasero. Veintiséis carros particulares, identificados por cruces blancas, como aquellas, pertenecientes a oficiales de las tres Fuerzas Armadas, ayudaban en las diligencias para buscar y aprehender a los involucrados en el crimen de la calle Tonelero.

—Doña María, éste es el coronel Aquino —dijo el teniente Niemeier—. Cuéntele lo que usted me dijo por teléfono. Doña María fue escuchada atentamente por los militares.

—¿Tiene usted la certeza de que el hombre es Climerio?

—Don Oscar dijo que se llamaba Almeida.

—¿Quién es ese don Oscar?

—Su compadre. Los dos estaban juntos en la tienda de don Simplicio. Como dije, ese hombre está viviendo en la granja de don Oscar.

—¿Cómo es él? ¿Puede describirlo?

—Es más o menos de su estatura. Tiene la cara marcada de viruela. Habla como gaucho.

—¿Dónde queda la granja exactamente?

—Queda cerca de Tinguá. En un cerro, nunca he ido.

—Tinguá queda en Baixada Fluminense —aclaró Niemeier.

Después de oir varias veces el relato de doña María y de pedirle que no hablase sobre aquello con nadie, pues podría perjudicar las diligencias que se realizarían para aprehender al asesino, los militares subieron a sus autos y se fueron.

Antes de que los autos partieran, María dijo al coronel Aquino, en voz alta para que los otros militares también oyeran:

—Por el doctor Carlos Lacerda hago cualquier cosa.

* * *

Luciana llamó por teléfono a Lomagno.

—¿Sabes qué me gustaría hacer hoy? Ir a comer en el palco especial del Jockey, durante las carreras de caballos.

—A mí también me gustaría, pero no creo que sea conveniente.

—¿Qué tal si nos encontramos en Beira Mar?

—Estoy esperando un telefonazo…

—¿De quién?

—De Chicao.

—¿De Chicao? ¿Y qué quiere?

—No sé. Yo no estaba cuando llamó.

—Podríamos hacer un viaje.

—Vamos a esperar un tiempo.

—Mi vida es tan insípida… Cómo son aburridos los domingos… ¿Alice ya regresó de Sao Paulo?

Lomagno dudó.

—Aún no. Descubrí que se llevó el diario que estaba escribiendo.

—¡Diario! Eso es cosa de jovencitas. Yo llevaba un diario cuando tenía doce años. ¿Qué diablos escribe en su diario? ¿Sus ataques de locura?

—Ella no tiene ataques de locura.

—¿Ahora defiendes a tu mujercita?

—No es nada de eso. No me gusta que hables mal de ella. Lo sabes.

—¿Qué es lo que escribe en su diario?

—No sé. Nunca lo leí.

—¿Nuca tuviste curiosidad?

—No.

—¿Tienes miedo de descubrir que ella tiene un amante? Todas las mujeres tienen un amante, ¿sabías? Y dicen la verdad a su diario. “Querido diario estoy apasionada; mi marido es un insípido necio y me encontré a ese joven delicado que me regala rosas rojas”. Las hipócritas como Alice son las peores.

—¿Y tú? ¿Tienes un diario?

—Aún no. Por mientras sólo tengo amante. Que no me da rosas rojas.

—¿Qué te pasa?

—¡Los domingos son tan insípidos! ¡Y éste apenas está comenzando!

—Estás nerviosa. Cálmate.

—No estás esperando ningún telefonazo de Chicao. Eso es una disculpa para no verme. Ya no eres el mismo.

—Qué bobada.

—No intentes engañarme. Yo no soy Alice. Te prevengo. Mi locura no es tranquila.

—¿Bebiste?

—Una copa de champaña no emborracha a nadie.

—¿Tan temprano?

—Son las once. Vamos a vernos en Beira Mar, mi amor. Por favor. Te lo suplico.

¿Habría dejado la copa de champaña y juntado las dos manos en gesto de oración, como hacía después de coger? Lomagno se limpió el sudor de la frente.

—Tengo que telefonear a Chicao.

—¿No es él quien quiere hablar contigo?

—Sí, pero si Chicao no llama, tengo que buscarlo para saber qué quiere.

—Dijiste que no sabías dónde estaba Chicao. Dijiste que le habías ordenado que se escondiera. ¿Cómo es que le vas a llamar? Pedro Lomagno, ¡yo no hice lo que hice para que ahora trates de hacerme tonta!

Harpía ninfomaniaca. Por su culpa, dos personas habían muerto. ¿Cómo es que las cosas habían llegado hasta ese extremo?

—¿Oíste lo que te dije?

—Te oí, Luciana…

—Entonces nos vemos en el Beira Mar. ¡Ahora! Que se vaya al diablo Chicao.

—Imposible, querida, sé razonable.

Luciana cambió de tono. Ahora sarcástica y amarga:

—¿Alguna vez ese negro te sirvió de mujer? ¿O tú le serviste de mujer?

—No digas idioteces.

—Paulo lo hacía. ¿Por qué tú no?

—Tu marido era distinto a mí.

—Eres un maricón igual que él.

Lomagno colgó. Perplejo, aturdido, Lomagno analizó lo que estaba sintiendo. Un mes antes, él estaba dominado por un permanente e insoportable deseo de estar junto a aquella mujer, de comer y beber junto a ella, de irse a la cama con ella. Se acordaba de lo gracioso de sus encuentros públicos fingidamente casuales, cuidadosamente planeados; de una ida al ballet donde él, desde el fondo de su palco, pasaba la noche mirándola con los binoculares, mientras Luciana,

sabiéndose observada, le hacía sutiles gestos disimulados, se pasaba la lengua por los labios, o los mordía, o acariciaba discretamente sus senos casi desnudados por el escote del vestido de noche. Súbitamente, inesperadamente, él se cansó de ella; como se cansaba de todo, era verdad, pero nunca de aquella manera. El no conseguía entender qué había causado aquel repentino, y tan fuerte, sentimiento de aversión. ¿La muerte de Paulo, planeada por ella? El despreciaba a Paulo. Y Paulo tenía que morir o acabaría llevando a Cemtex a la quiebra. ¿Qué era entonces? Ahora, él sentía ganas de tener a Alice a su lado. ¿Amaba a Alice? Tal vez él no estuviese haciendo las preguntas correctas, tal vez no estuviese respondiendo correctamente a las preguntas correctas o a las preguntas equivocadas que se hacía a sí mismo. Tal vez no existiera una pregunta que hacer, ni existiera una respuesta al ofuscamiento, a la perturbación que sentía en aquel momento.

* * *

Como siempre, Mattos despertó antes que Alice, quien dormía con él en la cama nueva.

Pero no habían dormido bien.

Ambos estaban inmóviles en la oscuridad, con los ojos cerrados. Alice se divirtió durante algún tiempo con las imágenes oscuras que se formaban bajo sus parpados cerrados: gases negros expandiéndose como tempestuosas nubes de carbón en una insondable bóveda opaca asumían formas casi indistintas en mutación continua: un rostro sin ojos, una mariposa negra, un jorobado, su propio rostro…

—¿Estás dormido?

—No —dijo Mattos—. Siempre tardo en dormirme. (Cuando dormía con una mujer).

—Creo que voy a tomar otra píldora —dijo Alice.

Mattos se levantó, encendió la luz y fue a la cocina a buscar un vaso de agua.

Alice vestía una blusa de manga corta cerrada hasta el cuello. Mattos vestía un pantalón y una camisa de manga larga, que se había arremangado hasta los codos. Ninguno de los dos quería quedar desnudo y en reposo frente al otro.

—Es mejor tomar una píldora y dormir que quedarse despierta, ¿no crees?

—¿No quieres un vaso de leche caliente? —preguntó Mattos, preocupado por el pálido y flaco rostro de ojeras oscuras de la mujer.

—Está bien. Si no funciona, tomo la píldora.

Se sentaron en la orilla de la cama, tomando leche tibia.

—¿Sientes rara la cama nueva? —preguntó Alice.

—No tengo sueño.

—¿Dormías mejor en aquel sofá?

—Siempre duermo.

—¿Estás sentido conmigo por lo del sofá-cama Drago?

—No. Acuéstate. Vamos a ver si ahora consigues dormir.

De nuevo en la oscuridad.

—¿Puedo abrazarte?

—Puedes.

Alice abrazó a Mattos.

Dormir abrazado a una mujer era algo cansado y desagradable para Mattos. Una mujer prendida a él no lo dejaba pensar claramente.

Ahora en la sala, Mattos, que se había vestido como si fuese a ir a trabajar, pensaba en la mujer que dormía en el cuarto. Si tuviese un amigo le preguntaría qué haría en una situación semejante. Su amor propio quedó muy herido cuando ella lo abandonó. Nada ganaba Alice con volver ahora, humilde, loca, abúlica. El ya no quería vivir con ella. No quería vivir con ninguna mujer.

Alice apareció en la sala.

—¿Vas a salir?

—Siempre me visto cuando me levanto. Me baño y me visto. Pero no me puse la corbata.

—Es verdad. No te pusiste la corbata.

—No sé cómo decirte esto…

—¿Esto qué?

Alice parecía haberse consumido durante la noche. Las ojeras no habían desaparecido con la noche de sueño y se destacaban en la piel anémica de su rostro.

—No es nada importante. Luego platicamos.

—Qué bueno. Yo despierto completamente embotada. No despierto totalmente hasta… ¿Esto qué? ¿Qué es lo que no sabes cómo decirme? ¿Es algo desagradable?

—No… No es… Ya te dije que no es nada importante…

—Quiero saberlo ya. Por favor…

—Aquí no es un buen lugar para que te quedes. Es eso.

—¿Por qué?

—Por varios motivos. El otro día vino un hombre aquí a matarme.

—¿Te quedaste con miedo?

—No.

—Entonces yo tampoco tengo miedo.

—Este lugar no es confortable… Es muy pequeño…

—¿Me estás corriendo?

—No, no es eso… Tú podrías alquilar un apartamento para ti; un lugar mejor, más confortable… Eso no te sería difícil.

—¿Te irías a vivir conmigo?

—Después veríamos.

—¿Después? ¿Cuándo?

—Eres una mujer casada.

—Separada.

—Después veríamos.

El teléfono sonó.

—Doctor Mattos, aquí Leonidio, del Instituto Médico Legal. Hoy es domingo pero creí que tal vez usted quisiera venir aquí inmediatamente. Apareció un cadáver con las características del sujeto que usted estaba buscando.

—Voy para allá.

—¿Adonde vas? —preguntó Alice.

—A una diligencia.

—¿Adonde?

—Calle de los Inválidos.

—¿Calle de los Inválidos? ¿Y qué hay en la calle de los Inválidos?

—Una dependencia pública.

—¿Vas a tardarte?

—No sé. Piensa en lo que te dije.

—No te tardes. Te voy a esperar para irnos a almorzar juntos. ¿O quieres que te haga el almuerzo? Puedo salir a comprar lo que sea necesario. ¿Te gusta la carne?

—No me esperes, por favor. Rara vez almuerzo. Ando mal del estómago.

—Sí te voy a esperar.

Leonidio levantó la despintada sábana azul, mostrando el cadáver sobre la mesa de metal. Al levantar la sábana, el olor del cuerpo se expandió por la sala.

—¿Es éste?

—Sí. Su nombre es Ibrahim Assad. ¿Dónde lo encontraron?

—En Floresta da Tijuca. Lo mataron de un tiro en la nuca.

—¿Cuándo?

—¿Qué día es hoy?

—Día 15.

—Día 11 o 12. ¿Qué marcas son ésas, en la boca y en el rostro?

—Hormigas. Se lo estaban comiendo las hormigas.

No había mucha diferencia entre los varios olores mefíticos que podía despedir un hombre muerto y un ratón muerto. Había cadáveres, de animales y de hombres, que olían a queso echado a perder; otros a brócoli podrido; otros a carne de puerco rancia; otros a frijol echado a perder, etcétera; ese repugnante catálogo de los hedores de la putrefacción, recogidos por la sensible nariz de Mattos, se acrecentaba con nuevos olores a medida que encontraba más cadáveres pestilentes en su trabajo.

El comisario caminó por la calle Riachuelo en dirección a Lapa sintiendo en el aire el olor a col podrida del cadáver de Ibrahim Assad. Atravesó Arcos, pasó frente a la puerta del cine Colonial y continuó caminando por la calle Joaquim Silva hasta llegar a Conde Lage.

La calle de las prostitutas elegantes de su infancia. El iba a verlas en la noche, cuando mataba clases en la época que estudiaba primero de secundaria en la escuela nocturna. Las mujeres se movían suntuosas bajo las luces de los candelabros con sus largos vestidos elegantes de satín, sus rostros de blancura inaudita, bocas rojas y ojos brillantes, distribuyendo sonrisas a los clientes. De pie en la calle oscura, viéndolas de lejos, a través de las ventanas de los caserones, él percibía en las sonrisas de esas mujeres algo más que el deseo de seducir, algo secreto que se translucía cuando una de ellas miraba a otra; ahora él sabía que era desdén y escarnio.

Nunca estuvo en aquella calle de día.

Tantos años después, la calle le parecía insulsa y melancólica. Los árboles eran menos imponentes. Las grandes pensiones —así eran llamadas eufemísticamente— se habían transformado en vecindades con fachadas arruinadas, ventanas y portones rotos. La única mujer que vio fue una lavandera con un costal de ropa en la cabeza.

Caminó hasta los jardines de la Plaza París, en Gloria, y se sentó en una banca. Un muchacho miraba la copa de un almendro, buscando frutos. Aquella especie de almendra daba un fruto amargo, que sólo un chiquillo miserable se comería. El, cuando tenía la edad de aquel muchacho, iba a la plaza a arrancar a pedradas, para comer, los frutos más maduros de aquellos árboles, color amarillo oscuro con manchas rojizas.

—En esta época del año no hay almendras —gritó Mattos al chiquillo—, nada ganas con buscar.

—¿En ningún árbol?

—En ninguno.

Ya que tenía las piedras en la mano, el chiquillo se las tiró al árbol y se fue.

Mattos siguió por Ribera de Flamingo hasta la calle Machado de Assis, de donde llegó a la glorieta Machado y de ahí a su casa, en

Marqués de Abran tes.

Alice oía *Elíxir de amor.*

—*¿Quieres oír Una furtiva lacrimal?*

—No, por favor, no.

—¿Quieres que apague el tocadiscos?

—Sí, por favor.

—¿Estás triste? ¿Qué hubo en la calle de los Inválidos?

—No fui a la calle de los Inválidos.

—Llamé por teléfono a Pedro. Le dije que estaba aquí.

—¿Qué te dijo?

—Que regresara a casa. Le dije que no volvía. Me dijo que me amaba. Que había roto con aquella mujer. Creo que me ama, sólo que es muy egoísta. Me mandó buscar al doctor Arnoldo. Le respondí que estoy sana y no necesito a ningún doctor Amoldo. Dije que te amo y que sólo te necesito a ti.

* * *

A pesar de ser domingo, un grupo de senadores del PSD se reunió en el edificio Seabra para discutir la situación política del país y oír las informaciones que Freitas acostumbraba obtener de sus variadas fuentes.

Freitas tenía un amigo con un alto puesto en palacio, el jefe del Gabinete Civil, Lourival Fontes, que llevaba un doble juego, realizando contactos secretos con aliados y enemigos del gobierno; un viejo sistema utilizado por Fontes desde la época en que era el todopoderoso jefe del DPP —Departamento de Prensa y Propaganda— en la época de la dictadura; una táctica que aprendió de Filinto Müller, el entonces jefe de la policía política de Vargas. Freitas tenía también sus espías en las huestes lacerdistas, y sabía que alguien desde dentro de Catete, tal vez el propio jefe del Gabinete Civil, transmitía ocultamente al archienemigo Lacerda informaciones confidenciales sobre lo que sucedía en las reuniones secretas del palacio de gobierno. La traición era parte del juego político. Ahora aún más, cuando la prensa, los militares, los políticos, los estudiantes, la Iglesia contribuían, todos, con exaltado ardor a la confusión que comenzaba a dominar al país.

Ese grupo comenzó a ser conocido como “los independientes de Vitor Freitas”, gracias a las notas sembradas en la prensa por un reportero de *O Jornal* que cubría las actividades del Senado, y que le debía a Freitas el favor de un nombramiento de procurador del Instituto de Albergues y Pensiones de los Comerciantes; era común

que los periodistas que cubrían las fuentes del Parlamento o de los órganos del Ejecutivo consiguieran cargos públicos que terminaban volviéndose vitalicios; los institutos de pensiones y albergues del Ministerio de Trabajo eran los preferidos por los periodistas por varias razones; una de ellas era el hecho de que no necesitaban presentarse regularmente en su empleo.

Severino servía bebidas y botanas mientras los independientes de Vitor Freitas analizaban la situación.

—¿Qué opinan de que Lutero haya ido a la República de Galeao para ser interrogado? Lodi se rehusó a hacer uso de su inmunidad parlamentaria para no atender el citatorio.

—Getulio le ordenó a Lutero que fuera —dijo Freitas—. Lutero renunció, momentáneamente, a su inmunidad y fue a Galeao acompañado de Adroaldo Mesquita da Costa, vicepresidente de la Cámara de Diputados. Adroaldo me contó, en confianza, lo que pasó. El coronel Adyl de Oliveira no se dignó a recibir al diputado. Mandó a un subordinado, un mayor o coronel de nombre Toledo, a interrogarlo. Cuando llegaron, Toledo le dio a Lutero una hoja de papel diciendo: "Lea eso, diputado". Era la declaración de Gregorio en el interrogatorio a que fuera sometido. Aterrorizado —ése fue el término que usó después con Adroaldo—, Lutero leyó lo que estaba escrito. Gregorio decía con todas sus letras que quien había ordenado el crimen de la calle Tonelero era él, Lutero. En su declaración, Gregorio hacía, incluso, referencias vejatorias a Getulio. Lutero había protestado, dicendo que aquellas declaraciones no pasaban de ser una torpe difamación, un enredo para envolver su nombre y así hundir a su padre; que el atentado mereció del presidente la más viva repulsión y que nadie más que él estaba empeñado en el completo esclarecimiento de los hechos y en el severo castigo a los responsables. Adroaldo dijo que fue bastante elocuente, pero sabiendo, como sabemos, que Lutero nunca fue capaz de improvisar ni las más insufribles piezas oratorias, todo indica que él declamó un texto escrito por otra persona.

—Probablemente por Tancredo. Me consta que él lo consultó antes de ir a declarar.

Severino sirvió más bebida y botanas.

—¿Qué más dijo Adroaldo?

"¿Quiere ver a Gregorio?", preguntó Toledo. Parece que Lutero dudó. Estaba claro que Toledo quería hacer un careo que colocase a Lutero en una situación desmoralizadora. Pensaba que tenía los ases en la mano para eso. Toledo tomó a Lutero por el brazo: "Vamos, diputado, lo llevo adonde él está". Caminaron por un largo corredor, Lutero, Adroaldo y algunos militares; entre ellos, Toledo agarrando el brazo de Lutero. Abrieron una puerta y allá estaba, sentado en una

cama, el Angel Negro. Gregorio miró a los que llegaban, con una mirada vaga, y regresó a la meditación taciturna en que parecía sumergido. Todos quedaron desconcertados con el comportamiento de Gregorio. Toledo, sin duda, esperaba que Gregorio, probablemente obedeciendo algún acuerdo hecho con sus captores, atacase a Lutero de frente. Lutero esperaba que Gregorio se levantara, con la deferencia que siempre le dispensaba, y se disculpara, de alguna manera, por lo dicho en su declaración. Toledo pareciendo sorprendido ante la indiferencia y alejamiento de Gregorio, repitió varias veces sin romper el mutismo del Angel Negro: “Gregorio, el diputado Lutero Vargas está aquí”.

—¡Entonces Gregorio acusó a Lutero! Nunca pensé que él hiciera eso, fuese o no Lutero quien lo ordenó'.

—Lutero creía, según Adroaldo, que Gregorio debió ser interrogado bajo el efecto de alguna droga, escopolamina o algo así, para forzarlo a decir lo que dijo. Lutero afirmó, incluso, que pusieron a Gregorio en un avión de la FAB y amenazaron con tirarlo al mar si no firmaba aquella confesión.

Una encendida discusión se estableció entre los “independientes”.

Para unos, Lutero era inocente; para otros, era lo suficientemente tonto para cometer una idiotez de aquellas. Todos concordaban en que la situación política se agravaba a cada momento. Cuando se le apresara, decían unos, Climerio haría declaraciones que ciertamente causarían una mayor agitación; si dejan a Climerio vivo, respondieron otros.

Todos los parlamentarios estaban de acuerdo en que eran grandes los intereses que estaban en juego. Incluso los de ellos.

Las maquinaciones políticas en que Freitas se involucró durante los últimos días habían puesto en segundo plano sus preocupaciones por el comisario Mattos. La política era, para Freitas, una especie de afrodisiaco. Los planes contingentes que armaba, tejiendo los hilos de una intrincada trama cuyo objetivo era obtener el máximo de provecho de la compleja y caótica situación política del país, lo dejaban en un estado de euforia donde el deseo sexual se mezclaba con sueños ambiciosos de conquista de un poder aún mayor. En la noche anterior, él había satisfecho esa necesidad imperiosa con uno como él, que le dio mucho placer y alegría, con lo que aumentó su motivación para proseguir en las complejas articulaciones que planeaba.

Aquel día, el senador despertó pensando en el problema representado por su asesor Clemente y le telefoneó para pedirle que se

fuera al edificio Seabra, tan pronto terminara la reunión de los "independientes".

Buscando ser persuasivo, Freitas dijo a Clemente que iba a tener que reorganizar su equipo. Un sobrino, joven abogado brillante, se cambiaba a Rio de Janeiro y él, Freitas, no podía dejar de atender al pedido de su hermana para incluirlo en su equipo.

—A pesar de su juventud, él es profesor adjunto de la Facultad de Derecho. Un chico lleno de títulos, altamente calificado. No puedo dejar de nombrarlo jefe de mis asesores.

Clemente oía en silencio, con rostro inescrutable.

—Como sé que a ti no te gustaría ser subordinado de un hombre más joven (conozco bien tus bríos, tu altivez, querido), estoy pensando en conseguirte un nombramiento de procurador en el Banco de Brasil. Ya hablé con Souza Dantas sobre eso.

—Voy a pensarlo —dijo Clemente.

—Ayúdame a resolver este problema. Es mi único sobrino. Nosotros continuaremos siendo amigos… Nada cambiará entre nosotros dos…

Clemente repitió que iba a pensarlo. Sin decir más, se retiró.

16

Los mercados de cambio y del café abrieron a la expectativa; en su mayoría, los operadores de bolsa no estaban muy seguros en cuanto a la interpretación de la Resolución 99 de la Sumoc —Superintendencia de Moneda y Crédito— que estableció la tasa fluctuante de cambio.

Los precios en dólares para el café y otras mercancías comenzaron a variar en razón de las tasas de cambio libre, cuyo promedio sería calculado por el Banco de Brasil.

Como resultado de la Resolución 99, el café bajó hasta 65 centavos de dólar por libra. Pedro Lomagno fue informado por Luiz Magalhaes de que la resolución sería emitida. Así, antes de que la nueva directriz de la Sumoc fuese publicada, Lomagno & Cía., junto con otros exportadores a él asociados, consiguieron cerrar los contratos de venta de un total de trecientos mil sacos de café, al precio antiguo de 87 centavos por libra.

Esas operaciones fueron del conocimiento de otros comerciantes de café, que acusaron al gobierno de proteccionismo y alegaron haber sufrido un perjuicio de mil millones de cruceiros con la resolución, pues el ministro de Hacienda, Oswaldo Aranha, y el presidente del Banco de Brasil, Souza Dantas, habían garantizado que el precio mínimo del café no sería alterado.

La Confederación Nacional de Comercio distribuyó una nota apoyando la medida adoptada por el gobierno.

El mercado libre de cambio se mostró cauteloso. El tipo de cambio fue fijado en 60 cruceiros por dólar.

* * *

La vieja camioneta de policía transportaba al comisario Mattos por la avenida Brasil, dejando tras de sí una humareda negra que salía del escape. El había llegado a la delegación muy temprano, tomó la camioneta y habló rápidamente con Padua, a quien sustituiría al mediodía, sobre la conversación que tuviera con Anastacio.

—El puto ese quiere arreglarse porque tiene miedo de morir —dijo Padua—. Entonces don Ilidio, ¿eh?… —Padua lanzó una pequeña

carcajada burlona mientras contraía los músculos de los brazos.

—Cuando regrese de Galeao, conversaremos más sobre esto —dijo Mattos.

En el puente de la isla del Gobernador aparecieron las primeras patrullas de soldados de la Fuerza Aérea, fuertemente armados. La camioneta del comisario Mattos fue detenida tres veces, para identificar a sus ocupantes, antes de entrar al aeropuerto de Galeao, donde quedaba la base militar de la Fuerza Aérea, sede de la Investigación Policiaca Militar del asesinato del mayor Rubens Vaz. Al inicio de la IPM, la base era llamada en son de burla, por los getulistas, República de Galeao. Un gobierno dentro del gobierno. Pero en los último días no se hacían más bromas sobre las investigaciones de la Fuerza Aérea.

En la entrada de la base, la camioneta fue obligada a detenerse una vez más, frente a una barrera. El oficial de guardia fue llamado y Mattos le dijo que quería hablar con el coronel Adyl.

El comisario esperó mucho tiempo, dentro de la camioneta, vigilado por un soldado armado con ametralladora y apostado al lado del auto. El oficial de guardia volvió, le dio instrucciones al chofer acerca del lugar dónde debía estacionarse y le dijo al comisario que lo acompañara.

La base estaba transformada en una agitada plaza de guerra. Helicópteros militares Bell y aviones de caza P-40, los Tomahawk, estaban en la pista, con sus pilotos listos. Camiones y *jeeps* ocupados por soldados del Ejército, de la Fuerza Aérea y por fusileros navales, fuertemente armados, aguardaban órdenes para entrar en acción. Se veían carros con los reflectores usados por las baterías antiaéreas del Ejército.

—Hemos armado una operación militar para pescar a ese bandido. Sabemos que está escondido en la selva de Tinguá —dijo el oficial de guardia, con orgullo—. Ahora no se nos escapa.

El comisario siguió al oficial hasta una sala donde estaba un capitán de la Fuerza Aérea, en uniforme de campaña, con una pistola .45 en una funda que llevaba a la cintura.

—Soy el capitán Ranildo. El coronel Adyl me pidió que lo recibiese.

El comisario habló de sus sospechas sobre el involucramiento de Gregorio Fortunato en el asesinato de Gomes Aguiar. Dijo que tal vez fuera un caso de crimen pasional entre homosexuales. El capitán oyó al comisario en silencio, controlando su exaltación lo mejor que podía. Mientras el comisario hablaba, Ranildo se levantó de la silla donde estaba sentado, atrás de un escritorio, y tomó el teléfono que tenía

enfrente, todavía sin hacer ninguna llamada.

—Me gustaría poder interrogar a Gregorio Fortunato —dijo el comisario.

—Espere aquí un momento —dijo el capitán.

Ranildo fue hasta el despacho de su superior inmediato, el mayor Fraga, y le contó lo dicho por el comisario.

—Ese negro loco es muy capaz de haber hecho eso; no me sorprendería —dijo Ranildo.

—No me gusta eso —dijo Fraga—. ¿Gregorio envuelto en un crimen de homosexuales? No confío en la policía; hasta ahora no han conseguido aprehender a Climerio. ¿Recuerdas al delegado Pastor intentando demostrar que las heridas mortales de Rubens Vaz podrían haber sido causadas por los disparos que Lacerda descargó contra el pistolero?

—¿Quiere usted hablar con el comisario?

—Dijiste que tenías un amigo en la Orden Política y Social. Intenta obtener con él los antecedentes de este comisario. Todo en secreto. Mientras haces eso voy a platicar con él. Informa al coronel Adyl lo que está pasando.

Fraga, que estaba desarmado, tomó del cajón un cinturón con una pistola .45, que se puso a la cintura.

El comisario se levantó cuando Fraga entró a la sala.

—Buenos días, comisario. El capitán Ranildo me habló de sus investigaciones. El problema es que la autorización para interrogar a Gregorio Fortunato sólo puede ser dada por el coronel Adyl, el encargado de la IMP, y él no está en este momento.

—Lo espero —dijo el comisario—. Mi interrogatorio será hecho en presencia de un militar, en caso de que así lo requieran.

Fraga tomó una cajetilla de cigarros del bolsillo y se la ofreció al comisario.

—No fumo, gracias.

Fraga tardó en encender el cigarro y en colocar la cajetilla de nuevo en su bolsillo.

—Usted entiende que el momento que enfrentamos es muy delicado. Una situación política de la mayor gravedad. Finalmente, las personas directa e íntimamente ligadas al presidente de la República están involucradas en uno de los crímenes políticos más hediondos que se han cometido en este país.

Mattos se quedó callado.

—Gregorio es uno de los involucrados —continuó Fraga—, pero existen otros, encima de él. Ya sabemos, por la confusión del pistolero Alcino, que Lutero Vargas, el hijo del presidente, es uno de los autores intelectuales. Queremos descubrir toda la verdad, por más horrible e

impactante que sea para el pueblo brasileño. Gregorio Fortunato tiene aún muchas cosas que decir sobre ese repugnante crimen Usted estará de acuerdo conmigo en que fue un crimen repugnante, ¿o no?

—Para mí todos los crímenes son iguales. Soy un policía.

—Pero incluso para un policía existen crímenes más nefastos que otros.

—A los policías no nos compete hacer juicios de valor sobre un hecho ilícito. —Pausa—. El mejor policía sería tal vez un autómata que conociese bien la ley y la obedeciese ciegamente.

Fraga meditó sobre lo dicho por Mattos.

—Toda autoridad contiene, en cierta forma, la responsabilidad de juzgar —dijo Fraga.

—Toda autoridad contiene, en cierta forma, algo de corrupto e inmoral —dijo el comisario.

Fraga miró sorprendido al policía, sin saber qué decir. Prefirió ignorar la observación.

—No hablo de juzgar como un juez. Ftablo de juzgar como un hombre de bien —dijo Fraga.

—Esos que se consideran hombres de bien no siempre son buenos policías.

—Pero el señor es un hombre de bien, ¿no es así, comisario? ¿O me va a decir que esa vergüenza, la corrupción, el mar de lodo que cubre a nuestro Brasil, no le preocupan?

—Coronel…

—Mayor.

—Mayor, la única cosa que me preocupa es hacer bien mi trabajo.

El estómago del comisario comenzó a arder.

El capitán Ranildo entró a la sala.

—¿Podemos platicar un minuto, mayor?

—Un momento, enseguida vuelvo —dijo Fraga, saliendo de la sala con Ranildo.

En el corredor.

—Ya tengo los antecedentes de ese tipo. Cuando fue alumno de la facultad de derecho, estuvo preso dos veces. Primero en 1944, en la época de la dictadura. Después en 1945, tras la destitución de Getulio, durante la campaña del queremismo, cuando los rojillos apoyaron al ex dictador; aquella cosa repugnante de Prestes de apoyar al hombre que había sido su torturador y el verdugo de su mujer. Parece que nuestro comisario sigue los lineamientos del Partido Comunista.

—Platiqué con él —dijo Fraga—. Tiene unas ideas… extrañas. No es tonto, no.

—¿Cómo es que dejan a un tipo con esos antecedentes entrar a la

policía? —continuó Ranildo—. Cuando todo esto acabe vamos a tener que hacer una limpieza en la policía.

—El tipo puede estar realmente investigando la posible participación de Gregorio en el asesinato de un civil.

—La historia que ese comisario cuenta es demasiado fantasiosa para ser verdadera. ¿Usted cree que Gregorio es homosexual? El es un cínico, un ladrón, un asesino, pero no un homosexual. La información que tenemos de él es que es un mujeriego —dijo Ranildo.

—¿Cuál es entonces el objetivo de ese comisario?

—Enredar la Investigación Policiaca Militar. Creo que la policía quiere tendernos un cuatro. Acusan falsamente a Gregorio, con nuestra colaboración, de haber cometido un crimen; después declaran inocente al negro, envolviéndonos de una forma u otra. Entonces *Ultima Hora* publica con bombos y platillos que así como Gregorio fue injustamente acusado de este crimen inventado por el comisario, también nada tiene que ver con el asesinato del mayor Vaz, etcétera, etcétera —dijo Ranildo.

—Eso me parece muy… rebuscado —dijo Fraga.

—¿Mi tesis o la de él?

—Las dos.

—Mayor, el comisario puede estar aquí de buena fe, cosa que no creo. No sería bueno para nuestra investigación acusar ahora a Gregorio de otro delito que no esté relacionado con el crimen de la calle Tonelero. Puede atorar todo. Ni siquiera hemos tenido tiempo de interrogar bien al hombre. Lo importante es probar que Gregorio mandó matar a Lacerda obedeciendo órdenes de un grupo que incluye a Benjamín, Lutero, Lodi y al mismo Getulio.

—¿Y si Gregorio también cometió el asesinato que dice el policía?

—Entiendo sus escrúpulos, mayor, pero eso puede dejarse para después.

—Después quizá sea tarde.

—¿Cuál es el problema? De cualquier forma, Gregorio se va a pasar el resto de su vida en la cárcel.

—Creo que sería bueno que habláramos con el coronel Adyl.

Los dos militares se detuvieron en la puerta de la oficina del coronel Adyl.

—Espérame aquí —dijo Fraga, entrando en la sala.

Fraga no tardó mucho.

—Ranildo, vaya y dígale al comisario que por el momento Gregorio no puede ser interrogado. El coronel Adyl va a dar inicio a la operación militar para aprehender a Climerio y me dio instrucciones para que yo mismo hable con el jefe de la policía sobre ese comisario.

—¿El coronel confía en Paulo Torres? —preguntó el capitán.

—Torres no es ningún policía chiflado. Es un coronel del Ejército, héroe de la FEB.

Ranildo volvió con Mattos.

—El coronel dijo que Gregorio Fortunato, por el momento, no puede ser interrogado por la policía. El está incomunicado.

—¿Puedo pedirle un favor, capitán?

—Como pedir, puede. No sé si podré cumplirlo.

—Es algo muy sencillo: ¿usted podría decirme si el teniente Gregorio lleva en la mano izquierda un anillo de oro?

Ranildo miró sorprendido al comisario.

—¿Un anillo de oro?

—Sí. Eso es muy importante para la investigación que estoy realizando.

Ranildo fue hasta la ventana y se quedó mirando la tropa alistándose afuera.

—Voy a hacer lo que me pide, pero después se irá. Tengo muchos problemas que resolver.

Ranildo salió de la sala. Un cabo armado, con uniforme de campaña, entró y se apostó rígidamente junto a la puerta.

Ranildo regresó.

—Sí tiene un anillo.

—¿De oro?

Ranildo estiró el brazo.

—Es éste.

—¿Puedo verlo?

Ranildo entregó el anillo al comisario. Un anillo de oro, parecido al que el comisario llevaba en el bolso, un poco más grande, sin ninguna letra o inscripción en la parte interior.

El comisario devolvió el anillo a Ranildo.

—Gracias, capitán. Podemos irnos.

Ranildo llevó al comisario de vuelta hasta su camioneta y se quedó mirando cómo el auto de la policía abandonaba la base.

Diez minutos después se oyó el rugido de los motores de los camiones y de los *jeeps*, el barboteo metálico de las hélices de los helicópteros y de los Tomahawk. Se iniciaba la operación de guerra para aprehender a Climerio.

De vuelta a la delegación para sustituir a Padua, el comisario Mattos preguntó a su colega si se arreglaría con Anastacio.

—No basta con que devuelva las joyas. Necesita además ir contra el *bicheiro*.

—Eso no lo hará.

—Uno puede presionarlo.

—No quiero que lo maltrates. El tipo está arrepentido.

—Tiene miedo. ¿Vas a dejar escapar a un *bicheiro*?

—No. No tengo prisa. Turco Viejo apareció muerto en Floresta da Tijuca.

—¿El? ¿Cuándo?

—Ayer.

—No lo sabía. Ve, le hago un favor soltándolo y se lo echan.

Mattos encaró a Padua, quien sostuvo la mirada del colega.

—Creo que tú mataste a Turco Viejo.

—No quiero discutir contigo, Mattos.

—Fue un crimen estúpido.

—No vamos a perder tiempo en tonterías.

—Lo siento mucho, pero voy a ir hasta el fin.

—Haz lo que quieras.

Cuando Padua salió, Mattos le mandó al guardia soltar a los que habían sido detenidos sólo por parecer sospechosos. Había dos. Después llamó al escribano Oliveira, a quien le dio instrucciones para que enviara un citatorio al *bicheiro* IIidio para que compareciera en la delegación y prestara declaración.

* * *

En el momento en que las tropas militares comenzaban la cacería de Climerio, el jefe de policía del Departamento Federal de Seguridad Pública, coronel Paulo Torres, declaraba a la prensa que el ex jefe de la guardia personal del presidente, Gregorio Fortunato, no estaba preso, sino solamente a disposición de las autoridades de la Fuerza Aérea. El jefe de la policía adelantó incluso que sólo el ex subjefe de la guardia, Valente, estaba preso; que el chofer Nelson Raimundo estaba recluido espontáneamente, y que no había demostrado deseo de aceptar un amparo a su favor.

El coronel Paulo Torres afirmó incluso que abocó a su gabinete la investigación policial de la calle Tonelero con objeto de volver más eficientes las diligencias y que todos los recursos serían dados al director de la Policía Técnica, delegado Silvio Terra, designado para dirigir las nuevas investigaciones.

—Esta medida no demerita el trabajo realizado hasta ahora por el delegado Pastor, de quien poseo las referencias más elogiosas.

Pastor había sido apartado por las presiones de los militares y de los políticos udenistas, debido a las acusaciones que Lacerda le hiciera por su parcialidad, ya que era getulista, en la conducción de las

investigaciones del atentado. Silvio Terra tenía la confianza de Lacerda, de los militares y de los políticos de la UDN y nada haría para desmerecer esa confianza. Sin embargo, todo indicaba que ninguno de los adversarios de Pastor había leído el libro que el director de la Policía Técnica escribió en colaboración con Pedro Mac Cord, un enjundioso volumen de 464 páginas intitulado *Policía, ley y cultura*, publicado en 1939. En ese libro, que exhibía una página entera con el retrato oficial de perfil de Vargas, con traje, llevando la banda presidencial, había un interesante capítulo sobre el Estado Novo, en la página 103.

"El Poder Legislativo, representado por el Congreso Federal, esto es, la Cámara de Diputados y el Senado Federal, no se constituyó en salvaguarda legal de los intereses del pueblo —decía Terra—. Por esos motivos, el presidente Getulio Vargas, el 10 de noviembre de 1937, extirpó a tiempo el quiste que se formaba en nuestro organismo democrático. Con el Estado Novo nacía una democracia fuerte. El presidente Vargas otorgó a la nación una nueva Carta constitucional. Reforzando el poder central, extendió su profilaxia democrática hasta el sistema irrealizable entre nosostros del voto universal. La Carta constitucional del 10 de noviembre de 1937 es un documento de alto valor histórico. Ella quedará para la posteridad como un símbolo de grandeza nacional".

* * *

La UDN se organizó de manera que no pasara un día sin que fuesen proferidos en la Cámara y en el Senado discursos contra Vargas.

El diputado Herbert Levy comenzó su discurso diciendo que el país asistía en aquel momento al último acto de una tragedia iniciada en 1930. "Los hombres honestos, los ciudadanos impecables, como el incorruptible Carlos Lacerda, símbolo de lo mejor que Brasil podía ofrecer en resistencia moral, eran amenazados por los asesinos encubiertos por los amos del poder. Poco importa que los responsables directos o indirectos que han movido los brazos de las marionetas asesinas sean personas ligadas más o menos íntimamente al presidente de la República; lo que se sabe ya es que definitivamente el clima moral que hizo posible un atentado como aquel que enfrentaba la opinión pública había sido creado por el presidente de la República".

* * *

La barraca donde Climerio Euribes de Almeida se escondía era usada por el compadre Oscar sólo para guardar la madera que cortaba en la

selva. Oscar usaba la mejor madera para hacer estacas, que vendía a los vecinos que querían levantar sus cercas con alambre de púas. La madera de mala calidad era quemada como leña en el fogón de su casa, para hacer comida. La floresta de Tinguá tenía mucha madera buena.

Aquel día Climerio salió de su escondrijo y bajó del cerro para ir a almorzar con sus compadres. Después del almuerzo, Climerio y Oscar fueron al platanar, llevando dos jumentos con cestos para llevarse las pencas de plátano que Oscar había cortado por la mañana. Habían acabado de cargar los burros cuando Oscar oyó un ruido que venía del cielo.

—¿Qué barullo es ése, compadre?

—No oigo.

—Presta atención… Mirá allá, ¿qué es aquello?

Oscar nunca había visto un helicóptero.

—¿Qué?

—Una cosa extraña, allá lejos.'Desapareció.

Como sólo tenían un machete y una hoz con ellos, Oscar sugirió que Climerio se llevara los burros para descargar, mientras él se quedaba cortando más plátanos.

Climerio se llevó los burros y descargó las pencas de plátano en un depósito al fondo de la casa de Oscar. Después de ese trabajo, Climerio se sintió muy cansado y le pidió a Honorina un café.

—Parece que hoy va a hacer frío —dijo Honorina.

Oscar cortaba las pencas de plátano y las dejaba al lado de los árboles. Trabajaba rápido, pues quería cortar el mayor número posible de pencas antes de que anocheciera. Cuando comenzó a oscurecer, tomó la hoz y el machete y caminó en dirección a su casa.

Caminaba por una vereda cuando fue súbitamente rodeado por una patrulla de soldados armados, algunos de los cuales llevaban perros amarrados con correas. Oscar, asustado, dejó caer al suelo la hoz y el machete.

—¿Cómo te llamas? —preguntó un oficial que se destacó de un grupo de soldados.

—Oscar, señor, a sus órdenes.

—¿Tienes a un hombre viviendo en tu casa?

—No, señor.

—Simplicio Rodrigues, comerciante del pueblo, dijo que tu cuñado Climerio está viviendo en tu casa.

—Ah, mi compadre Climerio. El estuvo aquí, sí señor.

—Tu compadre es un asesino prófugo —dijo el oficial.

Dos soldados agarraron a Oscar por los brazos, uno de cada lado, y el oficial le ordenó al campesino que les dijera dónde estaba su casa.

Los soldados rodearon la casa. A una orden del oficial, la casa fue invadida.

Honorina vio a los soldados revisar la casa sin decir una palabra.

—¿Dónde está el hombre?

—Huyó —dijo Honorina. Dijo que Climerio había huido media hora antes, al presentir la llegada de los soldados.

El oficial, por radio, movilizó a los demás grupos que participaban en la operación.

Todos los caminos de la región fueron bloqueados. Ningún vehículo cruzaba las barricadas sin ser revisado; los pasajeros eran identificados y revisados.

Anocheció. Cada vez llegaban más soldados y equipos militares al puesto de comando que se había establecido en Tinguá.

A las diez de la noche se suspendieron las operaciones y se estableció reiniciarlas a las cinco de la mañana del día siguiente.

En la fuga por los matorrales cerrados en dirección a la barraca en el cerro, Climerio se rasgó completamente el pantalón azul que llevaba y destruyó los zapatos que calzaba. En la barraca, se quitó el pantalón rasgado y se puso otro. En lugar de los zapatos destruidos, se puso un par de zuecos. Comió macarrón con frijoles que calentó en el horno de leña de la barraca. Antes de salir e internarse en la selva tomó el revólver .38 cargado con seis balas y los cincuenta mil cruceiros que le había entregado Soares, de parte de Gregorio.

Después de correr y caminar, desorientado, en la oscuridad que rápidamente cayó sobre la floresta, y luego de ser arañado y a veces, herido por las ramas de los arbustos, Climerio, que era un hombre gordo, se sentó cansado al lado de un árbol, en el que apoyó la espalda. Temblaba de miedo y de frío; pasó la mano helada en las cicatrices de viruela del rostro.

La noche era densa; ni siquiera con algo de luz de luna que disipara, aunque fuera un poco, la absoluta negrura que lo envolvía.

17

En la mañana de aquel martes, mientras tropas del Ejército, de la Fuerza Aérea y de la Marina, con apoyo de aviones, helicópteros y vehículos militares cerraban, en la sierra de Tinguá, el cerco alrededor de Climerio, el coronel Adyl, acompañado de una escolta fuertemente armada, llevando preso a Joao Valente, subjefe de la extinta guardia personal del presidente Vargas, invadió el Palacio de Catete y se dirigió al antiguo alojamiento de la guardia, donde violó cajones de escritorios y de archiveros y sacó toda la correspondencia particular y otros papeles del teniente Gregorio Fortunato, además de cerca de trescientos mil cruceiros en efectivo. La acción fue rápida, sólo tardaron diez minutos. Esa invasión fue calificada en la Cámara y el Senado, por la oposición, como prueba de que "el gobierno no gobierna más".

Un poco más tarde, el ministro de Guerra fue homenajeado por el comandante y por la oficialidad del 1º Regimiento de Caballería de Guardias, los Dragones de la Independencia, en el cuartel de Sao Cristovao.

Aparte de aquella reverencia a Zenobio, otra estaba programada para aquel martes. A partir de las dos y media de la tarde comenzaron a llegar al edificio del Ministerio de Guerra, al lado de la estación del Ferrocarril Central de Brasil, los carros negros que conducían a los altos jefes del Ejército y de la oficialidad superior de la guarnición de Rio de Janeiro, teniendo al frente al general Odilio Denys, comandante de la Zona Militar Oriente. Ellos demostrarían al general Zenobio la solidaridad y la confianza de sus camaradas por su decisiva actuación al mantener muy en alto el prestigio del Ejército y de la nación. Respondiendo al saludo del general Denys, el general Zenobio dijo: ¡Camaradas!, ¡confíen en mí, como yo confío en ustedes!

* * *

En la Cámara de Diputados, el líder de la mayoría, Capanema, constantemente interrumpido por gritos de protesta de los diputados

de la minoría, dijo que la renuncia del señor Getulio Vargas no era una exigencia del pueblo; era una exigencia de un partido político, del mismo partido político que intentó impedir su toma de posesión con el célebre argumento de la mayoría absoluta, que quiso sacarlo de Catete, hacía poco tiempo, merced a una destitución sin fundamento. Aquel episodio, aquella investigación en torno de la muerte del mayor Vaz era un paso más en la lucha iniciada hacía casi cuatro años para derrocar al presidente del gobierno de cualquier forma, ya por la instigación popular, ya por la instigación de la prensa, ya por la instigación de las Fuerzas Armadas.

Del pleno provenían los gritos de "asesino, dictador, criminal", proferidos contra Vargas. Comandados por los udenistas, los diputados de la oposición iniciaron un coro que resonó con fuerza en el recinto de la Cámara: "¡Re-nun-cia! ¡Re-nun-cia! ¡Re-nun-cia!"

El presidente de la República, continuó Capanema en medio de la barahúnda que venía del pleno, no podía renunciar de cara al pueblo porque necesitaba defender, por el bien del pueblo, los valores esenciales de la obra administrativa y de la estabilidad constitucional. Capanema repetía un argumento que había usado en repetidas ocasiones. Ahora respondía al diputado Bilac Pinto, para decirle que no conjeturase sobre la sucesión pacífica del vicepresidente Café Filho, no porque él, Capanema, no confiara en las expectativas serenas y correctas de las Fuerzas Armadas, sino por temer y prever que esa renuncia así exigida por una minoría apasionada contra la mayoría del pueblo, así lanzada frente a los pobres, los obreros, los trabajadores, los soldados, subvertiría en tal forma el orden público, perturbaría de tal modo la tranquilidad y el orden que la nación, de un momento a otro, podría enfrentar una conflagración de consecuencias desastrosas e imprevisibles; porque, una vez encendida la chispa de la revolución, ¿quién podría asegurar la vigencia de las instituciones?

* * *

Poco después de que Capanema terminó su discurso, Vitor Freitas se reunió con su "grupo independiente" para transmitirles la información que recibiera de su "amigo de palacio". Lo que Freitas dijo fue recibido con sorpresa y aprensión por los otros parlamentarios. Según el informante palaciego, un emisario del presidente, Marcio Alves, habría viajado aquel día hacia Minas, en misión secreta de Vargas, para conseguir apoyo del gobernador Juscelino Kubitschek para decretar el estado de sitio en el país.

Algunos miembros del grupo dudaron de la veracidad de la información.

—¿Por qué Getulio no escogió a Capanema o a Tancredo para esa

misión?

—Sería imposible para Capanema o para Tancredo hacer eso secretamente —respondió Freitas—. Capanema buscó al general Dutra a fin de obtener apoyo para Getulio y todo el mundo sabe eso. Escoger a Marcio Alves fue muy hábil. El es amigo íntimo de la esposa de Amaral Pixoto, es inteligente, discreto y leal al gobierno. La persona indicada para una misión tan delicada como ésa.

—¿Lacerda ya lo sabe?

—Seguro. El tiene los mismos informantes que yo.

—Entonces la UDN va a intentar dar el golpe antes.

—Es necesario convencer a los militares.

—El personal de la Fuerza Aérea está más que convencido.

—Pero quien manda es el Ejército y el Ejército está indeciso. Zenobio, Estillac, Denys… todo depende de ellos, y por mientras, ellos no saben qué hacer.

—La UDN está intentando influir en los militares de varias maneras. Una de ellas es a través de la presión de la opinión pública. Los grandes periódicos están siguiéndole el juego a la oposición. *Ultima Hora*, que antes apoyaba al presidente con vigor, últimamente me parece muy acobardada.

—Getulio recibió hoy en la mañana a Assis Chateaubriand.

—Vamos a ver cómo los periódicos de Chato se comportan de aquí en adelante. De cualquier manera, la batalla de la opinión pública ya está perdida para Getulio.

* * *

Poco antes de terminar su guardia, el comisario Mattos recibió del escribano Oliveira una información.

—¿Se acuerda de aquel portugués de las naranjas? ¿Don Adelino?

—Claro. El hijo había confesado, falsamente, ser culpable de un homicidio. Yo acusé al viejo de lesión corporal seguida de muerte, y dejé claro que las circunstancias evidenciaban que él no había querido producir aquel resultado fatal.

—A usted le dio compasión… Pero no ganó nada. El portugués tuvo un infarto y murió.

Mattos ya había cedido su lugar al comisario Maia, cuando el carcelero vino a decirle que el “mayor” Odorico quería hablar con él.

—¿Quiere venir conmigo?

—Ellos quieren hablar contigo —se escusó Maia—. Haz de cuenta que aún estás de servicio.

En la prisión los reos discutían. Al ver a Mattos corrieron a las

rejas. Las reclamaciones que hacían, simultáneamente, fueron acalladas con un gesto por Odorico, el "mayor" de la prisión.

—Doctor, sólo unas palabras. Sabemos que usted está dejando la guardia, pero no tenemos a quién apelar.

Mattos tomó un *Pepsamar* del bolsillo, lo puso en su boca y masticó.

—Siempre que usted llega a la delegación, vacía un poco la prisión. Pero la situación está cada día peor. Esta semana llegaron cinco condenados más, que ni usted puede mandar fuera, pues están condenados. No se puede ni caminar aquí adentro. Ya casi no hay lugar para que todo el mundo duerma al mismo tiempo.

Mattos se acercó a las rejas. Los presos, apiñados contra las rejas, formaban una doble pared de cuerpos.

—Abre la puerta —dijo Mattos al carcelero.

Mattos entró a la prisión. Caminó dentro de ella. Los detenidos se apretaban unos contra otros para dejarlo pasar. Incluso así, Mattos se repegaba a los cuerpos sucios de los presos y les sentía el aliento fétido.

—No podemos tomar el sol, hacer ejercicio. Es horrible. ¿No hay forma de que usted consiga la transferencia de algunos a la penitenciaría?

—Voy a ver, Odorico. Voy a ver.

Mattos sabía que no había lugar en los presidios. Y que todas las otras delegaciones tenían también sus cárceles, llenas por encima de su capacidad normal.

—¿La comida mejoró o no?

—Mejoró, pero la comida no es todo.

Voy a ver, Odorico, voy a ver.

Mattos salió de su guardia, tomó el tranvía pensando en Odorico y en los otros presos dentro de la inmunda y fétida cárcel. Pensó en don Adelino. ¿Cómo sería su naranjal? ¿Naranjas-lima? El, Mattos, sólo podía comer naranjas-lima, porque eran menos ácidas. Pensó en el hijo, Cosme, en la mujer embarazada. El mundo en que vivían era una mierda. El mundo entero era una mierda. Y ahora él estaba yendo a casa de una madrota de lujo a hacer un trabajo de buitre, con el corazón oprimido y la cabeza llena de problemas. El negro que mató a Paulo Gomes Aguiar no era el teniente Gregorio, como su ingenuo atrevimiento lo había llevado a suponer. Ahora necesitaba encontrar un negro que fuese grande y fuerte (el santero Miguel también quedaba fuera de sus sospechas). Necesitaba encontrar al portero Raimundo. Necesitaba reunir todos los hilos de la madeja. Necesitaba investigar la muerte de Turco Viejo aunque el asunto perteneciera a

otra jurisdicción, y las perspectivas fuesen muy desagradables pues sospechaba de Padua. Necesitaba presionar al *bicheiro* Ilidio. Necesitaba tener una conversación con Alice. Necesitaba tener una conversación con Sálete. Necesitaba ir al médico. Necesitaba acordarse de mirar sus heces en la taza.

Almeidinha abrió la puerta.

—Doctor Mattos, qué alegría verlo. Doña Laura está esperándolo —adulador, meloso—. Necesita venir más seguido… A doña Laura le gusta mucho usted…

Laura estaba sentada en un sofá, en la sem i penumbra de su sala roja.

—Puedes irte, Almeidinha.

Por algunos momentos, los dos permanecieron en silencio.

—Siéntese, comisario.

Mattos se sentó en una poltrona.

—Siéntese aquí, junto a mí —dijo Laura golpeando suavemente el sofá.

—Estoy bien aquí.

—Pero yo no estoy bien aquí, con usted allá. No quiero usar mis impertinentes para verlo, ¿me entiende? Soy muy miope.

Mattos no se movió.

—Por favor, no muerdo.

—Póngase los impertinentes.

Laura tomó los impertinentes de la mesita que estaba al lado del sofá. Puso el cordón de seda alrededor de su cuello. Llevó las gafas frente a sus ojos, sin apoyarlos sobre la nariz.

—¿Dejó ya de golpearse contra las paredes?

—Por mientras. Me gustaría que me diera cierta información.

—Sobre el senador Freitas.

—Exactamente.

—¿Qué quieres saber? ¿Puedo hablarte de tú, verdad?

—Al senador, ¿qué tipo de persona le…?

—Muchachitos. Empleados de tienda, estudiantes… cualquier joven limpio y bonito.

—¿Le gustan los muchachos negros?

—¿Al senador? El es racista. Odia a los negros. Se peleó con un amigo en cierta ocasión porque el tipo tenía un profesor de box negro.

—¿Me puede decir el nombre de ese amigo?

—Un tal Pedro Lomagno.

—¿Puede decirme algo sobre ese Pedro Lomagno?

—Sólo estuvo aquí una vez. Sólo tomó unos whiskeys con Freitas y se fue. Iban a encontrarse con otro senador que no llegó. Escuché un

poco de su discusión. Freitas decía que el Brasil era un país atrasado debido a los negros y a la religión católica. Una herencia negra maldita: la sotana de los jesuitas y la piel de los esclavos. No deja de tener un poco de razón —Laura se alisó los cabellos rubios—. Claro que los negros no tienen la culpa de ser negros, pobrecitos.

Rosalvo, desgraciadamente, tenía razón. Mattos tenía que admitirlo: en los burdeles de lujo se descubrían muchas cosas.

—Ese… entrenador de box. ¿Lo conoce? ¿Sabe algo sobre él?

—No tengo la menor idea de quién sea. Vamos a cambiar de tema, comisario… Vamos a olvidar ese desagradable trabajo policiaco… Tengo una sugerencia…

—No tengo otro asunto que tratar con usted.

—Pero no sabes cuál es mi sugerencia.

Mattos se levantó.

—Ni quiero saberla.

—Ningún hombre me trata así, ¿sabías?

—Así, ¿cómo?

—Con ese desprecio. A ti no te gustan las personas que sirven de intermediarios para los encuentros amorosos, ¿es eso?

—Eso es un delito. Se llama lenocinio. Yo no hice la ley.

—Entonces me desprecias porque soy una delincuente.

—No desprecio a nadie.

Pensó en Sálete. Pensó en don Adelino. En Alice. Luciana. Lomagno. Ilidio. En Turco Viejo. En las prostitutas de su infancia en la calle Conde Lage. Un torbellino en su cabeza.

—¿Qué necesita una persona para merecer un poco, no digo de su cariño, sino de su compasión? —preguntó Laura.

—Mira, ya tengo dos mujeres y no sé que hacer con ellas. Tengo las manos y el corazón llenos.

—Quien tiene dos puede tener tres —dijo Laura con seriedad—. Me gustas. No me molesta que seas policía, no me molesta que tengas una úlcera en el estómago, no me molesta que te golpees la cabeza contra las paredes. No me molesta que tengas cuantas mujeres quieras tener.

Mattos volvió a sentarse.

—¿Me regalas un vaso de leche?

—¿De qué?

—Me está doliendo el estómago.

Laura se levantó. Llevaba un vestido largo y apretado de satín.

Calle Conde Lage.

—Voy por tu leche.

Al pasar cerca, Mattos sintió el perfume que se desprendía del

cuerpo de Laura. Calle Conde Lage.

* * *

Aún estaba oscuro, a las cinco de la mañana, cuando los contingentes militares empeñados en la captura de Climerio iniciaron la ejecución del plan trazado por los comandantes. Los perros, después de olisquear nuevamente ropa de Climerio encontrada en casa de su compadre, se pusieron nerviosos y fueron los primeros en partir, contenidos por los soldados de la patrulla.

Tan pronto clareó el día, los helicópteros levantaron el vuelo.

En lo alto de la sierra los ruidos de los pequeños seres de la floresta, que durante la noche entera habían amedrentado a Climerio impidiéndole dormir, comenzaron a ser sustituidos por lejanos ladridos de perros. Poco después, un sonido más fuerte llenó a Climerio de pavor. Se echó en el suelo, encogido, y vio, a través de las copas de los árboles, un helicóptero volando lentamente. El aparato estaba tan cerca que Climerio consiguió leer las letras FAB en la cabina.

Los ladridos de los perros aumentaron.

Ahora podía oír los gritos del comando.

Climerio temblaba de frío. Su mano estaba tan helada que tuvo dificultad para empuñar el revólver que traía en la cintura. Puso el cañón del revólver en la cabeza. No tuvo el valor de apretar el gatillo: "ellos no me van a matar —pensó—, me necesitan vivo".

Cuando vio los primeros perros y hombres de la patrulla, Climerio salió de entre los árboles, con las manos en alto.

Se oyeron tres disparos. La señal convenida para indicar que la cacería había terminado. Eran las ocho de la mañana.

A las once, Climerio bajaba preso de un helicóptero en la base militar de Galeao, recibido con gran regocijo. Su mujer, Elvira de Almeida, también había sido aprehendida esa mañana.

El brigadier Eduardo Gomes, líder militar opositor, fue inmediatamente informado de la captura del fugitivo. No se pensó en informar con la misma rapidez al ministro de la Fuerza Aérea, Ñero Moura. De cualquier forma, él iba a ser sustituido aquel día por un nuevo ministro, el brigadier Epaminondas. Pero ni uno ni otro eran respetados por los oficiales de la Fuerza Aérea. El ministro de hecho era Eduardo Gomes.

* * *

En su fortaleza de Bangu, Eusebio de Andrade se reunió con sus

colegas banqueros Aniceto Moscoso e Ilidio.

—¿Ya recibiste el citatorio? —preguntó Eusebio.

—Aún no. Pero el escribano me dijo que lo voy a recibir.

—Ese comisario aún nos va a dar problemas —dijo Aniceto.

—Ya nos está dando problemas —dijo Ilidio.

—No hablo de éste. Este tú lo buscaste —dijo Aniceto.

—Ya hablé con mi abogado —dijo Ilidio.

—Necesitas cambiar de abogado. Ese pata de palo no da pie con bola.

Aniceto y Moscoso rieron de la imagen futbolística; el abogado de Ilidio tenía de hecho una pierna postiza.

—Se cayó de un tranvía, cuando era estudiante —dijo Ilidio.

—No podemos tener abogados que se caen del tranvía —dijo Eusebio—. Hoy te internas en una clínica, de ésas de reposo. Hay una en Alto da Gavea muy buena. Quédate allá una semana. Cuando el citatorio llegue, mandas al pierna de palo con un justificante médico que diga que estás enfermo. En el ínter nosotros nos movemos por otro lado, ¿no es así, Aniceto?

—Uno sabe hacer eso. Va a costar dinero, tu dinero, Ilidio, pero quebramos a ese gallito.

—¿Va a ser mucho?

—Lo que vaya a ser. Es bueno que aprendas a no hacer estupideces.

18

Necesito dar alguna información al senador Freitas. Me está presionando.

Rosalvo se quedó callado, meditando.

—Me dijiste que el comisario estaba investigando un homicidio en el cual el senador estaba involucrado. A fin de cuentas, ¿qué crimen es ése?

Teodoro, el guardia de seguridad del Senado, y Rosalvo, el auxiliar del comisario Mattos, conversaban en un restaurante en la plaza General Osorio, en Ipanema.

—¿Recuerdas aquel tipo que apareció muerto en el edificio Deauville?

—¿Es ése el caso?

—El granuja estaba metido en chanchullos con el senador; licencias de importación conseguidas fraudulentamente en la Cexim y otras porquerías. Sabía demasiado y lo mataron.

—¿Y el comisario cree que fue el senador quien mató al tipo? —Su conclusión es que el senador lo mandó matar, para esconder su participación en las transas.

—¿El comisario tiene pruebas o sólo es una suposición, una corazonada?

—No sé.

El mesero trajo dos lomitos de puerco con *farofa*.

—Corre el rumor de que el senador es marica —dijo Rosalvo.

—¡Pero cómo! La gente tiene la manía de llamar así al camarada sólo porque no se casó. El senador es hombre.

—Puede que sea maricón.

—Nada de eso. Si él fuera, yo lo sabría.

—No le vayas a decir al senador lo que te dije.

—¡De idiota! El senador acaba conmigo si yo le dijera una cosa así.

—El comisario Mattos está loco. Tan loco que habla solo y rompe dinero. Díle eso al senador. Es necesario cuidarse de él.

* * *

Teodoro no perdió tiempo en ir a contar a Clemente lo que Rosalvo le dijera. La parte referente a la posible homosexualidad del senador fue omitida.

—Voy a hablar con el senador sobre eso…

Clemente miró de frente a Teodoro durante algún tiempo, hasta percibir el nerviosismo en su rostro.

—¿Podemos confiar en ti?

—Pero claro, doctor.

—¿El senador puede confiar en ti, ciegamente?

Teodoro palideció.

—El senador sabrá recompensar esa confianza —continuó Clemente.

—Lo que el senador pida, no lo que pida, lo que ordene, yo lo hago.

Mandar matar adversarios políticos, dijo Clemente, era habitual en el interior de Brasil, aun más en la tierra del senador, Pernambuco; pero en Rio de Janeiro, capital de la República, era algo más raro, por una simple razón: era difícil encontrar un matón "de fe". Un matón tan confiable que, en caso de ser aprehendido, jamás denunciaría a quien lo había mandado. Luego de hacer ese largo rodeo, Clemente encaró a Teodoro y le dijo:

—El senador quiere acabar con ese comisario. ¿Podrías hacer eso?

—¿Yo?

—El senador confía en ti.

—Doctor Clemente, tengo a alguien mejor.

—Nuestro hombre no puede ser un idiota como el tal Alcino de la calle Tonelero. ¿Quién es ese hombre?

—Mi hermano.

—¿Tu hermano? No sabía que tenías un hermano.

—El es la oveja negra de la familia. Desde pequeño se metía en problemas. El puede hacer eso que quiere el senador. El es un cabrón pemambucano. Si lo agarran no abre el pico, antes se mata. Pero eso no va a pasar. Mi hermano ya mató a más de veinte y nunca le echaron el guante. ¿Sabe quién mató al prefecto de Caruaru? ¿Al jefe de la policía de Maceió? Fue él. Ha matado políticos, militares, sacerdotes. Es muy bueno.

—Los pernambucanos son de confianza, yo lo sé.

—El acostumbra pedir un millón por hacer un trabajo de la responsabilidad de éste.

—¿Cómo se llama?

—Genesio.

—¿Vive en Rio?

—En Recife. Pero sólo hay que llamarlo para que venga, haga el trabajo y se fugue el mismo día.

—Entonces díle que venga. En avión. El senador tiene prisa. Cuando llegue, ¿Genesio, dijiste?, me avisas. Si todo sale bien, aquel nombramiento de tu mujer será resuelto inmediatamente. Tienes un hijo de diecinueve años, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—El senador puede conseguirle algo a él también.

Mientras eso pasaba, el senador-Freitas recibía en su despacho a su principal propagandista electoral, un hacendado conocido como el "coronel" Linhares. El "coronel" informó que estaba comprando, votos para las elecciones de octubre por cinco cruceiros cada una.

—Aquí en Rio se compra un voto por dos, tres cruceiros cuando mucho —protestó Freitas—. ¿Piensas que recojo el dinero con escoba, como Oswaldo Aranha?

—Le traje una botella de licor de pitanga —dijo Linhares.

—No cambies de tema. Tienes que conseguir los votos más baratos. Dudo que mis contrincantes estén pagando lo que tú das.

—Voy a ver qué puedo hacer, senador. Ahora pruebe el licor; pruébelo, está muy bueno.

* * *

El comisario comenzó el día haciéndose una radiografía del estómago.

El consultorio médico quedaba en la calle Barata Ribeiro, en Copacabana. El comisario encontró en las calles a muchas mujeres llevando en la cabeza y en las manos botes, cubetas, palanganas y ollas llenas de agua.

—No tengo agua para lavarme las manos —fue lo primero que le dijo el radiólogo—. Mi mujer salió muy temprano con la criada a buscar agua, un absurdo, ni siquiera hizo café. Ayer pasó lo mismo. La escuela de mis hijos cerró por falta de agua; hace tres días que no tienen clases. Todas las escuelas de Copacabana están cerradas. Me lavo las manos con agua mineral. Mientras pasa esto, los políticos hacen discursos, los generales hacen discursos, todo el mundo hace discursos, pero el problema de la falta de agua nadie lo resuelve.

El médico abrió, con gesticulaciones dramáticas, una botella de agua Sao Louren9o y se lavó con ella las manos en el pequeño lavabo del consultorio.

—¿Cómo están sus heces? ¿Muy oscuras?

—Siempre me olvido de verlas.

—Tiene que cuidar su salud. El conteo de hemoglobina del examen

de sangre indica que está teniendo hemorragias estomacales. Vamos a ver qué dice la radiografía.

—Cuido mi salud. Cargo siempre *Pepsamar* en el bolsillo y tomo leche todo el tiempo.

El radiólogo le dio un vaso con un líquido espeso beige.

—¿Qué brebaje es este que estoy tomando?

Un sabor a tierra mezclada con cal, parecido al sabor de los trocitos de pared que a veces comía cuando era niño.

—Bario. Para hacer contraste.

Mattos se quitó la ropa, se puso una camiseta y se acostó en la cama para que le sacaran las radiografías.

Estas fueron hechas.

—Tal vez tenga problemas de tránsito intestinal, a causa del bario —dijo el radiólogo.

* * *

La confrontación de las huellas digitales con las que había en el Instituto Félix Pacheco confirmaron que era Ibrahim Assad el cadáver identificado en el IML por Mattos.

Mattos le había pedido a Leonidio que anotase el nombre de quien fuera a la morgue a reclamar el cuerpo y le pasara en seguida la información. Durante tres días el cadáver se quedó en el refrigerador, sin recibir una sola visita. Ya se estaban siguiendo los trámites administrativos para enterrar a Assad como indigente cuando un funcionario de la Santa Casa de Misericordia compareció en la morgue para embalsamar el cuerpo.

—El cuerpo va a ser transportado a Caxambu, en Minas, donde será enterrado. El agente funerario dice que no sabe quién pagó los gastos —dijo Leonidio.

En las oficinas de la funeraria de la Santa Casa, un empleado recibió a Mattos y dijo que la persona que pagó los gastos del embalsamamiento y transporte del cuerpo pidió que su gesto de caridad quedase anónimo.

—Esa persona conoce a la madre del muerto, una señora sin recursos… Aún hay gente buena en este mundo, capaz de un gesto desinteresado de bondad…

Mattos que hasta entonces no había dicho que era policía, mostró su credencial. Sentía el estómago pesado por el bario que había tomado para la radiografía, pero al mismo tiempo creía que con el examen que se había hecho mejoraba su salud, y que ya estaba curado.

—Estoy investigando un asesinato. Dígame quién pagó los gastos.

—Me pone en una situación difícil.

—Dígalo ya. Tengo muchas que hacer hoy.

—Una situación difícil…

—¿Prefiere ir a la delegación conmigo?

—Fue un policía como usted.

—¿Cómo se llamaba?

El empleado se limpió el sudor de la frente con un pañuelo rojo que sacó del bolso.

—El doctor Ubaldo Padua.

* * *

El alcalde de Nueva Orléans, Lesseps S. Morrison, recibido en audiencia por el presidente Vargas, dijo que Rio de Janeiro aún era, a pesar de cierto pesimismo que encontró en algunos cariocas, una de las más agradables y seguramente la más bella ciudad del mundo.

Morrison, que visitaba Rio por tercera vez, acompañaba a Henry Kaiser, considerado uno de los reyes de la industria automotriz norteamericana.

Kaiser aseguró en la audiencia con el presidente de la República, que su empresa estaba en condiciones de transportar inmediatamente para Brasil una fábrica con capacidad de producción anual de cincuenta mil automóviles destinados al mercado interno y a la exportación.

También estaban presentes en la audiencia el ministro Oswaldo Aranha, el embajador norteamericano James Kemper y el señor Herbert Moses.

Cuando los norteamericanos salieron de la entrevista, Kaiser comentó en el carro que los llevó de Palacio de Catete al hotel Copacabana Palace, que por las fotos de Vargas que había visto en los Estados Unidos, siempre sonriente con *ur*\ puro en la mano, se imaginaba que era una persona alegre y bonachona; le sorprendió el aspecto melancólico y sombrío del presidente.

—Debe estar enfermo —dijo el embajador Kemper, que también había notado la tristeza de Vargas—. Es la única explicación de su abatimiento.

Morrison aventuró una hipótesis, después aceptada por todos, de que el presidente tal vez tuviese el mismo virus de influenza que lo había contagiado cuando llegó a Brasil.

—Fue muy gentil de su parte recibimos en esas condiciones.

* * *

Mattos intentó localizar a Padua todo el día.

Al llegar a casa, Alice estaba sentada en la sala escribiendo en un cuaderno grueso con tapa de cuero.

—Es mi diario. Más bien no es un diario, sino un libro de pensamientos. Estaba escribiendo sobre la muerte de Colette, lo que eso significó para mí. Puse aquí lo que dijiste aquel día: "Tengo otros muertos de qué preocuparme".

—¿Yo dije eso?

—Sí.

—¿Puedo leer?

Alice cerró el cuaderno.

—Nadie leyó mi diario nunca. Jamás lo mostré a nadie en este mundo. Ni a ti. Un día, cuando éramos novios, te di un poema que había escrito y te reiste diciendo que te parecía gracioso.

—No me acuerdo de eso.

—A ti no te gusta la poesía.

—Nunca dije que no me gustara la poesía.

—A ti sólo te gusta la ópera. Porque cuando chiquillo tu madre ponía *Una furtiva lacrima* en el tocadiscos y tú llorabas.

—No inventes.

—Tú me lo contaste.

—Inventaste eso de que no me gusta la poesía.

—A un policía no puede gustarle la poesía. Tiene otros cadáveres de qué preocuparse.

—¿Buscaste ya departamento?

—No tuve tiempo. ¿Sabes que me gustaría haber hecho estos días? Me hubiera gustado ir a Sao Paulo al Congreso Internacional de Escritores, pero tú ni siquiera pensaste en llevarme.

—No me dijiste nada al respecto, de cualquier forma yo no puedo salir de Rio. Estoy a mitad de una investigación muy difícil.

—No me grites, por favor.

—No te estoy gritando.

—Intenta controlar tu agresividad un minuto para oír lo que te voy a leer ahora. —Alice le mostró un papel que tenía en la mano—. ¿Lo conseguirás? ¿Un minuto?

—Está bien.

—Vamos a sentarnos allá en la recámara.

Mattos se quitó el saco. Ahora, debido a la presencia de Alice en su departamento, él dejaba el revólver en la delegación.

Se sentaron en la cama.

—¿Puedo leer?

—Sí.

—"Declaración de Principios del Congreso de Poesía". ¿Me estás atendiendo?

—Sí, sí.

—¿Ves cómo eres? No consigues disimular tu impaciencia.

—Por favor, lee; te estoy prestando toda mi atención.

—"La sección de poesía del Congreso Internacional de Escritores, reunido en Sao Paulo, durante las solemnes conmemoraciones del cuarto centenario de la ciudad en cuya fundación colaboró el poeta padre José de Anchieta, reconoce el considerable progreso técnico que ha caracterizado a la poesía, internacional y brasileña, sistematizado por los críticos de las concepciones más diversas; proclama el vasto derecho que tiene el poeta a la pesquisa estética y la necesidad de que domine su instrumento con el fin de que se valore la creación; y manifiesta no sólo la convicción dp que las conquistas formales serán encaminadas en el sentido de expresar las grandes aspiraciones colectivas, la creencia en el ser humano y en los derechos del individuo, sino también la confianza de que será encontrada plenamente la forma de llegar a la sensibilidad del hombre de hoy (eso está dirigido especialmente a ti, Alberto), del hombre de hoy circunstancialmente alejado de la buena poesía que se viene publicando.

—Interesante.

—¿Interesante? ¿Sabes quién está en Sao Paulo en este preciso instante? Robert Frost, William Faulkner, Miguel Torga, Joao Cabral de Meló Neto. ¿Y tú sólo dices interesante?

—Maravilloso.

Alice rompió el papel que tenía en las manos. Con los puños cerrados golpeó el pecho de Mattos, diciendo que no podía tratarla con esa crueldad; sus golpes eran débiles; Mattos dejó que lo golpeara hasta que ella se cansó.

Dejando a Alice acostada en la cama, inmóvil como si estuviese muerta, Mattos se fue a la sala. Le dolía el estómago, pero no había leche en el refrigerador y el *Pepsamar* se había terminado.

El teléfono sonó.

—Habla Pedro Lomagno. ¿Está mi mujer ahí?

—Está durmiendo.

—Quiero hablar con ella.

—Está durmiendo.

—Usted sabe que mi mujer… eh… tiene problemas… Consulté a su médico y me dijo que lo mejor para Alice es que vuelva a casa… Ella se siente más protegida en el ambiente familiar… Me gustaría que usted me ayudara…

—Señor Lomagno, yo tampoco me siento bien en esta situación. Pero Alice está en mi casa porque quiere. Ella me dijo que se separó de usted. Me pidió quedarse aquí, pues no tiene un familiar con quien quedarse. Yo también creo que esa no es una buena solución, pero no puedo echarla de aquí…

—Me gustaría oírla decir eso.

—Creo que usted habló con ella anteayer y le dijo algo parecido. Lo siento mucho, señor Lomagno, pero no puedo hacer nada.

—Me gustaría hablar con ella nuevamente.

—Ya le dije que está durmiendo.

—Usted no está cooperando.

—Lo siento mucho. Buenas noches.

Apenas Mattos colgó, el teléfono sonó nuevamente.

—¿Me andas buscando?

—Quería hablar sobre la crisis de conciencia por la que estás pasando.

—¿Qué crisis? No entiendo una palabra de lo que dices.

—Si no fue arrepentimiento, ¿qué te llevó a pagar el entierro de Turco Viejo en Caxambu?

—No te entiendo.

—Padua, sé que mataste a Turco Viejo. Sabiendo eso, no puedo quedarme sin hacer nada. No puedo ser un encubridor.

—No eres un encubridor. Te vas a quedar sin hacer nada simplemente porque no puedes hacer nada.

—Sí puedo.

—No puedes. Sé que eres un buen policía, pero ni Sherlock Holmes podría probar que yo maté a ese tipo. Mattos, Turco Viejo era un asesino a sueldo, te iba a matar. Necesitas dejar de sufrir por estupideces. Por eso tienes esa úlcera. Cuando me sustituyas, pasado mañana, platicamos más sobre el asunto, si quieres. —Pausa. Buscando cambiar de tema—. ¿Sabes que Arlindo Pimenta se lanzó como candidato a concejal?

—No me interesa.

—Los *bicheiros* se van a apoderar del país. Me sé una historia de Arlindo muy divertida.

—No me interesa.

Mattos colgó el teléfono.

Esta era la historia que Mattos no había querido oír.

El banquero del *bicho* Arlindo Pimenta, comúnmente llamado gángster por los periódicos debido a la manera ostentosa con que

ejercía otras actividades delictivas además del juego, fue aconsejado por su abogado y por sus cómplices para que cambiara su imagen negativa. Atendiendo a sus consejeros, Arlindo prometió que sólo continuaría, con la debida compostura, el juego del *bicho*\ vendió el Cadillac en que circulaba con gran ostentación por los suburbios de la ciudad; dejó de crear escándalos en los bares; y finalmente, se lanzó como candidato a concejal.

Arlindo aprovechó para lanzar su candidatura el día de su cumpleaños. En la calle Leopoldina Regó, en el suburbio, se realizó una fiesta electoral con discursos y quema de fuegos de artificio. Una gran mesa de bocadillos ostentaba en el centro un formidable pastel de cumpleaños que representaba un jardín chino con una enorme pagoda, que provocó admiración y hasta asombro entre los convidados. El repostero, en atención al pedido de uno de los pistoleros de Arlindo, que deseaba agradar a su jefe, puso en medio del jardín chino un revólver .38 en miniatura. Una velita de cumpleaños fue colocada en el cañón del revólver. Arlindo Pimenta, entre aplausos, apagó la velita de un soplo.

19

La quemadura que Sálete causara en la mano de Mattos con agua hirviendo cicatrizó, dejando una costra que el comisario retiró de la herida; pero Sálete no sabía eso, pues no se apareció más por el apartamento del comisario desde que Alice se había mudado para allá. Alice había contestado las dos veces que telefoneó a casa de Mattos. Sálete colgaba sin decir nada.

Fueron días de sufrimiento. No tenía ganas de salir de casa. No fue al té del club Monte Líbano, a beneficio de la Sociedad de los Maronitas, con desfile de los modelos de Elsa Haouche, la modista cuyos vestidos más apreciaba, incluso sabiendo que Mario Mascarenhas, su músico favorito, acompañado de más de quince acordeonistas tocaría, durante el desfile, música clásica y folklórica. No fue a ver la película *Mogambo*, con Clark Gable y Ava Gardner, que ella adoraba. Se sentía tan infeliz que incluso ya no se arreglaba las uñas de los pies y de las manos.

Se quedaba llorando por los rincones, no comía, adelgazó y sus ojos se hicieron más grandes y su rostro más huesudo, lo que aumentó su disgusto, pues creía que con eso su fealdad aumentaba. La verdad era que la delgadez hacía que su rostro luciera más bonito.

Padecía su desgracia irremediable cuando Luiz Magalhaes llamó por teléfono. Ultimamente Sálete se rehusaba a hablar con él y le mandaba decir con la criada que estaba muy enferma. Aquel jueves, fue al teléfono. Magalhaes dijo que necesitaba que ella le hiciera un gran favor. Cuando Sálete se rehusó una vez más a verlo, Magalhaes suplicó de una manera tan humilde que la dejó perturbada:

—Estoy metido en un aprieto, te necesito, por el amor de Dios, ayúdame.

—No tengo valor para salir. Estoy muy fea, no quiero que nadie me vea.

—Es algo rápido. Paso por ti en un taxi, vamos hasta el centro y resolvemos todo en pocos minutos.

Magalhaes llegó con un portafolios negro grande, abombado de tan lleno. Lucía muy preocupado; miraba repetidamente por la ventana trasera del auto, como si lo persiguieran. Todo el tiempo mantuvo el

portafolios apretado a su cuerpo.

—¿Adonde vamos? —preguntó Sálete.

—Luego te explico —dijo Magalhaes mirando desconfiado al chofer.

Bajaron en la avenida Rio Branco, cerca de la calle Ouvidor.

Los dos, Magalhaes siempre manteniendo el portafolios apretado al pecho, caminaron apresuradamente por la calle Ouvidor hasta la esquina de la calle Quitanda.

—Es aquí —dijo Magalhaes.

Entraron a un edificio. En la puerta Sálete pudo leer: *Sudamérica/ Seguros y Capitalización*.

Magalhaes se detuvo en el gran recibidor del edificio. Explicó en voz baja, mirando, receloso, a los lados, que había alquilado una caja de seguridad a nombre de Sálete. En esa caja guardaría algunas cosas de mucho valor, las que más tarde ella le devolvería, cuando él regresase del viaje que iniciaría al día siguiente.

—¿Adonde vas?

—A Uruguay. Cuando las cosas mejoren regreso. Pero eso no importa —dijo Magalhaes impaciente.

—¿Por qué no alquilas una caja a tu nombre?

Magalhaes explicó que tenía muchos enemigos poderosos, que podían violar la caja y sacar las cosas que había ahí dentro. Esos enemigos no iban a buscar un cofre con el nombre de ella.

—Gracias por confiar en mí.

Magalhaes no podía alquilar una caja a nombre de su esposa o de algún pariente. Era muy arriesgado. Sálete era la única opción posible. Pero de cualquier forma él confiaba plenamente en la muchacha.

Un empleado de Sudamérica llenó los formularios con los datos de identidad de Sálete. La muchacha firmó los papeles. Después, en una sala de seguridad, colocaron el portafolios de Magalhaes en una caja. Una llave, con un número, le fue entregada a Sálete.

—No puede usted perder esta llave —dijo el empleado.

—Exactamente —dijo Magalhaes—. ¿Adonde la vas a guardar?

—Déjame. La voy a esconder en un lugar donde nadie la encuentre por más que busque.

A la salida, aún en el recibidor, Sálete tomó a Magalhaes por el brazo.

—Hay una cosa que debes saber.

—¿Qué? Dílo pronto, tengo mucha prisa.

—Amo a otro hombre.

—Bien. Pero no le digas nada sobre lo que hicimos aquí hoy.

—Dijiste que me matarías si andaba con otro hombre.

—A mi regreso hablamos sobre eso. No puedes perder esa llave, ¿lo oíste? —Al notar la decepción en el rostro de Sálete, Magalhaes agregó, bromeando, nerviosamente—: Aún te quiero. Cuando regrese te mato.

—Tú no quieres a nadie. Todo era mentira.

—Tengo que irme. Puse mucho dinero en tu cuenta del Boa vista.

Magalhaes le dio un beso en el rostro a la muchacha y se fue, casi corriendo; sus pasos resonaron en el piso de mármol del recibidor.

Sálete se quedó parada, con la llave en la mano.

—Todo era mentira —murmuró.

* * *

Los principales involucrados en el atentado de la calle Tonelero fueron presentados a la prensa, en la base militar de Galeao, a las diez de la mañana. Durante la presentación, algunos informes fueron ofrecidos por los militares. Los textos de las confesiones de los acusados, aunque fueron solicitados, no se proporcionaron a la prensa y los periodistas tuvieron que conformarse con los informes dispersos que se les dieron durante la presentación.

El primero en pasar frente a los periodistas fue el teniente Gregorio. Vestido con traje y corbata, como siempre, se mantuvo callado, el ceño fruncido. Su participación en el atentado era conocida por todos. Le fue retirada la alta condecoración que recibiera del Ejército, la Medalla María Quiteria. Su confesión, según los militares, fue completa, él asumió la responsabilidad de haber ordenado el atentado. Como solamente dos días más tarde, en otro interrogatorio, Gregorio diría que el diputado Euvaldo Lodi lo había visitado en su habitación, en el Palacio de Catete, proponiéndole “tronar” a Lacerda, los militares no mencionaron, en aquella presentación, el nombre del diputado. Tampoco mencionaron, por la misma circunstancia, esto es, porque aún ignoraban el hecho, que en la víspera de la disolución de la guardia personal, el día 8, al saber que el presidente había pedido al mayor Accioly que llamara a palacio a su hermano Benjamín que estaba en Petrópolis, Gregorio se anticipó y fue al encuentro de Benjamín en aquella ciudad; y que a su regreso a Rio, viajando en el mismo carro, Gregorio confesó al hermano del presidente haber mandado matar a Lacerda. (Esta última información venía a servir de fundamento a la convicción de los militares encargados del IPM de que el presidente, desde el día 8, o sea tres días después del atentado, ya sabía que el jefe de su guardia personal era quien había ordenado el asesinato, pues, ciertamente, Benjamín había relatado a su hermano la confesión de Gregorio.)

Después fue presentado Joao Valente, el ex subjefe de la guardia. Por orden de Gregorio él había dado a José Antonio Soares cincuenta mil cruceiros que éste entregaría a Climerio para que huyera. Valente elogió el trato que se le daba en el Galeao; bromeó con los oficiales que lo acompañaban; declaró que estaba comiendo "pavo y durmiendo en colchón de resortes".

La presentación de Alcino fue precedida por informes más minuciosos. Antes de aprehender a Alcino, los oficiales de la Fuerza Aérea habían detenido a su mujer, Abigail Rabelo, quien, llevada a la Dirección de Rutas Aéreas, por orden del mayor Borges, confesó allá la participación del marido en el atentado. Oficiales de la Fuerza Aérea y policías civiles se escondieron en la casa de Alcino en la calle Gil Queiroz 192, en Sao Joao de Meriti, esperando que viniese por su mujer y sus cinco hijos, cosa que había prometido, según había informado la misma Abigail. Cuando apareció para llevarse a su familia, Alcino fue aprehendido y no ofreció resistencia.

Alcino declaró, en la presentación, que lo trataban bien y elogió también la calidad del colchón de resortes en que dormía en la prisión.

El chofer Nelson Raimundo de Souza declaró que quería continuar preso en el Galeao, pues temía represalias.

El último de los presos en ser presentado fue Climerio. Las acciones espectaculares de la operación de guerra realizadas para conseguir su captura en la sierra de Tinguá fueron recordadas. Climerio se mostraba asustado, pero, al ser interrogado por un periodista dijo que lo trataban bien y que, como los otros, también dormía en colchón de resortes.

Los encargados de la investigación militar informaron que José Antonio Soares aún no había sido aprehendido, pero que esperaban que fuera capturado en pocos días. (La verdad, en aquel momento Soares acababa de ser detenido por el delegado de policía de Muriaé, en compañía de su padre y de su esposa, con un revólver .38 y treinta mil cruceiros en billetes nuevos, dinero que él declaró que provenía del hijo del presidente de la República.)

En seguida fue exhibido en la base militar de Galeao el material de propaganda política del PTB encontrado con los presos. Eran aventadores —una especie de abanico que no se cierra— con el retrato de Vargas, sonriente, de pañuelo en el cuello, sobre el cual estaba escrita la frase: "El PTB es una revolución en marcha". En el aventador había también una bandera del PTB, el emblema del partido —un yunque— y las frases: "Trabajador, alístate en el Partido Trabalhista Brasileiro para garantizar tus derechos".

La información más importante que, por orden del coronel Adyl de Oliveira, jefe de la investigación militar, los militares del IPM no

proporcionaron a la prensa, fueron las acusaciones hechas por Climerio y Alcino en sus declaraciones, acerca de que Lutero Vargas era quien había ordenado el asesinato.

Adyl estaba convencido de que esa imputación era falsa, una "maniobra distractora" de inspiración aún misteriosa y que tenía como objeto enturbiar las investigaciones.

* * *

En una reunión realizada en el Club Militar fue presentada una moción que exigía la renuncia del presidente, pero los generales Canrobert y Juárez Távora externaron el punto de vista de que primero el crimen debía ser resuelto para después discutir la renuncia del presidente. La sugerencia de los dos generales fue aceptada, pues todos creían que el resultado de la investigación demostraría inequívocamente la responsabilidad del presidente en el atentado. En esa misma ocasión, el ministro de Guerra, Zenobio, dijo, apoyado por los setenta y tres generales que se encontraban con él en Rio, que la renuncia era una cuestión muy difícil, que debía ser resuelta dentro de un clima de armonía y patriotismo: "Sólo nos interesan las soluciones dentro de la ley, a fin de no llevar al país a la anarquía", dijo Zenobio. "En defensa de la Constitución procederé con presteza y vigor. Este es mi papel y lo cumpliré hasta el fin".

Mientras esto ocurría, aumentaban las manifestaciones de protesta contra el presidente de la República. Las Asambleas Legislativas de casi todos los estados de Brasil exigían la renuncia de Vargas. El Colegio de Abogados de Brasil aprobó una propuesta, con cuarenta y tres votos a favor y seis en contra, que declaraba al país acéfalo y pedía a las Fuerzas Armadas que retirasen a Vargas del Palacio de Catete y garantizaran el ascenso de Café Filho, vicepresidente electo, para que la legalidad fuese restaurada. En el medio militar, la repulsa al presidente aumentaba de continuo. La oficialidad de Marina, que hasta entonces había mantenido una posición menos radical que la de la Fuerza Aérea, recibió con indignación la aprehensión del almirante Muniz Freire por haber criticado al gobierno en una ceremonia a bordo del crucero *Barroso*; el Almirantazgo, presionado por los oficiales jóvenes, obligó al ministro de Marina a revocar el castigo. Entre los altos comandantes de las Fuerzas Armadas sólo el mariscal Mascarenhas de Moráis mantenía una postura favorable hacia el presidente; sin embargo, el mariscal, no obstante pertenecer al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas y ser respetado por su pasado ilustre, no disponía, en verdad, de ningún poder real en aquella coyuntura de extensa subversión jerárquica.

En todo el Brasil se lanzaban candidatos del Club de la Lanterna para las elecciones de octubre. Asociaciones de estudiantes de todo el país divulgaron manifiestos que exigían la renuncia de Vargas. El Tribunal de Cuentas de la Unión, aprobando la moción presentada por el consejero Silvestre Pericles de Gois Monteiro, hizo pública una declaración según la cual el Tribunal no podía quedarse callado ante el atentado de la calle Tonelero, en el cual perdió la vida el valeroso mayor Vaz, víctima de la perversidad de asesinos y malhechores, hecho que hería profundamente a la sociedad brasileña y conturbaba el alma nacional. La nota del Tribunal mencionaba también el ambiente de violencia y corrupción que dominaba al país.

Al mismo tiempo, los periódicos publicaron el dictamen enviado a la Cámara por el consultor general de la República, don Carlos Medeiros Silva, sobre la investigación parlamentaria referente a los préstamos, un total de más de doscientos veinte millones de cruceiros, hechos por el Banco de Brasil a "empresas y personas no idóneas financieramente", como era el caso de *Ultima Hora* y los señores Samuel Wainer, L.F. Bocaiuva Cunha, entre otros. El consultor general se extendió sobre las 2979 páginas de los cinco volúmenes de la investigación y al final dio su dictamen, que fue enviado a la Cámara de Diputados a través del ministro de Justicia, atendiendo al requerimiento de los diputados Armando Falcao y Frota Aguiar. Según el parecer del consultor general, quedaba evidenciada en el curso de la investigación parlamentaria la manera arbitraria y abusiva por la cual el presidente del Banco de Brasil, en esa ocasión el señor Ricardo Jafet, decidía los negocios de la sociedad. Ni la ley general, ni las particulares, ni los reglamentos, ni los estatutos sociales habían sido barreras eficaces contra los mal inspirados propósitos de la administración superior del Banco por proteger intereses oscuros. El presidente del Banco de Brasil había despreciado los informes de los peritos sobre la inconveniencia y falta de oportunidad de tales transacciones, realizadas sin obedecer las más elementales cautelas bancadas.

El texto del dictamen del consultor de la República fue vuelto público a iniciativa del diputado Armando Falcao quien lo solicitó a la dirigencia de la Cámara.

Una de las pocas voces que desentonaban en el coro de invectivas contra Vargas era la del líder de los estibadores, Duque de Assis. Para él, el movimiento que pedía la renuncia de Vargas tenía como objetivo único impedir el progreso del país y detener la marcha de las luchas obreras. "Nuestros opositores, opositores del gobierno y del proletariado, están a sueldo de fuerzas ocultas", dijo.

* * *

El comisario Padua entregó en la Oficina de Robos y Hurtos el botín que había recuperado del robo a la joyería *Esmeralda*: un broche; un anillo de oro con un solitario de brillantes; un reloj suizo de oro legítimo de dieciocho kilates con brillantes engastados; un anillo sextavado en oro, dieciocho kilates, con tres brillantes engastados en platino; una pulsera sextavada en oro de dieciocho kilates, con nueve brillantes, engastados en platino; y otras joyas. La recuperación fue hecha gracias a una denuncia. El ladrón no había sido encontrado, según Padua, pero como todas las joyas habían sido recuperadas el asunto había sido archivado.

* * *

Sabiendo por Mattos que Lomagno iba a llamarle, Alice no contestó el teléfono aquel día. El timbre sonó inumerables veces. Alice dejó el teléfono colgado.

Así, fue Mattos, sólo una vez, quien atendió la llamada de Lomagno.

—Quiero hablar con Alice.

—Ella está aquí a mi lado y dijo que no quería hablar con usted.

Silencio.

—Doctor Mattos, estoy convencido de que usted me está impidiendo hablar con mi mujer.,Quiero advertirle que consulté un abogado, quien, luego de oír lo hechos que le relaté, me aseguró que puedo acusarlo de secuestro y cárcel privada. Su delito tiene una agravante, según el abogado, pues debe haber causado a Alice, en vista de sus condiciones de salud, un grave sufrimiento físico y moral.

—Haga lo que quiera. Pero le aconsejo que se busque otro abogado. El que consultó es un idiota. Buenas noches.

20

Poco antes de mediodía Mattos llegó a la delegación para sustituir a Padua. Normalmente llegaba más temprano, para informarse minuciosamente sobre lo ocurrido en la víspera con el comisario que lo antecedía en la guardia. Pero aquel día estaba dispuesto a tener el menor contacto posible con Padua.

Padua lo esperaba.

—Quiero hablar contigo.

—Basta con que me dejes el libro de actas.

Padua tomó el libro de la mesa y lo puso bajo su brazo.

—Cinco minutos. Tengo que preguntarte algo. No al policía, al primer alumno de la facultad de derecho.

—Yo no fui el primer alumno.

—Perq sí uno de los primeros. Todo el mundo lo sabe. Te apodaban *Cerebrito*.

—¿Qué quieres saber?

—Moralmente estamos obligados a sacrificar nuestra vida, si es necesario, en el cumplimiento de nuestro deber, que es impedir que se cometan crímenes. ¿No es verdad? ¿Por qué no podemos, también para cumplir nuestro deber, matar a un bandido para impedirle que cometa un crimen?

—Voy a responder de forma simple a tu simplona pregunta. Porque la ley no nos da ese derecho. Y la ley está hecha para todos, principalmente para las personas que tienen alguna forma de poder, como nosotros. Un policía puede morir en el ejercicio de su deber, pero no debe desobedecer la ley.

—Dices que mi pregunta es simplona. Tu respuesta es santurrona, en el mal sentido. Equivocaste la profesión.

—Creo que quien se equivocó de profesión eres tú…

Padua dejó el libro sobre la mesa, tensó los músculos de los brazos y salió del despacho del comisario.

Ipojucan Salustiano, el abogado pata de palo de IIidio, compareció en la delegación con el certificado médico que probaba que su cliente

no podía atender el citatorio que le había sido enviado. El certificado se le entregó al escribano frente al comisario Mattos.

A Ipojucan le gustaba hablar de su pierna mecánica, era una forma de no sentirse avergonzado por su caminar rígido y titubeante. Ahora que era abogado de un banquero de *bicho* y ganaba más dinero, quería encargar una pierna mecánica a Estados Unidos.

—Tengo una pierna mecánica —dijo Salustiano al comisario Mattos.

—No parece —dijo Mattos gentilmente.

—Si me permite preguntar, ¿cuál es la razón de ese citatorio? ¿Mi ,cliente cometió algún delito?

—Por mientras sólo quiero calificarlo, de acuerdo con la ley. ¿Usted sabe, doctor, que es contra la ley rehusarse ante la autoridad judicial, cuando ésta exige justificadamente datos o indicaciones concernientes a la identidad, estado civil, profesión, domicilio y residencia?

—Claro, doctor, conozco la ley.

—Diga a su cliente que no se va a poder quedar escondido mucho tiempo en esa clínica, que si él no sana este martes voy a probar que este certificado médico es falso, lo que es un crimen previsto en el Código Penal. Usted no querrá empeorar las cosas a su cliente, ¿o sí?

Salustiano consultó una pequeña agenda que sacó del bolsillo.

—Martes, 24. Sólo son cuatro días. No creo'que él esté bien en tan poco tiempo.

—Si no sana, un médico de la policía irá a examinarlo a la clínica.

* * *

En la Cámara de Diputados, el diputado y jurista Bilac Pinto lanzó un discurso afirmando que Vargas tenía que estar en el banquillo de los acusados al lado de sus pistoleros. Citando el artículo 25 del Código Penal —quien de cualquier modo concurre en un crimen recibirá las penas a éste señaladas—, Bilac Pinto dijo que Vargas, al organizar una cuadrilla de bandidos, asesinos, ladrones y falsarios como lo es su guardia personal, asumió los riesgos resultantes de su elección. Su prisión preventiva tenía que ser decretada y Vargas debía ir preso al cuartel para después ser juzgado por el Supremo Tribunal Federal. No había necesidad de permiso de la Cámara pues no se trataba de un delito político, sino de un delito común.

* * *

La madrota Laura le dijo a Mattos que Lomagno tenía un profesor de

box que era negro. Había muchos boxeadores negros, ése era el. problema. Mattos buscaba a uno cuyo nombre tuviese una inicial F. Muchos boxeadores eran conocidos sólo por los apellidos; la mayoría vivía viajando para boxear en las arenas del interior del país.

Mattos pidió ayuda al personal de la Sección de Vigilancia para buscar, en los clubes de la ciudad, a los negros que enseñaban box. Durante días ninguna información valiosa llegó a su conocimiento. Pero poco después de que el abogado Salustiano salió de la "delegación, un investigador de la Vigilancia vino a decirle que en el Boqueirao do Passeio había un instructor negro de box llamado Chicao.

Mattos buscó el teléfono del Boqueirao do Passeio en el directorio. El tipo que contestó dijo que no había ningún profesor llamado Chicao, que el profesor de box era Kid Terremoto. A Terremoto lo podía encontrar en el club el viernes, en la clase de las ocho de la noche.

El Boqueirao do Passeio quedaba precisamente en la calle Santa Luzia, junto a la calle México. Era un club de regatas; el box, así como el basquet y la gimnasia, eran actividades secundarias.

Cuando Mattos llegó había una media docena de atletas en el gimnasio. Uno de ellos golpeaba una pera; dos aporreaban un costal. Otros saltaban la cuerda. En el ring, una pareja, con cascos de protección, boxeaba siguiendo las indicaciones de un viejo barrigón de nariz quebrada. Mattos concluyó, acertadamente, que aquel debía ser Kid Terremoto.

Mattos esperó pacientemente que las actividades terminasen, lo que tardó más de dos horas. Entonces se dirigió a Kid Terremoto.

—Me gustaría quitarle cinco minutos de su atención. Podemos tomar una cerveza mientras conversamos.

—¿Sobre qué asunto?

—Soy de la policía.

—Tomar cerveza con la policía no es bueno para la salud.

—Disculpe, Kid, pero usted va a tener que hablar conmigo de cualquier forma. Quiero sólo unos informes. No es nada contra usted.

Kid Terremoto pareció meditar sobre lo que Mattos dijera.

—Me voy a cambiar de ropa.

Regresó poco después, cargando un enorme saco.

—Ya no dejo mis cosas aquí. Me robaron un par de guantes nuevos la semana pasada. Ahora hay ladrones en todos lados. Pero de eso usted sabe más que yo.

Fueron a una cantina en Lapa, que estaba abierta hasta tarde. En la mesa estaba escrito con lápiz: "Marieta, voy a tomar insecticida por tu culpa".

—Insecticida con *guaraná* es muerte segura —dijo Kid Terremoto, que había leído las palabras escritas en la mesa—. Tuve un primo que se mató así, también por una mujer, le dolían los cuernos.

Mattos pidió una cerveza y un vaso de leche.

—Sólo hay leche caliente —dijo el mesero.

—Sírvela.

—¿No toma cerveza? —preguntó Kid Terremoto.

—Tengo una úlcera en el duodeno.

—Eso es en el estómago, ¿no? Tengo un primo que está enfermo de lo mismo.

Cuando Kid Terremoto terminó de beber la segunda cerveza, Mattos le preguntó sobre Chicao.

—Ya no trabaja conmigo. Era un negro fuerte como el carajo, pero no tenía buena técnica. Sólo fuerza bruta. Sirvió en la FEB. Aprendió a boxear con los americanos en la guerra. ¿Hizo alguna tontería?

—No, no ha hecho nada. Yo estoy buscándolo para que me dé informaciones sobre un tipo que fue su alumno en Boqueirao. Un tal Pedro Lomagno.

—Entonces ese fue el que hizo la tontería.

—Nadie ha hecho tonterías.

—¿Entonces por qué ese interés de la policía?

—Bien, a usted le puedo contar. Ese Lomagno sedujo a una muchacha.

Mattos siempre que necesitaba pretextar una investigación falsa sobre un delito, hacía uso del de seducción. Así había pasado en el Palacio de Catete, cuando visitó el alojamiento de la guardia personal del presidente.

—Seducción. Nunca entendí muy bien ese delito —dijo Kid Terremoto.

Delito de seducción, al contrario del de estupro, no causa reacciones fuertes en nadie que no esté directamente involucrado, como el padre y la madre de la víctima. O el acusado.

—El delito de seducción ocurre cuando un hombre, aprovechándose de la inexperiencia o de la justificable confianza de una mujer de más de catorce años y menos de dieciocho, mantiene con ella conjunción camal.

—Conjunción camal es que el tipo le meta el camote a la muchacha ¿no?

—Es necesario que ella confíe en él o sea inexperta.

—¿Cómo?

—El tipo es su novio y le dice que se van a casar. La muchacha consiente, creyendo en la promesa. Es entonces cuando la muchacha

no sabe lo que está haciendo, porque es ingenua…

—Doctor, ¿usted cree eso? Las mujeres saben lo que están haciendo desde que nacen. Quien no sabe es el hombre.

Mattos pidió otra cerveza.

—Usted es un policía decente —dijo Kid Terremoto—. Lo vi inmediatamente en su cara. Lo voy a ayudar, también porque ese Pedro Lomagno es un tipo rico haciendo jodederas. Me sorprende que usted me diga que ese Lomagno haya perjudicado a una muchacha, pues siempre creí que era joto. Desconfío de su relación con Chicao. Le montó una academia a Chicao, pero el negro le dio al traste y parece que la cerró.

—¿Sabe dónde está esa academia?

—Sí. Chicao me dio la dirección, pidiéndome que le enviara alumnos. Pero ¿usted cree que yo le iba a mandar alumnos si ni siquiera saco para el gasto?

—¿Ese Chicao tiene un anillo grande, de oro?

—Sí. Le gustaba exhibir el anillo. No se lo quitaba nunca. Sólo a la hora de ponerse los guantes y de bañarse. Decía que el jabón era malo para el anillo. Decía muchas tonterías.

Era ya noche, pero aun así Mattos tomó un taxi y fue a la calle Barao de Itapagipe, la dirección que Kid Terremoto le había dado. Se bajó del taxi frente a un galpón grande, con paredes de manipostería pintadas de blanco y tejas de aluminio. La puerta, de metal pintado de verde, estaba cerrada. No había luz dentro del edificio.

Mattos llegó al portón y tocó con fuerza. Nadie respondió. Ya se iba cuando oyó el ruido de la puerta abriéndose.

Un mulato desdentado, vestido con pijama de rayas, preguntó:

—¿Quién es?, ¿quién es?

—Estoy buscando a Chicao.

—Aquí no hay ningún Chicao. El hombre intentó cerrar la puerta, pero se lo impidió Mattos.

—Quiero hablar con el dueño.

—El dueño es el señor Francisco de Albergada.

—¿El apellido de él no es Chicao?

—Puede ser.

—Es con él con quien quiero hablar.

—El no ha venido. Yo soy el velador.

—¿Cómo se llama, por favor?

—José.

—¿Sabe leer, José?

—Más o menos. Si usted escribe con letra pequeña en un papel no

sé. Sólo sé leer las letras grandes.

—¿Puede darle un recado a don Francisco?

—Si no es muy largo.

—Dígale que el comisario Mattos que investiga el crimen del edificio Deauville quiere hablarle.

—Es muy largo.

—Creo que voy a escribir una nota y se la entrega a él. ¿Me puede regalar un papel?

—Voy a ver.

José regresó con una hoja de papel de estraza.

Mattos escribió con grandes letras:

Francisco Alberto. Me gustaría encontrarme con usted. Sólo quiero una información. Nada importante. Por favor, llámeme por teléfono.

21

Entre los papeles que el coronel Adyl de Oliveira recogió al forzar los cajones y los archivos de Gregorio Fortunato, cuando invadió el Palacio de Catete, estaban los documentos relativos a los chanchullos hechos con Cexim, patrocinados por Gregorio, juntamente con Arquimides Manhaes, y Luiz Magalhaes, amante de Sálete Rodrigues, la novia del comisario Mattos. De acuerdo con los documentos, Manhaes y sus socios habían ganado, como intermediarios en esos negocios, más de cincuenta y dos millones de cruceiros.

Luiz Magalhaes no fue encontrado por los encargados de la investigación. Sin embargo, Manhaes fue aprehendido y llevado para la base de Galeao, donde prestó declaración.

Manhaes declaró que fue huésped en Catete al inicio del gobierno de Vargas, pero que se había alejado de palacio después de un negocio de compraventa de algodón, que había hecho con financiamiento del Banco de Brasil, en sociedad con Roberto Alves, ex secretario del presidente. Al preguntársele cuánto había ganado en esa transacción, dijo que no lo podía precisar, pues ya había pasado tiempo desde que el negocio se había realizado.

Para suerte de los investigadores, el hombre con quien Manhaes trabajaba en Marília, Sao Paulo, fue a Galeao, acompañado de un abogado, con el fin de intentar liberar al preso. El patrón de Manhaes, el japonés Iassuro Matsubara, fue inmediatamente aprehendido por los militares.

Arquimides Manhaes declaró que Matsubara financiaba la campaña de candidatos a la Cámara y al Senado. Para la campaña de Roberto Alves para diputado federal por el estado de Sao Paulo, Matsubara contribuyó con quinientos mil cruceiros. Ese dinero había sido desviado por Gregorio para que se le entregara a Climerio en su fuga. A cambio de las contribuciones que hacía, Matsubara recibía financiamientos y regalías especiales del Banco de Brasil y de otras dependencias de la administración pública, además de favores por parte de los gobernadores en la compra de tierras en Sao Paulo y Matto Grosso.

* * *

Durante todo el día Lomagno oyó, en todos los lugares a donde anduvo, los rumores que corrían por la ciudad. Se hablaba de un golpe militar que depondría al presidente; en los escándalos escabrosos descubiertos en el archivo secreto de Gregorio —las bodegas de los Vargas se asemejarían a las bodegas de los Borgia— todas las guarniciones militares estarían en alerta; los tanques de Villa Militar estarían preparados para entrar en acción; Café Filho sería llamado a palacio para que subiera al poder. Para Lomagno, los rumores que oía no le parecían muy diferentes, en el humor y el alborozo, de las habladurías engendradas meses antes a raíz de los detalles lúbricos del asesinato por celos del banquero Arsenio a manos del teniente aviador Bandeira. Para él, el prestigio del presidente Vargas y de su gobierno venía desde hace muchos meses sufriendo un proceso continuo de desgaste y había llegado en aquel mes de agosto, a su más bajo nivel de aprobación popular. Una destitución de Getulio Vargas por las Fuerzas Armadas no era propiamente una novedad.

Lomagno tenía motivos para preocuparse. En el archivo secreto encontrado en Catete, en la relación de las firmas importadoras del país que sobornaban a Gregorio con el veinte por ciento del valor de las licencias de importación obtenidas en Cexim sin cobertura cambiada constaba el nombre de Lomagno & Cía., junto con los de otras firmas, como Brafesa, Cemtex, Corpax. La noticia estaba en todos los periódicos. Sólo el *Diario Carioca* mencionaba la circunstancia de que el presidente de Cemtex, Paulo Gomes Aguiar, había sido asesinado al inicio del mes y agregaba que al parecer la policía había desistido de descubrir al culpable. Lomagno tenía motivos para estar preocupado con las revelaciones escandalosas que envolvían a su firma, pero no estaba. Tenía motivos para preocuparse en caso de que un golpe militar derribara al presidente. Pero no estaba. Su padre, en el lecho del hospital, pocos días antes de morir, probablemente recordando los fracasos que sufriera cuando pensaba que podía cambiar al país militando en Açao Integralista Brasileira, le dijo:

—Hijo mío, no pienses que puedes cambiar a Brasil. Los franceses, que son un pueblo inteligente, inventaron esta máxima perfecta, que cuanto más vieja, más verdadera: *plus ça change, plus c'est la même chose.*

Pero su falta de preocupación por los acontecimientos se debía al hecho de que una inquietud mayor ocupaba su mente. En ella había un plan para cuya realización necesitaba de la ayuda de Chicao.

—Zuleika me dio su recado. Yo también necesitaba conversar con usted. El comisario estuvo con Kid Terremoto, allá en Boqueirao, buscándome. No se cómo me encontró. Tal vez las huellas digitales,

pero usé guantes… O el anillo que olvidé allá…

—¿Dejaste tu anillo en el apartamento de Paulo?

—Lo olvidé en algún lugar, cuando me bañé. El puto me mordió en el pecho, me llenó de inmundicias, hasta mis manos quedaron sucias, tenía que bañarme. Pero era un anillo como cualquier otro, sin ninguna identificación… Tiene una F grabada dentro. Lo compré con sacrificios, después de que me salí de la FEB, es de oro. La F es por Francisco y por la FEB. Me enojé cuando perdí el anillo.

—Ese policía ya sabía que fue un negro quien mató a Paulo. El estuvo conmigo y habló sobre eso.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Iba a hablar contigo. Pero él estaba tras una pista absurda, pues creía que el negro era Gregorio, el guardaespaldas de Getulio.

—Pero ahora sabe que soy yo, Francisco Albergaría.

Lomagno oía con satisfacción lo que Chicao le decía, a pesar de los graves riesgos personales que las investigaciones de Mattos le podrían causar. Chicao estaba sintiéndose acosado. Sería más fácil convencerlo de que se defendiera.

—¿Para qué me quería?

—Quiero que mates a ese hijo de puta.

—Yo no, doctor. Usted me va a mandar a Bahía. Siempre quise conocer tierra buena.

—Conozco a ese policía, él irá tras de ti hasta el mismo infierno. Está obsesionado, loco.

—Bahía es grande y está llena de negros como yo. Le va a ser difícil encontrarme.

—Sé lo que te digo: terminará encontrándote. Vas a vivir aterrorizado, acosado, con miedo a que se den cuenta de que eres de Rio, con miedo de boxear, con miedo de decir que fuiste soldado, esas cosas que él ya sabe de ti. Un día bajas la guardia y él te pega. ¿Quieres vivir en un cuchitril, escondido como un ratón?

—¿Ese comisario es maricón como el doctor Paulo?

—No —pausa—. Va a ser un trabajo más difícil —pausa—. Alice…

Lomagno iba a decir que Alice lo abandonó para vivir con el policía, pero se calló. No quería humillarse frente a Chicao.

—Si matas a ese cerdo, lo que será más útil para ti que para mí, te doy lo que quieras. Dinero para comprar una casa en Bahía, al lado de la playa. Una renta, cada mes, para tus gastos, por el resto de tu vida.

—Usted ya me dio mucho. Haré esto por usted.

—Si matas a ese perro me darás una alegría tan grande que te daré esos regalos.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Sí.

—¿Doña Luciana sabe de esto?

—No. Ya no tengo que ver con doña Luciana. Nos peleamos.

* * *

Sálete telefoneó a Mattos. Alice, irritada, dejó de escribir su diario para atender el teléfono.

—Alberto no está.

—¿Sabe a dónde fue?

—Está trabajando.

—No, salió de su turno hoy a mediodía. Lo llamé a la delegación y ya no estaba.

—¿Qué quieres, Sálete? Estoy muy ocupada.

—Quería saber si Alberto querría ir a Sao Paulo conmigo. Ya compré los boletos de avión. Va a haber en Sao Paulo, en el Parque de Ibirapuera, lo dice el periódico, una gran fiesta con fuegos y luces para inaugurar la exposición del cuarto centenario de la ciudad.

—Esa fiesta debe ser diferente. Están cambiando todo.

—Aquí en el periódico dice que el gobernador Garcez de Sao Paulo dijo que sólo un terremoto impedirá la fiesta.

—Alberto me telefoneó diciendo que iba a llegar tarde. Es mejor que vayas sola.

—Ah… qué pena… ¿Tú no quieres ir conmigo?

—¡¿Yo?!

—Tú.

22

A lzira Vargas do Amaral Peixoto descubrió a su padre, como ella decía, el día en que lo perdió por vez primera. Era el año de 1923 y el padre partía para luchar en una revolución que parecía no tener fin, la primera entre muchas otras en su vida. El parecía muy alto y poderoso, en su uniforme de mezclilla azul de coronel del Cuerpo Auxiliar Provisional de la Brigada Militar, con botas y cinturón negros, un revólver negro en una funda sujeta al cinturón, la cabeza de vastos cabellos castaño oscuros ondulados cubierta por un sombrero de alas largas. Alzira no olvidaba nunca la leve caricia del bigote negro del padre rozando el rostro de ella en un beso de despedida. Desde aquella época empezó a verlo, siempre, como un protagonista de grandes hechos. Los momentos de sencilla alegría, como cuando le enseñaba a jugar billar en los salones del palacio de gobierno en Porto Alegre, eran menos significativos, aunque agradables de recordar. Las remembranzas que dominaban su mente y ocupaban sus sueños eran las de los momentos de tensión y heroísmo que habían vivido juntos. Como en mayo de 1938, cuando los integralistas invadieron palacio para apresar al presidente, con la complicidad del comandante de la guardia, el teniente Julio Nascimiento. Los invasores eran jóvenes imberbes e inexpertos; atacantes y defensores se igualaban en su grotesca y fatal ineptitud, eso podía ver ella hoy, fríamente; pero Alzira recordaba, sin que esa remembranza hubiese sido deformada por el tiempo, la figura épica del padre manteniendo la calma en medio de la conmoción general. Antes, en 1930, en aquella plataforma de la estación de ferrocarril, ella oyó emocionada a su padre, no a un coronel, como en 1923, sino a un soldado raso vestido de caqui que comandaba la revolución que colocaría en sus manos, por muchos años, los destinos de un pueblo y de un país, proferir su inolvidable consigna: “¡Rio Grande! ¡De pie por Brasil!“. En 1932, el día 9 de julio, ella estaba en una comida en el Country Club de Rio de Janeiro, la primera fiesta realmente elegante de su vida, cuando vinieron a buscarla para volver al palacio pues había estallado una insurrección en Sao Paulo. Su corazón latía exaltado mientras su padre le decía que los alegatos constitucional i stas de los paulistas eran simples pretextos para la sublevación, pues él había nombrado, hacía más de un mes,

una comisión para elaborar el proyecto de la nueva Constitución brasileña. Esas reminiscencias venían, a veces, mezcladas con el dulce aroma de los puros que su padre fumaba. Ah, cómo había sufrido ella en aquel 25 de noviembre de 1935, ausente de Brasil y no pudiendo estar al lado de su padre dirigiendo la resistencia de los rebeldes en Campo dos Afonsos o en el 3 er Regimiento de Infantería, cuando los comunistas con su revuelta engendraron una insensata comedia de errores, sangrienta, idéntica a la que los integralistas repetirían tres años más tarde. Ella juró que nunca más abandonaría su país. En la traición del 45, estaba a su lado; derrotado, él mantuvo el valor; exiliado en su propio país, se portó con dignidad ejemplar.

Alzira pensó que la Historia redimía a su padre en 1950. Ahora, en aquel mortificante agosto de 1954, en que por vez primera veía a su padre como un viejo desencantado, un hombre sin esperanza, sin deseo, sin voluntad de luchar; un hombre pequeño, frágil, enfermo, víctima de las torpes alevosías de sus enemigos, de los ambiguos apoyos de sus amigos; ahora, él tomaba conciencia de la Historia como una estúpida sucesión de acontecimientos aleatorios, un enredo inepto e incomprensible de falsedades, inferencias ficticias, ilusiones, poblado de fantasmas. Ella ahora se preguntaba: ¿entonces dejaba de existir aquel otro hombre cuya memoria había guardado tantos años en su corazón? Este pensamiento le fue tan doloroso e insoportable que por momentos ella pensó que no resistiría y moriría de dolor, ahí, en la ventana del Palacio de Inga, en Niterói.

* * *

A pesar de haber salido de juerga en la víspera, Mattos estaba en la delegación aquel domingo cuando Cosme, el hijo del portugués Adelino, le pidió hablar con él.

—¿Usted sabe que mi padre murió?

—Sí. Lo siento mucho.

—Desde niño le tuve miedo a la policía. Le preguntaba a mi padre, aún pequeño, por qué tenía que existir una cosa así de mala, que apresaba y maltrataba a las personas.

—Esa pregunta es difícil de responder —dijo Mattos.

—No quiero decir que usted me haya maltratado cuando estuve aquí.

Silencio.

—¿Y el parto de su mujer? ¿Todo salió bien?

—Sí, sí. Más o menos. El niño tiene un problema de asma, pero la doctora dice que eso pasa con el tiempo.

Silencio.

—¿Necesitas algo? El asunto de tu padre está cerrado.

—Vine aquí para decirle algo. No sé si eso me perjudique, tal vez sí, pero no me importa.

—Di lo que quieras.

—Usted convenció a mi padre para que confesara que había matado a aquel tipo en el taller. Convenció al fiscal para que presentara la denuncia contra él. Convenció a todo el mundo. Usted es un hombre inteligente.

—Hice lo que tenía que hacerse. Buscar la verdad. Siento mucho la muerte de tu padre.

—La verdad. ¿Quiere saber la verdad?

Mattos puso un *Pepsamar* en su boca. Masticó.

—Sí, quiero saber la verdad.

—Quien mató a aquel tipo fui yo.

—Su padre confesó.

—Usted lo forzó a confesar. Y yo, mi madre, mi mujer, todos acabamos creyendo, ayudados por nuestro egoísmo, que era mejor que mi padre se declarara culpable, porque siendo viejo sería absuelto más fácilmente que yo. Lo creimos porque era lo mejor para nosotros. Yo podía quedarme junto a mi hijo y mi mujer; podía hacerme cargo, mejor que él, del taller y del naranjal. Mi padre era un viejo y nosotros los jóvenes creemos que los viejos no necesitan nada, que ya vivieron todo lo que tenían que vivir. Entonces todos resolvimos dejar que mi padre se sacrificara por mí.

Silencio.

—Usted mató a mi padre. Yo maté a mi padre. Mi mujer, mi madre mataron a mi padre. El era un viejo portugués que no sabía fingir lo que no era, un asesino, aunque fuese para proteger a su hijo.

—Ahora es tarde. Las cosas nunca son como son, así es la vida.

—Quiero que me encierre.

—El caso está cerrado.

—Enciérreme.

Mattos agarró a Cosme por los brazos y lo arrastró como a un muñeco para dentro del despacho. El estómago del comisario ardía. Aventó el cuerpo del frágil muchacho contra la pared.

—Oyeme, imbécil. No puedo ni quiero meterte preso por ese crimen. No puedo aliviar tu conciencia, ni la de tu mujer, ni la de tu madre. No seas estúpido. No hay nada que hacer.

Sal de aquí y no vuelvas nunca, no quiero ver tu cara jamás; vive con ese recuerdo horrible por el resto de tu vida, como yo también tendré que vivir con él.

—Doctor…

—¡Lárgate!, ¡lárgate!

Mattos, siempre agarrando a Cosme por los brazos, lo llevó hasta la puerta del despacho, empujándolo con violencia hacia el corredor, por donde lo arrastró hasta la puerta de la calle.

* * *

En una reunión que duró doce horas, todos los brigadieres de la Fuerza Aérea presentes en la capital, decidieron por unanimidad que solamente la renuncia del presidente Vargas sería capaz de restaurar la tranquilidad al país. La reunión fue interrumpida dos veces: para que el brigadier Eduardo Gomes comunicase a los demás ministros la decisión de la asamblea de lanzar una proclama exigiendo la renuncia de Vargas; para que Eduardo Gomes intentase conseguir el apoyo del mariscal Mascarenhas de Moráis, cuya lealtad a Vargas era notoria.

La reunión se realizó en un clima de exaltación creado por los oficiales de menor rango. La redacción del comunicado fue extremadamente difícil. De un lado, los jóvenes oficiales exigían, en intervenciones coléricas, que la nota acusara frontalmente al presidente como culpable de la muerte del mayor Vaz y exigiera su renuncia. Si no renunciaba, que fuese destituido por las armas. Del otro, los brigadieres, más prudentes y con un sentido más agudo de la disciplina y de la jerarquía, no querían que la nota pudiese caracterizarse como subversiva. Si no hubiera sido por la presencia del brigadier Eduardo Gomes, los oficiales jóvenes se habrían insubordinado y hecho prevalecer su punto de vista. El brigadier Eduardo Gomes ponderó que una lucha entre camaradas, en aquel momento, sólo beneficiaría al enemigo común; pidió a los jóvenes oficiales que confiasen en sus jefes, aquellos jefes ahí presentes, entre los cuales se incluía el ministro de la Fuerza Aérea, Epaminondas.

Para ir a la residencia del mariscal Mascarenhas de Moráis a comunicar la decisión de la asamblea de militares, que en reunión permanente en el Club de la Fuerza Aérea, esperaba el resultado de las gestiones de su líder, Eduardo Gomes se hizo acompañar del brigadier Iva Carpenter y de los generales Juárez Távora, Fiuza de Castro e Canrobert. Eduardo Gomes intentaba, al llevar con él a importantes generales del Ejército, conseguir el apoyo del jefe del EMFA. Una vez más el mariscal convocó al general Humberto Castello Branco para asesorarlo. Después de oír a los visitantes, el mariscal afirmó que, aunque juzgase la renuncia una solución digna, no admitiría, de forma alguna, su imposición al presidente de la República.

La actitud del mariscal decepcionó a los generales y brigadieres. Todavía, como la reacción del mariscal no fue de repudio violento a los sondeos subversivos que le habían hecho, los sonsacadores salieron

de la casa del mariscal creyendo que en caso de un golpe militar el mariscal no lucharía contra sus colegas de uniforme.

Como buen seguidor de reglamentos, Mascarenhas relató al ministro Zenobio, cuando consiguió encontrarlo, lo que estaba ocurriendo. “La situación es grave, muy grave”, dijo Zenobio. A las siete de la noche, el jefe del EMFA fue al Palacio de Catete, donde repitió al presidente el encuentro que había tenido en su residencia.

“No renunciaré. Fui electo por el pueblo y no puedo salir expulsado por las Fuerzas Armadas. Sólo saldré de aquí muerto”, dijo el presidente. El mariscal percibió preocupado en la voz del amigo, algo más que desafío: tristeza y disgusto.

Eduardo Gomes tuvo dificultad para encontrarse con el ministro de Guerra.

Zenobio había ido a almorzar y a ver carreras de caballos en el hipódromo del Jockey Club Brasileiro, en Gavea. El brigadier sólo consiguió citarse con el ministro, en la residencia de éste, a las cinco de la tarde.

—El ejército no permitirá la subversión del orden —dijo Zenobio, rispidamente.

—Señor ministro, no estoy hablando de subversión del orden. Vine a avisarle que si el presidente no renuncia habrá una guerra civil —respondió Eduardo Gomes—. Consulte a sus generales y sabrá, si es que no lo sabe ya, que nuestros camaradas del Ejército, así como los de la Marina, comparten el mismo sentimiento de revuelta que sus compañeros de la Fuerza Aérea.

Aún aquel día, Zenobio platicó en su residencia, que se había transformado en su cuartel general, con el brigadier Epaminondas, ministro de la Fuerza Aérea, quien ya había sido informado, por Eduardo Gomes, del rumbo de la reunión en el Club de la Fuerza Aérea. Estaban presentes en el encuentro de los dos ministros, el general Odilio Denys, comandante de la Zona Militar Este, y el jefe de la policía, coronel Paulo Torres.

Poco después de las diez de la noche, Zenobio salió para la Villa Militar, donde se concentraban las principales unidades del Ejército en la capital. Poco después de la medianoche regresó de la Villa Militar, yéndose directo al Ministerio de Guerra, donde lo esperaban casi todos los generales en activo en el Distrito Federal. Fue emitido un comunicado donde se decía que las Fuerzas Armadas estaban unidas en la defensa de la ley y de la Constitución y que todas las medidas ya habían sido tomadas para impedir que el orden fuese subvertido, partiese de donde partiese la señal para la violación del régimen.

* * *

Hasta la madrugada la residencia de Café Filho, vicepresidente de la República, se mantuvo repleta de amigos y correligionarios. Café Filho se mostraba de buen humor, dando rienda suelta a una característica de su personalidad que sus amigos llamaban de "espíritu *blageur"*. No quiso hacer declaraciones a la prensa.

* * *

Los buques de guerra, anclados en la bahía de Guanabara, mantuvieron sus faros encendidos toda la noche.

23

Mattos leyó en los periódicos del lunes el comunicado de los brigadieres sobre la reunión del domingo en el Club de la Fuerza Aérea. Para el comisario, la nota, llena de lagunas y oscura, contribuía con sus amenazas veladas a aumentar los rumores que corrían por la ciudad. "Los altos oficiales de la Fuerza Aérea Brasileña, identificados con el sentimiento de su corporación ante la evolución de los actos criminales revelados en la Investigación Policiaca y Militar, expresaron más de una vez su agradecimiento a la solidaridad recibida del Ejército y de la Marina, y la certeza de que las Fuerzas Armadas, dentro del orden, de la disciplina y fieles a la Constitución, no defraudarán la confianza en ellas depositada para que la presente crisis tenga solución definitiva y digna. Convinieron también en que Eduardo Gomes, el oficial de más alto rango en la reunión, comunicase a los señores ministros de las carteras militares y al mariscal en jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas una decisión unánime que ahí había sido tomada y que era capaz de restaurar la tranquilidad en el país".

La nota, para Mattos, dejaba campo abierto a la especulación. Pero el mensaje secreto que Eduardo Gomes llevara a los ministros militares no era difícil de inferirse: la Fuerza Aérea exigía la destitución del presidente Vargas.

"En el Palacio de Guerra, el general Zenobio, héroe de la FEB y ministro de Guerra, declaró estar plenamente satisfecho con la conducta de las tropas de la Villa Militar, que permanecían en estado de alerta para salvaguardar las leyes y la Constitución", decía a Radio Globo. En una noticia idéntica, donde también se llamaba a Zenobio héroe de la FEB, fue publicada aquel día en *Ultima Hora*. El gobierno decidió impedir la "divulgación de noticias alarmistas". Las emisoras de radio daban noticias controladas por la policía sobre los acontecimientos. Pero la censura era ya inútil, pensó el comisario. La opinión pública, a aquellas alturas, ya no valía nada.

Mientras Mattos se entregaba a estas reflexiones, Alice escribía en su diario, sentada junto a la mesa de la sala. Ultimamente ella permanecía callada, mirando a la pared, escribiendo horas enteras en

el grueso cuaderno de pasta dura.

Por un instante ella levantó la mirada de su diario y notó el gesto absorto de Mattos.

—¿En qué piensas?

—En Getulio Vargas —pausa—. ¿Y tú?

—Tengo cosas más importantes en que pensar. Tengo mi vida.

—Getulio Vargas es parte de mi vida —dijo Mattos.

—Getulio te hizo aprehender cuando eras estudiante.

—No fue él. Fue un esbirro cualquiera. Siento pena por Getulio. Sé que es absurdo; yo mismo estoy sorprendido.

—Dijiste que cuando te llevaron preso te hicieron algo llamado corredor polaco, donde tú recibías puñetazos y puntapiés mientras te obligaban a caminar. Tenías sólo diecisiete años.

—Fueron cuando mucho dos minutos.

Mattos se levantó y tomó del cuarto una maleta con papeles y fotografías.

—¿Ves esta foto? Estoy desfilando como estudiante de secundaria un siete de septiembre, en 1937, en plena dictadura. Me gustaba desfilar el siete de septiembre. Me gustaba marchar al compás de los tambores. ¿Ve esta otra foto? Estoy cantando himnos patrióticos junto con millares de niños en el estadio Vasco, un coro dirigido por Villa-Lobos. En esta estoy hablando durante un mitin queremista en 1944, cuando ya estaba en la facultad de derecho.

—¿Queremismo? Me acuerdo vagamente… ¿Qué era eso?

—Presionado por los militares, en 1944, Getulio tuvo que convocar a elecciones para la Presidencia de la República y lanzó la candidatura de su ministro de Guerra, Gaspar Dutra. Pero al mismo tiempo organizó un movimiento para mantenerse en el poder, cuyo lema era “Queremos a Getulio”, y que defendía la idea de reunir a una Asamblea Constituyente con Getulio en el poder.

—¿Y tú eras queremista? —pausa—. ¿O masoquista?

—Estaba muy confundido en aquella época.

—Hoy también.

—Hoy también —pausa—. Getulio terminó siendo depuesto en el 45. ¿Sabes qué le gustaba hacer cuando regresó, como un apestado, a su hacienda en el Sur? Plantar árboles —pausa—. Le gustaba plantar árboles.

—A mí me gustan las flores. ¿Por qué estás tan triste? Eso me está irritando. ¿Estás triste o no?

—¿Qué quieres que responda?

—Que estás feliz.

—Estoy feliz.

—Prométeme que no vas a ver jamás a esa muchacha, Sálete.

—Eso no lo puedo prometer. Sólo puedo prometer que estoy feliz.

—Ella no es una mujer de tu mundo.

Mattos tuvo ganas de decirle a Alice que ella tampoco era de su mundo; que él mismo no sabía cuál era su mundo; que se sentía un extraño en el mundo nebuloso de él y en el mundo de los otros también.

—Tengo que sailir —dijo.

—Está bien que me quede sola. Tengo muchas cosas que escribir en mi diario.

Antes de pasar a la delegación, Mattos fue al senadito, en el edificio San Borja, a buscar a Laura, pero Almeidinha dijo que ella no estaba.

—Díle que paso más tarde para hablar con ella.

Llegando a la delegación llamó a su médico.

—Su radiografía no me dice nada bueno. Tal vez sea necesario operar. ¿Se acuerda de aquella técnica nueva de la que hablé? ¿Antrectomía y vagotomía?

—Sí —Mattos puso un *Pepsamar* en su boca—. Ustedes retiran la porquería de mi estómago y cortan los nervios que se encargan de la secreción estomacal. Acaban con mi úlcera y con mi hipercloridia. Doctor, soy un poco médico y un poco loco, como todo el mundo. ¿Seguiré siendo el mismo hombre o seré otro después de la operación?

—Es bueno que no bromeé con su salud. Es un asunto que tenemos que resolver de inmediato. Corre el riesgo de una hemorragia grave. ¿Puede venir hoy?

—¿A qué hora?

—Cuando pueda. No deje de venir.

Rosalvo entró al despacho.

—¿Se le ofrece algo, doctor?

Mattos estaba esperando que llegara el detective Celso, jefe de la sección de Vigilancia y Capturas, con quien había establecido un plan para aprehender a Francisco Albergaria. Aún no hablaba con nadie sobre lo que le había dicho Kid Terremoto en las pesquisas que hiciera en Boqueirao do Passeio; y tampoco había revelado a sus colegas el nombre del sospechoso.

—Cuando llegue Celso, de Vigilancia, me avisas.

Pero lo que le avisó Rosalvo, poco tiempo después, fue que el portero del edificio donde Mattos vivía acababa de telefonear para decirle que había ocurrido un conato de incendio en su departamento y que doña Alice no estaba bien. —¿Quién es doña Alice? —preguntó Rosalvo.

Mattos no respondió. Salió apresuradamente en busca de un taxi.

El portero del edificio subió en el elevador con Mattos.

—¿Le pasó algo a doña Alice?

—No… es decir, quedó un poco trastornada… Pero no fue necesario llamar a los bomberos. Yo mismo apagué el fuego con el extinguidos Qué cosa tan rara ¿no, doctor?

—¿Cómo pasó?

Llegaron al piso donde vivía el comisario. En el corredor se percibía el olor a quemado. La puerta del departamento estaba cerrada.

El portero tomó el brazo del comisario.

—Mire, doctor, fue la muchacha quien inició el fuego en el departamento. Creo que ella tuvo un… Quise dejar a mi mujer con doña Alice mientras usted llegaba, pero ella sacó a mi mujer del departamento.

—Gracias. Yo me hago cargo de todo.

La mesa y las sillas estaban parcialmente quemadas. También los libros del estante, los discos y el tocadiscos estaban dañados por el fuego. Todo eso lo vio Mattos muy rápidamente al pasar en dirección al cuarto.

Alice estaba sentada en la cama. Su cabeza estaba cubierta por residuos negros de papel carbonizado, que se esparcían por su rostro.

Mattos se sentó a su lado. Tomó delicadamente las manos de Alice, sucias de ceniza.

—Quemé mi diario —dijo Alice. Ella parecía tener sueño.

—No tiene importancia. Escribe otro.

—No quiero escribir otro. Quiero olvidar.

Mattos tomó el frasco de medicina, abierto encima de la cama. Estaba casi lleno.

Mattos puso el frasco en su bolsillo.

—¿Cuántas píldoras tomaste?

—Dos… Tres… Dos…

—¿Puedo llamar al doctor Amoldo?

—Quiero estar contigo.

—Me voy a quedar contigo. Sólo quiero llamar al doctor Amoldo. Quédate aquí tantito mientras lo llamo.

El doctor Amoldo le pidió a Mattos que llevase a Alice a la Casa de Salud Doctor Eiras, en la calle Assun9ao 2, en Botafogo. Que buscase al doctor Feitosa. El, Amoldo, iría en seguida.

—Si se resiste a ir, es mejor no forzarla. Vuélvame a llamar.

Mattos tomó una toalla húmeda y limpió los cabellos y las manos de Alice. Somnolientamente, ella dejó que Mattos le cambiase el

vestido por otro limpio. Antes de salir, el comisario puso en su bolsillo el cepillo de dientes de Alice.

* * *

Por sugerencia del general Humberto Castello Branco, el mariscal Mascarenhas de Moráis, jefe del EMFA, realizó una reunión del Consejo de Jefes del Estado Mayor. Aprensivo, Mascarenhas oyó de los jefes de las tres Fuerzas —Ejército, Marina y Fuerza Aérea— que solamente la renuncia del presidente Vargas podría solucionar la crisis.

* * *

—Lo mejor ahora es dejarla dormir —dijo el doctor Amoldo—. Alice no está nada bien. Entró en una profunda depresión. Voy a llamar a su marido.

—Ella se separó de su marido —dijo Mattos.

—¿Legalmente?

—Aún no.

—Tengo la precaución de hablar con la familia, en el caso de ciertos tratamientos…

—¿Qué tratamientos?

—Electroshocks. No es la primera vez que se ha pensado en ello, en el caso de Alice.

—Pero ¿el electroshock no causa daños irreversibles, como pérdida de la memoria?

—Usted me acaba de decir que ella había dicho que quería olvidar y que por eso había quemado el diario que estaba escribiendo. ¿No encuentra eso significativo? —pausa—. De cualquier forma, la amnesia que podría ser provocada por el tratamiento siempre es transitoria.

—No lo haga, doctor; se lo pido, por favor. Cuando ella despierte quizás esté mejor.

—Ese cuadro de depresión y melancolía sólo tiende a empeorar.

—Ella no estaba deprimida hoy en la mañana cuando salí de casa. Por favor, prométame que esperará unos días.

—Está bien. Voy a esperar un poco. Por otra parte, ése es el procedimiento que adopto, como regla, de cualquier forma voy a tener que avisar al marido. Ellos aún no están separados legalmente. Ella no tiene parientes, ¿me entiende?

—¿No puedo hacerme responsable de ella?

—Usted no es nada de ella; un buen amigo, lo sé, pero ella tiene un marido.

—Regreso más tarde.

—Venga mañana. Ella va a dormir la tarde y toda la noche. Estará bien tratada, no se preocupe.

—Nada de electroshocks, por favor.

—Eso es un prejuicio, doctor. Todos los avances de la medicina encontraron a través de la historia objeciones hostiles basadas en la ignorancia y la superstición. Hay personas que por motivos religiosos se rehúsan a recibir transfusiones de sangre. Otras, por ignorancia, se rehúsan a tomar remedios alopáticos. Etcétera.

—Doctor, entro de guardia mañana al mediodía. Pero antes pasaré por aquí.

* * *

Eran las once de la noche cuando el general Zenobio pidió al mariscal Mascarenhas ir al Ministerio de Guerra.

—La situación se agravó —dijo Zenobio —; más de cuarenta generales del Ejército suscribieron el manifiesto de los brigadieres. Pedí a Mendes de Maoraes que fuera a Catete a hablar con Alzirinha. Estoy esperando a que vuelva el general.

Lo dos se sentaron, abatidos, en las poltronas de cuero marrón del despacho del ministro. Los dos habían servido juntos en la FEB. Mascarenhas, entonces general de división, comandaba los 25 162 hombres de la Fuerza Expedicionaria enviada a Italia en 1944. Zenobio, en esa época general de brigada, comandaba una de las cinco compañías en que se dividía la Fuerza.

—En Italia las decisiones fueron más fáciles de tomar —dijo Zenobio, levantándose impaciente—. Creo que es mejor que nos vayamos a Catete para hablar con el presidente. Voy a pedir a Denys que nos acompañe.

Pasaba de medianoche cuando llegaron a Catete. Los hijos y demás parientes del presidente estaban en palacio. Vargas recibió a Mascarenhas y a Zenobio en presencia del ministro Oswaldo Aranha. Oyó, en silencio, a Zenobio, quien le decía que él, el presidente, había perdido el apoyo militar.

—Mañana convocaré a una reunión ministerial —dijo Vargas.

—Mascarenhas propuso que se convocara inmediatamente, lo que aceptó el presidente.

Poco después de las dos de la mañana ya estaban presentes en la sala de reuniones del palacio todos los ministros de Estado. Sólo

faltaba el ministro de Relaciones Exteriores.

Vargas se sentó en la silla oscura de asiento de anea que quedaba en la cabecera de la mesa de la sala de reuniones del Ministerio. Los ministros ya estaban en sus lugares, en silencio. Todas las luces estaban encendidas; pero en las reuniones nocturnas aquella sala siempre permanecía oscura, lúgubre. Vargas contempló, por momentos, en la pared de enfrente, el cuadro de Antonio Parreiras, un óleo de tonalidad cenicienta que el pintor había llamado *Un día triste*.

El presidente, con voz cansada, después de relatar las informaciones que sus jefes militares le habían transmitido, pidió la opinión de los ministros presentes. Los ministros militares confirmaron que la Marina y la Fuerza Aérea, de manera conjunta, querían la renuncia del presidente; el Ejército estaba dividido. Los ministros militares aconsejaban la renuncia.

Mientras los ministros militares hablaban, entraron a la sala Alzira Vargas, el diputado Danton Coelho, yerno del presidente, Amaral Peixoto, y otras personas.

El presidente pidió a los ministros civiles que opinasen. El ministro interino de Trabajo, Hugo de Faria, dijo que la Constitución debía de ser respetada y mantenida y que el presidente no debía renunciar. Oswaldo Aranha y José Américo estuvieron de acuerdo con las opiniones de los ministros militares, favorables a la renuncia. Los otros se mostraron vacilantes; ninguno de ellos dio una opinión objetiva.

En ese instante, Alzira salió del fondo de la sala y se puso al lado de la silla del presidente.

—¿Y usted, general Caiado? Quiero su opinión —dijo Vargas.

—Presidente. No acepte ninguna imposición. Soy favorable a la resistencia armada. El Ejército, incluso dividido, como alega el señor ministro, impedirá cualquier sublevación.

—Si usted me dice el nombre del regimiento que resistiría, yo, con el debido permiso del señor presidente, lo pondré bajo sus órdenes —dijo Zenobio.

—Así será —dijo Caiado.

—General Zenobio —gritó el diputado Danton Coelho desde el fondo de la sala—, la culpa de que el Ejército esté dividido es suya.

—Repudio su grosera y falsa afirmación. No admito que me dirija la palabra —replicó Zenobio.

—General —dijo Alzira—, me sentí desconcertada y decepcionada cuando lo oí sugerir que el presidente debía renunciar. Le pregunto: ¿por qué no podemos resistir? Creo que lo único que falta es voluntad de luchar.

—La resistencia provocaría derramamiento de sangre. Seremos derrotados —dijo Zenobio.

—Que seamos derrotados, pero luchando —dijo Alzira.

Las opciones que existían sobre la mesa eran: resistencia armada o renuncia. El yerno Amaral Peixoto agregó otra: pedir licencia. El presidente se apartaría hasta que terminara el IPM sobre el crimen de la calle Tonelero.

Varios de los presentes, tanto ministros como aquellos que habían entrado indebidamente en la reunión, comenzaron a hablar al mismo tiempo. Lourival Fontes, el jefe del Gabinete Civil, que estaba sentado al lado de Mascarenhas, se volvió hacia el jefe del EMFA y dijo: "Esto se está volviendo una farsa".

En medio del desorden, Vargas miró el reloj armario J.B. Deletrezz colocado entre las cortinas grises y el borde de las grandes puertas que se abrían hacia la terraza del jardín, totalmente oscuro. Las manecillas de la carátula de porcelana marcaban las cuatro y veinte de la mañana. Vargas se sentía extenuado. Desde el principio, él no esperaba un apoyo sólido para luchar; conocía la naturaleza humana, había participado, durante su carrera política, en complicidades, revueltas, concubinatos, golpes, revoluciones. Así, los rostros cautelosos de la mayoría de los ministros, sus palabras evasivas, envueltas en metáforas abdicatorias —José Américo le sugería un "gran gesto", casi un eco del "gesto elegante de los vencidos" propuesto por el udenista José Bonifacio— no le habían causado sorpresa, sólo aumentaron su cansancio.

En un último esfuerzo tomó la palabra, con autoridad, acalló las voces, haciendo cesar la barabúnda.

—Si los ministros militares me garantizan que las instituciones serán mantenidas, pediré licencia.

Después de decir eso, acompañado de su hija Vargas se retiró del salón, con aplausos. Ya en el tercer piso, antes de entrar al cuarto donde dormía solo, —su esppsa, doña Darcy, dormía en otro cuarto del palacio—, su hija lo abrazó y besó.

Tancredo Neves, el ministro de Justicia, quedó encargado de redactar la nota donde se expresaría la decisión presidencial de pedir licencia y pasar el gobierno a su sustituto legal. Buscando preservar la dignidad del presidente, se diría que aquella era una decisión espontánea que recibió la íntegra solidaridad de sus ministros. Tancredo diría aun que el presidente exigió que el orden y el respeto a la Constitución fuesen mantenidos y honrados los compromisos solemnemente asumidos frente a la nación por los generales de las Fuerzas Armadas. La nota terminaba diciendo que en caso contrario el presidente persistiría en su propósito inalterable de defender sus prerrogativas constitucionales con el sacrificio de su propia vida. Tancredo, Oswaldo Aranha, Mascarenhas y los demás amigos del presidente creían que aquella solución de transigencia, en los términos

de la declaración que iba a ser divulgada inmediatamente, evitaría la renuncia, la guerra civil, la humillación del presidente.

* * *

Café Filho recibió los primeros saludos, como nuevo presidente de la República, aún en pijama, a las cuatro y media de la mañana en su residencia. Las estaciones de radio, rompiendo la censura establecida por la policía, acababan de dar la noticia de que el presidente Vargas había renunciado; El presidente del Club da Lanterna, el periodista Amaral Neto, fue el primero en saludar a Café Filho. Cercado por líderes de la oposición, Café Filho declaró que pretendía poner en paz los ánimos y hacer un gobierno de unión nacional. “Mi guardia personal será mi mujer”, afirmó.

Cuando, a las cinco y veinte, el jefe de la policía declaró por radio que no se trataba propiamente de una renuncia, que el presidente Vargas sólo había pedido licencia, el entusiasmo de los presentes en casa de Café Filho fue sustituido por una tensa expectativa.

A las siete de la mañana, Café Filho se aisló de los que se encontraban en su residencia, a fin de conversar con los señores Afonso Arinos y Bilac Pinto, que acababan de llegar.

24

Solo en su cuarto, Vargas, lentamente, se desvistió y tomó la pijama de rayas que estaba debajo de la almohada. Estaba vivo en la memoria de Vargas el rostro avergonzado de su hija, cuando salieron de la reunión ministerial. Alzira fue con él hasta su cuarto para decirle que los pusilánimes se habían ido ya; los que le eran leales estaban listos para la lucha.

El se había rehusado a luchar. Pidió a su hija que lo dejara dormir. ¿Algún día lo perdonaría Alzira por la cobardía de ese momento?

Terminó de ponerse la pijama. Evitó, deliberadamente, mirar su imagen reflejada en los dos espejos grandes de los armarios antiguos que había en el cuarto. El cuadro de Cristo en un rincón de la pared, un Sagrado Corazón del pintor Décio Villares, le trajo el fugaz recuerdo de una charla que había tenido sobre aquella pintura con el cardenal Pacelli, cuando éste se hospedó durante dos días en palacio, en 1934, algunos años antes de que se convirtiera en el papa Pío XII.

Apagó la luz, se acostó.

La mañana tardó en llegar. Benjamín vino a su cuarto a decirle que había sido citado para declarar en Galeao; y que Zenobio se había reunido con otros generales en el Ministerio de Guerra para afirmar que la verdad era que el presidente no había pedido licencia sino que había sido depuesto. El también esperaba eso.

Recordó nuevamente el sufrimiento que había visto en el rostro de su hija, pensó en su propio rechazo a luchar. Pensó en la muerte. Comenzó a llorar. Benjamín, que nunca lo había visto llorar, ni siquiera cuando eran niños, puso, emocionado, la mano en el hombro de su hermano, pidiéndole que no diese aquella satisfacción a sus enemigos. “Ya has salido de situaciones peores”.

Benjamín se retiró y Getulio volvió a acostarse. Pensó en el discurso de Capanema en la Cámara, que lo defendió de los ataques injustos que le hacían. Se acordó de lo que dijera su líder parlamentario: él, Getulio Vargas, presidente de la República, no podía abandonar su puesto, no podía irse, por miedo, por vanidad, por comodidad. El tenía que quedarse, hacer frente a las exigencias de las

fuerzas políticas mayoritarias que lo apoyaban. Aun más, él tenía la obligación para con su nombre. El nombre del presidente era un nombre sagrado. El presidente era como un rey, como un príncipe. El gobernaba en nombre del monarca del mundo, como decía Bossuet. Y ese monarca del mundo establecía que el nombre del presidente tenía algo de sagrado. Quien ejercía la Presidencia de la República tenía el deber, y no sólo el derecho, de defender su nombre, porque ese nombre no era sólo el de Getulio Vargas, era el nombre del presidente de la República. El presidente de la República debía estar a la altura de la dignidad que se inscribía en su función, en su cargo, en su poder. El tenía el deber de defender su nombre y, en la defensa de su nombre, él no podía renunciar, porque esa renuncia sería complacer las sospechas.

* * *

Muy temprano, el comisario Mattos se dirigióla la Casa de Salud Doctor Eiras para tener noticias de Alice.

—Ella no puede recibir visitas —dijo un empleado en la recepción.

—¿Pero está bien?

—La señora Alice está durmiendo. El doctor Amoldo estuvo aquí hoy y le dio una medicina. Tal vez después ella pueda recibir visitas.

—¿El doctor Amoldo está en la clínica?

—No, salió. Debe haber ido a visitar a otros enfermos.

* * *

Acostado en la cama, con los ojos abiertos sin ver, Vargas imaginó cómo sería recibida su muerte por sus enemigos. Su carta, que había sido escrita para despedirse del gobierno y no de la vida, esbozada días antes a su pedido por Maciel Filho, su amigo y auxiliar desde los años treinta, podía servir también, y hasta mejor, para un adiós definitivo. La carta, mal escrita a máquina, estaba sobre la cubierta de mármol de la pequeña cómoda del cuarto, al lado de la puerta del baño.

Cuando el camarero Barbosa entró en el cuarto para rasurar a Vargas, éste estaba de pie, inmóvil en el centro del cuarto, vestido con su pijama de rayas. El camarero le dijo que se pusiera una. bata pues hacía frío. “No tiene importancia”, le respondió. Dijo que aún no quería rasurarse.

Barbosa salió y Vargas volvió a quedarse solo.

Liaría lo que tenía que hacerse. Desafrenta y redención. Una sensación eufórica de orgullo y dignidad se apoderó de él. Sí, su hija

ahora lo perdonaría.

Tomó el revólver del cajón de la cómoda y se acostó en la cama. Acercó el cañón del revólver al lado izquierdo de su pecho y jaló del gatillo.

El mayor Domeñes platicaba con Barbosa, en el corredor.

—¿El presidente dijo algo?

—Dijo que no tenía importancia.

—¿No tenía importancia qué?

—Le pedí que se pusiera la bata pues hace frío y dijo que no tenía importancia.

Oyeron un tiro. Domeñes corrió al cuarto, seguido por Barbosa. Abrieron la puerta y vieron al presidente, en la cama, con los ojos cerrados y una gran mancha de sangre en el lado izquierdo del pecho.

—¡Presidente! —gritó Domeñes.

Barbosa miró atónito los cortos pelos blancos que aparecían en el rostro pálido de Vargas. “Debía haber afeitado al presidente”, pensó el camarero.

Domeñes tomó el brazo de Vargas.

—¡Presidente! ¡Presidente!

—Debí haberlo afeitado —murmuró Barbosa.

Domeñes salió corriendo del cuarto y regresó con Sarmanho, el cuñado de Vargas.

—¡Dios mío! —exclamó Sarmanho—. ¿Está muerto?

—No sé —dijo Domeñes—. Tenemos que telefonear al Pronto Socorro.

El teléfono del cuarto, un aparato de color negro sobre la mesita de noche, no funcionaba.

—¡Llamen al general Caiado! —gritó Sarmanho, desde la puerta del cuarto—. Su grito fue tan fuerte que lo oyeron las personas que estaban en la planta baja, quienes miraron hacia arriba por el gran vano de la escalera.

El jefe del Gabinete Militar entró al cuarto acompañado por Arísio Viana, presidente del DASP. Viana oyó en el radio la noticia sobre la licencia de Vargas y fue al palacio para obtener mayores informes.

Al ver al presidente herido, con el pecho cubierto de sangre, el general Caiado desfalleció y se le sacó del cuarto.

Zaratini, el mayordomo, corrió a avisar a los hijos y a la mujer del presidente.

* * *

El comisario llegó a la delegación y Padua le dijo:

—Getulio se mató. Vilanova, del DEP, acaba de irse al Palacio de Catete para hacer un peritaje. Jessé de Paiva y Nilton Salles van a hacer la autopsia. Ordenes directas del jefe de la policía.

—Voy a Catete —dijo Mattos.

El tenía que ver el cadáver de Getulio.

—Díle a Rosalvo que me supla —dijo Mattos.

—No puedo.

—Entonces yo te suplo antes de la hora. Eso está permitido por los reglamentos.

—Sólo si me prometes una cosa.

—¿Qué?

—No soltar a los vagabundos que aprehendí.

—Lo prometo.

Después de que recibió el libro de registro de Padua y éste se retiró, Mattos llamó a la casa de Rosalvo, ordenándole que se presentara inmediatamente en la delegación.

Rosalvo no tardó en llegar.

—Voy a una diligencia. No sé a qué hora vuelva. Hazte cargo.

* * *

Alzira Vargas, en el cuarto del suicida, revisaba los bolsillos del traje azul marino que su padre usara en la reunión ministerial aquella madrugada, cuando vinieron a decirle que los peritos de la policía habían llegado.

—Que esperen —dijo Alzira, revisando ahora nerviosamente los bolsillos de la pijama del muerto extendido sobre la cama.

Lo que ella buscaba fue finalmente encontrado bajo el cadáver del presidente: una llave del cofre Fichet del cuarto.

Alzira abrió el cofre y puso rápidamente el contenido de sus cajones en una maleta que había traído del palacio de gobierno del estado de Rio, en Niterói, y que contenía hasta entonces, sólo un revólver.

* * *

La confusión en el Palacio de Catete era tan grande que el comisario Mattos no tuvo dificultades para entrar; ni siquiera necesitó mostrar su identificación de policía. La recepción estaba abandonada. Atrás del mostrador del portero sólo estaba la estatua del indio Ubirajara haciendo un gesto de cólera.

Del despacho del general Caiado de Castro, en la planta baja, estaban sacando los muebles. Alguien le dijo al comisario que allí se instalaría la capilla ardiente donde colocarían el cuerpo de Vargas. El comisario subió los veinte escalones alfombrados de rojo del primer trecho de las escaleras, flanqueado por el pasamanos con adornos hechos de hierro colado y querubines dorados. Se detuvo en el primer descanso. ¿Adonde estaría el cuerpo del presidente? Le dolía el estómago. Puso tres pastillas de *Pepsamar* en su boca. Necesitaba ver el cuerpo de Getulio.

Las personas subían y bajaban las escaleras apresuradamente. El comisario subió otros diecisiete escalones y llegó al segundo piso. El tenía la manía de contar los escalones de las escaleras que subía.

En el gran salón principal, cuyas ventanas daban a la calle de Catete encontró a un ujier vestido con traje azul marino.

Mattos mostró su identificación de policía.

—Policía. ¿Dónde está el cuerpo del presidente?

—Debería haber tomado el elevador —dijo el ujier.

—¿Dónde está?

—Ahora es mejor que vaya por la escalera que está al fondo a la derecha.

Una puerta ocultaba la escalera que conducía al área residencial de palacio. El comisario subió tres partes de la escalera, con nueve escalones de mármol cada parte, y salió al piso residencial. Frente a la habitación del presidente había un grupo de personas, entre ellas un capitán del Ejército con los alamares dorados de los ayudantes de órdenes. El comisario mostró su credencial de policía al capitán.

—Soy de la oficina del jefe de la policía. ¿Ya llegaron los peritos? —preguntó Mattos.

—Están allá dentro. ¿Se le ofrece algo?

El capitán tomó la manija de la puerta:

—¿Quiere entrar?

—Cuando salgan hablaré con ellos.

El comisario bajó por las escaleras hasta la planta baja, donde la confusión aumentaba. Era mayor el número de personas que andaba de un lado para otro, gritando órdenes incomprensibles. En los jardines se veían algunos nidos de ametralladoras ligeras, apresuradamente colocadas. No había ningún soldado detrás de los pocos sacos de arena amontonados desordenadamente, lo que daba un aspecto melancólico y frágil a aquel improvisado aparato bélico.

El comisario vio en una de las ventanas del tercer piso a una mujer de ojos oscuros que parecía llorar. Era la mujer del presidente, Darcy Vargas. Se había casado con Vargas a los quince años.

Mattos contempló las dos aves de bronce en las platabandas de la

parte trasera del tejado de palacio, inclinadas, como si fuesen a alzar el vuelo. A la sombra de los enormes árboles del jardín, el silencio era roto solamente por el suave chorro de agua de una pequeña fuente de mármol blanco.

Un hombre, que Mattos reconoció como el jefe del Gabinete Civil, Lourival Fontes, colocaba una pila de papeles en la cajuela de un coche. Fontes cerró la cajuela y miró furtivamente alrededor, para ver si estaba siendo observado. Al notar al comisario, Fontes volvió con pasos rápidos a palacio. Mattos lo siguió.

En el desorden de la planta baja, el comisario perdió de vista a Fontes. Subió corriendo, y contando, los treinta y siete escalones hasta el tercer piso. Se aproximó al cuarto del presidente. A través de la puerta entreabierta Mattos vio lo que estaba buscando. Allí estaba él, Getulio Vargas. Muerto, tirado en la cama, cuidado por la mujer y por otras personas que trataban de quitarle el saco de la pijama a rayas manchado de sangre. A su lado, alguien tenía un traje oscuro en un gancho. El movimiento de las personas le impedían ver bien el rostro de Vargas.

Un hombre que tomaba notas guardó en su bolsillo, con visible aflicción, el block en que escribía. Notando la mirada inquisitiva del comisario, dijo:

—Mi nombre es Arlindo Silva. Soy periodista. Esta escena jamás podré olvidarla.

El reportero, evidentemente conmovido, fue hasta la puerta y desapareció.

Los peritos terminaron su trabajo y colocaron instrumentos y papeles en maletas negras. El primero en salir fue Vilanova.

Normalmente de buen humor, Vilanova tenía el rostro sombrío y preocupado. El perito conocía al comisario y encontró natural su presencia en el lugar.

—Comprobé una gran zona de ennegrecida alrededor del orificio del proyectil en la pijama y también residuos de nitrito en la mano. No hay duda de que el presidente se mató. Jessé y Nilton están de acuerdo conmigo —dijo Vilanova.

Los peritos Jessé de Paiva y Nilton Salles habían realizado sólo un examen superficial del cadáver. El jefe de la policía dio órdenes para que los peritos del DEP y del IML liberasen de inmediato el cuerpo; no había condiciones para proceder, en aquel lugar, a una autopsia, conforme lo ordenaba la ley. Los dos peritos sólo habían extraído el proyectil, alojado en el tórax, e inyectado formol en las venas del cadáver. Esto se lo dijo Salles al comisario.

El comisario llegó a la planta baja, donde innumerables personas se aglomeraban, lamentándose y vociferando, en un rincón, bajo la

gran estatua de Perseo, un coronel uniformado decía que el general Zenobio manifestó su deseo de ir a palacio, pero la familia de Vargas le prohibió la entrada.

—No tomaron en cuenta el hecho de que Zenobio se haya opuesto en 1950 a otra tentativa de golpe deja UDN, cuando Eduardo Gomes fue derrotado por Vargas en las elecciones presidenciales —repetía el coronel.

Genolino Amado y Lourival Fontes distribuían entre los periodistas que llegaban a Catete una nota oficial sobre la muerte de Vargas. Junto con la nota, entregaban también los documentos "encontrados en la habitación del presidente": el texto de la carta, mal dactilografiada, a la que llamaban el testamento de Vargas, y el texto de una nota que el mayor Fitipaldi decía haber encontrado en el cuarto del presidente, a pesar de que Lourival Fontes había comprobado que aquella no era la letra de Vargas.

El mayor Fitipaldi al saber del suicidio del presidente se encerró en un despacho de la asesoría militar, en la planta baja, donde escribió apresuradamente una nota que firmó con el nombre de Getulio Vargas.

Ahora, Fitipaldi, Genolino y Fontes leían la nota a los periodistas que llegaban a palacio como si fuera del presidente.

"Dejo a la saña de mis enemigos el legado de mi muerte", comenzaba la nota, que terminaba diciendo: "La respuesta del pueblo vendrá más tarde…"

Mattos salió de palacio. Se abrió camino por entre la multitud aglomerada frente a palacio. Necesitaba regresar a la delegación.

* * *

Al final de la estación de tranvías en Carioca, en Taboleiro da Baiana, el comisario tomó un tranvía y se dirigió a la delegación.

Automáticamente comenzó a firmar los certificados de pobreza sobre la mesa. Rosalvo entró al despacho.

—Los milicos son muy brutos. Ahí está la cosa. Si hubiesen dejado a Getulio en paz, el viejo chocho se iba a morir desmoralizado, mientras lo peinaba el Angel Negro, ahogado en el mar de lodo. Pero los milicos lo arrinconaron contra la pared, sin darle una oportunidad al tipo de librarse. Le siguieron el juego a Lacerda, que es un maniático que no sabe a dónde va a parar. El pueblo ya había quitado el retrato del viejo de la pared, ahora todo va a empezar de nuevo, el viejo se volvió santo, como todo político que muere en el gobierno, en este país de mierda.

—¿No eras lacerdista? ¿No estabas contra Getulio?

—Cambié de partido.

Rosalvo comenzó a cantar una tonada de carnaval de 1951:

—Tira el retrato del viejo otra vez, tíralo en el mismo lugar, la sonrisa del viejito pone a la gente a trabajar.

—Cállate la boca —dijo el comisario.

—La UDN se terminó —dijo Rosalvo—. Nunca va a llegar al gobierno en este país. Se le fue el tren.

—Llama al carcelero y al guardia de turno.

Rosalvo y los policías del turno, el investigador que trabajaba como carcelero y el guardia, entraron en el despacho del comisario. Mattos ordenó que lo acompañaran a la oficina de la sección de Robos y Hurtos.

—Pongan sus armas encima de la mesa —dijo el comisario.

—No entiendo, doctor —dijo Rosalvo.

Mattos tomó su revólver y apuntó a la cabeza del investigador.

—No es para que entiendas. Haz lo que te digo.

—Vamos a hacer lo que nos está ordenando —dijo Rosalvo.

Los policías pusieron los revólveres sobre la mesa. Rosalvo balanceó la cabeza como queriendo decir: “El tipo esta vez ha enloquecido”.

—Las llaves de la prisión.

El carcelero puso un manojo de llaves sobre la mesa.

Mattos salió, cerrando la puerta con llave., La oficina de la sección de Robos y Hurtos tenía sólo una ventana de hojas estrechas que se abrían hacia un área de ventilación.

Los presos se apretaron contra la pared cuando Mattos entró a la celda. El olor repugnante de pobreza, de suciedad, de enfermedad fortaleció aún más la decisión del comisario.

—Todos para fuera.

Los presos no entendieron la orden del comisario y continuaron inmóviles dentro de la prisión.

—¡Para afuera! —gritó el comisario. Su estómago ardía.

Los presos salieron y se quedaron agrupados en el fondo del corredor.

Mattos llamó al “mayor” junto a él.

—Mira, vas a dejarlos salir, uno por uno, con intervalos de un minuto entre uno y otro. Tú eres responsable.

Uno por uno los presos fueron saliendo en silencio. Parecían ratones huyendo.

Mattos localizó a Padua después de varios telefonemas.

—Padua, óyeme bien. Solté a todos los presos. A todos, también a los que estaban condenados.

—¡Te has vuelto loco Mattos! Van a abrir un proceso administrativo y una investigación policiaca. Ahora ellos van a conseguir echarte de la policía. ¿Sabes cuál va a ser el desenlace de esto?

—Al carajo con el desenlace.

—Voy a tener que ir ahí y apresarte.

—No lo intentes, Padua. Sólo te estoy hablando para que vengas aquí a controlar esta mierda. Encerré al personal que estaba de guardia conmigo.

—Te jodiste.

—Te estoy esperando.

—Puedo llamar a la Central y decir al personal de Vigilancia que te encierre.

—No vas a hacer eso.

—¡Claro que sí, carajo! —gritó Padua—. ¡Hijo de puta!

Mattos colgó.

Pensó entonces que no tenía oportunidad de hablar con el detective Celso sobre Francisco Albergaria. “Cuando llegue Padua, le daré todas los informes de mis investigaciones. A Padua le va a gustar aprehender al asesino de Paulo Gomes Aguiar y resolver el misterio del edificio Deauville”.

Sin embargo, a Mattos se le olvidaría dar esa información a su colega.

Padua llegó solo.

Mattos estaba sentado atrás de su escritorio, sobre éste el manojo de llaves de la prisión y los revólveres.

Los dos se miraron en silencio.

—Di que te amenacé.

Padua suspiró.

—Todo el mundo sabe que no tengo miedo a las amenazas. Y tú no eres capaz de usar esas armas de mierda.

—Di lo que quieras. Di que sientes pena por mí.

—Eso es lo que estoy sintiendo. Uno de los pocos policías honestos de esta delegación hace una cosa así. Mira, yo le ordeno a Rosalvo y a los otros dos que digan que los presos limaron las rejas y escaparon. Inventamos un cuento así. El país está en medio de una convulsión, la Jefatura no va a mandar hacer una investigación, todo mundo va a ser sustituido, vana botar a ese jefe de la policía. Una fuga de presos no le

va a interesar a nadie.

—Me interesa a mí. Quiero que sea así.

Mattos puso su identificación oficial entre los revólveres.

—Entrega eso a quien corresponda.

—¿A quien corresponda? No existe nadie a quien le corresponda esto. Quédate con esa mierda basta que abran la investigación y te echen a la calle.

Mattos puso la cartera en su bolsillo y caminó en dirección a la puerta.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Otra locura?

—Desenlace. Me gustó esa palabra. Disculpa que te haya hecho doblar turno.

Cuando salía, Padua oyó:

—¿Sabías que hoy es día de San Bartolomé?

25

Mattos caminaba de madrugada en medio de la multitud de personas en las inmediaciones del Palacio de Catete, que formaban colas inmensas para ver al presidente muerto, buscando una fonda dónde tomar un vaso de leche. Pero todas estaban cerradas.

Muchas personas lloraban y gritaban; un grupo cantaba en forma desafinada y errática el Himno Nacional.

Usando su identificación de policía, Mattos entró a palacio. Quería volver a ver a Getulio muerto.

El féretro con el cuerpo de Vargas fue colocado en el despacho del Gabinete Militar. Mattos se apostó al lado de la caja, desde donde podía mirar el rostro tranquilo del muerto. Frente al comisario, al otro lado del ataúd, estaban los hijos y el hermano del presidente. Alzira, con el rostro hinchado, contenía las lágrimas.

Le dolía a Mattos el estómago fuertemente, pero no quiso apartarse de ahí para ir a ver si alguna tienda estaba abierta.

Desde las cinco y media de la tarde del día anterior —cuando el cuerpo descendió del cuarto al tercer piso hasta la capilla ardiente, y las personas que llenaban el salón lo recibieron cantando el Himno Nacional— las plañideras desfilaban sin cesar frente a la caja; colocaban papelitos con peticiones en las manos del muerto, arrancaban las flores para llevárselas como recuerdo, rezaban. Muchas se desmayaban y eran sacadas del recinto. Un hombre, con la mano sobre la caja, consiguió lanzar un corto discurso antes de ser sacado: "El pueblo vengará a Getulio". Apolonio Salles, el ministro de Agricultura, colocó un rosario entre los dedos de las manos cerúleas de Vargas.

A las ocho y media, Lutero Vargas, Joao Goulart y el general Caiado de Castro cerraron el cajón.

Poco después, el féretro con el muerto fue retirado de la capilla ardiente y colocado en una carreta, en la puerta lateral de palacio, que da a la calle Silveira Martins.

Mattos se juntó con la multitud que, gritando el nombre de Getulio y agitando pañuelos blancos, empujaba la carreta por Flamengo. Al llegar a los jardines de la Gloria el cortejo aumentó a millares de

personas.

Cerca de Calabou9o, en la avenida Beira Mar, soldados de la Fuerza Aérea dispararon contra la multitud. Presas del pánico, centenares de personas huyeron corriendo en dirección a los edificios de la avenida. Otros reaccionaron enfurecidos lanzando lo que podían, zapatos y zuecos, contra los soldados que disparaban. Muchas personas resultaron heridas.

El comisario procuró quedarse junto al grueso de la multitud que se mantenía compacta en torno del ataúd, sin dispersarse, empujando obsesivamente la carreta en medio del ruido seco de los disparos de las ametralladoras.

Finalmente llegaron al aeropuerto Santos Dumont. Un avión de la Cruzeiro do Sul esperaba en la pista. Un hombre, levantado por otros dos, explicó con los puños cerrados que la familia del presidente había rehusado el ofrecimiento de un avión de la FAB para transportar el cuerpo y la multitud prorrumpió en gritos de odio, imprecaciones, bramidos y aullidos de furia y desesperación.

El ataúd, acompañado por Darcy Vargas y los dos hijos del presidente, Alzira y Lutero, fue puesto dentro del avión. Se hizo entonces un súbito y lúgubre silencio en medio de la multitud, imprevistamente roto por el girar de las hélices del avión puestas en movimiento.

En medio del agitar de pañuelos, el avión se deslizó por la pista, en dirección al mar, alzó el vuelo y pasó por encima del crucero *Barroso*, que inmóvil sobre las aguas parecía un navio de juguete.

Mattos permaneció en medio de la masa compacta de personas que continuaban en la pista y en las inmediaciones del aeropuerto.

“Getulio murió”, pensaba a cada instante.

Poco a poco, las personas fueron saliendo del breve estupor que las dominó cuando el avión desapareció en el cielo. Ahora, hombres y mujeres comenzaron a enfurecerse, a gritar, a agitarse de manera caótica, esparciéndose por las cercanías del aeropuerto.

Alguien señaló un edificio en la avenida Marechal Cámara diciendo que ahí funcionaba una oficina de gobierno. Las piedras portuguesas del basamento fueron arrancadas y los vidrios de la fachada del edificio fueron destruidos en pocos segundos, mientras un grupo invadía el lugar.

Dos pelotones de soldados, uno del Ejército y otro de la Marina, con bayonetas caladas, embistieron en puntos diferentes a los manifestantes, arrojando granadas de salva y bombas de gas lacrimógeno.

Cerca de quinientas personas se juntaron frente al Ministerio de la

Fuerza Aérea en la avenida General Justo, gritando el nombre de Getulio, pero fueron rápidamente rechazadas. Decenas de manifestantes quedaron heridos.

Mattos caminó en dirección a la avenida Rio Branco.

Un grupo intentaba invadir la embajada norteamericana, en la avenida presidente Wilson, y fue repelido con disparos de ametralladora por los soldados que protegían la embajada. Rechazados, los manifestantes atravesaron la calle cargando a los heridos, decididos a saquear e incendiar el edificio de la Standard Esso. Pero nuevamente fueron dispersados por un pelotón de soldados del Ejército, con bayonetas caladas.

En la pequeña plaza frente al edificio de la Standard Esso, ahora vacía, sólo quedaron Mattos y un hombre caído. Mattos se acercó al herido. El hombre intentó decirle algo, pero murió antes de poder hablar. El comisario buscó en los bolsillos del muerto algún documento que pudiese identificarlo, pero nada encontró. Un muerto en la calle era responsabilidad de la policía, y él aún no había sido expulsado de la policía. Necesitaba encontrar un teléfono, para pedir que el IML recogiera el cuerpo. Caminó por la avenida, pasó frente al senado, cercado por tropas del Ejército, y se detuvo en la puerta del edificio Sao Borja. Pensó en subir y telefonear en el negocio de Laura. Pero prefirió telefonear desde la portería. Al salir, notó que más adelante, en la esquina de la calle Santa Luzia con la avenida Rio Branco, el mismo grupo que antes había atacado la embajada norteamericana y el edificio de la Standard Esso, volvía a reunirse.

Un hombre subido en un poste gritaba:

—¡No vamos a huir! ¡No vamos a huir!

La multitud, animada por el inflamado discurso que oía, avanzó en un bloque compacto por la Santa Luzia hasta la embajada norteamericana. Ahora, además de piedras, muchos portaban palos y fierros arrancados a las bancas de los jardines. El hombre que había subido al poste tenía un revólver en la mano.

Esa segunda embestida fue repelida con gran violencia por los soldados. Una ametralladora abrió fuego contra los atacantes, hiriendo a la mayoría de los que venían al frente. La multitud retrocedió y fue perseguida por los soldados hasta enfrente de la sede del Supremo Tribunal Federal, en la avenida Rio Branco, donde un teniente dio la orden de que los soldados regresasen a la embajada norteamericana. En poco tiempo, la multitud se reagrupó en Cinelandia y se lanzó por la Treze de Maio en dirección a Carioca. Los que iban al frente gritaban que iban a prender fuego al periódico *O Globo*.

El periódico, localizado encima del piso de la librería Freitas Bastos, acababa de cerrar su portón cuando llegaron los primeros manifestantes, que corrían frente a la masa. Dos camionetas del

periódico fueron incendiadas. “¡Rómpanla! ¡Rómpanla!”, gritaban las personas amontonadas en el portón del periódico. Por las ventanas del edificio algunos rostros asustados aparecieron rápidamente.

El portón del periódico resistió a los esfuerzos de los que querían invadirlo. Carteles de los candidatos de la UDN, arrancados de los postes y de los árboles, fueron usados para hacer una hoguera frente al portón del periódico. Los puestos de periódicos cercanos fueron saqueados y lo periódicos y las revistas, con excepción de *Ultima Hora*, lanzados a la hoguera. Las llamaradas comenzaban a incendiar el edificio cuando se oyeron las estridentes sirenas de los carros de bomberos.

Junto con los bomberos llegaron tres carros de policía, pero los policías no intentaron terminar con el conflicto. Un policía reconoció al comisario y le dijo que gente del pueblo saqueaba edificios de la avenida Presidente Vargas. La *Tribuna da. Imprensa* era apedreada por una masa enfurecida que llenaba la calle de Lavradio.

—El pueblo va a hacer una revolución —dijo el policía.

* * *

Los elevadores del edificio de Mattos estaban descompuestos. El subió con dificultad los ocho pisos, sin contar los escalones. Se sentía muy cansado. “Debo estar teniendo la tal hemorragia”.

Después que entró en la casa abrió el refrigerador. Bebió la leche que encontró, directamente de la botella. Por la radio oyó las noticias de que a la ciudad había vuelto la calma. El presidente Café Filho nombró, en su primer acto de gobierno, al brigadier Eduardo Gomes como ministro de la Fuerza Aérea. El general Juárez Távora fue nombrado jefe del Gabinete Militar de la Presidencia. El gobierno colocó doce mil soldados, centenas de tanques de guerra y otros elementos militares en puntos estratégicos de la ciudad. Las autoridades afirmaban que la agitación, prontamente dominada, obedecía a un plan izquierdista: los comunistas querían provocar una guerra civil e instalar una dictadura soviética. Luiz Carlos Prestes había declarado que estaba listo a asumir el mando de la revolución y que una huelga general de los trabajadores estallaría el día 2 de septiembre. El teniente Gregorio manifestó al coronel Adyl de Oliveira el deseo de despedirse de Vargas pero su petición no fue aceptada. “Los perjuicios causados al presidente por el Angel Negro, por el prevaricador de ébano, habían hecho que la familia de Vargas se rehusase a permitir su presencia en la capilla ardiente”, decía el locutor. Gregorio había entrado en una “intensa crisis emocional” y las autoridades de la Fuerza Aérea temían que atentara contra su propia vida, lo que hizo que le asignaran una vigilancia permanente de dos

centinelas.

Mattos llamó a la Casa de Salud Doctor Eiras. Consiguió hablar con el doctor Amoldo.

—Alice está mucho mejor. Dentro de unos dos días creo que podré darla de alta. Ella dijo que quiere regresar a casa de usted. Rehúsa tener contacto con su marido.

—Dígale que está bien. Que regrese a mi casa. La estaré esperando…

Después le habló a Sálete.

—Mira, Sálete. Aquella muchacha, Alice, está enferma. Cuando salga del hospital va a tener que quedarse en mi casa algún tiempo. Te estoy llamando para decirte que te quiero mucho. Que tú eres mi verdadera novia, después veremos cómo resolvemos el problema de Alice. Ella me necesita, ¿entiendes?

—Te ayudo a cuidarla. ¿Puedo pasar a tu departamento ahora?

—Ven, te estoy extrañando.

"Si me acuesto, esta debilidad pasa", pensó.

Dejó la puerta del departamento abierta, para que Sálete pudiera entrar sin que él tuviese que levantarse, se fue al cuarto y se acostó. Durmió.

Despertó con la voz de Sálete:

—Mattos, ¿estás ahí? ¿Qué pasó aquí? ¿Un incendio?

—Estoy en el cuarto.

—¡Dios mío, cómo estás pálido! —dijo la muchacha.

Mattos intentó levantarse de la cama, pero no lo consiguió.

Su ropa y sus cabellos estaban empapados en sudor.

—¿Quién prendió fuego a la casa?

—Yo. Le hablas a alguien para que te ayude con eso, por favor.

—¿Te sientes bien?

—Perdóname. No esperaba que mi úlcera me fuese a dar problemas ahora. Te llamé aquí… Quería… Pero va a tener que quedar para después. Creo que ahora tengo que ir á un hospital.

—¿Te van a operar?

—Creo que sí.

—¿Te vas a morir?

—No. Toma ese paquetito de papel de china que está encima de la mesita, es para ti. Abrelo con cuidado.

Sálete abrió el paquetito.

—¡Dios mío! No lo puedo creer. ¿Es verdad lo que estoy viendo?

—Sí.

—Una costra de una herida tuya.

—La guardé todos estos días para que se la llevaras a la bruja.

—No es una bruja.

—Lo que sea. Pero antes me vas a ayudar a ir al hospital. Esta es la dirección; mi médico dijo que fuese para allá si me sentía muy mal. Después regresas aquí a la casa y esperas que llegue Alice. Ella puede llamar mañana o pasado. Explícale todo. Trátala bien.

Sálete se sentó al lado de Mattos en la cama. Puso la cabeza del comisario junto a su cuello.

—Abre los ojos, mi bien, sólo un poquito.

Mattos abrió los ojos.

—¿Estás viendo esto? —Sálete mostró el paquetito que Mattos le había dado—. Mira lo que voy a hacer con la costra.

Sálete hizo bola el papel del paquetito y lo arrojó al piso, como si tirara una piedra.

—Después lo tiro al bote —dijo la muchacha.

La verdad era que el paquetito no contenía ya la costra, que Sálete le había guardado antes en su bolsa, en su polvera.

Mattos volvió a cerrar los ojos. Continuaba sudando mucho. Pero el estómago ya no le dolía. Ni sentía acidez.

—Toma el disco que está encima del tocadiscos, por favor, y ponlo. Dice *Elíxir de amor* en la tapa. Tengo ganas de oír un poco, antes de irnos al hospital.

Sálete fue a la sala e hizo lo que Mattos había pedido. Puso el volumen suficiente para que el comisario pudiese oírlo en el cuarto.

En ese instante la puerta de enfrente se abrió y un negro alto y fuerte entró en la sala.

—¿Está el comisario Mattos?

—Está allá dentro. ¿Quién es usted?

—El no me conoce —dijo el negro, cerrando la puerta.

Sálete corrió hacia el cuarto, seguida por el negro.

—Alberto —gritó Sálete—, hay un hombre aquí buscándote.

Mattos abrió los ojos.

—¿Es usted el comisario Mattos? —preguntó el negro, suavemente.

—Sí —dijo Mattos, sentándose con dificultad. Sentía junto con un fuerte vértigo, una sensación de euforia. Finalmente había encontrado al negro.

—¿Comisario Alberto Mattos? —insistió el negro.

—Tengo algo que le pertenece —dijo el comisario.

Mattos, con esfuerzo, vigilado atentamente por el negro, metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo de oro.

—Tome. Su anillo.

Chicao tomó el anillo. Comprobó que tuviera la F grabada en el interior. Se lo puso en el dedo.

—Había perdido este anillo. Sé dónde lo encontró.

—En el baño del tipo que usted mató en el edificio Deauville.

Mattos se levantó, apoyándose en Sálete.

—Está detenido por el asesinato de Paulo Machado Gomes Aguiar, sucedido el día 1º de agosto.

Chicao colocó calmadamente el anillo en el dedo.

—¿Está usted enfermo?

—Tiene una úlcera en el estómago —dijo Sálete.

—Tuve un tío que murió por una úlcera perforada —dijo Chicao.

Ayudado por Sálete, Mattos salió del cuarto y fue hasta la mesa de la sala donde estaba el teléfono. Tomó el teléfono. Dudó. "Ya no soy policía —pensó—. Voy a volver a litigar, en cuanto salga del berenjenal en que me he metido, debía decirle a este tipo: 'váyase Francisco Albergada y si necesita un abogado, llámeme'".

Súbitamente, el volumen del tocadiscos aumentó.

Mattos se volvió y vio a Chicao al lado del tocadiscos apuntándole con un revólver.

—Dígale adiós a su mujer —gritó Chicao, para que lo oyeran por encima del sonido del tocadiscos.

Mattos miró a Sálete. Fue la última cosa que vio. Cayó al piso, muerto por el disparo de Chicao.

—¡Alberto, Alberto! —Sálete se acercó al lado del cuerpo de Mattos.

—Detesto matar a una mujer bonita —dijo Chicao.

Sálete miró con sorpresa a) asesino.

—¿Cree que soy bonita? ¿Lo jura?

Los dos hablaban alto para escucharse en medio de la música y el canto que salían del tocadiscos.

—Usted es la mujer más .bonita que yo haya visto en mi vida. No se preocupe, no le voy a hacer nada a su cara.

—Gracias —dijo Sálete, cerrando los ojos.

Chica o puso el cañón del revólver sobre el seno izquierdo de Sálete y jaló el gatillo.

Bajó el volumen del tocadiscos. Identificó las palabras italianas que decían los cantantes. Se acordó de las canciones que había aprendido durante la guerra. Canturreó: "Mamma son' tanto felice", por algunos segundos; luego se calló y se quedó oyendo la ópera. La música, cualquier música, siempre lo conmovía. Hubo ocasiones en que lloró escuchando canciones napolitanas durante la guerra.

Era una pena, pero él tenía que irse ahora, no podía esperar a que terminase el disco.

Salió sin mirar a los muertos, dejando el tocadiscos encendido.

* * *

Pocos minutos después, Genesio, el pistolero, hermano de Teodoro, el de seguridad del Senado, llegó al departamento de Mattos.

La puerta sólo estaba emparejada; dentro se escuchaba un canturreo que hizo que Genesio dudara, sin saber qué hacer. Entonces, súbitamente, el canturreo paró. Genesio sacó del cinturón su Parabelum, vieja pero de confianza, y abrió la puerta cuidadosamente.

Al ver los cuerpos caídos en la sala, la primera cosa que hizo fue cerrar la puerta. Después verificó que los dos, tanto el hombre como la mujer, estuvieran muertos.

Revisó el saco que estaba en el respaldo de la silla y encontró la identificación oficial del comisario de policía Alberto Mattos. Comparó el retrato de la identificación con las facciones del muerto. Puso el documento de nuevo en el saco.

Genesio salió del departamento, cerrando la puerta.

Tomó un taxi y le dijo que fueran al hotel OK en la calle Senador Dantas, en el centro.

Teodoro y el asesor Clemente esperaban a Genesio en el bar del hotel, bebiendo.

Genesio se sentó a la mesa.

—¿Hiciste el trabajo? —preguntó Teodoro.

—Alberto Mattos está muerto. Lo comprobé mirando su identificación. También tuve que matar a una muchacha que estaba con él. Pero no voy a cobrar por eso.

—¿Quieres un whiskey? —preguntó Clemente.

Genesio miró alrededor.

—No bebo esas porquerías. ¿En este lugar hay buen aguardiente?

—No sé. Podemos preguntar.

—Déjalo. Quiero mi dinero. Voy a largarme.

Clemente dio a Genesio un paquete de papel pardo.

—Un millón. Puedes contarlo.

—No es necesario. Adiós, hermano.

—El senador va a estar feliz, ¿no? —dijo Teodoro, después de que Genesio salió.

—Claro. Y tú vas a llamar al senador para darle la buena noticia. El debe estar en este teléfono.

Clemente le dio a Teodoro un papel con un número.

—¿Yo?

—Díle que me viste entregar el millón a tu hermano por el trabajo. No quiero que él piense que me quedé con el dinero. Hay una cabina

telefónica en aquel rincón. Díle al senador que después paso a Seabra para contarle los detalles.

26

En la clínica de Gavea el *bicheiro* Ilidio recibió la visita de un emisario de Eusebio de Andrade. El alto mando del *bicho* quería saber si Ilidio estaba involucrado en la muerte del comisario. Ilidio negó, con vehemencia. El emisario agregó que el abogado pierna de palo fue hecho a un lado y que el abogado particular de Eusebio de Andrade, el doctor Silva Monteiro, consejero de la Orden de Abogados de Brasil y profesor de la Facultad Nacional de Derecho, tomó el caso y estuvo aquella mañana con el delgado Ramos, el cual le aseguró que, con la muerte del comisario Mattos, las investigaciones quedaban interrumpidas. Ilidio podía estar tranquilo.

Ilidio agradeció al emisario de Andrade. Ordenó a su guardaespaldas, Alcebíades, que telefoneara al chofer para que fuera a buscarlo. La clínica quedaba en lo alto del cerro, un lindo lugar aislado, cercado por árboles. Durante los días que Ilidio se quedó en la clínica, Alcebíades durmió en el cuarto, como si fuese un acompañante de enfermo, lo que era permitido por el reglamento del hospital.

Alcebíades fue recomendado por Moscoso, quien le dijo que ya era hora de que tuviera un guardaespaldas "de primera división".

IIidio se sentía protegido con Alcebíades a su lado. Al contrario de su antiguo guardaespaldas, Miro Pereira, un mentiroso ventajista que hablaba demasiado, Alcebíades era un hombre callado, atento y educado, como son los mejores pistoleros. Nunca decía una palabra. Iba a poder frecuentar su casa sin ofender a su mujer y sus hijos con groserías y palabras vulgares.

—Debíamos salir de aquí en dos carros —dijo Alcebíades—. Usted saldría en el segundo.

—No es necesario. Aquel policía güevón que me perseguía ya entregó el equipo. Los otros policías están todos en mi nómina. Todos. Guardias, detectives, investigadores, delegados. Si no fuese por mí, las mujeres y las hijas de la mayoría de ellos no se comprarían un vestido nuevo en sus aniversarios.

—Disculpe, don Ilidio, caldo de pollo y cuidado nunca hacen daño.

—Créeme, Alcebíades. No hay peligro.

El chofer de Ilidio llegó con el Packard de su patrón.

Ilidio había llevado a la clínica sólo una pequeña maleta con algunos calzones. No le molestaba dejarse una camisa varios días, o los pantalones; pero él tenía que cambiarse los calzones dos veces por día. Sentía repugnancia por el olor de lo que llaman partes pudendas.

Entraron los tres en el Packard. Al frente, el chofer y Alcebíades. Alcebíades dijo:

—Yo debía ir atrás, con usted.

Pero Ilidio creía que un *bicheiro* importante no debía ir en su Packard al lado de su pistolero, en el mismo asiento.

En medio de la calle, un Chevrolet se le cerró al Packard de Ilidio. Aunque Alcebíades consiguió sacar su revólver y disparar en dirección a los ocupantes del Chevrolet, fue muerto con un tiro en la cabeza. El mismo hombre que mató al guardaespaldas disparó contra el chofer, matándolo. La acción de los agresores fue muy rápida. Ningún carro pasó por el camino durante la matanza.

Ilidio se acostó encogido en el piso del carro, tan pronto comenzó la balacera.

Sintió que lo tomaban del cuello de la camisa y lo sacaban del carro. Un hombre le esposó las manos.

—Murilo, lleva el carro de ellos hasta aquel vado cerca del arroyo. Yo te sigo.

Murilo tomó a los muertos del Packard y los puso en el asiento trasero del coche. Se sentó en el asiento delantero, encendió el carro y partió.

Ilidio fue empujado hacia dentro del Chevrolet por el hombre que lo había esposado.

El Chevrolet siguió al Packard.

—¿Sabes dónde estuve hoy en la madrugada? En el anfiteatro. Fui a visitar a mi amigo Mattos y a su novia, a quienes mandaste matar —dijo el hombre que conducía el Chevrolet.

—No fui yo; juro que no fui yo, por esta luz que me alumbra.

—Mandar asesinar a Mattos porque te dio una patada en el culo, lo entiendo. Pero ¿por qué tenía que ser liquidada la novia de él?

—Que se muera mi madre si fui yo. Mire, doctor, yo le doy lo que usted quiera, si me deja ir.

—¿Me conoces?

—Usted es el comisario Padua.

—Entonces debes saber que no acepto dinero de ningún *bicheiro*.

—Soy inocente, lo juro.

—¿Y Turco Viejo?

—Cancelé la orden. Los señores Andrade y Moscoso me ordenaron

que cancelara la orden y la cancelé. Pero no conseguí encontrar a Turco Viejo a tiempo. Pregúnteles a ellos.

—Yo no platico con *bicheiros*.

—No le pasó nada al comisario.

—Ahora empleaste a otro sujeto. ¿Quién fue el que hizo el trabajo? Sabemos que fue un negro, fue visto por una vecina de Mattos, cuando salía del departamento de él. Quiero su nombre.

—¿Cómo voy a saberlo? Yo no fui.

Los dos carros estaban ahora en una ladera desierta cerca del vado del arroyo.

Murilo llegó al Chevrolet. Los tres hombres se quedaron sentados en el asiento trasero.

—No me gusta lastimar a nadie, ¿verdad, Murilo? Pero te voy a romper todos los dientes, uno por uno, primero los de enfrente, claro, hasta que me digas quién hizo el trabajo de Mattos y la chica.

Padua tomó una franela de la cajuela de guantes del carro, la enrolló en sus dedos y luego de contraer los músculos de sus brazos, comenzó a darle de puñetazos en la boca a Ilidio.

Ilidio lanzó un gemido tan fuerte que pareció resonar por la floresta.

Padua sacó un pañuelo del bolsillo.

—¿Tienes un pañuelo, Murilo?

—Murilo sacó un pañuelo del bolsillo y se lo dio a Padua.

—Después te regalo uno. Ahora pon los pañuelos en la boca de este puto —dijo Padua.

Murilo puso en la boca ensangrentada de Ilidio los dos pañuelos.

Nuevamente, Padua golpeó al *bicheiro*.

Ahora, el gemido sonó ronco y apagado.

Ilidio desesperadamente intentaba recordar el nombre de un negro para dárselo a Padua, pero en su nerviosismo no conseguía acordarse de ninguno, a pesar de conocer a muchos. Cuando recibió otro golpe en la boca, se acordó de un nombre. Sacudió la cabeza hacia delante, frenéticamente.

Padua retiró los pañuelos ensangrentados de la boca de Ilidio.

—¿Cuál es el nombre?

Ilidio tardó en tener resuello para hablar. Escupió los dientes rotos.

—Sebastiao Mendes, alias *Feijoada Completa*.

—¿Conoces a ese tipo, Murilo?

—Hay un *Feijoada Completa* que trabaja para los contrabandistas en los muelles.

—¿Es ése?

Ilidio gimió que sí, mientras escupía sangre.

—Podías haber dicho de inmediato el nombre del tipo. No necesitabas darnos todo este trabajo. Eres un hombre testarudo, Ilidio. Pero tus sufrimientos terminaron.

Padua sacó el revólver de la funda. Puso el cañón del revólver en la nuca de Ilidio.

—Tienes suerte, pues Nuestra Señora de la Buena Muerte te está protegiendo.

Ilidio tembló; fue una corta convulsión, cuando el arma de Padua disparó.

Padua tomó el cuerpo del *bicheiro* por las piernas, Murilo por los brazos y lo llevaron al Packard, colocándolo junto a los otros muertos.

—¿No es mejor quitarle las esposas? —preguntó Murilo.

—Déjale las esposas. Los amigos de este hijo de puta sabrán que fue personal de casa quien hizo este trabajo. Así aprenderán que no pueden matar a un policía sin más ni más.

Regresaron al Chevrolet. En medio del camino, Murilo preguntó que cuándo iban a aprehender a *Feijoada Completa.*

—Pasado mañana, sábado. Día de Feijoada.[11]

* * *

La ciudad tuvo un día tranquilo. El movimiento del comercio fue considerado muy bueno por el Sindicato de Comerciantes del Distrito Federal. También las oficinas públicas, los bancos, las fábricas y los despachos funcionaron normalmente. Los cines tuvieron gran afluencia de espectadores, por encima de lo común en un jueves.

Los mil setecientos turistas que habían desembarcado del navio *Santa María* visitaron los principales puntos turísticos de la ciudad y todos dijeron, entusiasmados, que Rio merecía el título de Ciudad Maravillosa.

El quinto grupo de participantes de la excursión cultural a Europa, organizada por el Touring Club do Brasil, se preparaba para embarcar en los primeros días de septiembre, los turistas viajarían en el navio *Augustas*, y deberían visitar las principales ciudades de Francia, España, Portugal, Italia, Suiza. Todos estaban muy emocionados con la perspectiva del viaje.

En la Maternidad de Sao José, en Rio de Janeiro —y también en otras maternidades del país y en las casas atendidas por parteras— nacieron aquel día más niñas que niños. Los niños recibieron ajuares de color azul y las niñas de color rosa. La mayoría de los padres ya había escogido los nombres para los recién nacidos. José fue el nombre preferido para los niños. María para las niñas.

Fue un día agradable, soleado. Por la noche, la temperatura

descendió un poco. La máxima fue de 30.6 y la mínima de 17.2. Vientos de sur a este, moderados.

Agosto
se terminó de imprimir en
junio de 1993 en los talleres de
Multidiseño Gráfico, S.A.
La edición consta de 2,150 ejemplares
más sobrantes para reposición.

NOTAS

[1] Dueños de establecimientos clandestinos donde se juega al bicho o lotería de animales. El bicheiro es el cantador, pero también el que funge como administrador de la banca —por lo que también se le denomina banquero— y, en algunos casos, como dueño. (N. del T.)

[2] Todo en el mundo es burla, el hombre nace burlón, en su cerebro titubea siempre la razón. ¡Todos burlados! Se ríen uno del otro cada mortal. Pero ríe mejor quien ríe al último.

[3] Juego de palabras intraducibie, que hace referencia al juego del bicho. (N. del T.)

[4] Quita las prostitutas a los humanos y perturbarás todas las pasiones. (N. del T.)

[5] La Acción Integralista Brasileña se caracterizaba por su tendencia fascista; Plinio Salgado era uno de sus mayores líderes. A ellos se enfrentó Getulio Vargas en su primer gobierno, cuando se declaró en contra de las potencias del Eje. (N. del T.)

[6] Mote que se dio a los seguidores de Getulio Vargas en la campaña electoral de 1945 por el prestigio que éste tenía entre los obreros, con quienes se identifica el uso cotidiano de la marmita. (N. del T.)

[7] De las semillas de guaraná se obtiene una masa comestible que es el principal ingrediente de la bebida conocida como guaraná. La farofa, en cambio, es una pasta hecha con manteca, tocino y mandioca. (N. del T.)

[8] Baile popular en Brasil. (N. del T.)

[9] Soldado de la Fuerza Expedicionaria Brasileña que estuvo en la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.)

[10] “Desmilicarización”; es decir, desmilitarización. (N. del T.)

[11] La feijoada es el platillo típico de Brasil. Consiste en frijol negro, tocino y carne seca, entre otros ingredientes. (N. del T.)